

Ofelia Parodi



el  
sol  
y la  
espiga



SONORA







# Nota Explicativa

## “El Sol y La Espiga”

Por Ofelia Parodi

“El Sol y la Espiga”

por Carlos Fuentes

# Nota Explicativa

En verdad, es un arte verdaderamente difícil dar a las ideas valor con las palabras, lograr la sonoridad y contextura de la frase, como en este caso, hacer que surja el paisaje sonorenses con el vigor de su sol, de sus olores y sus colores. Le di mucha importancia al análisis de la Historia de Sonora, la bibliografía sobre el tema es extensísima, los consulté a todos, y me permití divagaciones, no observaciones sobre la misma. Siento que me preocupé más por la composición, por la sonoridad, por la luz que buscaba que irradiaría cada frase como para lograr páginas imantadas, impregnadas de olores, que olera a pan cuando habla del trigo, de la espiga de trigo, y se viera la luz cuando habla del sol de las llanuras.

Decía que consulté la bibliografía de los historiadores sonorenses y sus propias fuentes, a título de información, y descubrí que aún faltan muchos capítulos, mucha investigación y mucho por escribirse todavía sobre la apasionante Historia de Sonora. Yo creo que mientras urgaba buscando los datos necesarios trataba de penetrar cada vez más en la Historia, en la certeza de la historia, y no me conformaba con observar los acontecimientos desde lejos, buscaba las coyunturas, entraba y salía del laberinto, iba y venía por los tiempos en una compulsión incontrolable, y de todo lo sucedido durante el recorrido, me interesaba más penetrar en la causa que determinaba los hechos y así acomodar los acontecimientos; de ahí mis propias deducciones, —divagaciones, sería más atinado decir— de la forma en que yo percibía los hechos

ocurridos. En el aspecto cívico, donde la emoción que reflejan algunos párrafos en los diálogos de los niños y que parecería interés mío por inculcarlo en sus conciencias infantiles con disertaciones explicativas, no es así en absoluto, aquí sólo transcribimos la realidad de los hechos y el efecto emocional lo produce la acción misma de los acontecimientos.

Yo creo que los historiadores tienen todavía una gran tarea por delante, porque a la grandiosa Historia de Sonora le faltan capítulos, y a algunos de los ya realizados precisión, aclararle el ritmo en torno a los acontecimientos con los protagonistas y las fechas y nombres exactos que le corresponde a cada uno, escrupulosidad que a mí me parece de esencial importancia para que los estudiantes no confundan los episodios y hallen una buena orientación en el orden estricto de los acontecimientos. Sobre todo acerca de algunos sucesos, en algunos pasajes como pudiera ser el caso de los gobernadores, Pesqueira, por ejemplo, cuando se habla de "el Gobernador Pesqueira" sería bien anteponer el nombre de pila del personaje citado y el grado militar, muy especialmente en los capítulos que hacen referencia a aquella época del cambio de poderes en el Estado, cuando el coronel José J. Pesqueira es declarado Gobernador electo, y su antecesor el Gral. Ignacio Pesqueira, asume el puesto de Vicegobernador, y posteriormente, con nombramiento otorgado por el Gobernador José J. Pesqueira, es designado Jefe de las Fuerzas que operaban en la frontera contra el C. Francisco Serna. Y por si alguien considera excesivas estas reflexiones acerca del asunto, tómese en cuenta que en el Estado hubo tres Gobernadores con el mismo apellido, y dos de ellos con el mismo nombre de pila, y los tres con diferentes grados militares. La aclaración no sólo se hace pertinente en beneficio de la investigación del estudiante, sino que amerita de un estudio cronológico serio y darle a cada uno con todo rigor el lugar que le corresponde en la Historia.

Hago mención especial a los lectores infantiles del libro sobre el caudillo yaquí José María Leyva, "El Indio Cajeme y su nación del Río Yaquí" de Palemón Zavala. Una versión cósmica —si se me permite la expresión— sumamente interesante por su realismo impactante que por momentos parece tan fantástico que se antoja irreal, y que hace el autor, del personaje yaquí

José María Leyva.

Nuevamente haré la aclaración de que me permití divagaciones, porque esta narración no pretende ser de ninguna manera un libro didáctico de Geografía e Historia, y solamente un viaje por el Sur de nuestro Estado, recorriendo los tiempos del pasado y gozando a plenitud de los tiempos del presente. Ojalá que haya sido capaz de lograrlo.

*Ofelia Parodi*

**NOTA:** *Agradezco a Graciela García Monzón, su dedicación, su limpia y eficiente labor mecanográfica, en tantas horas de amena convivencia.*



# ¡Al Sur!

Alboreaba, y estábamos a punto de partir. Era un amanecer de esos veranos de Sonora, cuando la luz del alba resplandece llenando el horizonte y un fulgurante rojo como fuego derretido que surge del oriente va deslizándose por la curva de los picachos, y es algo soberbio, casi fantástica esa veta de púrpura con reflejos de oro perfilando el contorno. Todo está lleno de un resplandor de claridad tranquila con la estrella del alba y el sol que asoma en la cumbre del Cerro de la Campana; todo está lleno de claridad luciente y aromas florecidas, las hojas refulgentes de alborada se agitan en las frondas cuajadas de nidos, porque ha llegado la hora del despertar de los pájaros que brotan en bandadas y un torbellino de alas y un torrente de cantos en el viento anuncian el nuevo amanecer del rutilante valle de la milagrería.

Cuando Dios dijo: sea la luz y fue la luz, y sean lumbreras en la expansión de los cielos para apartar el día de la noche, la lumbrera mayor para que señoreara en el día, era el sol para alumbrar sobre la tierra, y creó aves que vuelen sobre la tierra en la abierta expansión de los cielos... Y como el sol prendió aquí en Sonora, aquí vive a sus anchas en su tierra nativa, ésta es su cuna, su casa y su patio nimbado de pájaros...

Y otra vez pues, las vacaciones de verano, y otra vez nos llevará por los caminos la misma golondrina bajo el sol, pero ahora hacia nuevos horizontes, hacia el Sur de nuestro Estado, hacia la tierra del surco y del venado, hacia el Valle

prodigioso de los trigos; hacia el mar, el desierto, la llanura y la montaña por los caminos claros, anegados de pájaros y luz.

La expedición no era muy numerosa, aquel mismo grupo de muchachos que recorriera el Norte en aquella caminata inolvidable, Enrique, Guillermo, Alfredo y Emiliano, Luciano y su perro "Compañero", y todos mis alumnos del 6to. grado escolar.

El próximo verano sería nuevamente la estación de los viajes, pero ellos no estarían ya más en las aulas de primaria, tenían que ascender hasta la cima, y este sería pues, mi último viaje junto a ellos.

Con las primeras luces de la aurora, el corazón palpitante y los rostros arrebolados, los viajeros estaban listos para emprender la marcha. "La Golondrina" limpiecita, con su brillante azul refulgiendo en la albuza y atestada con los enseres necesarios para el largo camino, carpas, catres de campaña y todo eso, en fin, que íbamos tan confortablemente equipados como la más travesiada o trafagada tripulación de astronautas en su cohete espacial.

Por cierto, en un raptó de emoción y ya todos alrededor de la camioneta supervisando la salida; los mayores, Luciano, Enrique y Guillermo que inspeccionaban hasta el más mínimo detalle asegurándose de que la llanta "nuevecita" de repuesto estuviera bien acomodada en la cajuela trasera junto a las pelotas, los visores y la guitarra de Emiliano, fue precisamente en esos momentos, que se le ocurriera a Guillermo —y tenía que ser a Guille, el de la imaginación portentosa, el de los radiantes arrebatados impulsos de audacia con el corazón siempre alerta, alborozado, en la órbita de la alegría desbordante— y con esa vehemencia, con esa impetuosidad que ya todos conocíamos que tal como brotan de su calidoscopio mental las ideas como centellas las pone en circulación en un júbilo incontenible de palabras; así regocijado, radiante de alegría, les propuso a sus compañeros cambiarle el nombre a "La Golondrina" y ponerle "La Austronave", ¡la nave de los vientos del Sur!, en memoria del primer viaje al espacio con un cosmonauta mexicano que a bordo del Orbitador Atlantis

lanzó tranquilamente al espacio el Satélite Morelos II de comunicaciones, y lo dejó ahí en la geografía del Cosmos a 36.000 kilómetros de altura sobre la tierra girando como churumbela sideral entre los planetas del sistema solar, y por ahí anda ahora el mensajero del tiempo en el vértigo de las constelaciones, sonando como ocarina en un eco infinito...

Luego que se puso a consideración la propuesta de Guille, se aprobó por mayoría, porque nadie hubiera podido contener el entusiasmo enfrentando a su poder de convencimiento, a esa fuerza de persuasión de su carácter expansivo con aquel torbellino de palabras como esferas iridiscuentes multiplicándose y rebotando en el aire en forma apabullante, y donde todos, en virtud de aquella magla parlante, quedaban subyugados a su voluntad.

—Maestra, ¿usted que opina? —preguntó alguien— ¿Le gusta "La Austronave"? ¿la nave de los vientos del sur? en honor de esos misioneros...

— ¡Me encanta! no hay que olvidar que en aquella misión iba a bordo el científico mexicano, Neri Vela, un eminente ingeniero en comunicaciones y electrónica, experto en radioelectromagnetismo, doctorado en ondas y reflectores parabólicos...

— ¿Cómo empezó esta onda de los satélites de comunicaciones? —interrogó Enrique, el "meteoro" como le dicen sus compañeros por su afición a la aeronáutica y a todo lo que vuele, desde una abeja hasta un aerolito—. ¿Cómo empezó todo? —me pregunta.

— ¿Los satélites en órbita?, pues mira, yo lo único que sé es lo que saben todos, que México por primera vez en su historia con el Morelos I entraba a la dinámica espacial, y por otro lado, que a todos los habitantes de este planeta con la era nuclear empezó a contagiarlos la idea, y ya con la mecánica espacial en acción empezamos a vislumbrar una teoría cósmica de las relaciones humanas, una especie de fraternidad universal y que hoy es una realidad asombrosa con los satélites de comunicación en la armonía de las órbitas... con la posibilidad de tener comunicaciones interplanetarias algún día, ¡quizá ya en un futuro no muy remoto! con alguna raza de seres más elevados intelectualmente que nosotros, la meta me parece es

alcanzar a llegar en este proceso cósmico a un mundo más sabio, más antiguo, yo pienso que si logramos tener la posibilidad de comunicación intelectual con otros mundos, deberíamos inmediatamente tratar de lograrlo, ¿no te parece?

Con una sonrisa que me pareció indescifrable, entre la duda, la sorpresa y la lealtad, se quedó enmismado afirmando con la cabeza, mirándome, ¿como pudiera decirlo?, casi con clemencia, y súbitamente, asentándole a la camioneta enérgicas palmadas en el cofre exclamó — ¡Pues ni una palabra más! — ¡Golondrina a volar!, por que golondrina fuiste y en golondrina te convertirás... ¡Aquí, aquí! — gritaba alborozado — ¡Atención todo mundo! ¡Vamos a despedir! Y con todos alrededor de la camioneta y un montón de manos encima sobándola cariñosamente en señal de despedida — dijo Enrique — En nombre de los tripulantes de esta nave de la mecánica terrestre, y poniendo por testigos a la alborada y a esa bandada de pájaros traslumbrados... ¡De ahora en adelante te llamas "Austronave"!... ¡La nave que rompe los vientos del Sur!

Y apenas terminó se desató una algarabía fenomenal que clamaba por la salida y agitando las manos gritaban ¡Tripulantes a bordo! y miraban impacientes el fondo rosa y lila del firmamento... Y allá por el Cerro de la Campana nada había que detuviera la esplendente luminaria que inundaba el horizonte, y la verdad, que ya estábamos impacientes por iniciar el trayecto antes de que el sol apareciera, ¡Ah, pero aquella, despedida! parecía no acabar nunca, entre una vocinglería interminable de encargos y recomendaciones.

Ana, Paloma, y Paola, las hermanas pequeñas de todos, insistían en venir con nosotros, ¡Que los acompañen ahí nomás, a Villa de Seris, en diez minutos pasamos a recogerlas! — decían los mayores — ¡Ya no podemos detenernos ni un minuto! protestaban los excursionistas, lo sentimos mucho, ya será en otro viaje, ¿Se imaginan qué haríamos con ellas si de pronto se nos ocurre bajarnos de la "Austronave" a explorar una cañada? ¿o en un recodo del camino tenemos que enfrentarnos a una serpiente cascabel, por ejemplo? ¡No, definitivamente, no pueden acompañarnos!

Por momentos teníamos la sensación de que no íbamos a desprendernos nunca atrapados por aquel desconcierto con aquella algarabía de los encargos que se prolongaban hasta lo infinito y las promesas sagradas de cumplirlos entre suspiros de impaciencia —¡Sí, sí, te prometo! ¡Voy a traerte! ¡Te aseguro que voy a recordarlo!— ¿Girasoles y garambullos? ¡Ana, voy a traerte girasoles tan brillantes que harán palidecer al sol del mediodía, y garambullos dorados rebosantes de luz deslumbradora, ¡y claro que también de esas esferas púrpura, montones de pitahayas pulposas, enormes, destellantes, reventadas del jugo más deleitoso de la tierra!... ¿Péchitas? ¡ya verás que péchitas bermejas más maduras... escurriéndoles miel voy a traerte! —Sí, sí respondían complacientes, sin poder rehuir el clamoreo de las niñas— ¡Y muchos caracoles y conchitas, de esas sumidas en la arena tibiecita y brillante como polvo de oro entre los chamizales!... ¡Si, también piedrecitas lustrosas de forma extrañas, "chiquiquites" de suaves colores verde claro!... ¡Bueno, Paola, muy bien! ¡flores de binorama y de guásimas y acacias!... ¡Y claro que también espigas verdes y espigas doradas con el aire corriendo por la rebosadura de los trigos! ¿Y un pedacito de mar? ¡Todo el mar! Paloma, todo el mar con las olas y la espuma y el revolver de las gaviotas ¡tus hermanas!... ¡Llegaremos con los brazos colmados! con un rebosamiento de alegría en el alma todos llenos del canto de los cerzontles aleteando en la fronda de un torote... de la refulgencia de las cumbres de la sierra y el zumbido del viento en los encinos... del juego y el perfume de las llanuras y todo el verde dorado de los campos! ¿Y saben por qué? Porque vamos a caminar frente al sol por senderos de luz pisando púrpuras escuchando el sonido de la tierra...

Con el revolco de las primeras campanadas de Catedral entre la garlería furibunda de los pájaros trashumantes y seguidos de esa turba de gorriones que se desprende de las ramas, ya íbamos caminando envueltos en los ecos y en el claror del día.

Ahora nos encaminábamos derecho a la Historia, a la rat-gambre, a Villa de Serts, la primera estación situada al sur de Hermosillo a 2-1/2 Kms. de distancia, con el río Sonora de por medio y a unos cuantos minutos de la ciudad encantada que

acabábamos de dejar embalsamada de aromas, saturada de azahares con los naranjos callejeros en plena floración.

Y así, impregnados de efluvios aspirando aquel hálito de flores y envueltos en la sonoridad del viento, salimos de la antigua Villa de la Santísima Trinidad del Pitic. Que es tan antigua que se remonta en el tiempo quienes fueron los primeros que la pisaron antes de los seris, tepocas y pimas bajos... Viajar hacia las regiones infinitas del principio, ir en la búsqueda de los tiempos pasados hacia los remotos acontecimientos hasta llegar a las tierras incógnitas para saber qué pasó allí exactamente hace cientos y cientos de años, es, amigo mío, la peregrinación más grandiosa que puedas imaginar.

Volviendo pues, a la historia del Valle del Pittiquí, Pelicuri según los yaquis, o Pitic, palabra pima que significa "lugar donde se juntan los ríos" confluencia, (que se refiere a la confluencia del río San Miguel con el río Sonora) y lugar donde se había reducido y reunido a los Kunkaaks o Con-ccac; ya en 1679 en plena época de las colonias españolas, la ranchería seri era visitada por el jesuita Juan Fernando Caveró, más tarde, 21 años después en 1700, llegaría el alférez Juan Bautista de Escalante para asentar a los rebeldes pobladores que se dispersaban sin encontrar acomodo y fundó con pimas bajos el pueblo de la Santísima Trinidad del Pitic que dejó a cargo del misionero Adán Gilg, pero a los cuatro años, ya estaba nuevamente despoblado el lugar y volvía a ser la tierra de nadie, el páramo desolado, la llanura fulgurante de los mezquites, las choyas y los chamizos al pie de los cardones gigantes, centinelas del tiempo y morada sempiterna de las chureas y las codornices.

En 1706 llegó el Gral. Antonio Becerra Nieto en su recorrido por los presidios, misiones y pueblos sublevados para rendir un informe al virreinato sobre aquellos lugares donde los conquistadores no habían logrado implantar la sumisión y el orden de las tribus, y después de muy azarosas contiendas los obligó a retornar. Pero con el tiempo el éxodo volvería a repetirse.

Los seris, los guaymas, los indios tiburones, raza mágica

cuyo origen es desconocido y que su arribo a Sonora —quizá desde la Polinesia, según algunos investigadores— y desde luego en la incógnita si de alguno de esos pueblos oceánicos malayos o polinesios de cualquiera de esa multitud de islas, islotes y arrecifes en la parte oriental de la oceanía que había divisado Marco Polo, y tierra que en aquellos tiempos estuviera en continuos litigios por su posesión, Inglaterra, Japón, Alemania; se asegura que desde el siglo XVI nadie más que los españoles y portugueses habían navegado en aquellos mares y descubridores del Océano Pacífico o Mar del Sur, ya habían cruzado todas las aguas del Pacífico desde las costas de América hasta el gran Archipiélago Asiático; tal vez sería entonces que se acercaron a nuestras costas en alguna de esas exploraciones que auspiciaba Felipe II, tras el dominio del Pacífico Austral durante el periodo más brillante de los descubrimientos oceánicos con el afán de abrir hacia el pacífico un nuevo camino hacia Occidente entre las islas de la Polinesia hasta entonces desconocida, y donde encontraron gente "de claro color y de buena estatura", ahora que, algunos estudiosos suponen que todos los polinesios proceden directamente de América, poblada por anteriores emigraciones de polinesios y malayos, y que por el hecho de que los caracteres físicos de los polinesios ofrecen semejanza con muchos pueblos indígenas de América. El caso es que, aún prevalece la incógnita en un laberinto de monografías y una diversidad de juicios y opiniones sobre la procedencia de los seris.

En cuanto a su arribo a Sonora, se remonta a miles de años atrás su llegada y que tal vez llegaron a esta tierra recorriendo el litoral de California hacia el sureste haciendo la travesía por la cadena de islas cruzando la Baja California y navegando en balsas de carrizo!, una hazaña digna de su entereza de espíritu, y no hay esoterismo alguno al suponer que se trata de una raza cósmica o raza mágica cuando se piensa en la posibilidad de esta travesía en balsas de carrizo...

Los Seris, los Kunkaaks, o Seereraí —el que corre con velocidad— por la grandísima ligereza de pies que los caracteriza, hombres y mujeres de señorial prestancia, altos y esbeltos, de mirada infinita, siempre lejana en un retraimiento interior, de voluntad inquebrantable en la independencia de

su espíritu que ama la libertad sobre todas las cosas; montaraces y raza indómita de nómadas, considerados en la escala antropológica-social como "un grupo de nivel apenas de recolectores-cazadores del desierto"; resistentes a cruzarse con otras tribus y con una historia abundante en episodios de guerra en luchas sangrientas y devastadoras, que presentía la aproximación de un final, que se rompía el último eslabón que los unía a la entraña y se revelaban con todas sus fuerzas contra la influencia de los extraños porque no eran hombres que sufrieran resignadamente el encono de los que para ellos eran enemigos que abusaban con crueldad y despotismo de su poder, y que a pesar de todas las calamidades no lograron disciplinar a esta tribu en la resignación, ni siquiera en la doctrina del cristianismo de los padres jesuitas, como un germen de esperanza que los redimiera, por el contrario, mientras más se extendían las inquietudes más profundo era el encono contra los opresores de Carlos III, la saña de las agresiones continuas de los gobernadores provinciales, las injusticias, la incomprensión y la intolerancia —las armas más poderosas contra la inurrección— más los endurecían y era su fuerza para resistir, para llevar la carga de un mudo e invisible sufrimiento en medio del desconcierto, víctimas del irredentismo, de la infame crueldad y la avaricia de los conquistadores.

Como lo confirman las investigaciones de D. José Rafael Rodríguez Gallardo, abogado de la Real Audiencia de la Nueva España, Juez Pesquisidor y Visitador de esta Gobernación sobre la "averiguación de dicho señor Gobernador (D. Agustín de Vildósola)... y por hallarme con noticias ciertas de que en dicho Real Presidio se mantienen y han mantenido multitud de reos, unos con prisiones y grillos y otros que andan sueltos, pero detenidos al abrigo de las armas y todos ocupados en el trabajo y personal servicio de señor Gobernador... salen al rayar el sol o poco antes y dejan de trabajar al ponerse el sol o poco después... que a las labores que están distantes, en los tiempos de cosecha y siembra salían de aquí los indios al cuarto del alba para llegar a las labores al romper el día y que cuando trabajaban aquí dentro, en presa o acequia que están inmediatas, salían de aclarar el día... preguntando si a los indios presos se les ha castigado cuando han faltado al trabajo

o cuando se han huido y cual ha sido el castigo, dijo que le consta de vista que a los que han venido por amancebados o por otro cualquier delito y a los que se han huido, se les ha castigado con azotes, hasta que caen del palo desmayados; pues han sido tantos los azotes excesivos, que pasan de ciento de cincuenta, hasta que se les quitaba el sentido, y por mano ajena los quitaba del palo; y que esto lo declararán todos los que han asistido a este Presidio... y que a los hechiceros después de azotarlos en esta forma, los tuzaban y les pegaban en las costillas tizones encendidos..."

En la inspección del Visitador al Real Presidio de San Pedro de la Conquista del Pitic en julio 23 de 1748 ;"En atención a haber llegado yo, dicho Juez Visitador, el día de hoy a este Real Presidio, constándome ya de visita el que los indios presos, no sólo los que sin prisiones y en calidad de detenidos, sino también los que están con grillo, y salen a trabajar con ellos, se ocupan en el trabajo y personal servicio del señor Gobernador". "Vildósola, posteriormente fue acusado, entre otras cosas, de no haber reducido a los seris; de dedicarse al cuidado de su hacienda del Pitic; de echar pleitos reñidos con los capitanes de los presidios a quienes no sólo mortificaba, más también tiraba tumbarlos...". "El punto de partida de la mencionada finca, principiaba en el Cerrito de la Cruz y en la banda izquierda del Río Sonora, en el barrio de Villa de Seris, en cuya base estaba instalado lo que se llamó Real Presidio de San Pedro de la Conquista del Pitic".\*

Algunos historiadores logran la degradación cuando manifiestan que los seris era una tribu depravada de ladrones y fascinerosos amantes de la rapiña, que se complacían en la violencia entregados al ocio y a la holgazanería, tal vez tendríamos que considerar la apreciación entre las fábulas extravagantes de la historia, a una interpretación deforme del espíritu de independencia de esta raza que nos da bien claras muestras de su carácter de ánimo intrépido para los peligros, y de sensibilidad creativa prodigiosa.

Nadie que haya contemplado la primorosa artesanía seri, la cestería más bella del mundo, verdaderas obras de arte de

\*Flauto Molina Molina "Historia de Hermosillo Antiguo".

estos tejedores maravillosos inimitables en la belleza de sus "coritas", pequeñas cestas de sorprendente, de increíble delicadeza tejidas con fibras vegetales, de la fibra del Torote casi siempre, en un tejido tan compacto, tan apretado que no les penetra el agua y las usan para beber, para transportar agua y alimentos, algunas canastas, "coras", llegan a ser tan grandes "que pueden usarse en lugar de botes para cruzar el río", y tan hermosas, tan delicadas, tejidas con un refinamiento exquisito, que parece que los seris acostumbren vajilla de príncipes, porque también en la alfarería usan una delicadeza asombrosa, sus famosas ollas y tinajas de barro "del grosor de una moneda de a peso con capacidad hasta de cincuenta litros de agua"\*\*\* y tan hermosas y tan leves que en vez de barro pareciera amasadura de espuma; y nadie que haya contemplado las figuras de palo-fierro donde los seris son admirables artesanos, poniendo en movimiento las manos en esa obra de primorosa perfección, esas pequeñas esculturas de madera de la fauna marina casi siempre, gaviotas, tiburones, tortugas, delfines, codornices, pelicanos, o esos corre-caminos de largísimas colas, o esas garzas de esbeltos interminables cuellos y picos levantados que parecen bebiendo de las nubes, esculturas de líneas tan armoniosas con la madera que pulen a la perfección hasta lograr la tersura de la seda, tan bellas, tan delicadas, que nadie puede contemplar con ojos indiferentes su hermosura de un encanto y languidez melancólica indecible... ¡y su música! de flautas y violines, silbatos y tamboriles que acompañan a la danza y a los cantos melodiosos llenos de conmovedora poesía, como si en cada nota echaran a volar el sentimiento ¡Libertad, libertad! ¿No sabes que es lo único mío, lo único que tengo y que no vas arrebatarme nunca?...

Porque nadie puede negar la sensibilidad del alma, el espíritu creativo de quien pasa horas y horas en un recogimiento íntimo tallando en la madera una gaviota o tejiendo una cesta diminuta con la urdimbre de sus hábiles dedos milagrosos, ¡Lo único suyo, lo único que tienen y que fecunda el viento en esa libertad tranquila de la soledad iluminada!

Tal vez por eso, por no dejarse arrebatarse el éxtasis, jamás

\*\*\*Dr. Gastón Cano Avila "Los Seris quinta esencia del Folklore Sororense".

se doblegaron, y fueron "infructuosos los esfuerzos de los jesuitas y de los franciscanos para integrarlos a la vida misional", errantes en el tiempo con esa indomable tendencia a la libertad, resentían la heredad más que ninguna otra tribu, y con las esperanzas muertas sentían en lo más profundo de su espíritu la nostalgia, el ansia de horizontes abiertos, la serenidad eterna de los espacios anhelando la andanza y buscando aquel terruño por las sinuosidades de las costas hasta la inmensidad de las azules transparencias...

Doce años después del éxodo de aquella concentración de la tribu en el pueblo de la Santísima Trinidad del Pitic en 1706, nuevamente sería el propio Gral. Nieto, que en 1718 habría de repoblar a Pitic; que luego más tarde el Sargento Mayor D. Agustín de Vildósola la convertiría en hacienda de su propiedad, en forma arbitraria, según hace referencia de la conducta reprobable de Vildósola el Padre Juan Antonio Baltazar. "Este gobernador debe a los nuestros cuanto ha sido y es; pues en su estado particular, sin el fomento de los nuestros (en particular del Padre Cañas y el Padre Toral, de los cuales el primero lo hizo entrar en una mina de oro, de la cual sacó más de cien mil pesos, y los dos le suplieron dinero para que comenzase a alcar en el comercio) poco o nada hubiera adelantado... ¿Por qué todo lo que es de las misiones ha de ser suyo y esto de obligación, de justicia y nada de lo suyo, aunque sea de obligación real y de justicia evidente ha de ser para los nuestros y las misiones...? En todas sus cartas y pláticas respira una soberanía tan despótica, que ni el rey gastaría tanta, si escribiera a un negro..." Así pues, y en 1741, por orden de el "Excmo. Señor Duque de la Conquista, Virrey Gobernador y Capitán General de estos Reinos" en la Hacienda de Vildósola en el Pitic se funda el Real Presdtdo de San Pedro de la Conquista del Pitic, nombre impuesto por Vildósola en honor del Duque de la Conquista, y Presdtdo de nefandos antecedentes históricos de la crueldad de sus gobernadores. Ya en 1783, con las pocas familias que sobrevivieron después de las sangrientas batallas que sufrieron los Kunkaaks en Jupaguaymas y Cerro Prieto, y en este mismo año de 1783 se le declaró Villa, en solicitud de "El Primer Gobernante y Comandante General de las Provincias Internas don Teodoro de Croix que solicitó el título de Villa para el Pitic, con fecha 6

de julio de 1780, habiéndose concedido, dicha petición, por real orden de 29 de agosto de 1783\*\*\*. Luego sería hasta 1828, que se le dio al pueblo carta de nacimiento como Ciudad, y se le cambió el nombre a Hermosillo, en honor del Gral. jalisciense José Ma. González de Hermosillo. Y con este nombre, la vieja Pitic vino a ser Capital del Estado de Sonora en 1879.

Y habrían de pasar siglos desde aquella antigua ranchería seri, la Villa de la Santísima Trinidad del Pitic, la antigua Hacienda de D. Agustín de Vildósola, y Presidio de San Pedro de la Conquista...

Y había terminado también aquel largo peregrinaje de la tribu seri desde la bruma de los tiempos... Tal vez, siguiendo las costas del Océano Pacífico desde Australia y por el Golfo de California hasta el Cabo Tepoca, y luego en la andanza siempre errantes, por el camino de Nacamerí al Pópulo, el último reducto antes de tornar al solar, a la entraña, a extinguirse en hábitos cada vez más lejanos deambulando en la Isla del Tiburón como sombras que se esfuman una a una en el regazo de las aguas...

Y en esta Villa de Seris por donde ahora caminábamos en pleno amanecer, por estas mismas calles donde íbamos en procesión disfrutando de aquellos momentos contemplando la antañona fachada de las casas y la lozania de las tapias encendidas de bugamillas; por donde ahora vamos anduvieron los seris en la contemplación del valle a plenitud, unidos en la comba escarlata de los atardeceres y durmiendo al ras del monte entre los vientos contemplando allá arriba la vorágine infinita...

¡Que hermoso lugar es Villa de Seris!, con sus calles de tobogán, largas, fragantes, luminosas, flanqueadas por tapias donde asoman los laureles y las enormes frondas como llamaradas de los flamboyanes en flor, todo el pueblo es un vergel de frondosidades verdes con las calles adornadas de álamos, guamúchiles, laureles de la India gigantescos y el flamigero deslumbrador follaje de los "árboles del fuego" en esa orgía del rojo derramado sobre los tejados de las casas.

*\*Flavio Molina Molina, "Historia de Hermosillo Antiguo".*

A la entrada del pueblo, por el Boulevard Agustín de Vildósola, se encuentra una pequeña placita y ahí un frontispicio de cantera, nos detuvimos a admirar la sobriedad y la hermosura de aquel arco de cantera rosada y a leer el texto en letras de bronce de una enorme maqueta junto aquel monumento: "Plaza de los tres pueblos a Suaqui Tepupa y Batuc que sucumbieron bajo las aguas de la planta hidroeléctrica Presidente Plutarco Elías Calles en aras del progreso del Estado y del País".

Mi abuela es de Batuc —dijo Alfredo— y ella cuenta esta historia llorando, suspirando, dice que todos los de Batuc son como pájaros sin nido... ¡Cuánta historia tienen los viejos!, dice mi nana con su vocesita de paloma duende, que a la Iglesia de Batuc piedra por piedra le arrancaron el frente que es este arco, este frontispicio de cantera, y piedra por piedra lo trasladaron a Hermosillo para reconstruirlo y levantar este monumento histórico antes de que las aguas arrasaran al pueblo... y mi padre que también es de Batuc, le consuela la añoranza y le dice, madre: ¡Tú eres Batuc!, y tus antepasados, y yo soy Batuc, y los hijos de mis hijos... donde quiera que vayamos nos llevamos el amor al terruño, la heredad en el alma...

Y ahora, ¿qué les parece si vamos a visitar la vieja Iglesia de la Candelaria y luego a comprar "coyotas del pueblo" para el viaje?. Y hacia allá nos encaminamos, cuando el sol estaba aproximadamente a diez metros de altura del cerro de La Campana.

Solamente unos minutos estuvimos en Nuestra Señora de la Candelaria, el viejo templo de los seris que data de 1790 y a un cuarto de legua del Real Presidio del Pitic; el misionero de

*NOTA. Fue el Instituto de Investigaciones Económicas y Sociales de la Universidad de Sonora, entonces bajo la Dirección del Ing. Armando Hopkins Durazo, el de la iniciativa para trasladar íntegramente el frontispicio de la Iglesia de Batuc a la Capital del Estado. Un grupo de estudiantes de la carrera de Ingeniería Civil se trasladó a Batuc y durante una semana dibujaron y numeraron cada una de las piedras de cantera que conforman el frontispicio que actualmente sirve como monumento a los tres pueblos desaparecidos bajo las aguas de la Presa de El Noulló. La erección del monumento la realizó la Dirección de Obras Públicas del Gobierno del Estado.*

los seris Fr. Juan Felipe Martínez dice refiriéndose a la iglesia: "Que esta misión solo tiene para principio de su establecimiento una casa mal forjada y que carece de todos los trastes precisos y necesarios para la asistencia y gobierno de ella: que su iglesia solo es una capillita con un altar..."\* Sin embargo, con todo que la iglesia de la Candelaria ha sido reformada en varias ocasiones, todavía conserva el típico estilo extremadamente sobrio de aquellas primitivas humildes capillas de adobe de las misiones franciscanas; el caso es que estamos ante un edificio pesado, grueso, pintado de blanco, una iglesia rústica, severa, como tal vez fueron los primeros templos bíblicos, es impresionante la austeridad del frontispicio sin ornamentación ninguna, sin pilastras, sin columnas, sin capiteles ni cornisas y donde sólo resalta del muro un enorme arco azul en relieve que rodea la puerta de entrada y arriba de esta moldura de cemento pintado de azul vidriera circular que representa la figura de un arcángel traspasado por los plomos que sirven para unir los vidrios de colores, que aquí son muy oscuros, tal vez demasiado sombreados por efecto del marco circular a modo de hornacina formado de figuras geométricas y pintado de ese mismo azul intenso, igual que los contrafuertes, uno a cada lado de los espesos muros de adobe, la iglesia no es muy alta, ni siquiera le presta a la fachada una sensación de altura la basta torre octagonal de dos cuerpos y cuatro grandes ventanas de arco en cada piso y que allá en lo alto de la torre remata con una ancha cruz de hierro forjado, el interior de la iglesia es igualmente de una severidad extrema, sin el menor ornamento, como no sean las farolas de vidrio que penden a lo largo de la nave rectangular sostenida por pilastras adosadas a los muros y que se prolongan formando arcos azules, por donde uno camina bajo una larga bóveda de concreto pintada de blanco, muy triste y desolada, y que debió ser de imponente y serena hermosura esta iglesia con su techo de vigas de mezquite, ahora tan solo una bóveda de largo a largo, estrecha, fría, desde la puerta de entrada hasta el único altar en el fondo del muro central, y allí en medio de un gran arco redondo de color azul, adosado al muro, y en un nicho que por único adorno remata en una concha dorada, aparece muy hermosa en una primorosa escultura detalla entera la imagen de "María Santísima del Pópulo, de escultura, adornada con

\*Flavio Molina Molina. "Historia de Hermosillo Antiguo".

un vestido de seda y galosno muy decentes, con los cuales se adornó para traerla desde la Villa de Horcasitas" \*\* por allá en 1796... Y aquí sigue en su altar, en su iglesia pobre y sencilla, y a cada lado en un nicho, hermosas imágenes de santos custodiando a la Virgen de la Candelaria, ni un solo retablo, ni un solo rostro de angelito alado, ni ángeles de hinojos, nada, apenas una palma arrinconada, solitaria, posada sobre un rayo de sol y que al oír nuestros murmullos atraviesa la nave enjalbegada dejando en el vuelo una estela luminosa que se desvanecía al alejarse... y salimos tras ella, y luego que nos vio "Compañero" en el pórtico se dejó venir de estampida desde el quiosco de la plaza frente a la Candelaria, y nos hizo trastabillar con su algazara de ladridos y arrumacos y súbitamente como llegó salió disparado, mientras nosotros seguíamos caminando aspirando a bocanadas el olor de las coyotas en el horno, ¡cremosas, doradas, redondas, exquisitas! que ya las sentíamos en la boca derritiéndose el almibar de piloncillo con canela entre la masa tan olorosa y tan blandita...

Cuando llegamos a la casa de las descendientes de doña Agustina, inventora de las coyotas allá por medtados del siglo pasado, "Compañero" nos esperaba tranquilamente en el zaguán... ¿maravilloso instinto de animal, o sencillamente parroquiano habitual como todos los sonorenses?, luego, casi en tropel nos encaminamos derechito a los hornos de leña, y ahí, en la rústica cocina, entre los olorosos montones de leña amurallando las paredes hasta el techo, nos pusimos a esperar con deleite a que saliera la primera horneada de coyotas, mirándonos sonrientes y en silencio, escuchando el retumbo de la lumbre allá en las profundidades de las cuevas de los inmensos hornos.

\*\*Flavio Molina Molina, "Historia de Hermosillo Antiguo".

The first part of the document discusses the importance of maintaining accurate records of all transactions. It emphasizes that proper record-keeping is essential for the success of any business and for the protection of the interests of all parties involved. The text outlines the various methods and systems that can be used to ensure the reliability and integrity of the data collected.

The second part of the document focuses on the role of the accounting department in providing accurate and timely financial information to management. It highlights the need for a strong internal control system and the importance of regular audits to identify and prevent errors and fraud. The text also discusses the various financial statements that are prepared and how they are used to evaluate the performance of the organization.

The third part of the document addresses the issue of budgeting and financial planning. It explains how a well-defined budget can help management to allocate resources effectively and to identify areas where cost savings can be achieved. The text also discusses the importance of monitoring and controlling the budget to ensure that the organization is staying on track and meeting its financial goals.

The fourth part of the document discusses the importance of maintaining accurate records of all transactions. It emphasizes that proper record-keeping is essential for the success of any business and for the protection of the interests of all parties involved. The text outlines the various methods and systems that can be used to ensure the reliability and integrity of the data collected.

The fifth part of the document focuses on the role of the accounting department in providing accurate and timely financial information to management. It highlights the need for a strong internal control system and the importance of regular audits to identify and prevent errors and fraud. The text also discusses the various financial statements that are prepared and how they are used to evaluate the performance of the organization.

The sixth part of the document addresses the issue of budgeting and financial planning. It explains how a well-defined budget can help management to allocate resources effectively and to identify areas where cost savings can be achieved. The text also discusses the importance of monitoring and controlling the budget to ensure that the organization is staying on track and meeting its financial goals.

# Rumbo al Mar

En 1518 Vasco Nuñez de Balboa atravesó el istmo de Darién, vio el Pacífico al que llamó mar del Sur y entrando en él tomó posesión del Océano en nombre de España... ¡Y ahora hacia la costa, al mar del Sur, a la Bahía de Guaymas!

Y acomodados en la "Austronave", cada quién en su asiento, emocionados y aparentemente tranquilos, con el rostro gosozo iluminado por una amplia sonrisa, enfilamos lentamente hacia la carretera, siguiendo con la mirada entre el verde follaje que parece brotar de los tejados, los penachos en llamas de los árboles floridos, y entre el canto de los gallos la última mirada despidiéndonos del cerro de La Campana cada vez más lejano. ¡Adiós, cerro de La Campana de mis amores!... ¡Corazón de campana de mi cerro, hasta pronto!

Habíamos dejado atrás la Capilla de San José todavía por la Vildósola, y en unos segundos ya estábamos atravesando el Periférico Sur y en plena carretera de cuatro carriles, estu-penda vía de comunicación que une a Hermosillo con Guaymas en esa extensísima red de caminos vecinales que por todo lo largo y lo ancho del Estado pone en comunicación directa a los pueblos de Sonora.

— ¿Vamos todos bien, nadie desea algo? Pregunté a la tripulación mirando hacia adelante, con las manos bien firmes sobre el volante. ¿Qué les parece el paisaje?

Hacia una mañana magnífica y toda la llanura era un

océano de cactus gigantes con una multitud de exuberantes biznagas al pie de estos colosos, nos invadía un bienestar profundo, una sensación de alegría infinita desde que entramos a campo abierto y yo insistía en compartir la plática sobre el diáfano paisaje del camino con el sol apenas levantado a cuatro metros sobre el pico de las lomas. ¡Que mañana tan clara, tan fragante, a estas horas el sol es una dulce naranja!... ¿Qué les parece esa cordillera de lomas de zafiro y de topacios, ese horizonte reluciente, infinito, que se funde con el cielo? ¿Esa maravillosidad azul del cielo sobre el campo dorado? ¿Se han fijado en la fulgida blancura de las nubes? ¿Huelen la humedad, este olor silvestre de la tierra? ¿Escuchan los ruidos, esa carrera de la liebre entre el chamizo? ¿Y ese grito lejano de algún pájaro? ¡A lo mejor es un gavilancillo!... ¿Acaso no somos inmensamente felices contemplando esta planicie iluminada? esta combinación de aromas, de rumores, de movimiento anegado de luz, ¿acaso no nos llena de gozo?

Me extrañó allá atrás el silencio de los muchachos, que nadie me secundara ponderando el prodigio de esta límpida llanura sonoreense, volteo a verlos y los sorprendo en pleno arrobamiento mirando el paisaje, que tenían en la fascinación de sus rostros y el resplandor de su mirada toda la luz del campo, y para confirmar que antes me escuchaban, lleno de una emoción y de una alegría inmensa, dice Luciano: ¡En eso veníamos pensando, en el humo! Y aquí en cambio ¡Qué claridad... cuánta frescura, parece como si flotáramos en la transparencia sin tiempo y sin rumbo...!aprovechemos para respirar a todo pulmón y desintoxicarnos del bióxido de carbono, los pájaros si saben de ecología, ¡Y alas para que las quieros!, en cuanto amanece, dejan vacías las copas de los árboles de la ciudad y tiran al monte a respirar oxígeno...

— Pájaros del siglo XX —dijo Alfredo— ¡ojalá que el progreso tecnocientífico no enturbie al campo, porque un día podríamos andar por las calles en medio del progreso con tanque de oxígeno en la espalda, y a dónde iremos si no al campo para ahorrarnos un poco de oxígeno industrial?...

— La verdad —dijo Luciano— ¡para que hablar tanto de energética eléctrica o nuclear, o de la cosmonáutica y la electrónica, o de satélites y naves cósmicas en la búsqueda de un mundo mejor, si ahora, en plena época del átomo, los cohetes

y las computadoras, no hay trigo suficiente para todos, y lo más grave es que ahora con la contaminación de la biósfera no sé si el progreso está hechando a perder a la ciencia o la ciencia al progreso... nosotros los del sexto como que no lo entendemos...

— ¡Yo sí creo en la ciencia! —dijo Guille— tú como eres medio romántico andas medio confuso... si la poderosa ciencia se utiliza en beneficio de todos, mi tío Abelardo dice, y él es ingeniero, que la ciencia ofrece ventajas formidables en el dinámico desarrollo del planeta.

— ¡Cámbala! —dijo Emiliano— hablas como maestro de ciencias políticas, sociales y económicas... y a todo esto ¿Cuál planeta?

— ¡Este planeta, claro está!... Luego Guille lo observó con curiosidad y le dijo: sácame de dudas Emiliano, ¿por qué tú estás en sexto? Junto a ti las más brillantes estrellas palidecen...

— ¡Cálmate, cálmate! y dejáte de ironías, yo lo único que digo es que si todo lo que gastan en buscar allá arriba... en el ozono ¿verdad?, lo gastaran aquí abajo en cultivar la tierra, si hubiera trigo suficiente para todos... y añadió, ¡es que pasamos de la era del vapor a la era de la electricidad sin estudiar cibernética!, ¿verdad?

— ¡Por favor!

— ¡No!, sí está bien hablar de computadoras, de ondas hertzianas y todo eso! pero, ¿podemos dominar las fuerzas de la naturaleza?... si seguimos explotando la naturaleza y la saqueamos despiadadamente como ahora lo hacemos ¿A dónde iremos cuando hayamos agotado todos los recursos naturales?, ¿a Marte, a Júpiter, a Neptuno?, ¡ni pensarlo, nos corren! ¡Y por Dios que nos echan de volada de cualquier galaxia con todo y computadora! ¡Con los antecedentes de lo que le hicimos a la Tierra, que la llenamos de plástico y de robots hasta que las hinchamos y la hicimos explotar y la desaparecimos del sistema solar!... ¿Ya los ven tan sabios, y que estamos en plena revolución, en pleno proceso tecnocientífico? ¡Pues son unos avorazados! ¡Son capaces de acabar con toda la energía del sistema solar y se lo engullen en menos de lo que cantan sus terricolos gallos!... ¡Los del sexto tenemos que hacer algo por nuestro planeta urgentemente, para evitar a toda costa la contaminación ambiental! ¡Urgentemente, en

este siglo de la atmósfera tóxica! —siguió diciendo Alfredo— si no queremos caer en las banquetas fulminadas por la asfixia, ¡Y adiós siglo XX...!

¡Pobre tierra sin flores y sin pájaros! primero, entre los geofísicos y los topógrafos le hicieron una radiografía para descubrir cómo era por dentro, luego elaboraron el plano topográfico para saber con precisión en que punto aterrizaraban los cohetes. ¿y ahora qué? ¡Pues nada, que ahora con el "dinámico desarrollo del Planeta" tenemos que proteger la naturaleza, tenemos que defender la ecología! ¡Planear algo, pero ya! ¡Tenemos que hacer una campaña de deshollinación urgentemente, dejar limpio el ambiente, barbechar bien la tierra y llenarla de espigas! Luego extendió los brazos, aspiró profundo con fruición la pureza del aire de aquella llanura interminable, y dijo ¡Es cierto, Luciano!, aquí parece como si flotáramos sin rumbo llenos de oxígeno...

— ¡Ni que fuéramos globos! —exclamó Emiliano— y eso de que flotamos como en un vuelo cósmico sin rumbo es una absurdidad, según mi brújula de bolsillo la aguja magnética apunta al Sur, y más o menos aproximadamente son las nueve de la mañana, es muy probable que lleguemos al valle de Guaymas a las once de la mañana si esta "Austronave" que nos conduce a una velocidad prodigiosa de 30 Km. por hora no se poncha en el camino... pero mi brújula no falla, de que vamos al Sur, allá vamos...

— ¿Quién inventó la Brújula? Lo interrumpe Guillermo.  
— Algún despistado —dijo Alfredo— parece que la inventó el "Meteoro"...

— En serio, ¿tú lo sabes, "Meteoro"? —le pregunta a Enrique— ¿Usted sabe quién, maestra? insistió Guille.

— Yo se nomás —respondió Enrique— que la brújula tiene un montón de aplicaciones, que hay brújula de mineros, brújula de geólogos, brújula de marinos, de topógrafos, de agrimensores, y esa de Emiliano, pero no me acuerdo quién la inventó.

— Bueno —empecé diciendo cuando terminó Enrique—, no se sabe exactamente quién la inventó, parece que desde tiempo inmemorial se conocía en la China, y que los árabes la tomaron de los chinos y la importaron a Europa hacia el siglo XII y que un tal Flavio Giola, que nació a fines del siglo XIII

parece ser que fue el primero que tuvo la idea de suspender la aguja sobre un eje, y por eso se le atribuye a él la invención de la brújula...

— Conque fue Giota el que la suspendió... Decían todos observándola.

— Y a todo esto, ¿Cuándo vamos acampar? preguntó Emiliano, el menor del grupo que iba en el asiento delantero a mi lado, "Compañero" ha venido dormido todo el camino... ¡He "Compañero" ya vamos acampar!

— ¡Pero si acabamos de salir! exclamaron todos al mismo tiempo, ¿cómo vamos acampar?... yo creo que acamparemos en Guaymas, en las playas de Miramar...

— ¡Es que me muero de impaciencia por ver el mar!

— Tranquilo, Emiliano, ya lo verás —intervine— mientras tanto contempla alrededor este llano esplendoroso... esos mezquites que deben estar ahí desde hace siglos...

— Sí, parece que llegaron con el sol... son más viejos que el mar.

Luego volviéndose hacia mí dijo casi suplicante: ¡Por favor, ya quiero ver el mar! ¡El Mar! —dijo Guille alborozado— ¡El mar! ¡Ya quisiera estar adentro!

¡Y yo tirándome clavados desde una peña! ¡Y yo en el fondo con mi visor! ¡Y con tus tanques de oxígeno si no, te quedas en el fondo con tu visor!. ¡Pues no trajimos tanques, con esto no había contado! ¿Y entonces qué onda, para qué trajimos los visores?... Para sumergirse a flor de agua como lotos acuáticos... Dijo Emiliano riéndose.

— ¿Todos saben nadar? les preguntó.

— ¡Todos somos ballenas, tiburones, delfines!

— Les advierto que acamparemos en alguna playa cercana y solamente nadaremos en las aguas de la orilla... digamos que con el agua a medio cuerpo. Les previne amablemente.

— ¿No les dije que nomás iban a flotar como boyas? Dijo Emiliano

— Bueno, nadaremos pero en la orilla, así se lo prometí a vuestros padres, ¡en la orilla!, tenemos que evitar cualquier percance, y nada de clavados imprudentes y todo eso...

— ¡Ya veremos, ya veremos! Comentaban tratando de disuadirme.

— Por supuesto que vamos a nadar, y a bucear y a pescar... dijo Guille, ¿si no para qué sirve el mar?

— ¡De acuerdo, por supuesto! —decía Emiliano— y a sacar perlas del fondo del mar, y a lanzar arpones desde un buque ballenero, los hijos del capitán Grant se van a morir de envidia...

— A propósito, —dije— se supone que soy el capitán de esta nave, no lo olviden, y la disciplina de la tripulación es la primera consigna...

— ¿Cuánto tiempo estaremos en el puerto? —preguntó Guille— ¿Iremos a la Isla del Tiburón? Podríamos hacer una travesía por las montañas siguiendo por el oriente la de Concecac hasta llegar a la isla y al Canal del Infiernillo... hay que visitar a los Guaymas y que nos cuenten cómo cazan los pelicanos, dicen que los seris son muy altos y muy fuertes, muy garbosos, ¡que miden casi dos metros! ¿Cómo sería Coyote Iguana? ¡Y esos sí son pescadores! y artistas, ¡orfebres fabulosos! ¿Cómo dice usted, maestra? ¡geniales, prodigiosos! reconocidos en todo el mundo...

— Siento mucho decirte —le dije— que no será posible visitarlos, a la Isla del Tiburón la dejamos atrás desde que salimos, se encuentra más arriba en otra región del Golfo de California en el distrito norte, en la región serí precisamente frente a Punta Chueca y en medio del Desemboque y Bahía Kino... nosotros vamos deslizándonos hacia el Sur y si continuáramos caminando por las sinuosidades de las costas del Sureste llegaríamos hasta el Golfo de Tehuantepec, y si aún continuáramos seguiríamos por la ruta de los arrecifes y pasaríamos por la Isla de Cozumel hasta el Cabo Catoche, luego seguiríamos hasta Punta Arena por las costas de Yucatán y ya en las aguas del Golfo de México seguiríamos por la ruta del Golfo de Campeche hacia arriba, y por las costas de Veracruz y subiendo más todavía cruzaríamos el Trópico de Cáncer siguiendo las costas de Tamaulipas hasta topar de frente con el desemboque del Río Grande, en las azules aguas del Golfo de México... ¿qué te pareció esta travesía por el Océano Pacífico?... Por eso no podemos llegar a la Isla del Tiburón, porque la dejamos atrás desde que saltamos, lo siento Guille... ¡a estudiar geografía!

— ¡Yo también lo siento! —y evidentemente defendiendo su amor propio en un tono de voz enérgico exclama— Con más de 900 kilómetros de litoral sonorenses y un montón de islas, islotes y bahías atravesándose por toda la costa del Golfo de California... ¡Cualquiera le entiende a estas aguas marítimas

del Océano Pacífico!

— Bueno pongámonos de acuerdo ¿Cuántos océanos hay por fin? pregunta Emiliano casi a gritos, porque aquello se había vuelto un jolgorio abucheando a Guille.

— Es su turno capitán... esa pregunta es para usted en ausencia de Cristóbal Colón... y volvieron a estallar las risotadas.

— Hay uno, uno solo —respondí contentiendo la risa— un gigantesco y dilatado mar que cubre la mayor parte de la superficie terrestre, ya lo dijimos antes, pero este inmenso océano o mar tiene grandes subdivisiones, el Océano Atlántico, el Océano Pacífico, el Océano Índico, el Océano Boreal y el Océano Austral repartidos en el globo terráqueo, es decir, la misma agua dividida en colosales porciones de agua... algo así como el mismo sol para toda la tierra...

— Yo no conozco el mar —dijo Emiliano con timidez, y añade— nomás en las películas.

— ¿No conoces el mar? —casi gritó Luciano, entre los ladridos de "Compañero"— ¿no sabes cómo es el mar? Le preguntaba lleno de asombro, y los otros exaltados por la sorpresa que provocó tal revelación le hacían a Emiliano la misma pregunta ¿Pero no sabes de veras, cómo es el mar? y él les respondía lenta y calmamente una y otra vez: ¡Lo único que sé es que es salado!

— ¡Pues no es posible! ¡esto es inconcebible! —exclamaba Luciano— ¿No te da vergüenza confesarlo? ¡En este siglo de las comunicaciones, en plena era de la computación electrónica y los robots, las microondas, el láser, los niños de probeta y el corazón artificial de plástico! ¡Es el colmo, Emiliano...! Dijo vehemente, se aproximan grandes tiempos y todavía tú volando en tu "alfombra mágica" toda deshilachada...

— ¡Sí, hombre! ¡Qué bárbaro! ¡En este siglo aeroespacial! —decía ahora Enrique— ¡Cuando los hombres ya traen puestos en los dedos todos los anillos de Saturno y van y vienen a la luna y a la Osa Mayor como si fueran a la esquina! ¡Con la energía solar y el proceso geológico de la biósfera y todas las visiones nucleares cosmológicas extraterrestres de la era celulística de los transistores y los videocassetes, en vísperas del siglo 21 que ya no hayamos que hacer con la era espacial y la invasión del plástico con toneladas y toneladas por segundo de bolsas de nitrocelulosa llenando esa infinidad de

masa blanda y indestructible y eterna y más resistentes que el acero los basureros del mundo... ¿No sabes inocente palomita que ya se puede viajar en Cohete, en Avión, en Parábola, en Automóvil y en bicicleta a velocidades supersónicas? ¡Hasta en patín del diablo de plástico puedes llegar al mar por carreteras asfaltadas de cuatro o más carriles!... ¡No pareces humano! ¿Dónde está tu ingenio?, no tienes identidad, eres un desubicado, ¡pareces computadora enchufada! ¡Esto no es aeromancia! ¿No viste la llegada de los hombres a la luna por la televisión? ¡Eso es una realidad!... ¡No me vayas a decir ahora que crees en Superman y en Batman y no crees en el Voyager, en la NASA! ¡En el Voyager, que acaba de cruzar la onda supersónica en el punto donde el viento solar se une con el campo magnético de Neptuno! ¿Como es posible que los ingenieros y científicos modernos sepan que la velocidad de la luz es de 300,000 kilómetros por segundo, y que el Voyager descubriera otras dos lunas aparte de Tritón y Nereida y con estas son ocho, y que luego hallara un anillo completo de desperdicios que circula al planeta Neptuno?... ¡Y tú aquí en tu propio planeta, un ser humano en la superficie de la tierra con el mar a un tiro de piedra y no lo has visto! ¡Caramba! ¡Si lo supiera Arquímedes... o Galileo!

— ¡O Copérnico... o de pérdida Marco Polo...! ...deveras qué vergüenza, Emiliano... no pareces terrestre...

— ¡Por favor! ¿no hay nadie que me absuelva? Preguntó Emiliano, sonriendo con calma. Mientras todos expresaban su asombro verdaderamente impresionados ante aquella ingenua confesión de Emiliano, tratando apresuradamente todos exaltados de explicarle como era el mar.

— Ya verás Emiliano que hermoso es este mar del Pacífico. Intervine amablemente para apaciguar los ánimos.

— ¿Todos los mares del mundo son iguales? Quiso saber. Y antes de que se le echara encima una embestida de oceanógrafos con veinte mil respuestas, me adelanté y le dije:

— No, hay grandes diferencias por diferentes razones, el color diferente de los mares tiene mucho que ver con la profundidad de las aguas, y nadie ha podido determinar exactamente la profundidad oceánica que se supone son diferentes la del Atlántico a la del Pacífico y éstas a las del Océano Índico por ejemplo, para saberlo y desde hace tiempo, se ha llevado a efecto muchas exploraciones submarinas por grandes

científicos marinos de diferentes países, y según algunas investigaciones se admiten profundidades superiores a 9310m., como ven, hay mucho que estudiar todavía sobre los abismos del mar... su flora y su fauna, a lo mejor aquí está la solución...

— ¡Pues a mí no me parecen tan abismos con esa profundidad! —replicó Guille si los mares cubren las tres cuartas partes de la superficie terrestre casi cubren la tierra esos charcos.

— Pues fijate Guille, que sin saberlo, has dicho algo muy parecido a lo que dijo un eminente biólogo marino, Croll, me parece era su nombre, que decía que comparando la extensión superficial de los mares con la exigua profundidad que tienen, Croll la compara a una hoja de diez yardas de diámetro y una pulgada de espesor...

— ¿Ya ve maestra? ¡Sí el mar es una pecera!

— De todas maneras por precaución nadaremos en la orilla... con el mar nunca se sabe...

— Es cierto, el mar es temible, esa inmensidad de agua pesada que va y viene como si nada, ¡te devora al primer descuido! Dijo Luciano.

— Y si está el mar alborotado ¡olvídate!, porque es muy traicionero...

— Yo la verdad le tengo miedo a esas olas monstruosas que lo arrastran a uno como una paja...

— Y cuando vienes de vuelta nadando hacia la playa y te persigue un ruido espantoso lleno de furia y de pronto estás metido en la curva de una ola que te azota y te zarandea como trapo y atrás vienen más persiguiéndote bramando como furias del infierno? ¡y ya no ves ni oyes ni respiras! y sientes remolinos embravecidos que te jalan hasta el fondo y tragas agua y mal sales resollando te vuelven a atrapar los alaridos y te vuelven a hundir a tragar agua y cada vez que sales resoplando te aplastan con más ganas hasta el fondo ¡y ya no sabes si estás vivo si estás loco o si estás muerto! y cuando ya no sabes que hacer con tanta agua salada que has tragado ¡te avienta como corcho hasta la orilla! y ahí te deja como trapo desgarrado entre los espumarajos de la playa, todo aturdido, escupiendo arena, sin poder abrir los ojos nomás oyendo el ruido, el gruñido ese de gigante que nunca se le acaba...

— ¡Ya estuvo Enrique, baja la frecuencia! —Exclamó Guille con su irresistible buen humor— ¡Con estas estimulantes

referencias no le dejarás ni la opción de chapotear con el agua a los tobillos!, ¡Tú no te me amilanes, Emiliano! ¡Yo te enseño a nadar en tres minutos como pez en el agua!...

— ¡Muchas gracias! —dijo con indiferencia— no tengo nada en contra del mar pero prefiero quedarme en la playa a coger conchas en la arena, nomás oyendo el ruido ese y divisando el turbulento oleaje...

— ¡Turbulento oleaje! —repitió Guille en tono despreciativo— esas nomás son truculencias de las novelas...

— ¡Guaymas, Guaymas! ¿Cuándo vamos a llegar al mar?... ya llevamos dos horas caminando ¡ni que fuéramos al Mar Mediterráneo!...

— Paciencia marineros —dije sonriendo— vamos con un buen tiempo y vamos a Guaymas, a la antigua Villa de San Fernando de Guaymas, al Mar de Cortés, donde atracó con sus buques el Capitán Francisco Lucenilla en 1668, vamos a la heroica ciudad y puerto de Guaymas de Zaragoza, a orillas del Golfo de California a 27° 51' de altitud norte, 110° 54' de longitud occidental del meridiano de Greenwich, tres faros y cuatro metros sobre el nivel del mar... Trataba yo de entreternerlos.

— Y puerto de altura —agregó Luciano— con tránsito comercial marítimo con todo el mundo y estupenda flota de barcos camareros con pesca muy importante en sus litorales...

— Donde se recogen ostión, almeja, robalo, mero, lisa, lenguado, merluza, corvina, totuaba, sardina, langosta, mojarra, pargo, y sobre todo ¡camarones y ostiones a pasto!...

— ¡Aplausos para Alfredo! Dije extendiendo una mano cariñosa buscando sus cabellos, enmedio de una algazara incontentible de risas y de aplausos entre los ladridos de "Compañero".

— ¡Gracias, gracias, gracias! —repetía muy ufano con los brazos levantados agitando las manos— ¡Camarones y ostiones a pasto, para todo el mundo!

— ¡Y los mejores del mundo! —observó. "Los mejores ostiones del mundo se pescan en Guaymas" escribía don Ignacio Ramírez "El Nigromante" a don Guillermo Prieto, "Fidel", desde Guaymas en 1865, durante la estancia del gran Republicano en estas tierras de Occidente luchando contra la intervención francesa, por aquellos días febriles e intensos en la cruenta

dolorosa lucha por la consolidación de la República, en la época memorable de la Reforma y el destierro de aquel grupo de liberales cuyas aspiraciones de justicia social acrisolaba la democracia de México luchando contra el imperio, aquel eminente grupo de patriotas de Juárez, destacadas figuras del liberalismo mexicano enemigos implacables de la tiranía, don Guillermo Prieto, don Ponciano Arriaga, don Francisco Zarco, Manuel Payno, Valentín Gómez Farías, y ese espíritu superior, precursor y ejecutor de la Reforma don Ignacio Ramírez "El Nigromante", que había peleado por la patria en la guerra contra la invasión norteamericana en 1847; hombres todos de honor y de valor de esta raza nuestra de héroes y caudillos, cuyo vigor radica en el sincero amor a la patria y que por todos los rincones de México rechazando al invasor desde la tribuna del espíritu, en medio del sufrimiento y las persecuciones enardecían el corazón, el espíritu, los ánimos del pueblo en emociones entrañables proclamando la libertad, la independencia y la justicia, y donde la única voluntad soberana es la del pueblo...

Y de aquellas cartas a Fidel que le escribía D. Ignacio Ramírez durante la estancia del gran Republicano por estas tierras de Occidente, se ha quedado aquí en este suelo y para siempre encendida su memoria, su palabra de maestro, esa antorcha luminosa de su espíritu reformador alumbrando a la patria en su lucha grandiosa por la libertad humana...

"A Fidel. MAZATLAN, Febrero de 1864. No te extrañes que te escriba de este puerto, cuando me supones todavía en California; á San Francisco me llegaron las noticias de la nueva fuga que ha improvisado D. Benito, y me he convencido de que ya no tenemos Gobierno nacional: los valientes harán lo que puedan por las glorias de la patria... ¿Te acuerdas de aquel Rosales que te he recomendado desde Durango? Se presentó en San Luis al Gobierno ofreciendo su espada, pidiendo ser incorporado en las primeras fuerzas que marchasen contra los franceses... A Fidel. MAZATLAN, Marzo de 1864. Cuando te escribí mi última carta, querido Fidel, yo me meía en la hamaca de la incertidumbre... Al pié del cerro de la Nevería, por el lado Noroeste, se extiende el Puerto Viejo; al Norte, la entrada por la tierra; en una colina hervían como hormigas

nuestros trabajadores haciendo excavaciones profundísimas: en otra colina internada hácia la población, se levanta el cuartel, y sobre él ondea la bandera de la patria; hácia la playa había algunas pequeñas piezas de artillería y grupos de soldados; nuestras reservas se colocaban en lugar conveniente. A nuestra izquierda, es decir, hácia el oeste, aparecen tres islotes que cierran por ese lado el Puerto Viejo. Cerca del islote del centro se presentaba la *Cordelière* coronada por su pabellon haciendo señales; entre este buque de guerra y la playa bogaban algunos botes, también con sus banderas. A distancia de una legua, algunas de esas lanchas ponían en tierra sus tropas de desembarco; las otras lanchas, aproximándose á nuestras posiciones, rompieron el fuego. Tres de nuestras piezas hicieron frente al enemigo por mar; otras tres avanzaron para recibir á los que venían por tierra. Sánchez Ochoa atendía con rapidez y acierto á las dos secciones durante la lucha; auxiliado por un batallon marchó contra los desembarcados; pero éstos se volvieron apresuradamente al mar entre las dianas y vivas de nuestros soldados y el pueblo... La *Cordelière*, multiplicando sus fuegos, descubría su rabia y despecho. A la caída de la tarde García Morales se presentó sobre el teatro de nuestras operaciones; y por el mar se aproximaron curiosos dos vapores de guerra, el inglés y el norteamericano: así la *Cordelière* se creyó comprometida á redoblar sus fuegos; pero no pudiendo disimular sus averías, se retiró hácia las islas, cuando los últimos rayos del sol jugaban con los espléndidos celajes de Occidente... PUERTO DE MAZATLAN, Mayo 20 de 1864. Mi querido Fidel: Te referí en mi última carta el escarmiento que llevó la *Cordelière*, y la gloria de Sánchez Ochoa y de sus valientes soldados; quedé, te lo confieso, con el *Jesus* en la boca, porque todo presagaba una nueva embestida de parte de los enemigos: nada ha acontecido... PUERTO DE MAZATLAN, Noviembre de 1864. Mi querido Fidel:... No hay armas, no hay dinero: para colmo de confusion cada día se hace más segura la venida de los franceses; y todo el mundo sabía en los primeros días de Octubre que á la aparicion de la primera vela, los valientes marcharían en Busca de D. Benito para con él hacer alto y contener al enemigo. Ya conoces la horrible situación precursora de la huida; en esos momentos se anuncia que Rosales se encuentra en el vapor de San Francisco; la poblacion quiere á ese jefe

desea verlo, pero los que gobiernan en nombre de D. Plácido se alarman y dictan disposiciones de muerte. Rosales, sin embargo, desembarca furtivamente, porque abriga la esperanza de que será uno de los primeros que postren á los piés de la República los laureles de los franceses... Ya no podemos vacilar; para hacer frente á los franceses, necesitamos derrotar ántes á nuestros enemigos... Aquí nos tienes en una situación nueva, acaso rica en esperanzas, pero no muy risueñas. De todos los vencidos el único que deseaba batirse era Morales; pero irá á prestar sus servicios en Sonora... Lozada avanza por tierra; el horizonte marítimo deja percibir algunos humos siniestros... ¿Cómo defender a Mazatlán con trescientos hombres? Ovservarás que me he desalentado; no parecía yo partidario de la despreocupacion en mis cartas anteriores; ni ahora lo soy; pero no parece el armamento prometido! Tu amigo —*El Nigromante*, GOLFO DE CALIFORNIA, Noviembre de 1864. Querido Fidel: Te escribo estos apuntes en un buque de cuyo nombre no quiero acordarme... Caminamos léjos de la costa, y sin embargo, no perdemos de vista la tierra; tenemos el rumbo al Norte, y al Sudeste vemos bailar sobre las olas tres picos de la Sierra que llaman Los Tres Frailes... Hace dos años por estos días, me encontraba en Badiraguato, derrotado y con la fiebre, precursora de unas dictatoriales calenturas; pasaba en mi juicio las mañanas, aunque hecho pedazos de cuerpo y alma; á esas horas descendía á la ciudad. Habitaba una choza sobre la punta de una loma... Mi casa consistía en un jacalon inmenso; á un lado, merced á un tabique de varejones y lodo, se formó una recámara donde habitaba la dueña del edificio; al opuesto extremo, una recámara simétrica me daba asllo; en ella, una cama de correas de res entrelazadas, me mecía complacientemente cuando me atacaban las convulsiones del frio... MULEJE, Febrero de 1865. Querido Fiedel: Mi salida de Mazatlan y mi residencia en esta Baja California, abundan en peripecias que no te podré referir miéntas mis cartas no sean dictadas por un ánimo tranquilo... Este Mulejé se encuentra á la mitad de la costa que cierra el golfo llamado de California... GUAYMAS, Febrero de 1865. Querido Fidel: Acabo de atravesar el golfo de California no con sobrados padecimientos y sustos. En las primeras horas de la noche me avisaron que un buque partía de Mulejé; acompañado de tres amigos y á pié me puse en

camino para el puerto; atravesé á tientas algunas subidas y bajadas... A un tiempo percibi las olas por su confortativa fragancia, por su murmullo y por su fosforescencia. Hay un cerrillo escarpado que por su forma llaman el "Sombrero;" á su abrigo anclaba un buque de un solo palo... Caminamos un dia y dos noches: en la segunda madrugada vimos la Sierra de Chihuahua; el río Yaquí, bajo la lluvia de oro del sol naciente, y los desgarrados islotes que se apiñan en torno de Guaymas... Los peñascos me parecieron color de rosa; los cerros donde descansa la poblacion se inclinaban para saludarme; la estrecha linea de casas brillaba como un cinturon de plata; y hasta el cementerio donde espiró el conde de Raousset, se enseñoreaba de una loma como un monumento de triunfo... Sólo te agregaré que este puerto se encuentra en estado de defensa; que abundan los materiales de guerra; que los jefes y la oficialidad son probados en los campos de batalla; que el patriotismo recluta fácilmente soldados por todo el Estado... Mi amor á las ostras me está comprometiendo al estudio de conchas y caracoles; los mejores ostiones del mundo se pescan en Guaymas... GUAYMAS, Febrero de 1865. Querido Fidel: Aprovecho un día más de permanencia en este puerto para escribirte algunas noticias omitidas en mi carta anterior por falta de algunos datos, que hasta ahora me he proporcionado. Dos acontecimientos acaban de pasar por Sinaloa, gloriosos para los héroes que en ellos figuraron, y de tal importancia para la Nacion, cuanto que ellos le prometen el regreso del triunfo... A fines del año pasado, cuando los franceses ocuparon á Mazatlan, las fuerzas de Lozada dominaban en la mitad del Estado... Rosales reúne en silencio á sus soldados, y marcha á situarse á pocas leguas, en el pueblecillo de San Pedro... Rosales posee la elocuencia militar; breves palabras, pero inflamadas; y órdenes dictadas por el acierto... llevando doscientos hombres para provocar el combate. Los Franceses no dormían; resisten, se organizan, se precipitan, arrollan á Rosales, cantan victoria; entónces la muerte los asalta por los flancos; Rosales recoge su reserva; los invasores se contienen, vacilan, se ven diezmados, y retroceden. Aprovecha Rosales los momentos, y se lanza sobre los fugitivos; éstos organizan su retirada, y se rinden sobre las cenizas de su último cartucho. Rosales había presentido que era un héroe, y la gloria se lo ha confirmado... HERMOSILLO, Febrero de 1865.

Querido Fidel: El Golfo de California me ha dejado recuerdos tan profundos, que no quiero alejarme de sus playas sin dirigirle una postrera mirada. Comenzando por el Sur y la ribera oriental, se ofrece á la consideracion el Rio del Presidio, de márgenes tan ricas y pintorescas; sus aguas, por medio de un estero de seis leguas, se comunican con el Puerto de Mazatlan... Sigamos la costa de Sudeste á Noroeste y admirarémos, en la estacion de las aguas, innumerables rios que desembocan en el mar; y en todo tiempo, el caudaloso Piastla, cuya barra es un banco de deliciosos ostiones. Sigue el rio de Quilá; y á pocas leguas, en los esteros de Altata, vierte su riqueza el orgulloso Humaya... Los rios del Fuerte, Mayo y Yaquí, tienen una celebridad creciente, no sólo por los minerales de donde se desprenden, ni por la fertilidad de los terrenos que hermo-sean, sino por la raza altiva y vigorosa que, bajo los auspicios de la civilizacion, puede levantarse hasta sostener la gloria del Nuevo Mundo. Más allá de Guaymas, el Golfo se estrecha, y por medio de islas risueñas se dan las manos las dos costas opuestas. Más allá aparece el proyectado puerto de la Libertad, y luego entras en el Colorado, esa especie de Nilo para el próximo porvenir de aquellas regiones. Das la vuelta entónce sobre la costa oriental de la Baja California y caminas al Sudeste. En esa garganta de la prolongada península admiras boscosas serranías, favorables para toda clase de empresas; cuarenta leguas por tierra te separan del Pacifico. A poco andar te aproximas á Sonora... por regla general el Golfo es un tesoro inútil para esas gentes. Al consumarse nuestra independencia no surcaban aquellas aguas ni aun los botes de los pescadores... URES, Marzo de 1865. A Fidel: Me ocupo en estudiar detenidamente este mundo de Sonora... Anoche un amigo me invitó para ver un baile de yaquis; me presté, ménos por ver el baile que por estudiar á esa raza indigena tan notable por su robustez y por sus costumbres... lo que deseo que estudies conmigo es esa danza primitiva, donde un hombre solo, ó varios hombres formales, ó bien hombres y mujeres, sin tocarse ni hablarse, y acaso sin verse, se ocupan dilatadas horas en moverse con mesura, llevando el ruido de su piés por acompañamiento, y llena la mente de un pensamiento que desarrollan y reproducen sin cansarse; esos hombres estudian y enseñan... Los niños ántes de hablar, y por lo mismo ántes de cantar palabras significativas, bailan. Ese

sacudimiento armónico de todos los miembros es una necesidad... URES, Marzo de 1865. Querido Fidel: Tenemos en Sonora, trescientas leguas de costa, contando con la de Sinaloa; en tan dilatada línea los franceses no ocupan sino dos puntos, Guaymas y Mazatlan, y nos hemos declarado á nosotros mismos encerrados en la tierra: las llaves del mar están en poder de los enemigos!... Sonorenses y Sinaloenses poseemos, como te digo, trescientas leguas de playa; las corrientes del Pacífico han cubierto de arena todas las irregularidades de la costa, de tal suerte, que bajo las aguas tienes un faja de bancos, y sobre las aguas otra faja de médanos; difícil sería la aproximación á la costa, aun para los botes, si esa doble barrera no apareciese interrumpida en varios puntos por diversos accidentes naturales; ya es un grupo de escabrosos cerros que, formando penínsulas é islas, dan seguro abrigo á las inquietas aguas de una bahía; ya es un río caudaloso que se abre paso con el botín de sus inundaciones hasta esparcirlo á siete leguas de la tierra; y ya son los chubascos que empujando el mar sobre la playa, la dejan cubierta de prolongados esteros, que se derraman por canales que mudan de dirección todos los años. También hay puntos donde la proximidad de una isla como la del Tiburon, convida á extender un dique para convertir el mar intermedio en un puerto profundo y admirable... Un puerto sirve de centro á otros pueblos, y á sus haciendas y ranchos; entónces conseguiríamos ver habitada esa rica y extensa costa, por donde hoy caminas centenares de leguas sin descubrir una huella humana... Esas olas, que aproximan la perla, el coral, los ostiones, el carey y millares de sabrosos frutos á una playa desierta, traerán consigo á los consumidores y explotadores de tanta riqueza... colonizando nuestras costas, tomemos posesión de ellas y de *nuestros mares*, que no conocemos sino en el mapa. —*El Nigromante*. URES, Abril de 1865. Querido Fidel: La vacilación nos pierde por todas partes; en este Estado acaba de arrebatarnos el puerto de Guaymas. La población de Sonora, con muy marcadas excepciones, desea entrar en lucha con los franceses. Por esta capital ha pasado un campesino octogenario, seguido de sus hijos y nietos, para presentar á Pesqueira un admirable grupo de voluntarios. Los jóvenes dependientes de las casas de comercio se ejercitan en el manejo de las armas. Los que han viajado por la Alta

California recuerdan que de este terreno salieron aventureros heróicos que han dejado una memoria de terror entre los yankees... Los franceses han ocupado las aguas del puerto á la presencia del sol; y disparando sus proyectiles sobre la plaza, han podido gozarse en nuestra confusion y en nuestra huída. Mientras un puñado de valientes contestaban los fuegos de los enemigos, los niños, las mujeres, abandonaban la ciudad, á plé y confundidos entre los soldados; éstos y sus armas se salvaron. Pesqueira no ha desesperado de la situacion; ha reunido á los fugitivos y bloquea el puerto; de todos los puntos acorren auxilios; el intrépido García Morales vuela desde Alamos con sus fuerzas respetables; la Guardia Nacional de Hermosillo se apresta para marchar en auxilio de sus hermanos; los cívicos de esta capital se consagran á los ejercicios militares ante los prisioneros franceses que hizo Rosales en San Pedro; y ántes de quince dias opondrémnos tres mil soldados á la marcha de los invasores... HERMOSILLO, Abril de 1865. Querido Fidel: Terminados los negocios que me llevaron á Ures; ocupado Guaymas por los franceses; amagando los partidarios de Gándara con un pronunciamiento y en visperas de un cataclismo, he buscado un asilo en esta poblacion donde existe lo más florido del Estado y donde se encuentran algunos amigos que, como yo, vienen de léjos para respirar, aunque sea en estos desiertos, el aire libre de la patria. Para que te formes una idea de mi situacion, te haré un bosquejo del Estado. La sierra de Chihuahua es el limite Oriental de Sonora; de ella nacen con dirección á la costa, grandes ramales metalíferos y muy escasos ríos. Entre éstos viniendo del Norte, se nos presenta el Gila, habitado y explotado por los indigenas que desde una época remota, conservan una civilización mediana. Si de esta línea acuática partes hácia el Sur, despues de atravesar treinta leguas de desierto donde no faltan los bárbaros, encuentras un río que en el tiempo de las lluvias tiene por horas sus pretensiones de caudaloso; sobre sus riberas están los pueblecillos de la Magdalena, el Altar, Pitiquito, y Caborca; donde deberia descargar en el mar sus aguas, si las conservase, descubres el magnífico puerto de la Libertad, con una ciudad muy buena, trazada en el plano y que no se realiza por falta absoluta de habitantes. Sigue caminando hácia el Mediodía, en sesenta leguas no descubrirás sino miserables ranchos hasta llegar al

más interesante de los ríos sonorenses; su importancia no nace de sus aguas que son escasas, sino de las poblaciones que en sus riberas florecen; Ures, la capital; Hermosillo, la ciudad encantadora; y las mejores siembras de trigo, y cuando se les antoja á estas gentes, los mejores viñedos. Pues en seguida andar ochenta leguas y, salvo algunas rancherías, no vuelves á ver vestigios de agua, sino hasta que descansas en el Yaquí y en el Mayo. Estos dos ríos y la *mesopotamia* que forman, son de un inmenso porvenir..."

Y desde Ures, en Mayo de 1865, escribió D. Ignacio Ramírez uno de sus más apasionantes artículos políticos lleno de erudición y de elevados conceptos, donde el eminente pensador y demócrata refuta al escritor y político español D. Emiliano Castelar cuando éste dice: "Renegais, americanos de esta nación generosa que tantos timbres tiene en su historia, tantas prendas en su carácter, tantos fulgores en su civilización. Renegais de este país, el único que supo leer en la frente de Colón el enigma de vuestra existencia. Renegais de este país que ha fundado vuestros puertos, que ha erigido vuestros templos, que os ha dado su sangre, que ha difundido su alma en vuestra alma, que os ha enseñado á hablar la más hermosa, la más sonora de las lenguas, y que por civilizar al Nuevo Mundo se desangró, se enflaqueció como Roma para civilizar el Antiguo!" ... Y el "Nigromante" le replica: "...Renegamos los mexicanos de la patria que ud., Sr. Castelar, del mismo modo y por las mismas razones que ud. reniega de ella. ¡Hémos aquí fieles á sus inspiraciones! ¿A qué época de la España quiere ud. que nosotros pertenezcamos? ¿Imitarémos á la España actual, donde ud., admirable escritor, es visto como un pária?... Llamándose ud. demócrata, ha dicho sobre la España de hoy: ¡anatema! Imitarémos á la España que Carlos II el Hechizado, una especie de Maximiliano por derecho hereditario, abandonó como un cadáver á los buitres de Austria y de la Francia? No; hasta los mismos españoles se avergüenzan de esos tiempos que para la religion y el despotismo aparecen como los más envidiables. Tampoco nos designará ud. como modelo, la España de los Reyes Católicos, de

NOTA: La transcripción se realizó respetando la acentuación del texto. (Biografía. "Obras de Ignacio Ramírez (El Nigromante)" Por Ignacio M. Altamirano. Febrero de 1889.

Cárlas V y de Felipe II, cuando Dios, en su indignación, entregó al pueblo ibérico toda la tierra, para probarle solemnemente que era indigno de regirla. ¿Qué monumento pusieron esas gentes sobre el mundo cuando lo tuvieron en sus manos? la hoguera de la Inquisición; y lo dejaron caer, fatigados en su peso. ¿No designará ud., por ventura, la Edad Media? El tipo más puro de aquella época nos lo conserva D. Quijote; el más puro, por que este caballero siquiera es un loco, y no un bandido.

Reniega ud., confíeselo, de esa nación generosa, que tantos timbres tiene en su historia, tantos fulgores en su civilización... La adorna con los timbres que descubre en las naciones más gloriosas, y se deslumbra ud. con los fulgores de la civilización que le desea; pero entretanto, para sus paisanos, ud., no es más que el D. Quijote del progreso... Léjos de mí negar el relevante mérito de muchos ilustres españoles; ¡pero cómo han pasado por su patria! Ellos no han sido más grandes que el Dante, que Maquiavelo, que Galileo, que Miguel Angel, que Campanella; y aquellos como estos, según la frase del Sr. Castelar, no han pasado por su suelo desgraciado sino como los fuegos fatuos por un sementerio. Una sola gota de sangre española, cuando ha hervido en las venas de un americano, ha producido los Almontes y los Santa—Annas, ha engendrado los traidores; y no es extraño este fenómeno, porque para darnos su sangre no han venido á la América los Quintana ni los Castelares...

Si el Sr. Castelar viniera á la América, vería lo que quiere decir para nosotros sus injustas reconvenções; nos ofrece el lecho de rosas en que espiró Guautimotzin. Los que nos han dado su sangre, nos la quieren dar todavía; la sangre del adulterio, del estupro, de la violencia... Los españoles no han hecho en nuestros puertos sino una cosa buena: salir por ellos. Y, en cuanto á la más hermosa, á la más sonora de las lenguas, ¿no es verdad que el Sr. Castelar compite con nosotros cuando se trata de desfigurarla? ¿Habla el Sr. Castelar como las partidas? ¿es castizo como Fr. Luís de Leon? ¿es purista como los Argensolas?... Es un anacronismo recomendarnos un idioma en un siglo en que aprenden tantos, y todos ellos tienden á confundirse...

La protesta que hacemos contra la España, comprende á todas las naciones que se llaman civilizadores, y que para bien de los pueblos los entregan á las calamidades de la guerra. Si Roma se enflaqueció, culpa fue de su codicia: modelo de naciones civilizadoras, por un ensayo de filibusterismo destruyó a Cartago, que se encontraba en camino para el Nuevo Mundo. Llevó en seguida sus agentes legionarios á la Grecia por civilizarla, y el Partenon y el Pireo, estremecidos todavía con las palabras de Platon y de Demóstenes, brillando con la espada de Milciades y animándose bajo el genio de Fidias y de Praxteles, hoy, en este momento claman profanacion contra los que en Corinto fundieron las estatuas sagradas para entregarlas al comercio de la soldadesca como monedas de cobre...

¡Qué ruin sería la América á los ojos de nuestro ilustre antagonista si no aspirara sino á remedar á la España! Un astro más noble descubre la inteligencia entre las tempestades que rodean al mundo; con sus rayos descubrimos el trono conservado para la libertad y el altar para la ciencia; no es orgullo español ni la ambicion francesa quienes hacen desaparecer los Pirineos y precipitan al mar las columnas de Hércules; es la fraternidad universal: lo que hay de más puro, de más noble, de más sublime, pertenece á todos los pueblos, todas la glorias se confunden en una... La electricidad, el vapor, la imprenta, lo mismo hablan, se deslizan, vuelan cuando se lo pide un español que cuando se lo demanda un azteca; para entenderse no es necesario hablar castellano; los que vieron en Babel confundidas, extraviadas sus lenguas, han recobrado la voz y emprenden de nuevo la conclusion de la torre prodigiosa, el escalamiento del cielo.

Uno de estos temerarios es ud., como nosotros, Sr. Castellar, y lo que ud. desea no es más que desespañolizarse: la América va con sus costumbres, con sus instituciones, con sus luchas, con sus sacrificios...

Y, pues se trata de confundirnos en uno, tanto cuesta ir á España como venir de ella. Americanícese ud., Sr. Castellar. Los americanos comprendemos á ud. más que los españoles, más lo amamos, más lo admiramos... En España no es

Castelar, sino el bastardo de la opinión pública; aquí en México es, desde hace tiempo, uno de nuestros hermanos. Ures, Mayo de 1865."

Después de escuchar sobre los trascendentales sucesos de la época en un silencio respetuoso, se oye una voz clara, apasionada, llena de esa emoción sincera de los niños.

— D. Ignacio Ramírez, "El Nigromante"... ¡qué gran mexicano!, como usted bien dice, de esos nobles defensores de los derechos del hombre, que han hecho de este país la voz de América por sus instituciones, y usted nos ha dicho también, que las instituciones las hacen los hombres, que México es admirado y respetado en todo el mundo por sus instituciones... ¡qué tema tan interesante!

— Y siempre —continué— ha sido la justicia social nuestra bandera, la historia de México es trágica, está llena de episodios grandiosos defendiendo la libertad del hombre, el valor y la nobleza de su pueblo, su profundo arraigo a la justicia a conmovido las conciencias de todos los hombres de la tierra, ¿y cómo no ha de ser invencible este México nuestro con hombres de inteligencia superior y de corazón valiente como el de aquellos destacados hombres de la época Juarista?, o como aquellos otros también de convicciones inflexibles y de moral intachable y que forjaron los artículos de la Constitución mexicana, la Carta Magna que nos rige desde 1917, y donde cada línea es como un símbolo de la igualdad del hombre... y es precisamente esa fuerza emocional, ese espíritu de justicia social, lo que sostiene al documento más importante de esta nación, y donde se manifiesta plenamente que la base de la democracia es el amor a la patria, y que el amor a la patria radica en la moral, la libertad, la honestidad... —hice una breve pausa y terminé diciendo— y si todos aquellos hombres, héroes civiles o militares, lucharon en su tiempo por el engrandecimiento de la patria, de ellos heredamos su alma valerosa para defenderla hasta el último día de la vida...

— Y luego dijo Guille: En este país donde en cada pueblo nace un héroe, todos estamos obligados a entregar la vida, y yo, por el amor a mi patria daría mil vidas si renaciera mil veces...

— Yo también —dijo Enrique— porque somos los herederos de la grandeza de México, tenemos la obligación de defender

este patrimonio de gloria que nos legaron los héroes, empezando por Cuauthémoc, el joven abuelo...

— Y de aumentar la gloria de la patria también tenemos la obligación, ¿verdad, maestra?...

— Sí, Emiliano, ya lo dice en una estrofa nuestro Himno Nacional "Más si osare un extraño enemigo. Profanar con su planta tu suelo. Piensa ¡oh patria querida! que el cielo. Un soldado en cada hijo te dio"...

— ¡Que hermoso es nuestro Himno Nacional! cada vez que lo canto mirando allá arriba la bandera agitándose en el viento, ¡inmensa, poderosa! como el manto de una madre amorosa que nos cubre, ¡siento un orgullo tan grande de ser mexicano! ¡Mexicano! ¿Qué encierra esta palabra?... ¡La tierra, el regazo! ¡Patria es el viejo hogar! ¡siglos de antepasados! ¡la tierra donde yacen los amados muertos!... ¡el amor a la patria! eso quiere decir ¡Mexicano! Dijo Luciano con voz emocionada.

— Yo me cuadro como un soldado del Ejército cada vez que veo la bandera... y me late el corazón como si fuera a salirse del pecho, porque veo a Juan Escutia envuelto en ella...

— También yo, —exclamó Guille— y me siento un soldado de la patria cada vez que canto el Himno Nacional... pero creo que no nomás siendo soldado del heroico Ejército Nacional o de la Armada de México se puede defender a la patria, también se puede defender y engrandecer a la patria siendo un buen campesino, o un buen obrero, o un buen ingeniero, o un buen científico, o un buen maestro...

— ¿Qué quiere decir Nigromante? Preguntó Alfredo.

— Adivino, —respondí— algo así como un vidente, alguien que evoca a los espíritus del pasado para saber el futuro...

— Pues D. Ignacio Ramirez, el gran demócrata, si era un nigromante, casi vio este presente... Observó atinadamente Alfredo.

De pronto, entre la plática, advertimos que ya se divisaba el picacho del cerro del "Sombrero", ya oliamos el aire de marisma, en unos minutos la "Austronave" haría su entrada a la Bahía de Guaymas y descubriríamos el espectáculo fantástico de una ciudad de claridad deslumbradora, y el sol flotando sobre la inmensidad azul del mar amurallado por una cordillera de cumbres fulgurantes. Y seguimos la marcha, y en cuestión de minutos ya divisábamos el mar con el sol que se

vertía de lleno sobre el agua y nos quedamos fascinados ante aquella visión luminosa, como en un encantamiento contemplábamos el esplendor de aquella luz ondulante. ¡Y deseábamos volar, estar ya frente al mar!

Al poco rato, ya íbamos a pie llenos de gozo recorriendo las calles casi en desbandada, paseamos durante mucho rato por las calles contemplando las fachadas de las casas, tan claras, que parecían de oro bruñido y deslumbraban la vista de tan iluminadas por el sol. Hay calles con alma y con historia, aquí, en este puerto de la milagrería, puedes hablar de sucesos pretéritos y sublimes, de hechos y designios heroicos que palpitan en cada muro de sus viejas casas y en cada encrucijada de sus calles como joyeles... Eramos viajeros infatigables, lo queríamos ver todo y saber todo de cada lugar. Fuimos a visitar el monumento de los Tres Presidentes de la República que nacieron en Guaymas, D. Adolfo de la Huerta, D. Plutarco Elías Calles, D. Abelardo Luján Rodríguez. ¡Allí frente al mar, se levantan airosas las tres figuras de estos hombres austeros, nacidos de estos peñones fulgurantes! Y como las cumbres de esta soberbia cordillera de montañas, se yerguen imponentes de frente al horizonte, como si todavía señalaran con una visión clara y precisa el glorioso destino de México. Hombres de la Revolución. Estadistas, líderes de la causa social y del gran movimiento político de México que proclama una República de Instituciones. Y en una identidad de ideas, precursores de este gran proceso histórico de la democracia de México.

— ¿Cuántos Presidentes de la República le ha dado Sonora a este país?

— ¡Cuatro!... ¡Y que Presidentes!

— Pues conmigo serán cinco... algún día... ¡Y que Presidente seré yo! Decían todos. Y he aquí que les asiste la razón, como ciudadanos mexicanos constitucionalmente tienen el derecho absoluto de ser Presidentes de la República... algún día.

Luego fuimos a contemplar la estatua del "Pescador", monumental y emotivamente hermosa! Como que a él, al noble y arrojado pescador que tiene la red al mar abierto con todo el corazón, se debe la intensa actividad pesquera de

Sonora; y a Guaymas, ¡con éstos pescadores! el primer puerto pesquero del País, y con la flota mercante mexicana y Astilleros Unidos de Guaymas, a la orilla del Golfo de California, construyendo nuestros propios barcos, y siendo como es Guaymas un puerto de altura y cabotaje, el más importante puerto del Mar de Cortés donde atracan barcos del mundo entero, y el segundo más importante del litoral del Pacífico por su movimiento marítimo, que ocupa el primer lugar en carga y pesca de altura, y con la flota camaronera y la espléndida variedad de la fauna marina, la abundante pesca y las plantas procesadoras más activas del país, ¡Guaymas es un emporio portentoso! ¡Una inmensa e inagotable fuente de riqueza!

Luego fuimos a visitar el Instituto Tecnológico del Mar, y allí confirmamos por qué el adelanto de la tecnología pesquera, hace del Puerto de Guaymas una de las zonas marítimas más promisoras del mundo entero. Qué lejos esta bonanza del puerto de la Bahía de Guaymas, al de aquella Bahía desolada de que habló Francisco de Ulloa, que se supone fue el primer blanco que debe haberla explorado, según las crónicas, el 14 de Septiembre de 1539, y que anota en sus memorias: "Un buen puerto con dos entradas y separadas por una isla, la cual es la conocida ahora como de "Pájaros"...". Luego, más tarde, en 1668, sería que el capitán Francisco Lucenilla, fuera enviado a la conquista de las Californias y aquí atracara con los buques a su cargo... Y más tarde aún en 1703, que en la zona de los indios guaymas, inmediata a la Bahía, arribara desde las californias el misionero jesuita Juan Maria Salvatierra, y pasarían muchos años, para que el padre Ignacio Lizasoain, fundara la Misión de San Francisco Javier de Guaymas... Luego, el tiempo, como siempre, seguiría acumulando acontecimientos y desenlaces, episodio tras episodio para formar la historia por períodos, hasta que llegó a aquella época...

**El Iluso Farsante Aventurero,  
Gastón de Raousset, Conde de Boulbon**

Y estuvimos ahí en la plazuela del muelle, en el mismo lugar donde cayó el filibustero frente al mar, y escuchó la sentencia de ser pasado por las armas por el delito de intentar

a la soberanía nacional, con invasión, sublevación y ataque alevoso al puerto de Guaymas, el 13 de julio de 1854, al mando de un grupo de invasores franceses que pretendía — ¡ilusorios anhelos!— posesionarse del territorio sonorensé.

La hazaña de este fascineroso, arrogante y frívolo aventurero, es la más irreflexiva y temeraria que hombre alguno se haya atrevido a realizar, la historia de Sonora identifica a Raousset como a un aventurero nato, uno de tantos emigrados franceses (indignos de la franja de Víctor Hugo y de Voltaire) que llegaron a la alta California a mediados del siglo pasado, durante el desenfreno de la "fiebre de oro" y que propiciara el arribo de millares de extranjeros a California; Raousset, como tantos otros, atraídos por la codicia del oro en aquella región, no tuvo ahí fortuna, pero siempre poseído por los delirios de grandeza y el ansia de aventura que anima a Raousset tras la búsqueda de la riqueza fácil, se ingenia para viajar a este país y obtiene pasaporte y carta de recomendación del Cónsul francés en San Francisco California, y en esta forma, legalmente protegido, se presenta en México ante el Embajador de Francia Andrés Levasseur. Era la época del filibusterismo que acarrearía la fiebre de oro, cuando Sonora era el botín apetecido de todos los piratas extranjeros, como aquel William Walker, angloamericano, que en 1853 se propone conquistar Sonora, y en un derroche de optimismo se nombra gobernador de Sonora ante la escolta de corsarios de la goleta "General Patterson" que lo acompañaban a la conquista. Pero antes, decide invadir primero la península de California, y cuando el pobre hombre, en un raptó de vanidad delirante habría de ejecutar la proclamación de la "República de Sonora", ¡y es también que era entonces tan sencillo violar las Leyes de neutralidad entre las líneas fronterizas! que al arribar Walker a la península de California en el buque "Carolina" con un puñado de bandoleros, tranquilamente fondea en las inmediaciones de la Paz "con engaños bajó a tierra y en un sorpresivo movimiento aprehendió al coronel Rafael Espinoza, comandante militar de la ciudad y proclamó la "República de Sonora", y descaradamente se aut nombra presidente! El pueblo enardecido lo rechaza. Se reembarca y se da a deambular por el Pacífico, Cabo San Lucas, Bahía de Todos los Santos, Puerto de Ensenada, San Vicente... En la más absurda empresa tras esa

meta inalcanzable de conquistar a Sonora, donde el hermetismo y la valentía del pueblo son cosa inexpugnable!

Era pues, el tiempo aquel de las expediciones colonizadoras que se inician con los Morehead y los Charles de Prinday en 1851, cuando lo más esencial y de mayor premura consistía en la solución, en la atención de los problemas que asolaban al país agobiado por la inseguridad y el desorden, consolidando la estabilidad de las fronteras, con las reformas liberales en proceso organizando la deplorable situación social que prevalecía en el país, y con la reciente guerra contra los Estados Unidos, sin duda alguna era una etapa de transiciones, borrascosa y turbulenta, en una sucesión de acontecimientos que mantenía a la Nación en estado de alerta, cuando el territorio en 1853, queda desmembrado con la venta de La Mesilla según el tratado del mismo nombre firmado por Santa Ana, y México pierde en esta transacción con los Estados Unidos 130,000 kilómetros cuadrados de extensión, 399,370 hectáreas, y de las cuales 280,000 hectáreas correspondían a nuestro Estado, y Sonora pugnaba por su estabilidad política y económica; y cuando se pone en práctica la idea del gobierno de México de colonizar a los estados fronterizos, de atraer colonos nacionales, de aquellos que deambulan por los campamentos mineros de San Francisco durante la siniestra fiebre de oro, para reintegrarlos al solar, porque era precisamente de los mineros sonorenses la mano de obra más experta, más barata y más próxima a las famosas minas de Black Canyon, y entre tantos gambusinos mexicanos, eran también los sonorenses los más cercanos a los placeres de oro, y se hacia imperante la inmigración, sobre todo la repatriación de los sonorenses con el despoblamiento que entonces existía en el Estado, ya que en 1855 el censo de población del departamento de Sonora apenas llegaba a 147,942 habitantes, y la actual Baja California que de por sí era despoblada, en aquel entonces estaba prácticamente baldía y desolada; de modo que así las cosas, era esta la situación imperante que abriría la brecha al filibusterismo en Sonora, tratando por todos los medios de segregar su territorio para venderlo a la nación del bucanero en turno.

Las invasiones de Raousset de Boulbon al territorio de

Sonora, en 1852 y 1854, tenían los mismos ambiciosos propósitos y usando los mismos medios de agresión sediciosa en una serie de artimañas solapadas. Raousset aparece en escena en abril de 1852 como representante de la compañía restauradora del mineral de Arizona, previo contrato firmado en la ciudad de México, con los banqueros Jecker Torre y Compañía con el fin de iniciar nuevamente los trabajos del fundo llamado la Arizona o Planchas de Plata, cerca de la misión de Saric, "mediante el cual se obligaba a reunir en San Francisco un contingente de 150 hombres que explorarían todos los parajes conocidos por la Arizona, otorgados en concesión por el gobierno mexicano, así como defender hasta donde fuera posible los terrenos, minas y placeres de dicha compañía, contra cualquier ataque a la propiedad; a cambio de lo anterior, el Conde recibiría \$30,000.00 para armamento, transporte y subsistencia de los expedicionarios, así como el 50% de los terrenos, minas y placeres denunciados". El 1 de junio del mismo año, llega al puerto de Guaymas el navío "Archibald Grace" con los 250 bucaneros que "reclutó y armó hasta los dientes", el pueblo, que ignoraba las intenciones del pirata lo recibe con entusiasmo, y en un alarde de vanidad, la insolencia de Raousset llega al colmo de la osadía cuando hace desfilar a sus secuaces ante el pueblo, haciendo ostentación de armas y pertrechos en aquel farandulesco desfile militar; que no era más que la introducción de los sucesos de Saric, lugar donde posteriormente habría de preparar los planes de ataque y donde públicamente manifiesta por fin sus intenciones, y en una bufonesca actitud de conquistador de opereta, hace desplegar frente a sus tropas la bandera francesa que ostentaba en el centro la inscripción "Independencia de Sonora". La gloriosa bandera de Francia ante el pueblo y el sol más inflexibles de la tierra, ¿debe haberse quedado mustia de vergüenza!

Fallidos sus propósitos de conquista, Raousset desaparece del territorio y regresa en 1854 para volver a las andadas con los ánimos renovados y un grueso refuerzo de mercenarios a continuar con la disparatada y temeraria empresa de invadir el Estado y posesionarse del territorio. El 25 de junio en la goleta "La Belle", saturada de pertrechos bélicos, llega secretamente al puerto de Guaymas; se tenían antecedentes de las

intenciones de Raousset, el secretario de relaciones de Santa Anna, don Lucas Alamán, envía una comunicación al gobernador de Sonora Manuel María Gándara: "Sin duda tendrá ya usted conocimiento de que en la Alta California a vista, ciencia y paciencia de aquel Estado norteamericano, se ha costeado, preparado y equipado una expedición, según unos casos con 1500 y según otros con 1200 hombres, para invadir el Estado de su mando y posesionarse de su territorio marchando bajo las ordenes del Conde Raousset de Boulbon tan conocido por sus anteriores agresiones..." y a continuación, su excelencia dispone que se ponga sobre las armas a todo el Estado, llamando al servicio a todos los hombres de 15 a 50 años.

El defensor de la plaza era el Gral. José María Yáñez, solamente se contaba con 200 soldados en el cuartel militar situado al norte de la ciudad, y a los cuales se unieron un centenar de civiles, el ataque francés se inicia a las 2 de la tarde, el 13 de julio de 1854; la intención de Raousset era tomar por asalto la ciudad, pero la actividad y pericia del Gral. Yáñez rechaza la embestida, "había tratado de disuadir al francés de sus propósitos de invasión" y la respuesta del bucanero había sido la violenta arremetida contra las fuerzas de defensa, los franceses que en su intento de triunfo se habían apoderado de los edificios contiguos, estuvieron a punto de lograr su objetivo, pero la heroica resistencia del pueblo y del ejército, con la serena y temeraria intervención de esa mujer extraordinaria, doña Loreto Encinas de Avilés, que ama a su patria más que a su vida, y que al sorprender los preparativos de ataque de los franceses, con su grandeza de ánimo que no teme al peligro y solo siente la grande responsabilidad del corazón, sin titubear un solo instante se lanza por las calles y da la voz de alarma al Gral. Yáñez; la defensa arrasa con los franceses y los obliga a batirse en retirada, tomando como refugio al hotel "Sonora", para las 6 de la tarde, acosados, sabiéndose derrotados huían del hotel en desbandada y se refugiaban en el Consulado francés; Raousset, que se hallaba protegido en una de las casas aledañas, fue detenido y sometido a un Consejo de Guerra. El 12 de agosto de 1854 el sentenciado fue traído a la plazuela del muelle, lugar señalado para la ejecución, y luego, "de rodillas frente al mar, una atornadora descarga rozó el aire húmedo y el aventurero se

desplomó sin vida"... Y esta es la historia, y lo que hay que decir del fantástico Conde Raousset de Boulbon.

— ¡Vaya, qué historia! —masculló Guille con una sonrisita de menosprecio.

Por fin después del largo y provechoso paseo por las calles del puerto, volvimos a la "Austronave", ya era pasado el mediodía, y la impaciencia de estar frente al mar caminando descalzos sobre la arena húmeda nos alejaba de la urbe y enfilamos rumbo al Norte de Guaymas hacia las playas de San Carlos, en unos cuantos minutos llegamos al entronque con la Carretera Internacional para luego seguir hacia el Oeste y a unos cuantos kilómetros, súbitamente nos topamos con el mar y las dunas del desierto en un mágico abrazo de la naturaleza, donde el mar y el desierto son la misma llanura y la luz nos envuelve por todas partes.

Muy pronto ahí en la playa frente al mar entre el retumbo de las olas, tendimos nuestra tienda y mirábamos embelesados el espléndido paisaje de los peñascos como brotando del agua, y allí como al alcance de la mano, el singularísimo, fantástico cerro Tetas de Cabra, o Tetacagûi, como le dicen los yaquis y que quiere decir Cerro de Piedra, un cerro agreste, sólido, imponentemente airoso, y que mirándolo de lejos sobre el fondo azul del firmamento con su silueta poligonal recortando el cielo con la tierra, el peñón como una visión fantasmagórica, da la impresión de que es un gigantesco vidrio roto, y aquí y allá diseminados en todo el derredor la sabana de cactus, de matojos y arbustillos de un verde plateado centeciento.

Mientras corrían descalzos por la arena y "Compañero" moviendo la cola, dando vueltas entre cortos ladridos y atravesándose entre las piernas de todos sin poder contener su alegría, Emiliano me llevaba tomada de la mano y caminábamos en silencio lentamente, siguiendo a la parvada de muchachos que le gritaban animándolo a que corriera junto a ellos ¡Al mar, Emiliano! ¡Al mar!...

Yo sentía la emoción que me transmitía con su mano apretada a la mía, y por fin llegamos a la orilla del agua que nos

mojaba los pies desnudos y oí cuando el niño que miraba al mar con asombro dijo casi en un susurro, ¡Dios mío, qué hermoso es! Luego nos quedamos extasiados contemplándolo, envueltos en una sensación de felicidad infinita.

Y ahí estábamos frente al mar tomados de la mano, sin apartar los ojos llenos de asombro embriagados de tanta claridad, extasiados en la contemplación de esa extensión maravillosa, sólida, imponente y llena de luz, mirando arrobados el monótono y persistente movimiento, ese eterno ir y venir ola tras ola, la espuma avanzando arrollando a la espuma en esa multiplicación rítmica, infinita, rumorosa, sin fin y sin principio... ahí, muy juntos y tomados de la mano, de pie frente al mar envueltos en la solemne resonancia, fascinados como poseídos de un hechizo mágico sin alcanzar a pronunciar una sola palabra, éramos los seres más dichosos de la tierra, contemplando en silencio con los ojos humedecidos por la emoción, el rútilo vaivén de ese prodigio de la grandiosidad inmesurable...

Luego, no se cuándo, como si retornara de un ensueño, sentí en mi mano la suave tensión de la mano del niño que musitaba con voz entrecortada... ¡Cuánta belleza! ¡Qué inmensidad!... ¡Gracias, gracias por tanta hermosura!...

Miré a Emiliano impresionada de tanta sensibilidad en ese tierno corazón de niño invadido de un indescriptible sentimiento de dicha, de gozo infinito, y lo miré que rebozante de alegría con los brazos tendidos hacia el mar, tenía una sonrisa de felicidad muy suave que iluminaba su semblante y que sus ojos, con un brillo deslumbrante en las pupilas reflejaban la luz de la alegría en el resplandor de su mirada en una emoción suprema hasta las lágrimas, con un sentimiento de gratitud tan profundo, tan sincero, tan dulce, como un canto íntimo a la naturaleza toda... la mirada radiante de un niño frente al mar, que de pronto descubre la grandeza de ese misterio sublime, inexplicable de la naturaleza...

— ¡Qué soberbia hermosura, qué inmensidad! ¡Me parece como si estuviera contemplando un milagro! —repetía emocionado y sentía en mi mano la presión de su manecita cálida— ¡Algo muy bueno y muy grande me llena el corazón

nomás de contemplar el movimiento de esta fantástica y rumorosa inmensidad! ¡Y siento que me envuelve en su magia y me llega una tibieza aquí dentro y me late el corazón de alegría... ¿Y sabe lo que pienso? pienso... ¡Qué bello es vivir!

Me conmovió profundamente su candor, su ternura, y en un impulso de profundo cariño abracé su cuerpecito fuertemente como si en él estrechara en mi pecho la inocencia de todos los niños de la tierra... porque de verdad, ahí tan pequeñito, con los cabellos negros iluminados de reflejos que le volaban al viento, prendido de mi mano escuchando subyugados el ruido restallante de las olas azotando los riscos, contemplando el cabrilleo fosforescente de aquella prodigiosa inmensidad lanzando fulgores con toda la gama de los colores que existen en el mundo... era él, aquel niño prendido de mi mano en medio de la luz deslumbradora, el ser más perfecto, el milagro más grande de la creación...

Casi nos habíamos olvidado de aquel grupo tan bullicioso y tan alegre de muchachos que jugaban en el agua con los visores puestos, zambulléndose y súbitamente apareciendo a saltos como peces, y "Compañero" feliz como nunca, retozando junto a ellos entre jadeos y resoplidos que daban risa cuando alguno le zambullía la cabeza y la sacaba desesperado sacudiéndose bruscamente las orejas, y luego salía zumbando a la arena, se sacudía todo el cuerpo y brincando y dando vueltas con las orejas echadas atrás, empujaba insistentemente a Emiliano con las patas delanteras en dirección al mar, y como éste se resistía un poco, pues otra vez ¡zas! al agua, al regocijo de las ondas mansas de la orilla a reír con los amigos. Porque los perros también saben reír.

— ¡Ea, Emiliano! ¡al agua! —se oían en la trifulca los gritos desaforados— ¿Qué te parece el mar? ¡Vamos, animate hombre, échate un clavado con los ojos cerrados!

— ¡Oye, Emiliano! —le gritó Alfredo con la cara radiante de dicha— ¡El mar no es salado, sabe a limonada! ¡Ven y desengaña te tú mismo!

Y en medio de la euforia de aquel jolgorio yo también gritaba: ¡Niños, orillándose, orillándose!, cuando me parecía que traspasaban los límites de la orla de espuma en la

marejada, pero la realidad era que casi estaban en la arena de la playa apenas en el remanso de las olas y solo la imaginación nos transportaba a todos mar adentro.

— ¡Emiliano, no tengas miedo! ¡Mira a "Compañero", se cree medalla olímpica! Y "Compañero" retozando muy ufano iba y venía entre locas cabriolas que regocijaban a todos.

— ¡Emiliano! ¡Pareces faro ahí parado! ¡Echate al agua, pero ya! Le gritó Guille.

— ¡Maestra, le jugamos una competencia de 50 metros nado mariposa, usted y Emiliano contra todos!... Y siguió un griterío enorme retándonos a echarnos al agua.

— ¡Y para que no se crea que todos contra dos, les damos ventaja! ¿Qué les parece?

— ¿Vamos Emiliano?... ¿Le entramos a la competencia? Le pregunté.

— ¡Le entramos! Respondió con firmeza, con el rostro radiante.

Y le entramos. En medio de una algarada fenomenal de gritos y de aplausos como truenos.

Emiliano, que gozaba inmensamente de aquel momento deleitoso y que ya no iba a olvidar nunca, de pronto, perdió la timidez y recobró la decisión en un instante. Aquel instante que sería ya definitivo en el transcurso de su vida.

Emiliano, siempre demostraba una clara inteligencia en sus tareas escolares, pero era un niño tímido, silencioso, de una extremada apacibilidad y condescendencia que hacía que todos lo quisiéramos con un sentimiento de protección, porque era evidente que su mansedumbre se debía a su índole tranquila y no a la torpeza de inteligencia como aparentaba a primera vista por su condición de niño retraído, tan diferente su carácter reconcentrado al alegre carácter de Guille que hablaba arrojando las palabras como un huracán y que ahora le gritaba, que la promesa de enseñarlo a nadar como los peces estaba vigente y solo era cuestión de que se echara al agua.

Y efectivamente, respondimos al reto y jugamos las competencias que al final ganamos todos, porque "Compañero", con sus fuertes ladridos yendo y viniendo de un lado para otro con

una agilidad sorprendente, entorpecía los movimientos de los competidores y aquello se volvía un griterío de júbilo tan escandaloso, que atrajo a todos los bañistas que gozaban del mar y del cielo y nos lanzaban porras los de la playa y desde los yates que alcanzaban a divisarnos nos animaban y oíamos las carcajadas, de modo que el alborozo de todos ascendía en el viento como revuelo de campanas y se oía la alegría del mar hasta las nubes...

Por fin después de horas enteras de permanecer en el agua, fuimos emergiendo del mar como esas pequeñas tortugas tambaleantes que luego se revuelcan en la arena, y ahí estábamos exhaustos y hambrientos tumbados sobre la arena, contemplando la imponente belleza de un gigantesco resplandor, ardiente, vasto como una inmensa fragua que llena el horizonte; nos hallábamos rendidos y envueltos en la luz, aspirando a bocanadas el olor salino de la playa y mirando alrededor la refulgencia del cielo y de la tierra, el prodigioso resplandor del crepúsculo como un nimbo que se extiende en torno nuestro sobre una cadena de peñascos admirables, y esperando ahí antes que se oscurezca el sol, traslúcidos, radiantes, en sosiego y santa paz, la puesta del sol más hermosa de la tierra, cuando el cielo parece un incendio, una explosión de lumbré y el sol entre las nubes como llamaradas se va ocultando en un soberbio disco solferino que invade todo el espacio y nos tiñe de un transparente púrpura dorado, y mucho después de que se ha ido, arrobados de ensueño y de nostalgia, seguimos transparentes como ópalos rosados, envueltos en la magnificencia de aquella claridad deslumbradora...

Porque si hay escenarios de la naturaleza donde el cielo del crepúsculo se llena de esplendores majestuosos, es aquí, en esta tierra prodigiosa de horizontes diáfanos, infinitos, con los atardeceres más hermosos y serenos que pueden verse.

"Compañero" tumbado en la arena mojada, rendido, fatigado, con la cabeza casi hundida entre las patas delanteras, ronroneaba junto a su amo mirando a todos con los ojos soñolientos, había sido el primero en salir del mar y muy zalamero iba al encuentro de cada uno mirándonos dulce-

mente con sus ojos ambarinos, hasta que por fin ya tranquilo, se había quedado allí plácidamente echado junto a su amo, contemplando asombrado el incendio del espacio y siguiendo el revolotar de las gaviotas que paseaban a lo largo de la playa.

Tal vez habíamos dormitado unos minutos escuchando el rebullir del viento entre una ronda de gaviotas. De pronto sentimos que la noche no tardaba en llegar y después de una opípara y deliciosa cena de pescados asados, lo preparamos todo en nuestras tiendas de campaña para dormir a plenitud, y luego por la mañana continuar la jornada rumbo al valle de San José de Guaymas, apenas ahí, a 9 kms. de distancia.

Quien haya visto el mar bajo un cielo constelado de estrellas en una noche azul de plenilunio, jamás podrá olvidar esa llanura sideral de resonancias insondables, es tan viva esta emoción, con tal fuerza se siente, que oímos el cimbreo de los ecos escurriéndose a través del aire límpido y radioso, y luego, en la azul transparencia de la noche, quien haya escuchado como un hálito que pasa, tenue y melodioso, tal vez haya escuchado una vagarosa y levisima vibración del tiempo, la viva manifestación de Dios, en un volandero latido de la tierra...

Y aquí muy cerca, entre las ráfagas frescas de la noche, empezamos a oír una música vibrante de alegría y que salía de un matorro entre los peñascos pulidos, cincelados por el agua brotando entre espumas deslumbrantes; nos acercamos con gran animación a ver quién era aquel inspirado concertista, y ahí frente al mar, sentado sobre una piedra imantada de reflejos azules, era el que todos habíamos imaginado ¡Emiliano!, sentado allí sobre la peña que relucía con la noche, y con la mirada errante en el azul profundo del cielo, cantando y tocando algo que brotaba de las cuerdas de su guitarra en una algarabía de notas jubilosas y que solamente él sabía lo que tocaba; inmediatamente hicimos el coro y con mil dificultades tratábamos de seguir el ritmo de la música pero todo era inútil, aquello se tornaba por momentos en un desaforado contrapunteo de gritos desafinados hasta que al fin, en una total desincronización, quedamos completamente convencidos y dimos por terminada la audición entre prolongados aplausos

en medio de una hilaridad estruendosa de risas y carcajadas incontenibles.

Cuando volvíamos abrazados, caminando descalzos, envueltos en la azul serenidad de la noche, sintiendo la delicia de la arena mojada en los pies desnudos, a descansar por fin en nuestras tiendas de campaña y dormir hasta otro día para seguir la jornada muy temprano rumbo a San José de Guaymas, le pregunto a Emiliano que de vez en cuando volvía la cabeza mirando al mar con ojos de embeleso: ¿Qué era lo que tocabas con tanto brío?... Una romanza de amor a primera vista — responde con una ancha sonrisa y agrega muy ufano— la romanza de la mar y el peregrino, yo soy el peregrino que se enamoró de la mar a primera vista...

Y en cuanto lo dijo estalló una explosión de risas y se le vino encima un tiroteo apabullante que no pudo esquivar entre las carcajadas y abucheos de los bromistas. ¡Oiganlo al poeta peregrino que se enamoró de volada...! ¡De la verde mar!... ¡Porque al verlo tan galán, se le avalanzaron las strenas como locas para que les diera su autógrafo! ¡Y a como tocabas te enamoraste de la mar hasta el fondo!... ¡Mi novia de ojos verdes es la mar! ¡Mi novia de ojos verdes es la mar!... ¡Y no salías de ahí dale que dale con el gorgoreo!... ¡Hasta que levantó las cuerdas de la guitarra y se le quedaron engarrñadas entre los dedos! ¡Ah, Emiliano, que inspirado!... ¡Ahora lo único que te falta es aprender a nadar para que abrace a tu novia!... ¡La verde mar!... como que suena cursi ¿no?... ¡Hasta mañana trovador!... ¡No se te vaya a ocurrir ir abrazarla tú solo!... ¡Si quieres te presto mi salvavidas!... ¡Hasta mañana a todos!... ¡Hasta mañana, novio de las olas!... ¡Ah, que Emiliano!... ¡Hasta mañana muy temprano! ¡Buena noche!

¡Y vaya si había sido buena... una noche mágica inolvidable!



# El Olor de la Tierra

Otro día muy temprano, con las primeras nubes de la aurora salimos de San Carlos rumbo al puerto de Guaymas, para de ahí enfilarse hacia el valle de San José de Guaymas.

Ya en el camino, en medio del panorama imponente de la campiña y al tomar la carretera de Guaymas, mucho antes de llegar al entronque de las dos carreteras, empezó la vocería señalándome que allá a lo lejos, en medio de las grandiosidades soberanas del paisaje, se divisaba San José como un pequeño oasis verde brillante entre el amarillo cobrizo de los llanos, ese amarillo asoleado rumoroso de la fecunda ilimitada llanura sonoreense, inmensa, prodigiosa, con las ringleras de mezquites vagarosos diseminados por el valle, centelleantes de luz bajo las lumbradas gigantes del estio.

Le dimos una última mirada a la espléndida bahía de Guaymas, a esta tierra de los grandes heroísmos rodeada de montañas bermejas de soberbio aspecto, recorriendo con los ojos asombrados la ondulosa escarpadura de los acantilados que a esa hora temprana en medio de esa luz como polvo dorado que se extiende por los confines y se desliza en el contorno de las cumbres, la cordillera azul cobalto perfilándose en la profunda serenidad del cielo, parece un valladar fosforescente con resplandores de luces vaporosas como una aureola de zafiros centelleantes levantándose en las cumbres, y aquí abajo, entre los riscos de la costa en medio de un horizonte infinito de cimas relucientes la bajamar en

plenitud, la tranquilidad transparencia del mar verde dorado con las primeras nubes amarillas de la aurora y el revolar de las gaviotas a flor de agua; ¡no hay nada más bello y más impresionante en la calma suave y cálida del alba, que este maravilloso espectáculo de la Bahía de Guaymas al amanecer!

No hacía sino unos minutos que habíamos salido de San Carlos y el sol iba subiendo sobre el horizonte, rojo, inmenso, restallante sol de los veranos alumbrando el camino, sazonando la tierra...

Ibamos felices hacia nuevos parajes, hacia nuevas emociones. Ahora encaminábamos el rumbo hacia el viejo pueblo amado de mí más honda raigambre, y hacia ese rincón de la historia de tantas tradiciones.

Sólo se escuchaba en el camino el rodar de la "Austronave" y de vez en cuando los trinos de un tumulto de pájaros voladeros que pasaban como una exhalación interrumpiendo mis pensamientos en la dulce evocación de aquel mar, de aquella costa, de aquella playa y aquel puerto que habíamos dejado atrás, y donde un día, en estos mismos muelles hacia más de cien años, ¡mucho más de cien años!, había arribado un barco de Génova con dos jóvenes hermanos genoveses a bordo, y que luego cuando el barco nuevamente se hizo a la mar, ya llevaba solo a uno de los hermanos, con la mirada triste en la lejanía en el borde altísimo de los acantilados, mirando ávidamente allá en las lontananzas el resplandor dorado de los llanos y el desierto, y el ondulante verde de la bahía como una puerta de luz abierta al Golfo...

Y ahora allí en aquella encalladura luminosa había dejado él toda la infancia, todas las nostalgias del terruño junto al destino de su hermano y que los acompañaran en la estancia, que no acabe nunca de dejarlo la blandura de las voces de la casa paterna y la imagen entrañable de aquel remoto cielo; se habían separado con profundo dolor, como si presintieran que aquel alejarse sería para siempre, que ya nunca jamás volverían a encontrarse ni tornarían ya nunca a sus muelles de Molo Vecchio en el Mediterráneo, aquel lejano puerto de la infancia; que ya desde mañana, en esta tierra de luz inmensa, aquel

amado hermano empezaría a otorgar el diezmo de la transmisión, abonando la senda con nobleza para echar la simiente en tierra nueva como ofrenda de amor...

Tal vez evocando todo esto, aspirando la brisa mañanera, a medida que nos íbamos acercando a las frondosidades luminosas de San José de Guaymas subiendo la pendiente desde donde se descubre el pueblo allá a lo lejos tendido en el fondo del llano, me embargaba un júbilo misterioso, una sensación extraña de alegría y melancolía en una acumulación de ensueños, de reminiscencias, de sentimientos encontrados, tenía el espíritu lleno de divisiones luminosas y en el aire saturado de perfumes trasoja lejanas voces llenas de ternura, y allá abajo en la distancia, creí ver aparecer en un claro de luz bajo la frondas, la silueta del joven emigrante genovés esperando mi llegada al solar, que cruzara la vereda de los garambullos a la entrada del pueblo y me internara en el terruño, aquí, en este jirón del mundo donde él fincó su vida y plantó viñas en su huerto y plantó el corazón y el alma toda, porque su alma tenía grandes y profundas afinidades con el sentir de estas gentes y con la luz de este sol, y así vivió los días apacibles del huerto en este trozo amoroso de su patria pequeñita, hablando con el sol entre las brisas de las viñas, caminando por los fecundos surcos sembrados con laboriosas manos y dulcísima grana, germinando ya siempre y para siempre en la blandura de esta pródiga tierra que amó tanto...

Y creí ver en la leve penumbra verdosa de las frondas, la esbelta figura hermosa y noble de mi padre, ¡Mi padre bienamado! con su frente ensoñadora y sus ojos profundos, junto a su viejo abuelo, el emigrante...



# El Indio y el Mestizo

De pronto, senti el calor muy suave de una mano que se posa en mi hombro, y una voz también muy suave que me vuelve a la realidad cuando pregunta con tierna solicitud si deseo algo, una naranja, lo que sea, y que comprende ese silencio mío, esa emoción callada al llegar al solar de mis mayores...

Luego alguien propone en forma sugestiva, si aquí bajo la arboleda de la Plaza donde acabamos de llegar, y bajo la sombra de los corpulentos árboles, sería bueno detener a la "Austronave" para recorrer el pueblo caminando, y al mismo tiempo que conocíamos bien este lugar donde naciera un Presidente de la República, el Gral. Abelardo L. Rodríguez, nos internábamos en todos los verticuetos llenándonos del color y el olor de esta tierra, y aprovechábamos el paseo. —decía, en un tono de voz muy persuasivo— deteniéndonos por ahí a la sombra de cualquier tupida fronda y aspirando la brisa perfumada comíamos algo, porque ¿desde cuándo no comíamos algo? y agregaba casi sin aliento, ¡como sugerencia no es tan mala onda!

En un instante aprobamos la sugerencia de Alfredo, y ahí junto a la antañona Plaza de San José de Guaymas, a la sombra de un enorme laurel de la India, acomodamos a la "Austronave" que parecía una mariposa deslumbrante en aquel esplendor casi mágico, con los rayos del sol como ráfagas doradas entre el ramaje espeso de los árboles donde rebulle el

viento de la costa, del monte y del desierto que va llenando el aire de fragancias dulces, de madureces olorosas; y luego lo que siempre sucedía, al descender de la "Austronave" el primero en salir fue "Compañero" que arrancó de estampida olfateando por todos rumbos, se detuvo junto a un álamo altísimo y empezó a escarbar la tierra con las patas traseras aventándola por todos lados hasta que se cansó de su juego y se quedó quieto, como embelesado, mirando fijamente las frondas del álamo y cómo el follaje de un deslumbrante verde se esponja con la brisa.

Mientras íbamos caminando en la claridad, contemplando alrededor la arboleda de las huertas y el torrente de luz que se derrama en la espesura, descubríamos el encanto de este pueblo lozano, en medio de la vasta llanura amarilla, incandescente, poblada de cardones y de choyas y de cárdenos fulgores de ocotillos destellando en la soflama entre las zarzas calcinadas de allá afuera, en aquel reverbero de sahuaros y viznagas, de pitahayas y mezquites y donde se oye la voz de los gorriones como un salmo en las doradas praderas sonorenses...

Íbamos felices, caminando despacio, divisando a "Compañero" allá adelante, inmóvil, extasiado con el bullicio de las hojas y el vuelo planeado de los gorriones, nos pusimos de acuerdo para embromarlo y pasamos de largo sin llamarlo, pero él también nos vio con aire indiferente y en vez de seguirnos, tranquilamente reanudó su ejercicio, ladrando con regocijo mientras escarbaba la tierra, por fin oyó el silbido estridente de Luciano y dejó su entretenimiento para alcanzarnos trotando y dando cortos ladridos con las orejas aguzadas, enredándonos a todos entre las mil cabriolas que nos hacían tambalear, demostrándonos de este modo su alegría, su gratitud de perro inmensamente feliz de andar de excursión con los amigos; y seguíamos caminando en el alborozo de la luz donde flotaba en el aire polvillo de mimosas y efluvios de yerbabuena y manzanilla, a veces nos deteníamos junto a las tapias de las huertas festonadas de madre selvas y jazmines, aspirando con delicia aquel aire purísimo, transparente, para luego seguir la caminata entre las frondosidades henchidas de fresca bajo los eucaliptos y los álamos, las higueras y los duraznos, los naranjos, las palmas y las parras espléndidas,

junto a los esponjados arbustos de granados de relucientes hojas por donde se vislumbran las fachadas de las casas, las paredes pulidas por el tiempo olorosas a fruta, y nos llamaban la atención esos pequeños matorrillos de hierbas calcinadas entre las hendiduras de los muros y sobre los tejados de las casas, y hasta brotando en la calle al filo de los pretiles, como si el desierto de allá afuera pugnara por meterse a la fragancia de las huertas.

Más tarde, después de aquel paseo por los contornos, retornamos a la Plaza. Efectivamente, habíamos comido por ahí de las frutas frescas de las huertas y de todo lo que llevábamos en nuestros morrales de campaña, nos refrescamos y bebimos del agua transparente de una fuente, y luego, satisfechos y felices nos tendimos a descansar bajo la sombra de los árboles platicando de mil cosas del viaje, de lo que habíamos visto y aprendido, y de lo que nos faltaba por ver y conocer todavía; por fin decidimos el retorno, cuando empezaba a vencernos la modorra y temíamos que nos rindiera el sueño y quedarnos dormidos como "Compañero", que ronroneaba plácidamente sobre las piernas de su amo.

Camínabamos despacio, disfrutando el delicioso perfume de las huertas que respirábamos con avidez, ensanchando los pulmones al máximo para que nos llegase a lo más hondo, a medida que nos vamos acercando a la Plaza, escuchábamos los acordes de una melodía que alguien tocaba en el piano y parecía que las notas salían de por ahí cerca, desde la ventana de una casa vecina, llegamos a la Plaza y nos sentamos en una banca para continuar escuchando aquel hermoso concierto; saludamos a un anciano de semblante apacible que descansaba en una banca vecina, e inmediatamente hicimos un corro amistoso a su derredor, le platicamos que andábamos de viaje y que la excursión se prolongaría todavía por unos días, que de aquí de San José, saldríamos rumbo a Empalme, pero antes, queríamos investigar algo sobre la historia de este pueblo.

— ¿Usted conoció a don Abelardo L. Rodríguez? ¿Ya sabe que él nació aquí y que fue Presidente de la República?... ¿Usted nació aquí señor, nació aquí también?... ¿Ya sabe que el General Rodríguez fue revolucionario?... Le preguntaban todos con la intención de seguir el interrogatorio, pero el

anciano levantando las manos los detuvo, y divertido, soltando una risa alegre, exclamó:

— ¡Caramba, que bombardeo!... Sí, amigos, nací aquí, — dijo amablemente asintiendo también con la cabeza— en este pueblo, hace justo noventa y tres años, soy tan viejo como esos mezquites centenarios —y paseó su mirada por el grácil ramaje de los mezquites— y estoy más cerca de lo que pasó aquí hace doscientos años, que cualquier otro cristiano. ¿No lo creen así?...

— ¡Claro, como que les lleva casi cien años de ventaja a todos! ¡Entonces sí conoció al General Rodríguez!

— Lo conocí en la infancia... éramos compañeros de juego, él era unos años mayor que yo, pero a mí siempre me gustaba andar tras de él, junto a él en el grupo de los muchachos grandes. Abelardo era el mejor jugador de canicas, de catotas pues, y de trompo, que haya existido en este mundo, ¡de todo el mundo! no nomás de aquí de San José. Era muy travieso Abelardo, de ánimo intrépido y muy independiente, muy inquieto, era un muchacho muy habilidoso, muy emprendedor, hacía papalotes que luego los vendía a los muchachos de "buena posición", él era un muchacho de origen humilde y pobre, siempre andaba descalzo, solamente en invierno por necesidad, usaba los zapatos, constantemente llegaba a su casa aporreado, ensangrentado y con la ropa hecha pedazos, pero las riñas siempre tenían por origen la defensa de sus compañeros menores y débiles, porque eso sí, aunque jamás rehuía los pleitos también jamás los provocaba y no toleraba ser víctima de injusticias ni que lo fueran sus amigos... recuerdo que de niño trabajaba en una herrería ayudando a soplar el fuego con un fuelle de mano... Desde muy niño tuvo que trabajar como lo hacían sus dos hermanos mayores, para ayudar a sus padres a sufragar los gastos de la casa con una familia de once hijos, y por esta causa, Abelardo suspendió los estudios, no terminó siquiera la primaria... más tarde, él procuró instruirse por su propio esfuerzo para llegar a ser un hombre capaz y útil; con una voluntad y energía indeclinable, mientras trabajaba, logró estudiar por correspondencia... Su padre era un hombre de una sola pieza, don Nicolás Rodríguez, era oriundo de Santiago Papasquiaro en el Estado de Durango, y la madre de Abelardo, doña Petra Luján de Rodríguez, nació aquí en San José de Guaymas, aquí se casó en 1876, y

Abelardo nació aquí también en 1889, es el séptimo de los once hijos de este matrimonio extraordinario; su padre era un hombre sin un solo vicio, como no fuera el de trabajar, era un hombre enérgico y decidido y honesto a carta cabal, él junto con un hermano, tenían un negocio de recuas de carga "tren de mulas" que le llamaban entonces, y que transportaba mercancías, en esta forma se ganaba la vida, dirigiendo este convoy que salía desde Durango haciendo un recorrido por Sinaloa y que llegaba a veces hasta Alamos, Sonora, atravesando la Sierra Madre Occidental en la parte más abrupta y escabrosa conduciendo minerales, metales destinados a las fundiciones de Estados Unidos y que luego salían desde Mazatlán, y de este puerto conducía otros productos, tabaco y otras mercancías que llevaba a Nayarit, al Estado de Sinaloa o a Sonora, y así todo el año en este rudo trabajo, atravesando con sus hatajos de mulas la Sierra Madre, por allá a fines del siglo pasado; mientras doña Petra Luján, la madre de Abelardo, atendía a sus once hijos, guisaba, cosía, lavaba, criaba gallinas y hasta ordeñaba dos o tres vacas, era una mujer incansable, enérgica, de gran serenidad y prudencia, una mujer ejemplar, de gran sabiduría y de temple extraordinarios, fue ella siempre la madre comprensiva, la paciente amiga, la que perdona todas las travesuras de Abelardo, y decía que tenía la seguridad de que un día, su hijo sería un hombre útil en la vida... ¿Y saben ustedes qué fue lo primero que hizo el General Abelardo L. Rodríguez al sentarse en la silla presidencial?... Se los voy a decir porque me lo sé de memoria, y decía así: "Mi querida mamá: Quiero que sea mi primer acto y mi primera firma como Presidente de la República, dirigida desde el Palacio Nacional, para ti. No para que te sientas orgullosa de tu hijo, sino para que sepas que tu hijo está orgulloso de ti. Abelardo". —luego de una pausa continúa diciendo casi en un murmullo— hay cosas del corazón que no están en la historia, que no las registran esas crónicas frías... y tal vez serían las que nos dieran la pauta sobre los actos, sobre las acciones de muchos grandes hombres... ¡Qué cosas de la vida! —siguió hablando con voz baja— aquél muchacho que parece que lo veo corriendo descalzo por estas calles...

—¿Y de aquí se fue a la Revolución? quisieron saber todos, que lo habían escuchado en silencio conmovidos por la historia que les relatara el anciano.

— No, no fue de aquí, la familia se trasladó a Guaymas y luego de allí más tarde a Nogales, Abelardo era un jovencito, era un muchacho muy aficionado al ejercicio, al deporte, en Nogales organizó la Novena de Besibol "Nogales", por allá en 1908 tal vez, también quiso ser ferrocarrilero, ansiaba llegar a ser conductor de trenes, pero no lo logró porque padecía de daltonismo, ese defecto de la vista que confunde los colores más usuales en las señales y luces del sistema ferrocarrilero... Abelardo inició la carrera militar allá en Nogales, cuando se incorporó al Segundo Batallón de Sonora al mando del Teniente Coronel Orozco, y con el grado de Teniente, y también por aquella época en que Abelardo desempeñaba el cargo de Comandante de Policía, cuando vino el cuartelazo del usurpador Victoriano Huerta y los asesinatos del Presidente Francisco I. Madero y del Vicepresidente José Ma. Pino Suárez, por aquel entonces — siguió contando nuestro amigo— don Ignacio Pesqueira era el Gobernador Interino y había hecho un llamado al pueblo de Sonora para unirse y combatir al usurpador, fue entonces, en ese momento, que Abelardo presentó inmediatamente su solicitud para incorporarse al Ejército de la Revolución, estando el Coronel Alvaro Obregón al mando de las fuerzas del Estado.

Lo que sigue, ustedes lo deben saber ya, ya está en la historia para los libros de la escuela, que fue Gobernador del Distrito Norte de la Baja California, y que transformó la Baja California Norte en un imperio con un espíritu de verdadero patriotismo, que fue Secretario de Guerra y Marina, que fue Presidente de la República, el más elevado de los cargos civiles a que puede aspirar un ciudadano mexicano, que fue Gobernador del Estado, y en el Estado de Sonora fue fundador de más de 80 empresas que organizó y puso en marcha, algunas tan importantes como las de la Industria Pesquera con la Unión de Armadores de la Industria Pesquera del Pacífico y la Financiera del Golfo de Cortés, de Guaymas, la Vitícola de Santo Tomás, en Santo Tomás, B. C. para intensificar en la región el cultivo de la vid, y varias empacadoras como la del Cabo de San Lucas B.C., estas empacadoras de pescado fueron las primeras en su género establecidas en la República Mexicana, e industrias que empezaron a dar vida económica a Ensenada y la Costa del Pacífico de la Baja California; con la

industria olivalera en la Baja California, en Ensenada, se instaló la primera prensa o planta aceitera de olivos en la República... —el anciano hizo una pausa mirando fijamente a sus oyentes y continuó— estos son los hombres de temple de Sonora, visionarios, benefactores, constructores del progreso que engrandecen a los pueblos; para mí, el General de División Abelardo L. Rodríguez, es más digno de admiración y de respeto por su nacionalismo, por toda esta organización que emprendió en el mundo de los negocios y en beneficio de los trabajadores, su idea de las cooperativas como solución del problema obrero de México, de que debían organizarse cooperativas de producción y de consumo y crearse centros de distribución que dependieran de las cooperativas productoras, todo esto, tiene un gran sentido patriótico, él alcanzó los más altos grados en el ejército y en la política, pero yo pienso, que más que político o que soldado, era un gran estadista, un visionario forjador de voluntades, sus más grandes méritos, sus máximos triunfos, sus verdaderos aciertos estuvieron como constructor en el terreno empresarial, aquí en esta lucha se revela como un gran soldado, como un gran revolucionario en la estructura del progreso...

Después de estas palabras hubo un silencio emotivo, mientras los niños con gesto caviloso observaban y admiraban al anciano sin atreverse a mover un dedo en señal de respeto, "Compañero" abandonó su puesto de observación junto a la "Austronave" allí cerca, y se vino junto al grupo meneando la cola, mirándonos fijamente con mirada escudriñadora sin explicarse a qué se debía aquel mutismo. Bruscamente lanzó un ladrido y fue como si nos volviera a la realidad.

— Señor, ¡qué interesante es la historia que nos acaba de contar!... ¡cómo saben de la historia las personas mayores!...

— Es que ya nosotros los mayores somos el pasado... ya vivimos los tiempos... además, como decía Cicerón, el político y pensador romano, ¿qué sentido tendría la vida humana sin la posibilidad de conectar el pasado con el presente?, algún día ustedes también a mi edad, hablarán en el presente hablando del pasado conectando los tiempos, como buenos hilanderos, o como buenos magos, convirtiendo el pasado en presente. Así se hace la historia, es como volar en el tiempo simplemente repasando los episodios que otros han vivido, es como bordar

en el tiempo con un hilo muy largo y que unos dejan y otros lo toman con la aguja enhebrada... El tiempo es el viento... es el aire... dijo el anciano acariciando sus blancos cabellos como plata recién acuñada.

Todos lo escuchábamos con reverencia, el anciano nos había fascinado con aquel melancólico relato de la infancia, y de pronto, exclamó Enrique con gesto pensativo: El General Rodríguez era un hombre cívico.

— Pues sí... —dijo nuestro amigo— tenía esa virtud cívica de todos los mexicanos, de amar profundamente a su patria.

— Nosotros sabíamos cuánto hizo don Abelardo en Sonora por la educación de todos los que vamos a la escuela, y que hay una Fundación Esposos Rodríguez, que nos dará becas algún día para seguir estudiando una carrera profesional, sabíamos muchas cosas del revolucionario, del Presidente y del Gobernador, General Abelardo L. Rodríguez, pero otras no, como eso de que él había sido tan pobre que no había podido asistir a la Universidad, ¡ni siquiera terminó la primaria!, y sin embargo, ya vemos hasta donde llegó con su voluntad de superarse, y con su propio esfuerzo...

— Pues ésa es la lección, tú lo has dicho, la voluntad de superarse, —dijo sonriendo amablemente el anciano— ojalá hayan aprendido bien la lección, y no la olviden nunca... —y en raptó de entusiasmo exclamó— ¿Por qué no le echan una porra a mi General aquí en su tierra?... Estoy seguro que él los va a oír... Y en cuanto lo dijo estalló la gritería ¡A la una! ¡A las dos! ¡A las tres!... ¡A la vio! ¡A la vaó! ¡A la bim bon bá! ¡Abelardo! ¡Abelardo! ¡rrrá! ¡rrrá! ¡rrrá! ¡Abelardo! ¡Abelardo! ¡rrrá! ¡rrrá! ¡rrrá!... ¡Viva San José de Guaymas! Nuestro amigo se reía soltando unas carcajadas llenas de gozo y "Compañero" eufórico entre aquel bullicio, se erguía y los manoteaba acariciándolos con esas caricias tiernas y bruscas de los perros, aquello se había vuelto un estruendo de alegría fenomenal, y con la risa del sol, con el cálido destello del sol entre los árboles, aquello era el júbilo, el esplendor, la dicha de vivir a plenitud con la derramadura del sol sobre la tierra...

Luego se hizo la calma, y entramos de lleno a los comentarios sobre la historia de los pueblos y de los hombres que engrandecen a los pueblos. El extenso valle de San José de

Guaymas tiene una historia muy interesante—continuó platicando el anciano— aquí estuvieron concentradas las fuerzas republicanas con lo más granado de sus oficiales, Jesús García Morales, Adolfo Alcántar, Francisco Espino, Gabriel y Rafael Angel Corella y desde aquí se movilizaba el ejército contra los franceses; hubo un tiempo en que San José era una comarca más importante que el puerto de Guaymas, este puerto del Golfo de California con un fondeadero considerado uno de los mayores de las costas occidentales de México, donde pueden anclar buques de más de 22 pies de calado... — y súbitamente, se interrumpe y pregunta— a ver, a ver cómo andan en Geografía, ¿o Topografía?, Guaymas es un distrito del Estado de Sonora, muy bien, eso ya lo sabemos, ahora, ¿quién me puede decir cuales son sus límites?

Todos querían contestar al mismo tiempo, pero Alfredo, antes de trastrabarse la lengua de todos tomó la delantera y dijo de un tirón: Al Norte con los distritos de Hermosillo y la Colorada, al Este con los de Suaqui Grande y Cajeme, al Sur con los de Bâcum y Cajeme, y al Oeste con el Golfo de California, la corriente del río Yaqui es la más importante que penetra a su territorio procedente de Cajeme y Bâcum, y desagua al Golfo de California en el Estero de Algodones, este territorio del distrito de Guaymas está ocupado la mayor parte por altísimas montañas y una de las principales montañas es la Sierra del Bacatete, entre el río Mátape al norte y el río Yaqui al sur, y se extiende por los municipios de Bâcum, Guaymas y Empalme, y en un tiempo durante muchos años era el refugio, el Fuerte de los yaquis y donde los "yoris sancoras" no entraban ni en sueños, en este territorio también distribuidas todas las tribus de los guaymas en los pueblos del Yaqui... por aquí en estos alrededores están todos los pueblos de la nación yaqui: Belem (Beene), Huirivis (Wirivis), Rahúm (Rahum), Pótam (Potam), Vicam (Bfíkam), Tórim (Torim), Bâcum (Bajko'om), Cócorit (Kokorit), como si dijéramos, este territorio es más de los yaquis... Luego se quedó mirando a todos, que lo escuchaban con atención, y dijo: ¡No sé que más decir!

Yo diría: ¡Estupendo! eres un gran estudiante, un gran sonorenses que conoce el terreno que pisa... —exclamó nuestro amigo de San José, y agregó con voz calmada— volviendo a

jalar el hilo como quien retoma la aguja para continuar el bordado; verán ustedes que también hubo un tiempo en que como ya dijimos, San José era más importante que el puerto de Guaymas; esta ranchería que era entonces, fue la última misión que fundara el padre misionero Juan María Salvatierra, con el fin de tener un enlace seguro entre California y el continente, de aquí de San José de Guaymas salían bastimentos que enviaba el Padre Kino desde la Pimería Alta para sostener a las otras misiones que fundara en la California, jese corazón de gigante, ese hombre increíble que fuera Eusebio Francisco Kino!, él sabía que ya con la autorización a los jesuitas del Virrey Sarmiento y Valladares en 1697, para la evangelización de California, todo era cuestión de impulsar aquel grandioso proyecto, y así quedó organizado el sistema misional de la península al mando de Juan María Salvatierra, y que al frente de un reducido grupo de personas, algunos de ellos indígenas naturales de Huásabas y de Tepahui, salieron del Yaqui rumbo a la península de la Baja California, quedando establecida en ese mismo año la misión de Nuestra Señora de Loreto, y extendiéndose luego hacia el sur y al norte, la fundación de las misiones; a partir de la misión de Loreto que llegaría a ser el almacén de abastecimiento para la California, los jesuitas fundaron diez y siete misiones en la árida península y una en el continente; ésta última fue la de San José de Guaymas, aquí donde estamos sentados; desde que vivía en la California, el Padre Kino vino algunas veces a esta tierra del yaqui, y él cuenta que solicitó y deseó mucho la conversión de los guaymas por considerarla muy provechosa para la conversión de la California, y que su intento era quedarse aquí en esta región y empezar él las conversiones en los guaymas; acuérdense que les dije que esta Misión de San José de Guaymas en la costa sur, fue el enlace definitivo para el abastecimiento de las misiones de California, porque aquí llegaban las grandes aportaciones de granos de las cosechas de aquellas otras misiones de los ríos Yaqui, Mayo y Fuerte, milpas enteras de "estas tan amenas, tan pingües y fértiles tierras" y cabezas de ganado, que desde la misión de Nuestra Señora de la Concepción del Caborca, de San Pedro y San Pablo de Tubutama, del Valle de San Javier del Bac, Sáric y otras varias misiones de la Pimería Alta, y también de las demás misiones de Ures, Arizpe, Cucurpe, Oposura, Guépaca, Cocóspera, Mátape,





# Las Conchas azules y el Astrolabio

El anciano, mirando a lo lejos las sombras vaporosas de los mezquites, lanzó un suspiro, y como si hablara para él mismo dijo en voz muy baja... Seguir a Eusebio Kino desde la Pimeria, seguirle los pasos de la tenacidad durante más de 20 años en más de 40 expediciones registrando cartográficamente todos los datos geográficos que observaba, en un constante peregrinar por este dilatadísimo norte de la "América septentrional incógnita", es como alzar en el corazón de cada sonorenses un monumento de asombro y de gratitud inmensa a la férrea voluntad de este heroico apóstol de la cultura... Y la generosa absoluta entrega de sí mismo en su misión evangélica, la entrega de su espíritu ferviente de soldado de Cristo recorriendo la agreste inmensidad de estas dilatadas incógnitas tierras, lo demuestra como investigador en aquel manifiesto cosmográfico que envía junto con un mapa al padre provincial Juan de Estrada, y donde le informa del descubrimiento del paso por tierra firme a la California y de que la California no es isla sino península y continente con esta Nueva España; y en sus apostólicas ansias, en su afán de prodigar las bondades de los "favores celestiales" abriendo los caminos y conquistando las tierras dejando las sementeras repletas de frutos, durante su misión de llevar el evangelio, atravesando los rumbos a pie o a caballo, bajo el candente sol de las llanuras sonorenses en el rigor del verano, en un clima tan ardiente, este hombre increíble, este Kino errante, realizó la epopeya más grandiosa haciendo las caminatas más fantásticas que hombre alguno haya emprendido nunca...

Este soldado de Cristo del Siglo XVI llegó a las misiones de Sonora por primera vez y a convivir entre los pimas en el año de 1687, e internándose luego por todo el valle de Sonora fundando misiones, levantando templos y llevando la doctrina cristiana con santo celo hacia todos los confines de esta vasta provincia; atravesando la sierra, la costa y el desierto, penetrando al norte y al poniente y al nordeste, y muy especialmente al noroeste desde donde encontró el paso por tierra a la California, aquel viejo y noble anhelo tan ansiado y que desde aquí, de la Pimería Alta, durante aquel incesante caminar cuando el aliento fervoroso lo llevaba del sur al norte o al oriente o al poniente, desde Oposura a Nuestra Señora de los Dolores, Opodepe, Tuape, Cucurpe, San Ignacio, Santa María Magdalena, San Miguel del Tupo, San Antonio del Uquitoa; luego al norte a San José de los Himeris, y después hacia el oriente a Nuestra Señora de los Remedios y siete leguas después otra vez al norte a Nuestra Señora de los Dolores —su centro de operaciones— en aquel ir y venir incontenible, con su hato de mulas y caballos, y leguas y miles de leguas de camino a campo traviesa recorriendo distancias increíbles bajo los tórridos rayos del sol cayéndole implacables; y luego un día, como dice el misionero en los fabulosos episodios que durante veinticuatro años de permanencia entre los pimas relata en los "Favores Celestiales", en su Crónica de la Pimería Alta; cuenta, que en el año de 1700, y estando él en el pueblo de Nuestra Señora de los Remedios, unos pimas que acompañaban a un Gobernador de cerca del río Grande, le trajeron el presente de una cruz con una sarta de veinte conchas azules y que le enviaba el Gobernador principal de los Cocomaricopas, de ahí de una ranchería junto al río Colorado, y a una distancia del pueblo de Nuestra Señora de los Dolores de 170 leguas al noroeste, e inmediatamente al verlas, pensó, sigue contando Kino, que esas conchas azules eran de la contracosta porque eran exactamente iguales a las que él había visto tiempo antes cuando estuvo en la California, cuando había subido hasta la cumbre del Cerro del Pinacate y había observado que el mar terminaba en el norte y que había paso por tierra a la California, "pesé el sol con el astrolabio, y hallé que aquí este brazo de mar de la California se acaba en 31 grados de altura..." para luego seguir adelante el misionero entre deslumbramientos, como entre resplandores de alucina-

nación... "pesé el sol con el astrolabio, y nos hallamos en 31 grados 10 minutos..." y sigue el hombre caminando con celo infatigable, ya no se detiene, siempre adelante, con el viento del desierto que lo empuja, para él no hay camino inaccesible, el horizonte se ensancha cada vez más y para él no hay límites, sólo rumbos.

Este hombre espléndido atraviesa el desierto llevando la cabeza desmelenada y el sol como una aureola con todos los rayos de su luz en la frente serena, ya nada lo detiene, él hace los caminos sobre los matorrales entre la bronceadura de los cerros, camina y camina con toda su alma, con toda su inteligencia y con todo su espíritu, ya nada podría detenerlo desde que viera aquellas conchas azules y que serían como una revelación, como un raudal de luz y que lo lleva hacia el rumbo señalado, hasta el remate de aquel brazo de mar, a la juntura de esta tierra nuestra con la de California, y ya con la fuerza de la convicción de que es una península y no una isla, porque allí estaba la unión del caudaloso río Colorado que junto con el río Grande o río Gila "de la parte del poniente desembocan en el remate de la mar de la California"... Nuestro amigo de San José de Guaymas hizo una pausa en el relato para decir: es increíble cómo se graban las cosas cuando lo que bien se aprende es cierto que jamás se olvida, yo puedo recitar textos enteros de lo que lei hace más de medio siglo, por ejemplo de todo esto que les estoy contando, y que dijo Eusebio Francisco Kino, de cómo fue que encontró ese brazo de mar —y dice: "... porque en esta entrada el 11 de marzo estando yo diciendo misa en el referido desemboque del río Colorado en compañía del padre rector Manuel González, me salía el sol por encima de más de 30 leguas de mar del remate deste brazo o seno californico, y juntamente desde el mismo desemboque al poniente teníamos a la vista otras más de 30 leguas de tierra continuada, y otras tantas al sur y al sudoeste, y muchas más al norte y al noroeste y nordeste, conque esta mar no sube al norte..." Y siempre, siempre fulgurando en el fondo del horizonte aquellas conchas azules... "Porque los naturales más cercanos a ese desemboque, así quiquimas como cutganes, coanopas, ahora y en otras ocasiones nos dieron varias conchas azules que sólo se dan en la contracosta y en la otra mar del sur, por donde viene la nao de China..." "Porque

tuvieron mucha razón de poner la California península y no isla los mapas antiguos y algunos modernos, entre ellos mi padre maestro de Matemáticas en la Universidad de Ingolstad, mapa universal que para en mi poder... Este mapa, que lo traje conmigo a las Indias y hasta a estas nuevas conversiones, con su tratadito e instrucción o explicanda, pues es cosmográfico, geográfico, hidrológico y orográfico y náutico y geométrico, pone muy bien la California, no isla, sino península."

Y en 1701, desde Nuestra Señora de los Dolores le escribe la carta siguiente al padre visitador Antonio Leal, "Acabo de llegar, gracias al Señor, con bien de mi peregrinación o entrada por tierra firme a la California, que de ida y vuelta, en un mes y cinco días, desde 3 de noviembre hasta 8 de diciembre, caminé 400 y tantas leguas. Entré 30 leguas de camino de California, pasé el río Grande o de Gila y el grandísimo río Colorado o río del norte en una balsa en altura de 32 grados."... y sigue diciendo Kino, "quedaba ya descubierto este tan contradecido, pero ya muy cierto, paso por tierra a la California, pues la mar no subía a esta altura de 32 grados, y se acababa su remate diez leguas más al sur y sudoeste"...

Y efectivamente, ya descubierta la referida entrada a la California, se inició aquel proyecto tan noble de apoyar desde Sonora la conquista y conversión de aquella estéril comarca, y que el padre Kino desde aquí, de San José de Guaymas, puso en acción inmediatamente, enviando toda clase de ayuda... "aunque algunos ponían la dificultad de los calores y otras ocupaciones, puse al instante por obra el que llevásemos las 200 reses que daba esta Misión, Tecoripa y Hiaquí, y las acompañé y ayudé a sacar en persona hasta a Tuape, por junto. Y después, por noviembre, de vuelta de mi entrada en los herraderos, dieron los demás partidos un buen número de reses, que fui hasta Matape, camino de 50 leguas, a despacharlas a la nueva estancia del Hiaquí, para que de dicha estancia pudiesen sacar los padres de la California la carne, sebo y manteca que hubiesen menester, pasando también el ganado a ple a la California, según se necesitase y los tiempos diesen lugar. El partido de Oposura dio 100, y 1000 cabezas de ganado menor que se compró en Hiaquí a trueque de ganado mayor. El partido de Ures dio otras 10 reses, y 100 el partido

de Cucurpe, 60 con alguna caballada dio el partido de Guepaca y 70 el partido de Guepaca, 50 el partido de Arispe y otras cantidades las demás Misiones. Y con esto acabamos el año de 1700."

Pero sigue el caminar, el eterno trajinar abriendo los nuevos caminos predicando el Evangelio, porque en cuanto afirma el paso y emprende la marcha desde Nuestra Señora de los Dolores, haciendo jornadas increíbles de miles y miles de leguas hacia los cuatro puntos cardinales y "bajo la fuerza de los soles", de este sol imponente de Sonora de rayos abrasadores, él sigue adelante con su Evangelio caminero, siempre vehemente, siempre adelante convirtiendo almas en medio de la luz... y así llegaría hasta aquí en una primavera, aquí mismo a donde estamos sentados..." "... en la tarde, salí de Nuestra Señora de los Dolores para San José de Guaymas... Vine con brevedad de ocho días, estas cien leguas de camino desde Nuestra Señora de los Dolores hasta San José de Guaymas y puerto de la mar de la California en las últimas y algo más despobladas 50 leguas deste antecedente no muy andado camino... Cuando, en 2 de abril, llegué, gracias al Señor, con toda prosperidad a San José de Guaymas, hallé que el P. Francisco María Pícolo había pasado a negocios a las cercanas misiones del río Yaquí. Los hijos de San José de Guaymas, que eran más de 500, y unos hablaban de lengua *pima* y otros la lengua *seri*, me recibieron con todo agasajo... pero la precisión de haber de volver con la brevedad posible asistir a esta misión de Nuestra Señora de los Dolores, me estorbó aquella ida, y vino a San José de los Guaymas el padre Francisco María Pícolo, a quien con muy grande consuelo mío, como tanto deseaba, conocí de vista, y por su insinuación, catequicé y bauticé muchos de ellos y a catecúmenos naturales, pues los más hablaban la lengua *pima* y eran *pimas*, como los desta dilatada Pimería, que el padre rector Adamo Gil solía llamar la Pimería Alta. Con estos ministerios y con dar vista a los lindísimos acomodadistmos puertos: el uno tenía el corral de las reses tan inmediato, que desde el mismo corral se podían embarcar vivas para pasarlas a la muy cercana California... Habíéndome estado con muy grande consuelo mío cuatro días con el padre Francisco María Pícolo, y conferido del buen socorro que desde estos cercanos puertos con facilidad se

podían enviar a las nuevas Misiones... despidiéndome de su reverencia y de los padres de aquí, y de los muy queridos hijos y naturales de San José de Guaymas, tomé la vuelta para esta Misión de Nuestra Señora de los Dolores."

Y ya de vuelta a su queridísima Pimería Alta, más tarde, nos mandaría desde allá y entre varias dádivas, un hermoso lienzo con su marco dorado con la bellísima imagen de San José, y que luego sería colocado por el padre Francisco María Picolo en el altar mayor de la nueva iglesia de San José de Guaymas. Todo esto sucedía en 1704.

Y esta es la historia de esta región maravillosa de inmensos y magníficos litorales, de este valle de la llanura costera del Golfo de California y de esta bahía de Guaymas descubierta por Francisco de Ulloa un 16 de Septiembre de 1539, y luego visitó don Francisco Lucenilla en 1668, y que luego exploró Juan Bautista de Escalante en 1700, y luego visitada por el padre Juan María Salvatierra en 1701, y luego después, en 1703 por Francisco María Picolo; y por fin Eusebio Francisco Kino, caminando leguas y leguas a través de los montes y el desierto entre esa luz calcinada de los cielos y los vientos, centelleante y soberbia, llegó el misionero hasta la costa verde, y un día un 2 de Abril de 1704, con el camino iluminado por una primavera y en el fondo del horizonte la fascinación de unas conchas azules, llegó hasta aquí, hasta San José de Guaymas, con un cargamento de brotes henchidos de primicias, de frondas de membrillos, de granados, de higueras y duraznos, de priscos, de melocotones y de parras... y que el húmedo viento de la costa las llenaría de frutos algún día, para provecho de "los muy queridos hijos y naturales de San José de Guaymas..."

Y como siempre que terminaba de hablar el anciano, enmedio de un silencio emotivo, impresionadísimo por el relato, por el magnetismo que el anciano le imprimía a las palabras, nos sentíamos poseídos por una sensación de magia sin podernos desprender del pasado, sin atrevernos a volver a la realidad, seguidos por una procesión de imágenes y atraídos por aquel arrobamiento, parecía como si el tiempo se hubiese detenido, si no fuera que de pronto, nos sorprende un en-

jambre de gorriones que se desprende de las ramas de un eucalipto y emprende vertiginoso vuelo hacia el radiante sol del mediodía.

Y fue en ese instante que seguíamos el bullicio de las alas, que Enrique aprovechó para preguntar.

— ¿Y qué es un astrolabio?

— Un astrolabio... —y aquí me detengo para solicitarle al anciano que al menor titubeo él continuara, pues ya nos había dado muestra de su erudición, de sus muchos conocimientos en las artes y en las ciencias, mientras nos contaba las fantásticas experiencias de su andar por el mundo allá en su juventud, cuando él era marino— y ya con su aprobación, emprendo más tranquila lo del astrolabio, de que se trataba de un instrumento con el que antiguamente se tomaba la altura de los astros, se calculaban las horas, y también el astrolabio servía para mediciones topográficas, y geodésicas, es decir la determinación de la hora, de la latitud, del lugar, de la dimensión y la forma de la tierra, en fin, el astrolabio se usaba ya en el Siglo II de la era Cristiana por los griegos, los astrolabios eran de varias formas y tamaños, algunos los llamados *redondos* eran una media esfera hueca en que estaban señaladas algunas estrellas y el Zodíaco, otros eran de metal, cartón o de madera, o de vitela es decir de pergamino, y eran esféricos o planos y en ellos estaba representada la esfera del firmamento con las principales estrellas, tenían además una serie de aditamentos, limbos o armellas graduadas y alidades con pinulas, es decir una tablilla de cobre horadada, o bien, agujereada, perforada verticalmente, que sirve en los instrumentos geométricos y astronómicos para dirigir visuales, y estos aparatos se manejaban colgándolos por un anillo que tenían, y por medio de una alidada con sus pinulas por donde se dirigían las visuales o se recibía un rayo luminoso del astro, leyendo los ángulos en un limbo graduado: que seguramente así lo hacía el padre Kino, que era un gran cosmógrafo que había estudiado e impartido la cátedra de las ciencias matemáticas en la Universidad de Ingolstadt, en Alemania...

Y naturalmente que se vino un huracán de comentarios en un interrogatorio donde me pude haber llevado un escar-

miento o una condecoración, como un beso o una flor por ejemplo, pero todo resultó una vehemente y amigable discusión sobre el astrolabio y donde nadie tenía la certeza de nada, y entre la risa general, la risa prolongada del anciano era la más alegre.

— ¡Qué aparato más complicado, decían los muchachos— lleno de armellas y de pínulas y esas alidadas!... diríamos que prácticamente la aplicación del astrolabio es lo que ahora sería el de un teodolito o un telescopio como el de la N.A.S.A....

— ¡Exactamente!... más o menos...

Y después de los muchos comentarios que provocara la descripción de cómo era y para lo que servía el astrolabio del padre Kino, y sobre los relatos de los sucesos históricos de San José de Guaymas que nos contara nuestro amigo y que los muchachos comentaban con elocuencia que conmovía al anciano, cuando repetían a cada momento: ¡qué historia formidable la de este pueblo! y nuestro amigo, que con su semblante bondadoso los escuchaba complacido mirando a uno y a otro, de pronto alza la mano y haciendo tronar los dedos con impaciencia exclama: ¡Se me acaba de venir a la memoria un episodio también muy interesante, y que tuvo lugar en este pueblo!... si tienen tiempo, y desean escucharme —decía señalando con el índice hacia la "Austronave" allí bajo las frondas, mientras "Compañero" reposa a la sombra mirando de soslayo todo lo que pasa a su alrededor. Y no acababa de hablar nuestro amigo cuando todos a un tiempo asienten regocijadamente: ¿Que si tenemos tiempo?, decían, ¡pues si tenemos toda la vida por delante! ¡Pues como yo también! exclamó el anciano con igual regocijamiento, ¡vámonos al pasado! y luego les pregunta: ¿Qué saben ustedes del indio Cajeme? ¿Saben cuál era su nombre de pila?

Y como un disparo de cañón todos contestaron que se llamaba José María Leyva y que había sido un cacique de la tribu yaqui.

Sí —dijo nuestro amigo— ése es el nombre del cacique, algunos creen que nació aquí en San José de Guaymas, otros que nació en Hermosillo en 1837, y mientras se ponen de acuerdo en estas lides de los acontecimientos que devanan la madeja del tiempo, porque esa recopilación acumulada de

episodios es la historia ¿verdad?, y reconstruir el pasado es seguirle la andanza al tiempo ¿no es cierto?, pues mientras se ponen de acuerdo esos hilanderos del tiempo, el indio Cajeme les diría en su lengua: *¡Inepo ne tua hiaqui...: Tetako'om biakttu yeutometek... In yo'owe aem!* que quiere decir, "Yo soy de abolengo yaquí... La madre de mis abuelos... nació en el Tetacomiate..." ¡Si gustan les recito todo el poema en yaquí y luego les hago la traducción al español! —propuso el anciano con una sonrisa adorable. Y en una vocinglería de verano con el sol derramándonos encima todos los rayos de su luz y aspirando como pájaros en vuelo la brisa olorosa a manzanilla, hojaseñ y yerbabuena, y casi sin resuello y todos a la vez, le pedimos que prontamente y con toda el alma lo queríamos escuchar, y nuestro amigo entre aquel vocerío infantil, muy entusiastamente comenzó a recitar en voz alta, primero en nuestra lengua y luego brotando las palabras en rítmica resonancia en la lengua del legendario cacique yaquí.

... (faint, illegible text) ...

... (faint, illegible text) ...

... (faint, illegible text) ...

# El Niño de Mazocoba

## Ma'azokobapo

### Ju'u Ili Us'si

Yo soy de abolengo yaqui  
La madre de mis abuelos  
nació en el Tetacomblate.  
Mi cuna era de carrizos  
y mi choza de mezquites.  
Aprendí a bailar la danza  
en el regazo de mi madre.  
Cuando bebía en su pecho  
jugo de pèchilas frescas,  
Y mi padre me tejía  
ténavaris de capullos

¡Ay! ¡Pascolita, pascolita!  
¡Ay! ¡Coyotito de mi alma!  
Voy hacerte una sonaja  
del corazón de un sahuaro  
Cinturón de cascabeles y  
¡pezuñas de venado;  
El tamboril del arrullo  
de una paloma torcaza,  
Y una flauta haré del trino  
de un pájaro enamorado...  
¡Como las cañas del río así  
ondulará mi niño!...  
¡Mi niño de Mazocoba!

¡Ay! Sierra de mis amores  
¡Dónde estará aquel venado  
de las pezuñas de viento!  
¡Cómo jugábamos juntos!...  
Subíamos el crepúsculo

*Inepo ne tua hiaqui  
tetako'om biaktiy yeutomtek  
in yo'owe aem  
ba'akamne makakan  
ju'upam ne karekan  
ye'e yl'itwa mastak  
nim ae betuk jlapsakal  
ataapo jakwo je'ekal  
stari ba'awa ju'upa ta'akam  
intok in achay utwutuan  
tene boim*

*A fili pasko'ola, pasko'ola!  
A fili to'i in naqueud  
Hupulal sena'azon ne enchi  
[ya'art bay  
um sauwo jlapsipo  
Akame ri'ijutiam intok  
[ma'azo sutum  
Uzyo'oly kubaje jlaway  
palomata bulka jlaway  
intok huepul cu'ustapo  
[jlawayta ne ya'one  
senu wikit senuk watame  
Ba'aka wikolmea une chokin  
[ne utwutuan  
Ba'ajewata into a'apo  
[sawuken  
In ayampo nam totoan  
chokim jalkim ko'okam  
um in ae tapo  
in achay wok o'otam  
ma'ala mechata tachirtaka*

en una randa de luna,  
siguiendo el curso armonioso  
del río de las estrellas  
Yo ensartaba los luceros con

¡mi flecha de carrizo,  
y él cabrillaba la brisa  
y las echaba en mi bule...

¡Cuántas soguillas de estrellas  
en el pecho de mi madre!...  
¡Qué ténavaris de luna

en las piernas de mi padre!...  
¡Ay Sierra de Mazocoba...!  
¡Dónde andará aquel venado!

*¡benasi teneboek*  
*ay u ma'azokoba kawl*  
*wa'a ma'azojakurza weama*  
*Jaisa une yof sana batwepo*  
*im*

*¡us'si ¡unuen nasbobotene*  
*ma'azokoba im il us' si*  
*a kawl nakuwame*  
*wa'a ma'azo jakurza tua*  
*fuwama*

*Jeka sutukame*  
*nasite jaisa yeyeweri*  
*maukapo tachiria tenau*  
*¡¡ajamuk*

*Ma'ala machata taobialchi*  
*bo'ota usyoly si yastiwanta*  
*¡¡ajasekal*

*Batwepo une chokim*

Después, ya estábamos en el escenario de los hechos históricos, que el padre de Cajeme se llamaba Francisco Leyva y era de Huirivis, y la madre se llamaba Juana Pérez y era de Pótam, yaquis de raza pura. De cuando José María, apenas un niño, era sirviente de la casa del prefecto don Cayetano Navarro, Jefe de la Guardia Nacional de Guaymas, que este hombre era un rico hacendado español, y dueño de un próspero rancho por el rumbo del cerro Tetas de Cabra, y que, tal vez fuera en ese tiempo que José María, de muy clara inteligencia, haya aprendido nociones de lectura y escritura en casa de este español, porque en aquel entonces, ningún niño de raza indígena, solamente los niños yoris, asistían a la escuela.

El anciano sigue contando, que por esa misma época en Guaymas, en la otrora Villa de San Fernando de Guaymas, en 1852, le tocó presenciar a José María el arribo del navío "Archibald Grace" con el desembarco de la soldadesca francesa del Conde Raousset de Boulbon; y entre los jóvenes de la "amodorrada y somnolenta villa" que contemplaba con asombro el despliegue de tropa extranjera que el pueblo recibía tan animosamente, porque ignoraba las intenciones del pirata, entre aquel grupo de muchachos lugareños, se encontraba el joven indio observándolo todo con la mirada fría y penetrante,

*NOTA: Poema de la autora. Traducción a la lengua yaqui por Gertrudis Valencia Bakaseewa.*

mirando con desprecio, embargado de un sentimiento profundo de ancestral rebeldía, el atentado violento, el alarde de armas y pertrechos de guerra de las tropas militares extranjeras, marchando por la tierra de sus mayores, caminando esa chusma de mercenarios aquí sobre su propio suelo, y ante la presencia sorprendida y confiada de este pueblo suyo, ancestralmente suyo, que no alcanzaba a comprender a ciencia cierta lo que sucedía a su alrededor, y aclamaba con entusiasmo la insolencia del enemigo y al remedo de soldados que acompañaban al iluso farsante aventurero, que llegaba con amplios poderes de agente diplomático, de representante de rufianes, de los banqueros Jecker Torre y Compañía, habiendo firmado en México, el alevoso convenio sonoreño, en nombre de la Compañía restauradora del Mineral de Arizona, el viejo fundo llamado La Arizona o Planchas de Plata, cerca de la misión de Sáric; y efectivamente, con 240 aventureros franceses que contrató en San Francisco, desembarcó en Guaymas y se dirigió con todas sus artimañas al pueblo de Sáric dizque para tomar posesión de la minas, y aquí mismo arteramente, desplegando una bandera francesa ante sus tropas proclamó la independencia de Sonora y lanzó un manifiesto a los sonorenses para que lo siguieran en su intriga... lo demás, ya lo saben ustedes, su insolencia, sus proclamas infames, las continuas entradas y salidas del territorio de este fantástico trotamundos en los trámites de apelaciones absurdas, para realizar el proyecto de colonizar con franceses el Estado de Sonora, y su altanería su insaciable ambición que incluye el atentado de traficar el territorio y de anexar esta tierra a los Estados Unidos, que "inconteniblemente se expandían de este a oeste"... Como ven, un personaje de opereta el Conde Raousset...

— ¡Maldito rufián!... ¡Gastón Raousset de Boulbon, hasta el nombre lo tiene de farandulero!... ¡Deveras que era un trotamundos el condesito!... ¡Pero aquí en Sonora se le extraviaron los pasos para siempre!... Se oían los comentarios de los muchachos seriamente indignados con el filibustero.

— Bueno, pero olvidemos al arrogante aventurero, porque la historia que nos interesa es la de un verdadero hombre, el caudillo yaquí José María Leyva, dice el anciano, que lo interrumpe para seguir contando: Y es en el segundo arribo, y el último del filibustero francés a Guaymas, en 1854, que el indio

Cajeme a los 17 años, por primera vez toma las armas como soldado y entra en campaña en la defensa de Guaymas, formando parte del Batallón Urbanos, del cual es Tte. Coronel su antiguo patrón don Cayetano Navarro. Jose Maria Leyva como soldado, como guerrero que ya nunca dejaría de serlo el indio Cajeme hasta su muerte, fue testigo emocional de todos aquellos acontecimientos de la heroica defensa de Guaymas; desde la invasión de Raousset al territorio, tomando parte activa en la derrota de las tropas extranjeras, el 13 de julio de 1854, demostrando el temple de su espíritu, la fortaleza indomable de los hombres de su raza, al lado de valientes como el defensor de la plaza y jefe de las Armas de Sonora, General José María Yáñez, luego también cuando irrevocablemente perdido el conde Raousset, comparece ante aquel juicio nobilísimo, aquel consejo de guerra que lo sentencia a muerte y donde se le otorga la libertad a los "soldados" del nefando Batallón francés, y por fin presencia el desenlace, la culminación del triunfo con el fusilamiento de Raousset de Boulbon aquel 12 de agosto de 1854, en aquel llano centellante cercano al fortín del muelle, en la orilla del mar de Cortés, por donde había huido la pequeña goleta "Belle" con algunos prófugos de la banda de los sublevados, abandonándolo a su suerte. Así pues Cajeme, inicia su carrera de soldado empuñando las armas en defensa de la patria. Más tarde, el guerrero yaqui pasaría un largo trecho de su vida con la misma causa liberal defendiendo al orgullo de su tribu, aquí, sobre estos mismos llanos...

Volvió Cajeme siendo muy joven, la época azarosa en medio de las convulsiones políticas con el país agitado por las continuas revoluciones de aquella época de la Guerra de Reforma en que los liberales pugnaban por destruir la dictadura y el filibusterismo de los Estados Unidos amenazaba desbordarse por todo el territorio. Y este indio yaqui de espíritu indomable, que amaba la libertad y la justicia, defendía a la patria con lealtad. Estuvo en pie de guerra como soldado al servicio de las fuerzas liberales que lucharon en favor de la Constitución de 1857; como soldado del Batallón de Sonora de reclutas indígenas pimas, ópatas y yaquis, tomó parte en el combate de los Mimbres y la derrota de las tropas reaccionarias por las fuerzas liberales al mando del general Ramón Corona; formó

parte del regimiento del general Ignacio Pesqueira, Gobernador de Sonora y Jefe de las Fuerzas del Ejército, combatiendo en la toma de Mazatlán durante la violenta y sangrienta ofensiva contra los reaccionarios en el memorable sitio del 3 de abril de 1859, cuando la plaza fue tomada a viva fuerza y los soldados de Pesqueira se arrojaron a la balloneta sobre los fortines del enemigo; después del triunfo, el general Pesqueira regresaría a Guaymas en el vapor "Santa Cruz", entre el grupo de las fuerzas que lo acompañaban venía Cajeme, y en este mismo puerto, fue dado de baja. Al llegar al terruño nuevamente, los hombres de su tribu se encontraban alzados, para contenerlos el Gobierno del Estado mantenía un reducido batallón de soldados en El Médano, en la desembocadura del río Yaquí, voluntariamente, Cajeme se presentó y formó parte de esta fuerza para combatir a los rebeldes, pero el destacamento se retiró a Guaymas sin poder resistir el enfrentamiento por el gran número de los sublevados.

Las contiendas en Sonora parecían no tener fin, el Estado resentía los álgidos momentos de la Guerra de Reforma, y los disturbios políticos internos se agudizaban provocando nuevas revueltas, por un lado los apaches continuaban asaltando al territorio que mantenía aterrizado, con el saqueo de los pueblos fronterizos que dejaban convertidos en hogueras, asolando comarcas enteras con sus espantosas matanzas y robos; los indios yaquis y mayos en abierta rebelión con las autoridades, en alguna ocasión atacaron a San José de Guaymas y fueron perseguidos con fuerza armada y derrotados en la batalla de La Aguilita; esta era la deplorable situación turbulenta, inestable, que encontró Cajeme a su regreso de Sinaloa; el Gobernador Pesqueira, con el asedio del partido gandarista levantado en armas, tuvo que enfrentarse a las hostilidades y combatir nuevamente a los partidarios del caudillo de la revolución, don Jesús Gándara, que hacía un año, primero en la memorable batalla del Bajadero, y finalmente en El Saucito en 1858, lo había derrotado y éste había muerto en acción de guerra; al responder Pesqueira a esta nueva agresión de los conservadores, Cajeme serviría en sus fuerzas como cabo de artillería, y ya un tanto restablecida la paz, fue dado de baja.

Por un largo tiempo, Cajeme desaparece y se pierde en la encrucijada de los días sin horas, en ese lento nubloso transcurrir de la existencia sin pena ni gloria, hasta que en 1867 aparece otra vez ya marcados los dos perfiles del hombre, el de su naturaleza y el de su destino.

En 1867, circunstancias diversas propiciaron la aparición de nuevas insurrecciones y todo se conmovió, nuevamente se desata el huracán de la guerra con el alzamiento de los yaquis y la represión del Gobierno en la campaña más terrible que se haya emprendido contra la tribu —algunos historiadores se refieren a esta matanza en el río Yaquí, como la masacre de Bâcum— en las fuerzas que el Gobierno del Estado puso al mando del Coronel Próspero Salazar Bustamante, Cajeme tomó parte en la embestida, como Jefe de un guerrilla de caballería, ya que sus conocimientos del terreno y las costumbres de las gentes de su tribu, su astucia y su valor, le permitían prestar importantes servicios en esta sangrienta lucha de combates y desastres para los indios perseguidos con verdadero encarnizamiento; en 1868 terminó la batalla, no la sumisión devota de los yaquis, y Cajeme ascendió al grado de Capitán en recompensa de los servicios prestados al Estado, otorgándosele el mando de una Compañía de 100 hombres.

Luego otra vez en la soledad del silencio, un lapso de tiempo suficiente para rehabilitar el espíritu, para escrutar la conciencia. ¿Qué es esto que al primer golpe de vista parece una traición?... tal vez sea esto la verdadera tragedia, esa sombra terrible inexplicable que lo persigue, encontrarse frente a frente con el destino y lamentar el destino, él prestó su apoyo a los opresores contra su propia tribu, y es lo que se llama un despreciable Toroyoquí, lo que los hombres de su raza llaman al canalla traidor que los combate sirviendo al Gobierno, y él no podía estar jamás contra el destino de los de su raza... hasta entonces había sido un soldado sin honor, un mercenario instruido para el combate y nada más... ¡Y él era un hijo del sol con el espíritu lleno de resplandores, independiente, radiante, símbolo de la verdadera libertad como todos los hombres de su raza!

Y pasa el tiempo, y llega aquel mediados de 1873 en que

tienen lugar las elecciones para el siguiente período gubernamental, cuando Carlos Connat Maldonado se pronuncia en contra de la reelección del General Ignacio Pesqueira, y se levanta en armas en el sur proclamando la reforma a la Constitución de Sonora de 1872; y cuando se movilizan las fuerzas del gobierno en la persecución de los alzados que atraviesan la Sierra Madre refugiándose en el vecino territorio de Chihuahua, Cajeme se incorpora a la tropa al mando del coronel Salazar Bustamante en su marcha rumbo a Alamos, y toma parte en aquella expedición como Capitán de caballería, a las ordenes de Jesús Arnavisca. Terminada esta campaña, Cajeme fue enviado a Cocórit con la comisión de dar de baja en este pueblo a los indios que habían tomado parte en ella. Y esto sería el principio del fin...

El gobernador don Ignacio Pesqueira se retira provisionalmente en una de esas ausencias intempestivas y prolongadas de su larga, larguísima administración de más de 34 años de absolutismo, y el vicegobernador don Joaquín M. Astiázarán lo substituye; y es entonces, en 1874, recién vencida la revolución de Connat, que Cajeme fue nombrado Alcalde Mayor del Yaquí, tomando en cuenta para esta estrategia política, que Cajeme tenía merecimientos suficientes habiendo dado pruebas de adhesión militando en las fuerzas del gobierno, y muy especialmente se deducían augurios de paz, considerando beneficioso que la influencia de un jefe de la misma raza con dotes suficientes para dominarla y mantener pacífica a la tribu al mismo tiempo que permanece incondicionalmente adicto al gobierno, era sin lugar a dudas, la determinación más acertada. Sin embargo no se calculó el peligro, o subestimaban su origen, o no oyeron el silbido del viento que anuncia el huracán... El caso es que un resplandor tremendo deja ver el otro perfil del hombre.

Su pueblo tenía que ser gobernado por un cactique de su raza, y completamente armado y en pie de guerra, la sangre entra en campaña. Para fines de 1875 la tribu se había rebelado encabezados por el indio Cajeme contra el gobierno, contra el régimen de los Pesqueira, y en este momento del gobierno del coronel José. J. Pesqueira, primo del General Ignacio Pesqueira, que al encontrarse temporalmente imposi-

bilitado por la Constitución para prestar su candidatura en el momento de iniciarse la campaña para llevar a cabo la renovación de los poderes, nombra el General Pesqueira a su primo el Coronel, para que tome su lugar. El Congreso declara triunfador al Coronel Pesqueira y el General asume responsabilidades como Senador y Vicegobernador. Así de sencillo, y así las cosas, era pues, el régimen de los Pesqueira. Para ese entonces, ya no sólo eran rumores de una insurrección de los yaquis, se habían levantado abiertamente, como arrebatados por un huracán, y no daban tregua, obstinadamente avanzaban con la amenaza de propagarse por todo el Estado; era tal el temor que inspiraba el indio Cajeme al frente de su tribu, que el gobernador Pesqueira, haciendo a un lado los graves compromisos políticos del momento, con la rebelión que acaudillaba don Francisco Serna, se resolvió a emprender personalmente la campaña en el río Yaqui y marchó a Guaymas con 500 hombres para hacer frente a la embestida del cacique; llegó hasta la Pitahaya y se apoderó de las lagunas, el único depósito de aguas antes de llegar al río Yaqui. Cajeme, que al frente de una numerosa escolta de guerreros bien armados llega a la Pitahaya un poco más tarde, al no poder posesionarse del agua, se repliega a poca distancia hacia la cordillera del Bacatete. Pesqueira le hace algunas ofertas a Cajeme antes de romper la hostilidad, y donde le propone que debe someterse y evitar la batalla; y el indio Cajeme, con los pies bien firmes sobre la tierra, sobre esta tierra suya por milenios, desdeña la propuesta y hace regresar a la embajada del gobernador, con una respuesta digna de un guerrero de su tribu: "Diga usted al Gobernador Pesqueira que no me someto y que lo espero para el combate."

Cajeme perdió esta batalla. Sin embargo la lucha no había sido estéril, después de un combate sangriento donde Cajeme fue derrotado con un considerable saldo de muertos y heridos, con fervor redoblado el espíritu de la tribu permanecía altivo, apoyado en la fuerza de la razón, nunca como entonces había estado más unida en contra de las leyes de los yoris, de las conspiraciones, cartas y tratados de ignominia que ambicionaba la posesión de su territorio. Desde la época del capitán Diego Martínez de Hurdaide en 1610, la tribu mantenía una cruenta lucha por su autonomía, cayendo y levantándose

como en un viacrucis, cada vez que se amenaza contra este derecho de defender las tierras de la tribu, se encendían las hostilidades con represalia feroz y sanguinaria; como en 1740 con la rebelión de Baltasar, de Bernabé y de Juan Calixto, caudillos muertos por defender este derecho, y muchos años después en 1825 Juan Banderas, también muerto el caudillo de la tribu ejecutado por las fuerzas del gobierno.

Ahora sería el turno de Cajeme, "el que no toma vino, el que siempre está sereno, el que tiene poder, el que no escapa de la realidad yaquí de cada día", y que le tocara vivir esos momentos de las dudas finales en medio de una atmósfera política turbia en todo el país, donde en todo se notaba el desconcierto que delataba la inestabilidad de la República y la inconformidad, la incertidumbre, alteraba los ánimos de la provincia con su ya enorme carga de conflictos; y en medio de este ambiente hostil y recalcitrante, hubo el Caudillo que vencer grandes dificultades para reconciliar y acoplar los intereses divergentes y las aspiraciones contradictorias de la tribu y el gobierno. Fue una tarea prolongada y difícil que costó ríos de sangre defender la autonomía, el territorio de la tribu, complicada al mismo tiempo por las disputas sobre los límites del territorio yaquí entre los vencidos y los vencedores, a más de enfrentar los desacuerdos internos por inconformidades, que no faltan traidores y perjuros de los de la misma tribu, y que llegan a la ignominia en su afán de venganza por viejos resentimientos y rivalidades contra el Caudillo yaquí, resquemor que se apagaba temporalmente, mientras duraba el apasionamiento de la batalla. Y fue aquí donde demuestra su temple, gallardo como un león en acecho, astuto y soberbio, enseña la casta de valiente. Porque aquí en este terreno Cajeme era la tempestad, se le respetaba por su valor, su voluntad, su astucia y su fuerza temeraria que se arroja como torrente de fuego contra el yorí, porque estaba reconocido que en la guerra era más temible que un tigre y más soberbio que un águila que sube y se remonta a horizontes magníficos y alcanzando las cumbres se lanza al precipicio, se levanta y se hunde y vuelve a levantarse en el vuelo turbulento en un ardor de acción incontenible...

Y le llegó el tiempo de luchar por la reivindicación de su pueblo, la derrota de la Pitahaya no sería más que el principio

de la guerra y finalmente la consolidación de la tribu, cuando se unifica para seguir la voluntad del Caudillo, cuando se reorganiza y se levanta la nación de los Ocho Pueblos del Río Yaqui, independientes del dominio de los yoris, independientes por sus leyes y autoridades propias, defendiendo la integridad de sus territorios, y cuando esta organización se extiende hasta el río Mayo y Cajeme gobierna y afianza su fuerza como Capitán General de los Ríos Yaqui y Mayo, cuando al fin ya fortalecido el ánimo y la confianza, con la administración de justicia en cada pueblo en manos de sus Alcaldes y Gobernadores, y la organización de su propio sistema de Contribuciones y de gobierno, que provocó el desconcierto del Gobierno del Estado que veía sustraída a sus finanzas buenas sumas; en esos momentos, la tribu estaba lista y nuevamente podía manifestar su tenacidad a la menor provocación, tomando una determinación altamente patriótica y digna, si hay la necesidad de combatir y defender el territorio yaqui, —ese Estado dentro de otro Estado que repudiaba entonces don Porfirio Díaz— y como hubo que hacerlo finalmente la tribu, con la heroica resistencia en el fuerte del Batachive en los desfiladeros de la sierra del Bacatete, el baluarte inexpugnable de la tribu. Esta acción de guerra, es el resumen de la trágica historia de un pueblo que lucha hasta vencer o morir en defensa de sus derechos. La masacre del Betachive, mejor conocido por los yoremes como Buitsak-Buajem, y la heroicidad de los yaquis, es apenas comparable a la heroica resistencia de los aztecas en el trágico sitio de Tenochtitlán.

Y la represalia feroz contra el indomable yaqui, después de la heroica hazaña del Añil desde la muralla del sol, aquel triunfo de Cajeme en el Añil desde aquella inexpugnable trinchera de varas en el interior del Valle, en la margen izquierda del río por el rumbo de Vicam, donde Cajeme mantenía el fuerte de la tribu en un foso gigantesco cavado a propósito en el centro mismo del monte, un extenso círculo ardiente en la escabrosa espesura del bosque y resguardado por una maciza empalizada de gruesos troncos firmemente clavados en la tierra, fortificación de extraordinaria estrategia militar, con el acceso de agua del río cercano como a 800 metros por un camino cubierto hasta el río y que Cajeme había hecho construir y abasteciendo el fuerte con suministro de

armas y abundante provisión de víveres y ganado suficiente para resistir un sitio el tiempo que fuera necesario. Y desde este formidable valladar de gruesos maderos clavados en tierra en medio de la ardiente feracidad del monte, se llevó una de las defensas más hábiles y audaces sobre las tropas enemigas, con armamento de batallones y cañones y el ataque por todos los flancos de los soldados de las columnas militares federales y estatales, al mando del General Bonifacio Topete; desde esta fortaleza se trabó con ellos una encarnizada batalla, los audaces combatientes del fuerte se defendían con rabia con la bravura guerrera del indio, toda la artillería y las técnicas del ejército yorí se estrellaron ante el valor de los yaquis en un incesante combate, arremetiendo con ímpetu y furia entre nubes de flechas contra la colosal superioridad numérica de las tropas federales, que no alcanzaban a ver los movimientos del enemigo entre la tupida empalizada, y la rociada de flechas que les cercaba por todas partes y salían zumbando de allá de la muralla.

La furiosa embestida de los esforzados guerreros de la tribu, con Cajeme que tenía a su cargo unos de los puntos de defensa, pusieron en retirada al enemigo completamente vencido, con la columna del ejército federal destrozada totalmente. ¡Cajeme!, sólo pronunciar su nombre provocaba un pavor indecible... El Caudillo de la tribu yaquí no era un guerrero sin bandera, con su grandeza de ánimo luchaba por un causa justa y esto lo hacía más temible.

Después de esta victoria, Cajeme tramitó conventos ante el Gobierno del Estado, ofreciendo la paz y proponiendo someterse a condición de que las fuerzas del ejército fueran retiradas inmediatamente del territorio yaquí, y se respetara la autonomía de la tribu con su gobierno independiente y el tratado de no agresión del territorio yaquí, no se pretendía dividir el terreno por codicia, solamente que se establecieran los límites de derecho con una división de territorio y propiedad, respetando el dominio de la tribu. La propuesta se consideró totalmente inadmisible, y por respuesta se exigió a los sublevados que se sometieran entregando las armas y solamente concediéndoles la garantía de respetar sus vidas e intereses, quedando a voluntad del Supremo Gobierno, lo que tuviera a

bien determinar respecto a ellos. Condiciones que no fueron admitidas por el Cacique de la tribu, porque su guerra era por la tierra y por el pan que da la tierra.

Viene una pausa de calma forzada cuando las tropas del gobierno sorprendentemente empiezan a retirarse, la tribu confía en que es el triunfo definitivo, que por fin había recobrado sus terrenos, pero sólo se trata de una tregua para reanudar la campaña fermentándose la guerra para después de las lluvias y quedando el territorio yaquí en estado de sitio. Cajeme, a cuya penetración nada se ocultaba, receloso, lo sabe. Mientras tanto se aprovecha el aplazamiento y se llenan las parcelas de semillas, se hace acopio de ganado, de pólvora, de arcos y de flechas. Con los blancos, nunca hay que estar al descubierto.

Se acercaba el momento de renovar las hostilidades, y Cajeme hacia acopio de energía. Con su vigorosa y vibrante vehemencia, con su decisión y voluntad inquebrantables, se esforzaba por mantener en alto el espíritu de rebeldía de la tribu del Mayo, indecisa entre la guerra y la paz, agobiados con las fatigas de una larga y penosa guerra y por las graves necesidades que padecían con medidas arbitrarias, como negarles la más mínima garantía sin permitirles mantener ningún tráfico con el resto del Estado; finalmente convencidos, estimulados con la determinación del ánimo encendido, inalterable, de sólidas convicciones de Cajeme incitándolos a la batalla, se pronuncian por continuar en la lucha. Por ese mismo tiempo, Cajeme recibe una embajada de buena voluntad proveniente de Guaymas, proponiéndole al jefe de la tribu negociaciones en beneficio de la paz bajo la obediencia del gobierno y de las leyes. En Pótam se celebra la reunión de los gobernadores de los Ocho Pueblos, mientras tanto Cajeme se mantenía cerca, retirado en la espesura, los gobernadores manifiestan que están dispuestos a someterse y se redactó una acta en que se hacía constar, al irse a firmar el acta, Cajeme mandó pedirla con sus ayudantes, y un momento después, al frente de una considerable tropa, ocupaba la gran Plaza del pueblo; dirigiéndose a los gestores de Guaymas acompañado de su Estado Mayor, les manifestó que aprobaba la decisión como un acto de voluntad de la tribu, y al pedirsele que estampara su firma en el acta, contestó con aquella

firmeza que tenía tan acreditada: "Mi palabra tiene tanto valor como mi firma y siempre han hecho la paz los pueblos sin firmar ni el papel más insignificante" Y concluyentemente sin darle mayor mérito, con esta magnífica respuesta se dio por terminado el asunto.

Jamás pasó por la imaginación de ningún miembro de la tribu someterse incondicionalmente, sin que fuera revocado aquel asunto pendiente sobre las tribus de los ríos Yaquí y Mayo, asentado en la Constitución de Sonora... eso de que las tribus de los ríos Yaquí y Mayo "no gozarán de los derechos de ciudadanos sonorenses, entre tanto conserven la organización anómala que hoy tienen en sus rancherías o pueblos, pero los individuos de las mismas tribus que residan en las poblaciones organizadas del Estado, tendrán expedito el ejercicio de dichas ciudadanías"... ¡Como partir el corazón de la raza en dos mitades! y cuando los han necesitado, los hombres de la tribu no han sido más que carne de cañón para sus propósitos. Definitivamente, no se puede transigir con las leyes voraces y alevosas de los blancos. Lejos de aceptar la paz en las condiciones desiguales que se les proponían, y convencidos pues, de que el gobierno estaba enteramente resuelto a sujetarlos a toda costa bajo el dominio de sus leyes, resueltamente, Cajeme como siempre íntegro en sus convicciones, con esa sagacidad suya y ese círculo asombroso, activó los preparativos de guerra reforzando sus fortificaciones, escondiendo en las quiebras de la sierra todo el ganado, la semilla y el armamento que se pudo acopiar, estableció en Rahúm su cuartel general, y puso una fuerza de avanzada sobre la Pitahaya para vigilar al enemigo.

En los desfiladeros de la intrincada Sierra del Yaquí, a 1300 metros de altura y en la imponente cumbre del Bacatete a 1100 metros sobre el nivel de; mar, está la soberana atalaya de los yaquis, de culto y respeto tradicionales entre los miembros de la tribu y ahí se encuentra la fortaleza del Batachive, en el centro de un ardoroso valle rodeado de la belleza de las cumbres soberbias, un valle de mezquites con un pequeño manantial y la reverberancia del sol en los contornos formando acantilados de luz, aquel valle amurallado por la fosforescente escarpadura como círculos concéntricos de fuego, parecía allí en medio del abismo incandescente, como si brotara del

mismísimo seno del sol. Una larga y escabrosa cordillera llena de vericuetos que corre de sur a norte, era la barrera de resguardo, el punto de apoyo en el fondo de la fortificación, luego se iba ensanchando en una curva hacia la derecha, al frente y a la izquierda, formando una concavidad muy pronunciada cuyos extremos se apoyaban en la cordillera, y con los macizos de cerros que se entrecruzan y que Cajeme mandó enlazar por medio de fuertes muros de piedra y que servían como sólidas trincheras, aquel sitio natural del Batachive como un laberinto cercado de alturas, resultaba un baluarte casi inexpugnable, una fortificación absolutamente inconquistable, y el lugar sagrado de la tribu, elegido como el refugio de las familias; niños, mujeres y ancianos, siempre tan venerados, tan dignamente respetados por la tribu y que había que proteger de la espantosa persecución de los yoris, de las inclemencias de la guerra, guarnecidos allí en el Batachive escoltados por un destacamento de guerreros. Fue aquí pues, en esta trinchera en el interior del valle, la masacre, la matanza inhumana de los yoris, cuando la tribu defendiéndose con rabia mientras quedara un solo hombre, dio muestra del más sublime sacrificio donde se enaltece la grandeza de su espíritu defendiendo su libertad, su independencia, su tierra prodigiosa del Yaquí, el hogar bienamado, la tierra de sus mayores, iluminada con sus bosques, sus montañas y las vastas llanuras entre la resonante turbulencia de sus ríos...

Y en este atrincheramiento del Batachive en las cumbres del Bacatete, lloró el sol. Aquí fueron aniquilados los niños, las mujeres y los ancianos y silenciados los bravos flechadores, vencidos por el hambre, la miseria y la peste, y no por los cañones del numeroso destacamento de soldados federales, no por ese vivísimo fuego de metralla casi a boca de jarro. La plaza se rindió por las calamidades de las plagas y el hambre, cuando se consumieron las reses y los carneros y tuvieron que alimentarse con los caballos y los burros cuando la peste causaba más estragos que las balas. Y luego, los que sobrevivieron, después de haber superado heroicamente todos los obstáculos, subieron los mártires hasta las cumbres de la sierra a refugiarse en el corazón del sol para que el sol llorara con ellos su gloria y su desgracia... Sin embargo, los valientes no entregaron las armas, Cajeme era perseguido sin descanso

entre las encrucijadas de la sierra, por las profundidades de los bosques y entre los barrancos acantilados de las marismas, el león fiero no estaba sometido, se le temía más que nunca a su entereza, a su sentido de la equidad, y con razón; sabían que los sublevados serán inflexibles, que en medio de la carnicería horrible, el indomable espíritu de independencia de su raza era capaz de levantarlos de un río de sangre para seguir luchando cuerpo a cuerpo...

Y pasaba el tiempo, estamos en 1886, año en que se desangra a la nación yaqui, y la cacería demasiado atroz parecía no tener fin. La tribu se dispersó y dio a huir y se defendía heroicamente con la grandeza de ánimo de su raza, animados del mismo espíritu de justicia. Las mujeres y los niños yaquis jamás lloran. Sin un solo lamento en medio de la aflicción, arrastraban su miseria en constante vigilia, desnudos, enfermos, hambrientos, huyendo y escondiéndose de las columnas expedicionarias del gobierno, internándose en la sierra, o de bosque en bosque, o guareciéndose en las márgenes del río, acorralados con saña despiadada por los soldados con la orden de matar a cualquier individuo de la tribu que se encuentre en el camino, así embestidos y cazados como fieras "uno a uno, no quedará ninguno", y la consigna era respetada y cumplida en toda su iniquidad, la orden era ejecutada con vigor matando por igual a los hombres, a las mujeres y a los niños. Pero Cajeme no aparece, se le busca sin descanso por todos los confines y con todas las fuerzas del gobierno persiguiéndolo, es en vano, no aparece; el águila ha subido otra vez a remontarse alcanzando las cumbres en el vuelo turbulento apoyado en la fuerza de su espíritu, tan firme y tan poderoso como la fuerza del sol; y a las alturas suyas, a esas alturas superiores de dignidad, del hombre de nobleza que ama a la tierra más que a nada y la defiende con la vida, nadie puede alcanzarlo...

Y aquí —continuó contando nuestro amigo— en este pueblo vino a refugiarse el caudillo de los ríos Yaqui y Mayo, aquí estuvo en San José de Guaymas, y al fin aquí sería aprehendido, de aquí fue escoltado hasta la cárcel de Guaymas, y de ahí lo llevaron a los muelles para abordar un vapor de guerra mexicano, un cañonero, el "Demócrata", ¡qué ironía!

y en el cual fue conducido hasta la costa del Yaquí y navegando por las márgenes hasta cerca de Cócorit, al norte de "El Médano" en la desembocadura del río Yaquí, para que el padre río se llevara en la torrencera la última mirada; y allí, precisamente allí en el estero de "Las Cruces", quedó el indio en el corazón de la tierra, en zona sagrada de sus mayores mirando en la lejanía al Imponente Ten-ja-wei, al cerro "Boca Abierta" por donde entra el alarido del viento, lumbre pura del sol que se avalanza en torbellinos y zumba en espesura de los bosques y silba como lenguas de fuego cruzando las fértiles praderas del Yaquí, el Ten-ja-wei, por donde pasa el viento del Bacatete... Era la mañana del Abril de 1887. El sol lo llama. Cajeme, sereno, digno, inalterable, recibió la muerte y escaló a otras alturas allá adonde no alcanzan las pastiones de los hombres... Ese día las tórtolas dejaron de cantar llorando en los mezquites y el sol lanzaba flechas de fuego sobre el llano... Cajeme era de fuego, del linaje del sol como los hombres y las mujeres de su tribu. Son los hijos del sol... de allá vienen y allá tornan...

Cajeme, que jamás claudicó de sus convicciones libertarias, no se hace cargo de la humillante deportación de los yaquis, transportados como bestias, golpeados, lacerados, hambrientos, y vendidos como esclavos a las plantaciones henequeras de Yucatán o en las tabacaleras del Valle Nacional, no se hace cargo de arrostrar la felonía de las prácticas genocidas que se realizaron contra su tribu de 1902 a 1908, cuando las patrullas militares obrando con la mayor injusticia, empezaron la espantosa cacería por todos los caminos acerbillando a los yaquis y a sus familiares perseguidos en los montes como liebres, y asesinados, o capturados, hombres, mujeres y niños, eran vendidos por igual, y cuya ganancia de sesenta y cinco pesos por cada esclavo yaquí, se repartía entre los captores y la Secretaría de Guerra y Marina. De estas felonías de los yoris, de su abyecta conducta de blancos de cultura superior, ya no se hace cargo el Caudillo de la tribu porque ya lo habían matado y fue a juntarse con el sol en la ribera del torrente, en la embocadura murmurante de su río, durmiendo por fin el largo sueño, sereno, sin fatigas, entre los resplandores de su valle...

Y queda viva la imagen del Caudillo y las proezas guerreras

de la tribu yaquí. Un corazón valiente vivirá más allá de los tiempos. Cajeme realizó la misión que había de cumplir y cumplió como lo que era. Un indio yaquí. Así pasaron los hechos, o por lo menos así dice la historia que pasaron.

Para mayor conocimiento del por qué de las acciones de los hombres, la historia también debiera analizar el sentimiento, el corazón humano. A veces la historia lo condena, al cacique yaquí, con el estigma de traidor, se apresura a descubrirlo en flagrante delito de traición y se le culpa de ignominia, de cacique opresor casi feroz de su tribu, por egoísmo, por ambición desmedida, y se olvidan de la grandeza del hombre, del Cajeme en la cumbre del drama, de lo grande y esplendoroso de aquella dignidad.

Y esta es la historia de este pueblo. Terminó el anciano, sonriendo y mirando a los muchachos con semblante placentero y amable.

— Señor, —decían todos, con voz emocionada— ¡gracias por todo lo que nos ha contado... fue muy grato escuchar la historia de los tiempo pasados! ¡Gracias por su amable hospedaje a estos forasteros y que andan de pueblo en pueblo conociendo la historia de su tierra!... ¡qué honor haberlo conocido a usted, somos sus amigos para siempre!

— Yo también soy su amigo para siempre, y yo también les doy las gracias por haberme escuchado, los viejos ya volamos con las alas del tiempo, vivimos del pasado en el pasado, es lo único que podemos decir con seguridad que existe para los viejos, ¡y hacia tanto tiempo que no hablaba de estas cosas, que lleva uno aquí en el corazón! ¡Gracias amigos, por haberme escuchado! Vuelvan pronto y ¡buen viaje a Empalme!...

Salimos de San José de Guaymas en un atardecer lleno de luz. Le dimos una última mirada a los viejos paredones de las casas y a las tupidas frondas de las huertas, mientras una bandada de pájaros nos abría el camino y parecía que nos llevaban prendidos en las alas con hilos invisibles. La "Austro-nave" caminaba lentamente rumbo a Empalme, y los muchachos con los ojos relampagueantes de alegría no se cansaban de repetir las sensaciones del viaje en una profusión de emocionantes comentarios sobre los sucesos de San José

de Guaymas, y de la gentileza de su amable narrador no tenían fin las palabras de alabanza, y mientras ellos repasaban la historia, el sol borbotando en las lomas alumbraba el espacio y la llanura escarlata refulgía alrededor en resplandores de alucinación. Sonora es un milagro de luz. Es la luz más transparente que ojos humanos hayan visto. La claridad del aire y el esplendor del cielo son aquí cosa común, como respirar. Esta es la tierra de los pájaros y el sol, en la agresividad del paisaje sonorenses todo es pájaros y luz en el espacio, hay que verlos al caer de la tarde, la tumultuosidad enloquecida de luz lanzándose en oleadas en aquel cegador deslumbramiento del sol de las llanuras... las inmensas y pródigas llanuras de Sonora... ¡Sonora...! ¡palabra fulgurante llena de resonancias! Quizá ya habíamos caminado 20 minutos en aquel atardecer maravilloso, sobre un campo de binoramas con el sol allá a lo lejos como rosa escarlata centelleando en las lomas, entre un luminar de nubes encarnadas que se extienden invadiendo todo el espacio... Andar por los caminos de Sonora, recorrer las vastísimas distancias en el deslumbramiento, ya sea en la abruptez de las montañas oliendo el viento de la cumbres sobre las rojas crestas pedregosas, ya sea por la infinita sabana de fúlgidas praderas resoladas, o entre el retumbo de las cañadas refulgentes, o el resplandor azafranado de los montes, o entre la umbría de los bosques o por los barrancosos soberbios roquedales de los acantilados entre el estruendo de las olas, por donde quiera que vayamos, en el encendimiento de los valles, las cumbres imponentes o el desierto grandioso de Sonora, siempre iremos afortalados por una lontananza azul cobalto como dentro de un círculo infinito, persiguiendo los cerros sin alcanzarlos nunca, en un alucinamiento, porque a medida que avanzamos se nos van alejando, como si camináramos sin avanzar en medio de un laberinto gigantesco de remotos y ondulantes horizontes de picos y de cimas neblinosas, fantásticas, grandiosas; por donde quiera que vayamos recorriendo los caminos nos cautiva la fascinación del paisaje... ¡Y las gentes de esta tierra dondequiera que llegues te convidan del diezmo con las manos cargadas de primicias...

# Y el Tren que corría sobre la ancha vía...

El caso es que sentíamos cada vez más agradable el frescor de la marisma y era que de pronto ¡Allí estaba Empalme, ya estábamos en el pueblo de los ferrocarrileros!. A la entrada del lugar, centro ferrocarrilero eminentemente obrero, nos recibe una máquina, una pequeña locomotora, el ferrocarril Num. 70 con una leyenda impresa en un costado "Ferrocarriles de Sonora" Partida Táctica Militar. Anderson Clayton.

El siglo XIX es el siglo del Ferrocarril, y la historia de la construcción de las primeras vías férreas en territorio de Sonora, abarca un interesantísimo resumen en una serie de concesiones otorgadas a compañías extranjeras que datan desde 1850 y se inician con la solicitud de D. Hipólito Pasqueir de Doumartín ante el Congreso de Chihuahua "solicitando tierras en propiedad a favor de inmigrantes europeos que ofrecía traer a dicho Estado" solicitando también la autorización para construir tres líneas férreas en jurisdicción chihuahuense, la primera, partiendo de la frontera de E.U.A. a la frontera del Estado de Sonora; después de algunas prórrogas a dichas concesiones, se dio por terminado el asunto no dando lugar a la pretendida colonización y establecimiento de ferrocarriles en el Estado de Chihuahua. El segundo intento para la construcción de un ferrocarril en el Estado de Sonora, le corresponde al español D. Alejandro José de Atocha en 1854, con una vía férrea que partiendo de Cd. Juárez u Ojinaga terminara en el puerto de Guaymas uniendo a los Estados de Chihuahua y Sonora, y también caducó este proyecto que

canceló la Secretaría de Fomento dos años después. El tercer esfuerzo lo intentaron los señores Francisco Potts y Francisco Macmanus y Socios en 1858, obteniendo una concesión de la Legislatura de Chihuahua con "Permiso exclusivo y perpetuo para construir un ferrocarril en territorio del Estado, "interoceánico", entre los paralelos 29° y 31° de latitud Norte, adjudicándoles a título gratuito cinco leguas a cada banda de la vía férrea de los terrenos baldíos que atravesara: en donde tuviera que atravesar terrenos particulares o municipales la empresa podría ocupar además del tramo de ruta los terrenos necesarios para sus establecimientos; pero si la travesía se verificaba por el ejido de algún pueblo o por labores de riego, la empresa sólo podría ocupar una faja de cien varas por cada lado de las paralelas, previa indemnización; de los terrenos de dominio público quedaba autorizada la empresa para tomar, sin estipendio alguno, los materiales de construcción necesarios y los que procedieran de propiedad municipal o particular debería pagarlos por su precio; la maquinaria, equipo y materiales que introdujera al Estado quedaban exentos de derechos locales y municipales..." e igualmente, se deroga este decreto por la Secretaría de Fomento del Gobierno Constitucional en 1859, que en el artículo 7° dice "que el Estado se obliga únicamente a cumplir dicho decreto en cuanto alcancen sus facultades legales y como es incuestionable que sobre la Constitución no las tiene para conceder privilegios, aún con el nombre de permisos exclusivos, ni para ceder terrenos de propiedad nacional, ni para exceptuar del pago de impuestos que corresponden al erario federal, es claro que tampoco las ha tenido para expedir un decreto que substancialmente se contrae a hacer esas concesiones..."

Es interesantísimo seguir la secuencia de las negociaciones legales que se llevaban a efecto entre las autoridades de los Gobiernos y los concesionarios extranjeros para construir estas nuevas vías de comunicación en los terrenos que debía atravesar el camino y trazar la explanación, el asiento de la vía para tender los carriles, sospechando estos visionarios del progreso el prodigioso desarrollo que con estos nuevos medios de locomoción rápida había de tomar semejante proyecto. Y de concesión en concesión, una nueva disposición de la Legislatura chihuahuense expedida en 1859 otorgó concesión al

general Angel Trias, o a la compañía que organizara, "con pleno poder y autoridad para penetrar a cualquiera tierras adyacentes de la propiedad del Estado con el objeto de tomar tierra, piedra, maderas y otros materiales de construcción... de un ferrocarril que penetrando a territorio de Chihuahua por la frontera oriental, siguiera a Ojinaga o Ciudad Juárez y de allí hasta el puerto de Guaymas o a cualquier otro del Golfo de California..." (Ferrocarril Kansas City, México y Oriente). En las gestiones del general Trias ante el Gobierno de Sonora con el propósito de obtener igual concesión de las autoridades locales, hubo una larga demora a consecuencia de la guerra civil y el alzamiento de la tribu yaqui y que al fin le fue aprobada por la Legislatura Sonorense el 5 de Marzo de 1861. El general Trias "marchó a los Estados Unidos de América a impulsar la colocación de acciones" pero la Intervención Francesa y el Imperio lo obligaron a presentarse al Gobierno Federal con su carácter militar, siguió adelante con sus propósitos, en 1865 el Gobierno del Estado le amplió el plazo otorgándole una nueva concesión para construir el ferrocarril que debería unir a los Estados de Chihuahua y Sonora. Y sigue una larga cadena donde cada eslabón es una nueva concesión, Mr. H. Witleing Presidente de la Compañía y concesión que caduca en 1866. Mr. Julius A. Skitlan 1869, concesión para construir una vía férrea de Guaymas a Paso del Norte, fracasó también... nueva concesión a Mr. James Eldrege 1872, para construir el soñado ferrocarril del puerto de Guaymas a la frontera septentrional del Estado, pasando por Hermosillo, y dos ramales, uno en Ures y otro en Alamos, también caducó el proyecto a los dos años por falta de cumplimiento del concesionario... nueva concesión otorgada a Symon y Ferguson 1881, (y que sirvió de base a la construcción del Ferrocarril de Sonora) para construir una vía férrea que partiera de la ciudad de Alamos y terminara en el puerto de Yavaros, naturalmente se declaró la caducidad correspondiente... Luis Huller 1887, obtiene autorización de la Secretaría de Fomento para construir un ferrocarril que partiendo de Tijuana B. C. terminara en puerto Isabel, Sonora, y dos ramales, uno del punto anterior a Magdalena a entroncar con el Ferrocarril de Sonora y otro de esta población a Cd. Juárez a enlazar con el Ferrocarril Central Mexicano... Y una nueva concesión para la construcción de otro ferrocarril que partiendo de Guaymas, fuera a concluir en

Alamos, atravesara la Sierra Madre Occidental y fuera a ligar en Chihuahua con el citado Ferrocarril Central, con un ramal de Alamos a Agiabampo...

Así pues, la concesión inicial otorgada al Ferrocarril de Sonora fue en el año de 1877 siendo los concesionarios D. Roberto Symon y D. Ferguson, las obras de construcción se inician en 1880, y en 1881 se hizo el recorrido de los primeros 10 km. y en el mismo año se inaugura el tramo entre Hermosillo y Guaymas, "el último riel del Ferrocarril de Sonora se clavó al sur de Nogales en 1882". Años después el Ferrocarril Sud Pacífico de los E.U.A. se hace cargo totalmente de esta concesión que se otorga para llegar hasta Guadalajara, Jal. y este Ferrocarril del Pacífico de México que corre de Nogales, Son. hasta Guadalajara, y en el cual todos hemos viajado alguna vez, hace un recorrido de 1762 km. La historia de los ferrocarriles de Sonora, —que se cuenta aquí fácilmente en tres minutos— lleva ya un tramo de casi siglo y medio de tiempo transcurrido... Y aquí estamos ahora en el clímax de la historia, en el Empalme, de donde parte el ramal a Guaymas, en este punto de la impresionante geografía sonorensis, en pleno valle del yaqui, donde se embona el último eslabón para que se abra la brecha en el camino, la ruta abierta al destino de Sonora, en el mismo lugar donde se unieron las dos vías en 1905 y que haría el fabuloso recorrido por la ruta del Pacífico en aquellas máquinas de vapor con locomotoras atronadoras, con calderas y chimeneas que lanzaban llamaradas y bocanadas de humo espeso y que cruzaban los campos y los desfiladeros avanzando violentas, trepidando, rugiendo como dragones furibundos amenazando al viento... en aquellos tiempos cuando entraba el tren en la estación de cualquier pueblo, la locomotora anunciaba su arribo triunfal como una fiesta, entre sonoros tañidos de campanas y entre una algarabía de vibrantes silbidos como ronda jubilosa de flauteros... ¡Lástima que los niños de este fin de siglo ya no hayan disfrutado de este emocionante y fantástico espectáculo, mil veces más romántico y fantástico que la centella de un Cohete en el espacio!... ¡Y qué cosas de la vida! fue aquí también en Empalme, en este pueblo de los hombres que abrieron los caminos en la tierra, eminentemente ferrocarrileros de tradición, donde la N.A.S.A. estableció una estación rastreadora para la subida del hombre a

la luna.

Llegamos a Empalme a la puesta del sol, a esa hora que ilumina el cielo de la tarde una luz escarlata en el poniente, como un reverbero de bronce derramado por todo el horizonte. Entramos al pueblo y todo brillaba alrededor, un olor penetrante a miel silvestre y albahaca, a rosas y a jazmines embalsamaba el aire, íbamos lentamente recorriendo las calles asomándonos ansiosos buscando los tejados, una puerta, una ventana en la fachada de las casas, y sólo veíamos flores y flores y más flores! como si camináramos por un campo florido en primavera, por donde quiera que miráramos solo había cascadas de flores sobre las tapias festonadas de madre selvas o de sanmiguelito, y nos envolvían espirales de bugambillas soberbias, incandescentes, y que se desbordaban de los muros como gigantescas lumbraradas, nos asombraban al pasar el esplendor de los laureles púrpura, opulentos, cargados de flores, bamboleándose al borde de la calle entre las ráfagas del aire de la marisma; íbamos extasiados sin creer lo que veíamos cuando descubríamos en el fondo de algún patio el esplendor de un florido naranjal, o cuando allá entre el bullicio de las flores alcanzábamos a vislumbrar rostros gentiles, de sonrisas y voces alegres que nos daban la bienvenida; y seguíamos caminando en la hermosura por las calles rutilantes en el ocaso de aquel día maravilloso, donde a cada paso reverberaba una amapa florecida y se nos venía encima una cascada de flores amarillas, por estas calles de Empalme donde todo es sortilegio, encantamiento, y todo nos deleita en esta tierra perfumada... y donde seguramente la influencia de su suelo, la luz de esta región maravillosa vuelve a sus habitantes los seres más amables de la Tierra... Y así caminando en aquel deslumbramiento, llegamos a la puerta de la casa de la querida maestra Amparo Abitia, antes de tocar la puerta, nos quedamos contemplando en torno la belleza increíble de un minúsculo jardincillo, deleitándonos con el bermellón de las rosas que a esa hora parecían una aglomeración estelar de esferas fosforescentes... La querida maestra nos recibió con los brazos abiertos, esta amable mujer, inteligente y bondadosa, nos decía entre sonrisas que nos esperaba desde por la mañana, que todo estaba listo para que esa noche descansaran los viajeros como príncipes, le contamos que habíamos

salido tarde de San José, y que la demora se debía a que ahora en Empalme nos habíamos entretenido gozando de la hermosura de sus calles. ¡La ciudad Jardín del Noroeste, como la conoce todo el mundo! Exclama, ¡y ya verán cómo se divierten en el pueblo! va diciendo mientras nos lleva con gentileza al comedor, hablando entusiasmada del banquete que nos esperaba en la cena con los camarones gigantes de Empalme, frescos y jugosos de la pesca de ese día y llenos todavía del perfume del mar. Al poco rato, "Compañero" salió a la calle nuevamente a retozar a sus anchas bajo el dosel transparente de un cielo acribillado de luceros, mientras nosotros, confortablemente instalados en el comedor, prolongábamos la sobremesa escuchando emocionados la voz pausada, conmovedora, de dulcísimo timbre de maestra, y que contaba la historia apasionante de este pueblo vigoroso enclavado en la llanura costera del Pacífico, de hombres rectos y mujeres afanosas, admirables... mientras hablaba toda ella se iba iluminando, la nostalgia transformaba sus gestos, en la serena sonrisa y la mirada bondadosa de sus ojos había una claridad maravillosa, y nos extasiaba con su voz apacible, con su mirada suave, tranquila, mientras nos platicaba cuando todo esto —y extendía el brazo como abarcando la distancia— era sólo una inmensa sabana de choyas y sahuaros y esos árboles y arbustos de un verdor increíble que crecen espaciados, airosos y señeros, como retando al sol y al viento feroz de esta llanura sofocante y salitroso, pleno de actividad y entusiasmo de hombres en la faena abriendo la brecha del progreso... Y nosotros le hacíamos preguntas, y le exponíamos con vehemencia la enorme sorpresa que tuvimos al llegar, creyendo que en el pueblo de los ferrocarrileros, en vez de flores, lo hallaríamos atestado de locomotoras y vagones, máxime cuando sabíamos que aquí en Empalme están los Talleres del Ferrocarril del Pacífico, y en vez de martillazos que retumban, y máquinas que rechínan, y mil ruidos destemplados y estridentes, y olores penetrantes de acero y combustible entre un aire turbio y maloliente, encontrábamos un jardín maravilloso, con el aire saturado del perfume de las flores... ¿cómo se explica?... ¡Sonora Mágica! exclamó sonriendo, con un gesto adorable. Y los días pasaban y nosotros no nos cansábamos de visitar los alrededores, y platicar con los trabajadores de los talleres del ferrocarril y con los pescadores del camarón, haciéndoles mil

preguntas y con el resultado eficaz de que en cada respuesta, había una cátedra de conocimientos, ¡y cuánto aprendimos de su enseñanza en estos días! y lo más importante, que tuvimos la experiencia confirmada con su ejemplo, porque si México es grande, fuerte y respetado, es que hombres como ellos, reclus, de su temple, han forjado la grandeza de este país.

Y una mañana, con los primeros resplandores de la aurora y agradeciéndole a nuestra anfitriona las atenciones que nos prodigara tan amablemente, nos despedimos de Empalme y de sus flores, y esos mangles fragantes de hojas verde claro que nos fueron acompañando por la costa; luego encaminamos el rumbo hacia la carretera para seguir caminando por el Sur bajo el sol nuestro de cada día, que en esa movedura fascinante ascendiendo por el cielo, se hacía cada vez más fúlgido, más grande y más ardiente... ¡Y había en el aire tanta luz! que el azulado lomerío que rodeaba el ancho valle iluminado, los sahuaros y los pochotes con las ramas cargadas de bolas blancas cintilando, los ocotillos, los torotes y las pitahayas, los mezquites, los tabachines y las mimosas entre el azafranillo y los tupidos matojos de los cardos, todo parecía que flotara traslúcido en una transparencia de un bello azul purísimo, y la diáfana llanura ilimitada parecía una acuarela, un paisaje fantástico como de cuento de hadas... Y seguíamos caminando frente al sol, y allá en el horizonte el lumínar esplendoroso iba ascendiendo lentamente a medida que avanzábamos sin prisas, alegres como nunca, aspirando anhelantes el aroma silvestre de aquella fresca brisa mañanera. Ibamos caminando sobre la carretera internacional y por la misma ruta del Ferrocarril del Pacífico, habíamos recorrido unos cuántos kilómetros y de pronto divisamos la cima alargada del cerro Cruz de Piedra, un peñón hinóspito, oscuro, áspero, como un meteoro que se hubiere estrellado dejando alrededor una huella de negros peñascos calcinados, pasamos de largo Estación Cruz de Piedra, y al poco andar por un camino desértico, cercado por la valla de las lomas lejanas y con el globo del sol muy alto ya en el horizonte, columbramos a la izquierda del camino y allá a la distancia, la mole gigantesca del fantástico cerro Boca Abierta, el temible Ten-ja-wei, que se yergue altivo como un dragón enorme y al acecho, señalándole a los yoris los límites sagrados de la región del yaqui. Y allí está

para siempre el Ten-ja-wei, custodiando la heredad con las fauces abiertas como lanzando un grito eterno y poderoso. ¡Yori, de aquí no pasarás ya nunca! Y parecía que la sentencia del guardián de la llanura retumbaba en el espacio como bólidos que arrastran los vientos. ¡Yori! ¡te convido del sol porque me place!, ¡y ten cuidado! ¡porque yo Ten-ja-wei soy el regulador de su distancia, porque aquí nació el sol, aquí se formó el globo del sol de este núcleo central de mis entrañas! ¡y tú, vecino yori, que vives en torno de mí bajo su poderoso influjo, si un día yo le ordeno que detenga su curva en tu solar, con su carga de energía de un cuatrillón setecientos mil trillones de calorías y que descarga en un año por toda la Tierra cuando gira alrededor del sol! ¡pero que tú, vecino yori, recibirías en un solo día! ¡y acuérdate que el sol, con sus inagotables prodigiosas radiaciones es 1'300,000 veces más grande, más voluminoso que la tierra que gira alrededor con una velocidad de unos 32 km. por segundo! ¡y acuérdate también que yo soy el Ten-ja-wai, el guardián de mi tribu, y de mi entraña está hecho el sol y de él es la vida, la luz y el calor, el origen y sostén de todas las energías terrestres! ¡y si yo Ten-ja-wei, le ordeno que detenga un minuto su curva en tu solar!, ¡Pobre tierra yori!, ¡tu territorio, que antaño era mio, se convertirá en cenizas! ¡porque tú no eres yaquí y no puedes resistir la fuerza del sol de un cuatrillón setecientos mil trillones de calor!... Por un largo rato se siguió así amenazante, lleno de furia, de pronto amainó el viento en la llanura y percibíamos los ecos de la voz del Ten-ja-wei muy claramente, pero ya en un tono amable, como si nos hubiera reconocido y que andábamos de viaje como alondras entre las sementeras, y de pronto también teníamos al sol frente a frente, brillando como nunca en toda su magnificencia como dándonos la bienvenida a sus valles feraces, prodigiosos; y Guillermo, al verlo ahí tan cerca, tan alegre y tan ufano y sin moverse un milímetro como pensando en meterse a la "Austronave", se le ocurrió decir que sentía un calor delicioso, como si un cuatrillón setecientos mil trillones de toneladas de brasas fulgurantes flotaran en el aire... Tal vez porque era ese calor fecundador de la brisa del río Yaquí que riega todo el Valle.

Ibamos por la región del sol, y llevábamos caminando unos minutos contemplando los vastos horizontes y los reflejos

dorados de la soberbia estepa sonoreense, de trecho en trecho nos vamos deteniendo para contemplar a nuestras anchas el grandioso espectáculo de la gran llanura iluminada que cierra a lo lejos los cerros que se extienden hasta el cielo, a medida que caminábamos entre la luz que cae a raudales, íbamos bordeando los pueblos del Valle del Yaquí, ya habíamos pasado por Belem, Huírivís, Rahúm y Pótam y llegamos a estación Vicam que en yaquí quiere decir "punta de flecha" y de pronto, parecía que habíamos confundido los rumbos de la brújula, porque en un segundo, todo se transforma como por arte de magia, del desierto dorado y cárdeno con chanates tornasolados en la punta de los sahuaros que habíamos dejado atrás, a las verdes sementeras de las tierras cultivadas entre flores silvestres y remolinos de aire oliendo a río... y seguíamos adelante entre oleadas de luz respirando ese aire fresco de las riberas, y envueltos en resplandores de alucinación en medio de batamotes y binoramas, a medida que avanzábamos teníamos una sensación de exuberancia, de brisa húmeda como de frondas cercanas, y algo más adelante, divisamos a la orilla del camino una arboleda espesa de álamos soberbios, al llegar a la alameda y contemplar el resplandor de los árboles cuajados de luz, la serenidad de aquella hermosura de los álamos altos y sublimes con el sonoro follaje de las hojas cintilando como cimbalos, nos quedamos contemplándolas en un arrobamiento, mirando allá en la altura el verde claro de las hojas esmaltadas con ese resplandor admirable de reflejos plateados, esas hojas preciosas en forma de corazón y que palpitan en el viento con rumores de frescura perenne, ¡y aquí tenían que estar las verdes frondas con el luciente follaje que arrebujaba a las parvadas de torcazas volanderas, aquí donde están, rebosantes de frescura dándole sombra a la Escuela! Porque estaban a la orilla de una escuela, y no hay música más dulce que la armonía perfecta de los trinos de los pájaros y las voces de los niños entre la sombra de los álamos, y en el patio de una escuela... Y aquí nos detuvimos en la escuela, dejamos en reposo a la "Austronave" bajo la sombra fresca, y mientras sacábamos las pelotas y los bates para jugar un partido de béisbol y desentumecer las piernas, "Compañero", que probablemente había salido de estampida sin que nos diéramos cuenta, desde lejos nos lanzaba furibundos ladridos. Luciano lo llamaba enérgicamente y "Compañero" a cada grito se

volvía, le respondía con un fuerte ladrido, y despectivamente seguía trotando sin hacerle el menor caso, al rato y cuando veía que ya nadie se interesaba por él, se dejaba venir como un bólido y se echaba sobre el pecho de Luciano con todo su peso de perro consentido meneando la cola como un rehilete, luego que comía y bebía se ponía en paz, y después de otear alrededor, se tumbaba tranquilamente y seguía los movimientos del juego, a veces se exaltaba y levantaba la cabeza lanzando bríosos ladridos, cuando alguno le atinaba a la pelota con el palo y los otros se desgañitaban lanzándole porras a su equipo; porque habíamos formado una novena de beisbol en un santiamén con todos los niños de los alrededores, y había que oír aquellos "Valenzuelas", con los cabellos revoltosos y los ojos brillantes como llenos de chispas doradas con los reflejos del sol que también se reía a carcajadas, y había que oírlos alentándose unos a otros como si siempre hubiesen sido camaradas, como si se comprendieran y se quisiesen desde siempre; y como pertenecen a la raza de los niños, hablan el mismo idioma del corazón, y donde quiera que se encuentren en el mundo abren los brazos y se estrechan jubilosos.

Antes de despedirnos de nuestros amigos para abordar la "Austronave" y continuar nuestro camino rumbo a Loma de Guamúchil, nos llamó la atención allá lejos un verdegal reverberante, lozano, en todo el esplendor de esa luz vegetal vivificante de los campos cultivados, desde aquí percibíamos el viento que zumba entre las verdes sembraduras y nos quedamos ahí solazados, aspirando la humedad rebotante de este Valle del Yaquí de tierra fértil, sorprendentemente radiante y productiva, cálida, blanda, nutrida por el sol y por las nobles manos campesinas, que de alborada en alborada ablandando los surcos, han convertido el suelo en un prodigio... Luego seguimos adelante y parecía que íbamos caminando junto a los campesinos, en la brecha, entre laderas relumbrantes de horizontes alucinados entre miles y miles de surcos rectos y prodigiosamente repletos de frutos, aquí donde los hombres aman la tierra por la tierra misma y desmoronan los terrenos olorosos entre los dedos con placer infinito y con amoroso cuidado levantan el follaje de la planta y la acarician con esas manos gruesas encallecidas de noble rudeza, aquí en

la terronera ¡junto a ellos!, por donde se camina estrechamente hombro con hombro cantando los salmos de la dulce fatiga, sintiendo en el latir del corazón la bendición de la abundancia, la alegría de la tierra y de la ligazón del alma con la tierra, esta tierra buena que Dios nos dio por heredad y donde en cada familia sonoreense como herencia de una casta de nobles, hay un campesino...

Era el mediodía cuando pasamos por Loma de Guamúchil con el sol en el cenit que refulgía como un globo de fuego suspendido a la mitad del cielo, y cuando entrábamos a la curva del camino, como el sol es magnético y gira sobre sí mismo sin moverse, y la tierra es la que se mueve alrededor del sol, hay andábamos en movimiento curvilíneo rodando como planetas alrededor del sol y girando sobre su eje como un péndulo siguiendo la curva del camino, hasta que por fin salimos de la curva que luego se endereza y nos conduce rectamente hasta el puente del río Yaquí, el río más torrentoso del Estado y que riega las sementeras del valle en los pueblos de Cócorit, Bâcum, Tórim, Vicam y Médano, un río que abastecido con las aguas del Golfo de California y que por su caudal y longitud es uno de los ríos más importantes del país con sus 680 km. de largo y una superficie hidrográfica de 76,000 km. cuadrados, y con la rejunta de las aguas almacenadas en la presa "La Angostura" que riega todo el Valle prodigioso del Yaquí, es aquí en esta tierra fértil, en esta tierra fuerte, que empieza exactamente la patria del trigo, y la extensión de este cultivo es inmensa, grandiosa, el triguero del mundo... Ya andábamos en el lîndero yaquí, en la brava llanura colmada de sahuaros, de mezquites y mautos entre ocotillos, siempre caminando por la carretera Internacional y siempre con la vía del Ferrocarril del Pacífico a la izquierda y que parte al valle en dos mitades, por un lado la zona de los pueblos del contorno, Guásimas, La Pitahaya, Bataconcica, y los pueblos yaquits Belem, Huirivís, Râhum, Pótam, Vicam, Tórim, Bâcum, Cócorit, y desde ahí nos imaginábamos las verdes espesuras de los bosques inmediatos a Bâcum, a Vicam, por donde se perseguía a Cajeme, y más adelante estaba Cócorit, a la margen del río y donde lo pasaron por las armas; y en la otra mitad de la derecha, por el Este, el esplendor de la sierra del Bacatete, muy distante, en la

invisible lejanía, pero a la altura de donde andábamos. Y seguíamos la travesía lentamente, en medio de un llano de choyas y biznagas y tramos enteros poblados de pitahayas y chamizos, íbamos abstraídos contemplando en la azul transparencia la ondulosa silueta de los cerros allá en el horizonte, y pasando el filo de los otros que nos salían al paso entre ráfagas de sol, muy pronto, ya estábamos otra vez en una alameda entre la fronda de los álamos del puente del río Yaquí, un puente largo, sólido, desde ahí contemplábamos en torno la llanura de un verde dorado que se extiende hasta el cielo y nos llegaba un vocinglear de alondras de allá de los sembrados, y en un revoloteo desenfrenado cantando sobre el puente giraban parvadas al alcance de la mano mientras una multitud allá abajo entre la hierba, corrían con rapidez balanceándose muy graciosas como damas con crinolina de raso pardo terroso, y de repente en un vuelo admirable subían al mismo tiempo y se perdían en las nubes, ¡aquello era un delirio de luces y de alas y el aire un sonajero de alegría!. Luego de caminar un corto trecho con el sol desbordándose en una derramadura de luz inundando el espacio, a punto de estallar nos lanza el grito ¡ya estoy en medio día!, ¿cuándo van a comer? como adivinando el pensamiento de los viajeros, ¡allá vamos! le respondimos, ¡ten la seguridad de que allá vamos!, y atravesamos el puente y los canales de riego para luego seguir la jornada del camino y llegar solo de paseo al pueblo de Esperanza, continuar el trayecto hasta Cajeme (Ciudad Obregón), y comer ahí exactamente al mediodía.

El pueblo de Esperanza tiene su origen como estación del Ferrocarril Sud Pacífico desde 1906, un viejo pueblo situado en la llanura costera del Pacífico y a 3 km. de la margen del río Yaquí, un pequeño pueblo con una historia grande de valientes, y de donde salieron a la revolución muchos de sus hombres en 1913; y es en 1915 y que asediados por las agresiones yaquis, Esperanza aumenta su población con el destierro de las gentes de los pueblos vecinos de Buenavista, Cumurtpa y Baroyeca, y que aquí se refugian. Fue pues, más tarde y con motivo del violento ataque yaquí al pueblo de Esperanza, en 1917, que se concentra en el lugar una brigada de resguardo del Ejército. Desde 1920, Esperanza se convierte en un centro militar de importancia. En 1939, llega a Espe-

ranza el 18vo. Regimiento de Caballería, y en 1978 este Regimiento fue substituido por el 23vo. Regimiento Motorizado. Los diez kilómetros de distancia de Esperanza a Ciudad Obregón, sobre una estupenda carretera de cuatro carriles, fue un luminoso recorrido entre una volandería de mariposas y la campiña en plena florescencia, con el suelo tapizado de flores de un suave anaranjado transparente entre frondas rozagantes de guamúchiles, de mezquites, de pinos, de palmeras y naranjales verdes de un verde perfumado a la orilla del camino, las florecillas anaranjadas y las mariposas amarillas que pasaban como ráfagas doradas inundaban el campo, y contemplando la floresta campirana en todo su dorado esplendor, dijo Guillermo ¡parecen lamparitas de luz esas flores...! ¿cómo se llamarán?...

— ¿Las flores?, se llaman "fanerógamas silvestris". Dijo Alfredo con una gran seguridad.

— ¿Y tú cómo lo sabes? Le refutó inmediatamente Guille, ¡Toda la vida se han llamado "maldejo".

— Lo sé porque mi hermano estudia botánica y cuando lo acompaño al monte a investigar me dice ¡Cuidado con esas fanerógamas...! y yo le digo, ¡no te hagas el científico! se llaman "maldejo"... Y mientras todos rebatían a gritos la opinión de la ciencia y que se llamaban "maldejo" y qué Botánica ni qué Botánica, y "Compañero" con fuertes ladridos apoyaba la decisión de sus camaradas... de súbito se alza una voz entre el bullicio gritando jubilosa ¡Miren allá!... ¡Aquella espesura que se mueve!... ¡Ya se oye el latido de los trigos!... ¡Ya llegamos a la tierra del sol y la espiga!



# La Patria del Trigo

*"El primer componente esencial de la justicia social es una alimentación adecuada para toda la humanidad; el alimento es un derecho moral para todos los que vienen al mundo".*

Norman Borlaug (1970)

*"... Para hacer producir es necesario salir de las oficinas, internarse en el campo, ensuciarse las manos, y sudar... es el lenguaje que entienden el suelo y las plantas".*

Norman Borlaug (1972)

Y efectivamente, ya estábamos en Ciudad Obregón, caminando sobre una avenida despejada y centelleante de luz, y ahí a la entrada sobre un alto pedestal, nos recibe Cajeme, el Temperante, el Cacique de los Htaquits, el héroe legendario de la independencia de las tribus Yaqui y Mayo, "Dios nos dio a todos la tierra y no un pedazo a cada uno", mi Capitán General José María Leyva de bronce reverberando sobre el cielo, vestido de soldado y atosadamente enhiesto mirando al infinito con un mosquetón entre las manos... "Antes como antes, y ahora como ahora, antes éramos enemigos y peleábamos; ahora está todo concluido y todos somos amigos"... Estuvimos contemplándolo largamente al cacique, hasta que el fulgido y gigantesco sollo envolvió en una sola llamarada y nos deslumbró, porque nadie puede mirar de frente al sol.

Y aquí estamos por fin en la tierra de llanuras ardientes y

soberbias de este Valle del Yaquí, donde siempre hay en el aire olor a trigo y se oye el latir de las espigas que llega rumoroso de allá de los sembrados. Y claro que luego, todos empezamos a hablar de las espigas, las espigas fecundas de Borlaug, el buen sembrador, mitad filósofo y mitad campesino, e inmensamente humano, era el hombre que necesitaba este siglo; este siglo grandioso de la tecnología, de la energía nuclear y los conceptos bélicos amenazando la salud de la tierra y la paz de los hombres, porque los hombres en la gran avanzada del progreso, en la búsqueda incansable de la prosperidad, se lanzaron al espacio a conquistar a las estrellas y por momentos parecía que perdieran el rumbo, "Porque nadie sabe el camino del viento" "Por qué camino se reparte la luz y se esparce el viento solano sobre la tierra"... Pero el afán de este siglo era volar, y en el ansia del vuelo cada vez más anhelante, los hombres abandonaban la tierra en la estación de las espigas, a la buena madre tierra, ¡sólida, inmensa, blanda tierra!...

Y como Borlaug ama la fraternidad y ama la tierra, ahí se volcaría el sentimiento de este hombre, en la entrega de sí mismo, de su vida dedicada a la tierra, al cultivo de la tierra en provecho de todos, y el propósito de este misionero de la fraternidad de levantar cosechas abundantes en beneficio de toda la humanidad, es tan grande y elevado como su grandeza de ánimo, él sabe que la verdadera dignidad del hombre está en la disciplina del trabajo, y que se requiere de una inmensa capacidad de trabajo en la noble misión de ese propósito de engrosar el grano del trigo, de volverlo sano, brillante y macizo, y luego con las sementeras repletas, saciar el hambre de los pobres del mundo; y es el agujón de la compasión que lo alienta mientras va con las manos hundidas en los surcos por todos los valles de la tierra, y un día fructifica la tierra y la ofrenda es abundante porque la simiente era buena; y como de la tierra nace el pan, se vuelve a repetir en este siglo el prodigio de la multiplicación de los panes... "Y comieron todos y se hartaron; y alzaron lo que les sobró, doce cestos de pedazos"... Porque la tierra tenía que responder al noble esfuerzo... A Borlaug no le importan para nada las cuestiones políticas, su política es el trabajo, él entiende la política en su forma más elevada como la síntesis de la actividad humana, es un reformador de la cultura campesina y que sólo le preocupan

las cuestiones sociales con un sentimiento profundo de justicia, la miseria del hombre, el hambre de los pobres de toda la tierra; y tal vez porque ahora en este tiempo hay hambre, ¡tanta hambre en la Tierra!, la escasez de ese pan lo mueve a compasión y la mayor urgencia del mundo le señala el destino; Borlaug es como el olor de la sementera, tan arraigado a la tierra que ama al campesino con la misma devoción que ama a la tierra, y dolido de la injusticia, de la miseria y la ignorancia, del abandono intelectual de este hombre del surco que siembra la simiente, del retraso del área rural ancestralmente olvidada, dice Borlaug, "Aunque el campesino sea analfabeto, puede pensar", y con los campesinos y junto a los campesinos, tenía que hacer su obra, y su obra la hizo con generosidad, con el espíritu de la fraternidad y la justicia y que mueve todos sus actos, ¡y ensuciándose las manos con la tierra!, porque para sembrar en buena tierra "Para hacer producir es necesario salir de las oficinas, internarse en el campo, ensuciarse las manos, y sudar... es el lenguaje que entienden el suelo y las plantas", para que pueda responder la buena tierra y sea la mies tan abundante que rinda la cosecha al ciento por uno... "Y como alzó Jesús los ojos, y vio que había venido a él grande multitud, dice a Felipe: ¿de dónde compraremos pan para que coman éstos?"...

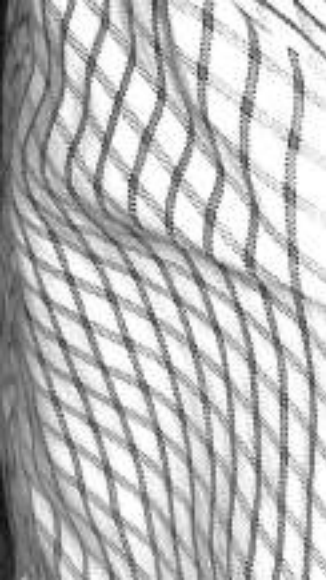
Y todo esto decididamente maravilloso, estupendamente bueno, es la Revolución Verde, el acontecimiento humano más noble y más grande de este siglo. La obra fecunda de Borlaug. Embarnecer la espiga de los trigos y multiplicar la cosecha con los valles del mundo cubiertos de espigas. ¿Qué hay de más vasto y fecundo que esta vida dedicada a la tierra, a cultivar la tierra para llenar las canastas de pan?

Para apreciar la grandeza de esta labor de investigación y experimentación agrícola de resonancia mundial, y que se inicia y se desarrolla en Sonora con el apoyo firme y generoso de los productores del Valle del Yaquí, no está por demás hablar aquí un poco de la historia del origen del trigo, de esta planta gramínea, de espiga simple compuesta de carreras (4 por lo común) que contienen granos ovales o elípticos, de los cuales, triturados se saca la harina con que se hace el pan. La agricultura es una ciencia y es un arte, es el arte de labrar y

cultivar la tierra, de modo que se obtenga la mayor ganancia posible; como ciencia investiga principios, y como arte prescribe reglas; se considera como ciencia en cuanto se apoya sobre verdades, subordinadas unas a otras, y procura investigar las leyes tanto fisiológicas como económicas a que se ajusta la producción; y como arte porque hace inmediata aplicación de estos principios para conseguir la producción de modo que se obtenga la mayor ganancia posible, y que va de acuerdo con aquello de "El mejor agricultor será, pues, el que conozca más verdades relativas a la práctica de su profesión". La historia de la agricultura es apasionante, según el Génesis, Abel fue el primer agricultor y Caín el primer ganadero... Las publicaciones sobre los adelantos científicos de la agricultura son numerosísimas, la bibliografía sobre el tema es extensísima, los diccionarios y las enciclopedias están llenos de nombres de eminentes científicos que han contribuido al desarrollo económico y social de los pueblos con los adelantos científicos aplicados a la agricultura y los nuevos procedimientos basados en comprobaciones experimentales. Y en los anales de la historia de la humanidad y en el corazón de todos los hombres de la Tierra, el adelanto científico aplicado a la agricultura más grande de todos ¡inmensamente más grande!, aquí en Sonora, Sonora maravillosa de Norman Borlaug, y la Revolución Verde en el Valle del Yaqui.

Es imposible afirmar cuál es el origen de los trigos cultivados. Únicamente en los anales de la China es donde parece que se conserva la fecha de la introducción del cultivo del trigo en aquel país; verificóse bajo el reinado de Chim-Nong (2822 años antes de Jesucristo). Hay infinidad de versiones sobre este cultivo, se tiene idea de que su cultivo puede clasificarse de prehistórico, pues tanto los libros hebreos más antiguos como los monumentos egipcios anteriores a la invasión del Egipto por los pueblos pastores, atestiguan que este cultivo se hallaba ya muy extendido en aquellos tiempos, los egipcios y los griegos atribuyen el origen del cultivo del trigo a personajes fabulosos, como Isis, la diosa de los egipcios, diosa de la medicina y la agricultura, o la diosa Ceres, la diosa latina de la agricultura, hija de Saturno y de Cibeles; el caso es que desde los tiempos más remotos se descubrieron varias especies de trigos silvestres, o trigo salvaje originarios de diferen-

tes lugares que tal vez fueron los descritos por los científicos y los historiadores como trigos comunes "*triticum vulgare antiquorum*" trigo con granos pequeños y que algún historiador ha encontrado en esta misma forma en un ladrillo de la pirámide de Dashur, en Egipto, que data, según este investigador (Unger) de 3,359 años antes de Jesucristo, igualmente en la Biblia se menciona sobre la abundancia del trigo en Canaán en Egipto, etc. en "La Odisea", también se menciona que el trigo crecía en Sicilia sin el concurso del hombre, pero también se sabe que el trigo se cultivaba profusamente en Sicilia desde muchos siglos antes, así pues, según los historiadores su existencia se remonta a la prehistoria y existen testimonios referentes a la Mesopotamia y a la India Occidental; en resumen, parece que es lo más probable que la cuna del trigo común o trigo salvaje se halle situada hacia la Mesopotamia entre el Tigris y el Eufrates, la región del Eufrates, situada casi en el centro de la extensa zona de su cultivo en la época prehistórica y acaso alguna parte de la Siria, por similitud de clima, parecen ser los países que más probabilidades prestan de ser la tierra primitiva del trigo. Y aquí Sonora, el más tibio regazo, el más fecundo, el suelo sagrado del sol y la espiga que alimenta...



The first part of the report deals with the general situation of the country and the progress of the war. It is followed by a detailed account of the military operations in the various theaters of war. The author then discusses the political and economic conditions of the country and the impact of the war on these conditions. The report concludes with a summary of the author's views on the future of the country and the role of the military in the reconstruction of the nation.

The second part of the report is a detailed account of the military operations in the various theaters of war. It begins with a description of the military forces and their equipment. It then describes the military operations in the various theaters of war, including the battles of the Marne, the Somme, and Verdun. The author discusses the tactics used by the military and the impact of these operations on the course of the war. The report concludes with a summary of the author's views on the military and its role in the reconstruction of the nation.

# CIANO. La Revolución Verde

No se puede hablar de la "Revolución Verde" sin hablar de Borlaug, porque Borlaug es la "Revolución Verde".

*"No habrá un avance permanente en la batalla contra el hambre sino cuando las instituciones que luchan en favor de una mayor producción de alimentos y las que luchan por un balance de la población se unan en un esfuerzo común. Luchando solas, podrán ganar algunas escaramuzas temporales; uniéndose pueden lograr una victoria decisiva y duradera que permitirá dar los alimentos y ofrecer las amenidades de una civilización progresista a toda la humanidad".*

*N. Borlaug.*

Norman Ernest Borlaug, nació en el año de 1914, en una pequeña granja cercana a Cresco, pueblo rural del Estado de Iowa en los Estados Unidos de Norteamérica, al O. del río Mississippi; de ascendencia noruega, hijo de inmigrantes, miembros de una modesta familia de agricultores, desde niño trabajó en las tareas del campo y aprendió a amar la tierra de tanto ir y venir entre los surcos... Tal vez, después de la faena reposando la cansera en apacible recogimiento, escuchara leyendas y consejas de la vieja Noruega, ese país lejano de las costas imponentes y violentas con una profusión de islas, islotes y arrecifes, el fabuloso litoral de las largas y estrechas bahías, los célebres fiordos noruegos, esos golfos estrechos que caracterizan esta costa y parece que la cortan a cada paso, y las islas y penínsulas forman intrincados laberintos entre los

acantilados, escarpaduras majestuosas, refugios fantásticos de imponente belleza, que penetran profundamente en el interior de las tierras y se elevan sobre aguas tranquilas, con orillas rebosantes de hermosa vegetación; los bellísimos floridos que cantara Hansen, el poeta noruego en sus sentidas baladas populares... Noruega lejana, misteriosa, la tierra perfumada de los bosques, de los abetos y los pinos y los álamos blancos, la noble tierra hospitalaria y valiente, ahí donde los hombres del campo aman la soledad y el aislamiento, y hacen la vida apacible y solitaria en su *gaard*, en su propio solar, en la paz del silencio saturado de efluvios del alba y el barbecho... ¡qué diferentes los rumores de aquel campo a las torrenteras del sol de estas llanuras!

Norman Borlaug es un ejemplo de entereza moral para todos los jóvenes del mundo. Uno de sus principales méritos en el ejercicio de su trabajo es la voluntad, la sinceridad en la fe, esa fe en la justicia humana que será siempre su norma y su guía en el supremo anhelo de lograr el equilibrio social. Su línea de conducta es el trabajo y la ética. Y con un alto sentido de responsabilidad, de acercamiento humano, la justicia social; "Si deseas la paz, cultiva la justicia, pero al mismo tiempo cultiva los campos para producir más pan; de otra manera no habrá paz" dice Borlaug el humanista, el científico, "para los millones de seres desposeídos del mundo olvidado, el hambre es una compañera constante. Por ello, después de tanto tiempo de vivir en la desesperación, la revolución verde les parece un milagro que genera nuevas esperanzas para el futuro... casi ciertamente, sin embargo, el primer componente esencial de la justicia social es una alimentación adecuada para toda la humanidad. El alimento es un derecho moral para todos los que vienen al mundo... El hombre puede y debe prevenir la tragedia del hambre en el futuro, más que sólo tratar, con intención pía, de salvar los despojos de la humanidad hambrienta, como a menudo lo ha hecho en el pasado. Seremos culpables de una negligencia criminal, sin expiación posible, si permitimos hambres futuras. La humanidad no puede tolerar esa culpa"... De espíritu firme y decidido, el sentido de responsabilidad y la disciplina del trabajo generoso que produce en beneficio de todos, es la mayor muestra de la grandeza de alma de este hombre noble, magnánimo, como la

tierra fértil que produce en exuberancia...

Este hombre de campo, hijo de humildes labradores, cursó la primaria en una escuela rural yendo y viniendo de la granja familiar a la escuela, y en los crudos inviernos haciendo el recorrido en esforzadas caminatas bajo ventiscas y nevadas implacables, luego en su propio pueblo estudiaría la Secundaria, y al mismo tiempo que estudiaba trabajaba en la finca familiar, un modesto predio de temporal "que no daba para mucho", y sería entonces cuando estudiaba la Secundaria, que comenzó a interesarse en las ciencias agrícolas. Más tarde, "Al decidirse por una carrera, animado por su abuelo, el joven Norman se dirigió a la Universidad de Minnesota, armado de enorme voluntad y 50 dólares que había logrado ahorrar. Carecía de fondos suficientes para colegiaturas, libros, alimentación y vivienda, y tuvo que trabajar. Borlaug escogió la carrera forestal y se graduó en 1937. Como forestal desempeñó trabajos en Idaho. Durante su estancia en Minnesota tuvo la oportunidad de conocer a un maestro que había de influir mucho en su carrera y en su vida: el Dr. Elvin C. Stakman, eminente científico educador y filósofo. Stakman lo atrajo hacia la fitopatología\* y Borlaug cursó su maestría y doctorado en esa especialidad. Concluyendo sus estudios en 1942." (El Dr. Stakman, eminente científico y humanista y uno de los creadores del programa cooperativo entre la Secretaría de Agricultura y la Fundación Rockefeller). "Stakman, su maestro, fue uno de los científicos que estructuraron el programa conjunto entre la Secretaría de Agricultura y la Fundación Rockefeller, y uno de los que animaron a Borlaug a incorporarse a dicho programa."... y dice Borlaug: "Creo que es la mejor decisión que haya hecho en mi vida. Llegué a México, llegué a Sonora... Y de aquí no me iré nunca. Aquí iniciamos los trabajos que impactaron al mundo; este es Sonora, mi tierra adoptiva... Y continúa diciendo "Llegué a Sonora, por vez primera en un avioncito que hacia como diez escalas en el trayecto de México a Obregón. Ciudad Obregón era en aquel tiempo un pueblo pequeño. Busqué el Campo del Yaquí, donde iba a trabajar, pero como mi español era casi nulo, batallé mucho para dar con él... Recorrí el Valle del Yaquí buscando

\* *Fitopatología: Estudio de las enfermedades de las plantas.*

trigos con roya,\*\* y ciertamente ésta abundaba. Pero, además, observé que no había variedades propiamente dichas. Los trigos que se sembraban aquí eran antiguos cultivares como el Barrigón,\*\*\* o mezclas de variedades". Su primera impresión al llegar a Sonora, debe haber sido el resplandecimiento del aire con el sol gigantesco alumbrando hacia los cinco puntos cardinales de la Tierra.

Cuando le fue otorgado el premio Nobel en Oslo, Noruega, en 1970, 25 años después de iniciada la inmensa y generosa tarea a su cuidado, se dijo entonces en el discurso de presentación en el Parlamento Noruego: "Este año el Comité Nobel del Parlamento Noruego ha conferido el Premio Nobel de la Paz a un científico, el Dr. Norman Ernest Borlaug, en virtud de que él, más que ninguna otra persona de esta época, ha contribuido a dar pan a un mundo hambriento. Hicimos la elección con la esperanza que esto también traiga paz al mundo. ¿Quién es este científico que, a través de su trabajo en el laboratorio y en los campos de trigo, ha ayudado a crear una nueva situación alimentaria en el mundo, y quién ha tornado el pesimismo en optimismo en la dramática competencia entre la explosión demográfica y la producción de alimentos?... Estudió primero ciencias forestales en la Universidad de Minnesota. Fue, sin embargo, en el campo de la agricultura donde hizo su mayor aportación. En 1944, Borlaug fue comisionado como fitomejorador y fitopatólogo al programa de la Fundación Rockefeller. La Fundación había emprendido en 1942 un programa agrícola en México, en cooperación con el gobierno de aquel país. Dirigían el programa dos destacados fitopatólogos, los Dres. E. C. Stackman y J. George Harrar. Su meta era la de aumentar la productividad de la agricultura mexicana y de esta manera mejorar el abastecimiento local de alimentos, mediante un programa de investigación... Cuando en 1944 el Dr. Borlaug comenzó a trabajar en el programa agrícola en México, no había mucha gente preocupada por la relación entre las tendencias del aumento de la población y el crecimiento de la producción de alimentos en el mundo... Cuando Borlaug y otros científicos iniciaron su trabajo en el

\*\* *Roya: Honguillo parásito de varios cereales.*

\*\*\* *Barrigón: Especie de trigo con espiga de color blanco con barba, grano blanco y de textura dura.*

programa cooperativo con México, las autoridades de este país tenían poca fe en el potencial de sus suelos para la producción de trigo. Se suponía que México carecería del suelo y del clima adecuado para este cultivo, de manera que se erogaban fondos cuantiosos para importar el trigo que se necesitaba... El resultado de este enfoque de labor de equipo, fueron las nuevas variedades mexicanas de trigo, que como se sabe ahora, producen rendimientos extraordinariamente altos, son resistentes a las enfermedades y permiten el uso intensivo de fertilizantes. En contraste con las anteriores variedades de trigo, los nuevos tipos se adaptan a una amplia gama de condiciones ecológicas en numerosas regiones del mundo."

Y quién mejor para contarnos de la Revolución Verde que el Ing. Rafael Angel Fierros M. Incondicional colaborador de Borlaug, y que unidos por los íntimos lazos de amistad, de comprensión y afinidad, harían juntos el trayecto en una de las más trascendentales jornadas cívicas en la historia de México: "Con este desafío en mente, el Dr. Borlaug llega a Sonora, desoyendo opiniones escépticas, a tratar de establecer un programa de investigación más amplio en trigo, y acompañado de un entusiasta y destacado grupo de jóvenes investigadores mexicanos, establecen las bases y dan el arranque a un programa que se convertirá en breve tiempo, en la acción más dinámica, jamás vista en materia de investigación agrícola." "...A mediados de los cuarentas, el Gobierno Federal suscribió un Convenio con la Fundación Rockefeller a efecto de acelerar el mejoramiento genético, la producción de cultivos básicos y capacitación de jóvenes técnicos en las labores de investigación. Ese programa conjunto fue operado por la Oficina de Estudios Especiales, dependiente de la entonces Secretaría de Agricultura y Ganadería. Entre los primeros investigadores de ese programa que vinieron a México se encontraba el hombre de nuestra historia, el Dr. Norman E. Borlaug, quien llegó en 1944. Su tarea era la de ayudar a identificar y resolver los principales problemas que afectaban la producción de trigo, en el país, a saber:

- . Problemas de Roya.
- . Problemas de acamado.\*
- . Falta de variedades rendidoras y bien adaptadas.

\* *Acamado o acame: Calda de la planta.*

. Deficiencias en el manejo agronómico del cultivo.

Borlaug comenzó a trabajar en los Valles Altos y el Bajío. A partir de 1945 extendió sus actividades a Sonora, con la idea de obtener dos generaciones de trigo por año, una en los Valles Altos y otra en el Valle del Yaquí, para acelerar la creación de variedades mejoradas de alto rendimiento, resistentes a las enfermedades que asolaban las siembras de trigo. "...El Valle del Yaquí estaba a punto de aumentar su superficie de riego de gravedad para alcanzar su actual dimensión de 225 mil hectáreas; el Valle del Mayo consolidaría también muy pronto su infraestructura hidráulica; Guaymas, la Costa de Hermosillo y Caborca ya iniciaban esa pujanza que les dio fama de titanes del agro sonorense. Todo este programa representaba un extraordinario potencial para la producción de alimentos. Ganadas las primeras batallas y consolidado el programa, fortalecido por el estímulo de los productores sonorenses y pleno de esperanzas por ampliar el horizonte de tan trascendental labor, el Dr. Borlaug sigue soñando con llevar estos incipientes logros a otras regiones del mundo con más urgentes necesidades de resolver sus carencias. Soñó, pero el sueño no se volvió su dueño, transitó los caminos del mundo curtiendo su rostro enjuto con los soles y los vientos de los cinco continentes, y como respuesta a sus apasionados reclamos, surgió la "revolución verde"... Varios países aumentaron aceleradamente su producción triguera llegando a la autosuficiencia, inclusive México, y hoy nos sentimos hondamente satisfechos y orgullosos al saber que 30 millones de hectáreas se siembran en el mundo con trigos mexicanos, generados aquí en la que ha llegado a ser la más importante institución de la investigación triguera del mundo: el Centro de Investigaciones Agrícolas del Noroeste y gracias a los programas de cooperación que ejecuta con otra notable institución: el CIMMYT.\* Con el establecimiento del CIANO\*\* se produjo una vigorosa y armoniosa interacción de tres fuerzas básicas: la acción de la Secretaría de Agricultura y Recursos Hidráulicos apoyando cada vez más intensamente los programas diseñados por el INIA\*\*\* y el CIANO; la acción científica

\*CIMMYT: Centro Internacional de Mejoramiento del Maíz y Trigo.

\*\*CIANO: Centro de Investigaciones Agrícolas del Noroeste.

\*\*\*INIA: Instituto Nacional de Investigaciones Agrícolas.

del cuerpo de técnicos investigadores que aumentaba en cantidad, en capacidad y experiencia; y la acción de los productores que iban perfeccionando sus mecanismos de apoyo a las otras dos fuerzas."

Y vayamos nuevamente a la Conferencia pronunciada en Noruega, "Norman Borlaug: La Revolución Verde. Paz y Humanidad", en ocasión de habersele otorgado el Premio Nobel de la Paz: "...El hecho más importante del programa de mejoramiento de trigo en México fue el desarrollo de las llamadas "variedades enanas". Después de varios años de investigación por parte del Dr. Borlaug y sus colaboradores, fue posible obtener las famosas variedades enanas mediante cruzamientos con los trigos japoneses Norin y a través de la selección. Se trata de variedades de paja corta y fuerte, y de menor altura que las variedades tradicionales. Los trigos de paja alta, con los cuales se trabajó durante las décadas de 1940 y de 1950, rindieron más que los trigos que se sembraban cuando comenzó el programa, pero se caían cuando se les aplicaba más de cierta cantidad de fertilizante químico. Los nuevos trigos resisten y utilizan efectivamente niveles más altos de fertilizante nitrogenado y llegan a rendir hasta ocho o más toneladas de grano por hectárea en contraste con un máximo de 4.5 toneladas por hectárea que rendían las antiguas variedades. Los trigos enanos se pueden usar en diversas regiones del mundo porque no les afecta el fotoperiodo.\* Se comportan mejor que otros trigos en suelos fertilizados y sin fertilizar, con riego o sin riego. Además tienen una base más amplia de resistencia al peor enemigo del trigo, o sea a las royas. Merced de las variedades de alto rendimiento — obtenidas antes del advenimiento de los trigos enanos— México alcanzó el autoabastecimiento de este cereal en 1956... y a partir de ese año ha mantenido su autosuficiencia e inclusive ha registrado excedentes, pese a las reducciones del área triguera. A medida que se generalizó e incrementó el uso de fertilizantes, con las variedades mejoradas de paja alta los rendimientos subieron a 4,500 Kg/ha. Sin embargo, al acame (caída de la planta) comenzó a la vez a limitar los rendimientos más allá del límite

*\*Fotoperiodo: Horas luz que requieren las plantas para poder diferenciar flores. (Horas luz que necesita una planta para su buen desarrollo).*

de 4.5 ton/ha. Se emprendió entonces la búsqueda entre los trigos de diferentes regiones del mundo, de una fuente adecuada de enanismo genético para superar tal barrera. Norin 10, un trigo extremadamente enano procedente del Japón, demostró ser una fuente adecuada. A través de una serie de cruzamientos y recruzamientos, iniciados en 1954, se logró incorporar el enanismo a los tipos superiores de las nuevas combinaciones mexicanas obtenidas en México, lo cual dio origen finalmente al grupo de las llamadas variedades enanas mexicanas. Con este nuevo avance, el potencial de rendimiento de las nuevas variedades, bajo condiciones ideales, aumentó del nivel previo de 4,500 Kg/ha. a 9,000 kg/ha. La distribución de los trigos enanos se inició en México en 1961; con ellos, los mejores agricultores pudieron cosechar 5, 6, 7 y aún 8 toneladas o más por hectárea. En un período de siete años se duplicó el rendimiento medio nacional. Estos mismos trigos enanos mexicanos fueron precisamente la punta de lanza de la revolución verde en la India y Pakistán. Desde su inicio, el programa agrícola mexicano fue observado con interés por muchos otros países. A medida que los avances se hicieron evidentes, la Fundación Rockefeller recibió numerosas solicitudes de ayuda técnica agrícola de parte de varias naciones. El programa de México se convirtió en un modelo... Por invitación de la FAO,\* el Dr. Borlaug visitó Pakistán en 1959. A raíz de esta visita se hicieron arreglos para que varios investigadores pakistanos fuesen a México a adiestrarse en los programas de investigación sobre trigo. Después de una lucha ardua con las autoridades pakistanas y con otros expertos extranjeros, el Dr. Borlaug pudo persuadir a los dirigentes gubernamentales de Pakistán acerca de las ventajas de introducir las nuevas variedades mexicanas a su país. En esa época la agricultura de Pakistán Occidental no satisfacía las necesidades nacionales. Los rendimientos de trigo eran bajos, con un promedio de aproximadamente una tonelada por hectárea. Los métodos de cultivo eran primitivos, los suelos estaban exhaustos, y el uso de fertilizantes era prácticamente desconocido. Después de superar venturosamente las barreras de la burocracia... se logró finalmente que el Gobierno de Pakistán decidiera importar una cierta cantidad de semilla de las variedades mexica-

\*FAO: Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación.

nas. Una vez introducida la semilla y vistos los estupendos resultados en términos de grandes aumentos en la producción, expandió su marcha el avance triunfal de la Revolución Verde. En 1970, la producción llegó a 8.4 millones de toneladas, lo cual hizo al país autosuficiente. Que esto pudiera hacerse en el curso de tres o cuatro años, se debe en gran parte al hecho de que el entonces Presidente de Pakistán apoyó vigorosamente el programa, ya que el resultado obtenido en México suministró la base de trabajo. Este hecho ahorró al país muchos años de investigación y experimentación. El Dr. Borlaug visitó la India en 1963 para ver si las variedades de trigo que se habían desarrollado en México se podrían usar también en ese país, y la historia se repitió. La producción se ha acrecentado a partir de 1967... Vistos los resultados venturosos logrados en México, la India y Pakistán, las nuevas variedades se introdujeron a Turquía, Afganistán, Irán, Irak, Túnez, Marruecos, Líbano y otros países. La Unión Soviética también está interesada en estrechar contactos con el Centro Internacional de Mejoramiento de Maíz y Trigo".

Sin embargo, el Dr. Borlaug, advierte que aún cuando las nuevas variedades de grano implican un aumento considerable en las cosechas obtenidas por los campesinos, la Revolución Verde puede también crear problemas sociales de índole negativa. Si los dirigentes políticos de los países en desarrollo no aseguran los prerrequisitos mediante un sistema razonable de impuestos, un sistema de crédito agrícola con tasas moderadas de interés, un precio de garantía adecuado y una política correcta de empleo, podría haber injusticias sociales... Y Borlaug expresa su punto de vista: "He trabajado con trigo, pero el trigo es sólo un catalizador, una parte del panorama. Me interesa el desenvolvimiento económico de todos los países. Y únicamente mediante el ataque al problema total podremos elevar el nivel de vida de todos los habitantes de todas las comunidades de manera que tengan una vida decorosa. Esto es algo que deseamos para todos los habitantes de este planeta... Muy pocas inversiones pueden igualar los beneficios sociales y económicos de la investigación sobre trigo en México. Se ha estimado que de 1943 a 1964, ésta rindió un beneficio anual de 750 por ciento. El estudio que aludo se llevó a cabo antes del impacto pleno de los trigos enanos en la

producción nacional. Si los beneficios se calcularan ahora, con la inclusión de los beneficios de la producción de trigo en Pakistán, India y otros países de Asia y África, resultarían fantásticamente altos. No obstante, en nuestros días, en todos los países desarrollados y subdesarrollados se gastan enormes sumas en nuevos armamentos mortíferos, en tanto que se erogan sumas ridículamente pequeñas en la investigación y la educación agrícola, cuyo fin es sustentar y humanizar la vida y no el de degradarla o destruirla." "Y aquí es precisamente donde el Dr. Borlaug ha hecho su gran contribución a la paz del mundo. Durante los 25 años transcurridos desde que finalizó la segunda guerra mundial quienes hemos vivido en las sociedades industrializadas, hemos rebatido en casi términos de pánico la competencia entre la explosión demográfica y el abastecimiento de alimentos en el mundo. La mayoría de los expertos que han expresado su opinión sobre este tema, han sido pesmistas. El mundo ha vacilado entre el temor a dos catástrofes: La explosión demográfica y las bombas nucleares. Ambas son amenazas mortales. En esta situación intolerable, con la amenaza del día final pendiente sobre nosotros, el Dr. Borlaug aparece en el escenario del mundo y corta el nudo gordiano. Nos ha dado una esperanza bien fundada, una alternativa de paz y de vida: La Revolución Verde".

En 1983 siendo Gobernador del Estado el Dr. Samuel Ocaña García, y por Decreto No. 98 expedido por el H. Congreso del Estado, fue declarado Sonorense Distinguido el Dr. Norman Ernesto Borlaug. Y a casi medio siglo de distancia, que este hombre extraordinario de noble linaje campesino arribara a tierras de Sonora, aún nos conmueve el sentimiento de plena gratitud que encierran las palabras del Ing. Rafael Angel Fierros: "... Quiero dirigirme a Norman Borlaug, el Hombre. Nacido en Cresco, una granja de Iowa, ciudadano del mundo, sonorense por afinidad y cariño, para decirle: Viejo amigo, querido y admirado amigo de esta comunidad sonorense que hoy se congrega aquí para rendirte un reconocimiento más; muchas gracias por tus enseñanzas durante los 35 años de venturosa convivencia entre nosotros... gracias por tu reciedumbre para defender los más limpios ideales de la convivencia humana fincados en la justicia; gracias por ser guía y maestro de cientos de jóvenes que han compartido tus

enseñanzas y experiencias... gracias por habernos enseñado a ser perseverantes y optimistas..." Y sobre estas tierras espléndidas del Yaquí se proyecta el destino de este hombre de oficio labrador y que promueve la hermandad entre los hombres. Fue aquí en esta tierra de potestad, de recia noble, que nace la espiga prodigiosa entre los ecos del tamboril del yaquí bajo este sol del Sur y entre las lumbraradas, aquí donde el gran cruzado en la lucha contra el hambre estableciera el cimiento de la paz entre todas las naciones.

Y son los hombres del surco desde antes de nacer inclinados al barbecho, que se pasan la vida entre resoles sin conocer más luz que la del día, los que ablandan la tierra, le dan regadura y le cuidan los frutos, y cantan los surcos y ellos van cantando la alabanza entre la marejada de los trigos maduros ¡el canto noble! de solidaridad humana al amigo de todos los campesinos de la tierra! Y Borlaug escuchará las voces... Mientras las espigas se acunen en los vientos se escucharán las voces.

*NOTA: Agradezco profundamente la importante aportación que proporciona el Instituto Nacional de Investigaciones Forestales y Agropecuarias. Centro de Investigaciones Forestales y Agropecuarias, de Cd. Obregón, Sonora, y la gentilísima atención del Director de esta institución Dr. Ernesto Samayoa Armienta y del Lic. Eduardo Castelo, Gerente General del patronato del CIANO. Y que por instancia del Ing. Rafael Angel Fierro atendiendo generosamente mi solicitud, se pone a disposición la documentación con los datos referentes al Dr. Norman E. Borlaug y la "Revolución Verde" en el Valle del Yaquí. Valiosísimo material informativo de cuyo contenido y respetando rigurosamente el texto me concreté a reproducir fragmentos que aparecen en este libro y consideré más adecuados para la elaboración de este capítulo.*

O.P.

The first part of the document discusses the general principles of the organization and the role of the various departments. It emphasizes the importance of maintaining accurate records and the need for regular communication between all levels of the organization. The text also mentions the need for a strong leadership structure and the importance of setting clear goals and objectives for the organization as a whole.

The second part of the document provides a detailed overview of the organization's current status and the challenges it is facing. It discusses the financial situation, the state of the workforce, and the progress of various projects. The text also mentions the need for further investment in research and development and the importance of staying up-to-date with the latest industry trends. The document concludes with a call to action, urging all employees to work together to overcome the challenges and achieve the organization's long-term goals.

The third part of the document outlines the organization's strategic plan for the next five years. It details the key areas of focus, such as expanding into new markets, developing new products, and improving operational efficiency. The text also mentions the need for a strong talent pipeline and the importance of fostering a culture of innovation and continuous learning. The document concludes with a statement of confidence, expressing the organization's belief in its ability to succeed in the long run.

# A Navojoa, con los Mayos

Cuando salimos de la tierra de los sembradores, no era el tiempo en que los trigos se levantan y los campos reverberan como océanos dorados gigantes, y porque no era el tiempo de las espigas en sazón, no habíamos visto la grandiosa hermosura de ese oleaje rumorante, lento, cadencioso de las mieses maduras, no era el tiempo del dulce balanceo del follaje de ese grano áureo que se vuelve pan, y quien haya visto una vez en la vida el rítmico ondular de las espigas en las pródigas tierras sonorenses, no podrá olvidar ya nunca esa imagen de la abundancia ni la sublime sensación de lo humano, la entrega de los campesinos saturados de anhelos y de esperanza, la vigorosa voluntad del campesino, generosa y humilde ahí ofrendada en esa inmensa movedura luminosa... Y proseguíamos nuestro camino dejando atrás entre las guásimas las riberas del río Yaquí, para internarnos en las del río Mayo, y tal vez, por los mismos senderos que anduvieron allá por el siglo XVII el capitán Diego Martínez de Hurdaide y los padres misioneros de la Compañía de Jesús.

## **"Detrás de los Mezquites somos invencibles"**

A la salida de Cajeme, de Ciudad Obregón desde 1928, como para afianzar los límites del territorio Yaquí, se levanta imponente la figura del cacique Tetabiate, el Capitán General de los ocho pueblos del Yaquí, Juan Maldonado, Tetabiate, el sucesor de Cajeme; y que rehusaba con su mismo ardor la paz condicionada de los yoris conforme a sus leyes de artificio y

avaricia, haciéndolos deudores esclavizados de dones, beneficios y garantías en palabras, no en justicia, y así seguiría la discordia y jamás se lograría la sumisión de la tribu mientras no se arrojara fuera de los términos el último yorí. Por medio de la dominación del territorio [nadal, porque en el territorio de los yaquis no había diferencias, los yoris eran despreciados lo mismo por los yaquis de la montaña que por los de la campiña y los litorales, hasta el último indio que existiera repitiendo el himno de la tribu "Cuando nosotros, los ahora ancianos, teníamos sangre ardiente en las venas, cuando éramos jóvenes, no existía un solo yorí en el Yaquí". Y seguirían las luchas con toda la rectedumbre de la sangre y toda la fuerza de la conciencia mientras siguiera el desprecio a sus derechos; porque nosotros sabemos que es injusto y los que vengan detrás de nosotros sentirán que es injusto y seguirá siendo injusto el crimen de opresión hasta el fin de los tiempos; y de nada les servía a los yoris la victoria, el exterminio de una generación de flechadores, porque sólo era el principio de mayores combates, porque nunca sería para los yaquis la última batalla. Desde la invasión de los conquistadores españoles la tribu sublevada peleaba con valor indomable el derecho a su río y su llanura, y ahí estaba Tetabiate, mirando el mezquital envuelto por el sol y por el viento de fuego que sopla con violencia de los montes, ahí estaba el guerrero indio erguido, señalando el holocausto, la tenaz resistencia en la mesa del Mazocoba, donde "Algunos de los indios, al verse perseguidos de cerca, se precipitaban al fondo de barrancos inaccesibles donde encontraban la muerte..." Y los mártires se lanzaban al precipicio entre los llantos de los niños que apagaban el bramido furioso de los vientos de la sierra del Bacatete.

Y veníamos comentando de lo que habíamos visto y aprendido en el trayecto, y nos prometíamos volver al Valle del Yaquí a contemplar los sembrados en plenitud, las extensiones impresionantes más allá del horizonte un poco antes de que comience la trilla de abril, cuando empieza el fulgurante revoleo de las espigas y hay en el viento un polvo de oro que huele a flor de harina.

Andábamos por el Sur, cada vez más al Sur, íbamos al Valle

del Mayo, a la tierra de los indios del sur de Sonora, a la antigua Pusolana o Calimaya, con los mayambó de ojos verdes y azules de mirada apacible. Queríamos llegar a Navojoa antes de que la noche nos sorprendiera en el camino y le faltaba mucho tiempo al Taa\* para llegar al horizonte, ya había pasado en la curva el esplendor del mediodía, y ahora se iba inclinando lentamente en la elipse aparente que parece describir alrededor de la Tierra, anunciándonos el último crepúsculo del día, y en qué forma escandalosa lo hacía con todos los rayos de su luz centelleando por toda la llanura!, la tarde resplandece en rutilantes púrpuras y el cielo es como una torrentera de fulgores cayendo a raudales sobre las ramas de los mezquites, desbordándose en oleadas turbulentas entre la selva espesa de nopales y cubriéndolo todo, arrollándolo todo aquel diluvio de oro derretido que desemboca en la estupenda carretera anegándola de luz que parecía un río deslumbrante entre la nopalera; y los muchachos, que iban con la cabeza afuera de la "Austronave" jugando con la gravitación universal seguitándole al sol la andanza por el cielo, repasando como astrónomos la física y la química, la geometría y la mecánica del sol, y a sabiendas de que nuestro planeta gravitando alrededor del sol como todos los demás del sistema planetario, y que de todo el movimiento sideral, la Tierra, girando sobre sí misma alegremente, rodando alrededor del sol como si nada, es aquí en este paraje, aquí con nosotros, en Sonora, y por derecho de potestad divina, que el lumínar más esplendoroso del cielo tiene su casa, su patio y su traspatio, porque aquí en esta región del planeta jamás se pone el sol, aquí no se conoce la oscurana ni de noche, aquí nomás el sol como que juega a que se esconde, y como el bien amado nos ama como un padre con la misma fuerza que lo amamos, los muchachos, que le seguían el rastro con la cabeza al viento escurriéndoles lascas de oro de los cabellos enmarañados, le gritaban ¡padre sol, párate allí, no te escondas todavía, alumbranos hasta llegar a Navojoa!... ¡El sol nos cobija como padre amoroso, no hay duda! —dijo Alfredo sonriendo, y Gulle añadió con la cara encendida— ¡Y a veces nos arropa demasiado, se le pasa la mano con la cobija al padre sol! Y en esto no dejaban de tener razón.

\*Taa: Sol en la lengua de los yaquis y los mayos.

Y en estas pláticas y persiguiendo al sol, nos íbamos acercando a Navojoa, a Santa María de Navohoa como la bautizaron probablemente sus fundadores los jesuitas Juan Bautista de Velasco, Jerónimo de Figueroa, Pedro Castellanos, Pedro Cuéllar Quilles... y muy cerca del mismo lugar donde ya había existido un pueblo y que habían destruido sus moradores al saber la llegada de los conquistadores españoles, y todo esto sucedía por los años de 1614 a 1617, y es ahí al norte, como a tres kilómetros de la actual población a 38 metros de altura sobre el nivel del mar que se encuentra el Pueblo Viejo de Navojoa a orillas del río Mayo o Mayambó, que dista de Testa tres leguas al sur río abajo y cuyos pueblos se comunican por una frondosísima calzada de álamos. Y allá íbamos pues, a la tierra de los mayos, de las tunas y los nopales, siguiéndole el rastro a los ministros del Evangelio; su nombre Navojoa, proviene de dos vocablos del dialecto mayo, que es una rama del Cahita: Navo significa nopal y Joa'u Hoa, lugar de... en conjunto quiere decir casa de nopales; a medida que nos íbamos acercando al Valle del Mayo, parecía que sonaba una música en el aire como una vibración de chirimías que nos fue acompañando por el camino sobre la margen izquierda del río Mayo; la palabra mayo en su lengua, significa término, porque en aquellos días cuando los padres misioneros andaban con la luz del Evangelio por estas tierras del Noroeste, con el río Mayo en medio del río Yaqui y el río Grande de Zuaque, donde habitaban los tehuecos y otras tribus, los mayos atajados por todos rumbos, sin comunicaciones y encerrados en sus términos, tenían que hacer frente a las constantes acometidas de los yaquis y los tehuecos que no les daban lugar a salir de sus términos; y todo esto sucedía cuando las misiones de la Compañía de Jesús en la Nueva España se internan a estas tierras del Noroeste de la vasta provincia de Sinaloa "por sus extendidos términos y varias naciones que en ella habitan... de la parte del oriente tiene las altísimas sierras de Topia... por la parte del occidente, la cerca el brazo de mar, llamado California... esta tierra Sinaloa fuera del todo inhabitable para hombres... si no la atravesaran y repararan los ríos que por ella corren al brazo del mar de California... lo que toca al brazo de California de que goza esta provincia, digo que su término hasta hoy, no se ha descubierto, ni se sabe si doblando hacia el Mar del Norte desagua y se comunica con él, o si termina en

la tierra; lo cierto es que ha sido célebre este seno por las noticias que hay de criarse en él perlas y varias veces se han cogido, subiendo por él hasta 32 grados..." ... Y muchos, muchísimos años después de estos sucesos, Fray Eusebio Kino desde la Pimería Alta, cuando realizaba las famosas expediciones de exploración por las "tierras incógnitas" en busca de la mejor ruta a California, encontró por fin en 1702 el paso por tierra a las Californias, y sería ya durante el reinado de Felipe V.

Y de aquellos maravillosos viajes de los misioneros desde 1540 por la grande Provincia de Sinaloa, el arribo a nuestras tierras por el norte sería más tardado, porque era tan dilatada esta provincia de Sinaloa, con tantas naciones cerca unas de otras y cuyos límites al norte eran desconocidos, que sólo a medida que se iba caminando con el Evangelio por las riberas de los ríos, se iban descubriendo nuevas tierras y tribus, ya que no había conocimiento de aquellas naciones que habitaban más adentro nuestros indios, los sonoras, "y los últimos los sanoras, que vienen a estar distantes de la Villa de Sinaloa ciento y treinta leguas..." Y con el río Mayo como a cuarenta leguas, serían éstas, pues, las poblaciones más distantes de todas las demás "y en frontera de mucha gentilidad, en particular de los valientes yaquis que no dista de mayo más de 14 leguas"... Y probablemente se debe a esta colindancia que yaquis y mayos hablan casi la misma lengua, dialecto que pertenece al idioma Cahita, siendo el mayo de modulaciones, de vibraciones más tenues, de vocablos más suaves que el yaqui, y cuyo origen étnico se pierde en el tiempo y no se sabe por qué camino extraño llegaron los mayos a poblar estas tierras, se supone "que pasaron por tierra continente con el Asia por la parte del norte o por algún brazo angosto de mar, que les fue fácil de pasar y hasta ahora no está descubierto..."

El caso es que entre tantas leyendas que a veces se intercalan en la historia convirtiendo la fantasía en realidad o tal vez la realidad en fantasía, porque el tiempo es el espacio que a través de los siglos convierte al pasado en un enigma, o dicho de otro modo, el tiempo acumulado es la distancia que separa al pasado del presente, el caso es pues, que existen las leyendas que cuentan que los mayos llegaron por el mar, y que

tal vez son ahora los descendientes de aquellos emigrantes nómadas del Asia Oriental que cruzaron el Estrecho de Bering, probablemente 40 mil años antes de nuestra Era; o tal vez que sean descendientes de aquellos navegantes egipcios, fenicios, polinesios o vikingos que seguían las corrientes marinas que los traían a estas tierras, tal vez también que hayan llegado desde el brumoso continente de la Atlántida, esa isla que existió según la tradición al Oriente de España y África en el Océano Atlántico, cuya costa occidental llegaba al Nuevo Mundo y la Oriental a Europa y África y que algunos geógrafos aseguran que era el Nuevo Mundo, la América, y que otros eruditos sostienen que la Atlántida ocupaba toda la extensión del Océano en que se hallan comprendidas las islas Azores, las Canarias y otras islas, y que si hubo comunicación entre Europa y América, posiblemente haya existido un continente del que son restos las Antillas, las Azores y las Canarias, de modo que si en tiempos remotísimos existió esta gran isla que se decía que era mayor acaso que África y Europa, también se asegura que su desaparición a causa de un hundimiento o de un terremoto, hubo de ocurrir a mediados de la época cuaternaria, y acaso, después del hundimiento que separó la famosa Atlántida de la Europa y de la América, quedaran ahí las fantásticas islas Azores, ese archipiélago en el Océano Atlántico cerca del estrecho de Gibraltar, y que algún día fuera, según se cuenta, el continente Atlántico que supuestamente habitaron los mayas; o tal vez también y esto es lo más probable, que los mayas no hayan llegado jamás nunca de parte alguna, y fueran ellos los primeros pobladores de este continente americano; pero esto es cosa que se pierde en la vorágine infinita del tiempo... Y lo de sus ojos claros, verdes o azules, fascinantes, de mirada sonriente, no es más que el reflejo de los sahuaros verdes y de las verdes ondas del río en la solana, ese verde dorado rutilando en la inmensa sabana de verdes sementeras...

El misionero jesuita Andrés Pérez de Rivas que tenía mucho contacto con los naturales de estas naciones del norte que poblaban la vasta provincia de Sinaloa "la más remota o de las más remotas en la Nueva España" cuenta él que: "Con particular cuidado y no pocas veces hice inquisición entre los más viejos y más entendidos de estos indios, preguntándoles

de dónde habían salido y cuándo habían poblado ellos o sus antepasados los puestos que al presente poseían: todos a una me respondían siempre, que habían salido de la parte del norte, desamparando algunos puestos que a esta parte habían tenido y poblado, por habérseles despojado de ellos y ocupándoles en guerra otras naciones que después sobrevinieron. En todo lo cual hallé fundamento de verdad, en ocasiones de entradas que españoles soldados hicieron la tierra adentro, a pacificaciones de gentes y otras facciones necesarias. A los cuales acompañé para casos ocurrentes de ministerios cristianos. Y finalmente en los informes que sobre esta materia hice, hallé rastros de que todas estas naciones que se van asentando de paz en nuevas reducciones, salieron de la parte norte: como también es fama constante, que salió de esa región y plaga la grande Nación Mexicana, como consta en sus historias muy repetidas. Y así solos los españoles vienen a ser los que dicen estas gentes, que salen del oriente, de donde nunca tuvieron noticias que otra nación saliese. Y hace a este propósito el nombre que las más de las naciones de Sinaloa, en las lenguas más comunes de ella dan a los españoles, llamándolos *yoris* o *dorts...* Y hay otras leyendas, que en eso se convierten a veces los sucesos del pasado, y que aún narran los viejos de la tribu, de ser descendientes de un muy poderoso cacique que tenía siete hijos y que habían vivido al noroeste de la región de un lugar llamado Ostimurti, que al morir el cacique en un combate, había mandado la madre a sus siete hijos que fueran a poblar los vastos territorios con el fin de defenderlos de sus enemigos, vecinos suyos, los yaquis, los zuaques, los pimas y los tehuecos que vivían en constante acechanza usurpando las tierras, y que fueron estos siete guerreros, los fundadores de aquellos siete pueblos en ruinas que encontraron los españoles al llegar a estas tierras por Camoa, en 1533.

De aquellas épocas remotas se pueden contar episodios tan maravillosos que la historia se confunde con la leyenda y se acerca mucho a la fábula, como aquella de las siete ciudades de oro de Cibola y Quivira y que en su búsqueda atrajera hacia el noroeste de la Nueva España a los hombres de la conquista, creyendo encontrar en estos lares las fantásticas ciudades de oro y que suponían situadas muy al norte en la tierra de los indios; y el gran mito propagado por los cuatro sobrevivientes

de la malograda expedición de Pánfilo de Narváez a la conquista y descubrimiento de la Florida en 1527, y donde perecieron los seiscientos hombres de aquella caravana de esforzados muriendo todos de hambre, y a causa de los encuentros con los indigenas y los sufrimientos espantosos caminando días y noches entre los pantanos, de modo que solo cuatro hombres intrépidos lograron sobrevivir, y en una increíble hazaña de valor y de voluntad atravesaron Norteamérica yendo a salir al Océano Pacífico en una travesía increíble que duró ocho años; y fueron los sobrevivientes Alvar Nuñez Cabeza de Vaca, Andrés Dorantes, Bernardino del Castillo Maldonado, y un negro llamado Estebanico, los que aseguraban que por estos rumbos nuestros, se encontraba la portentosa riqueza de las siete ciudades de oro en el Cibola y Quivira de la tierra de los indios, muy al norte... (¿tal vez por los rumbos de Cucurpe y Sahuaripa?), se asegura también que Fray Marcos de Niza y su guía el negro Estebanico, incursionaron estos rumbos en su búsqueda, también se asegura que Fray Marcos encontró su muerte en manos de los indios de Cibola, otros investigadores nos dan la pista, "que se quedó a vivir entre los indios mayos en el poblado de Tesia donde un hijo suyo llegó a ser cacique". En 1540, don Francisco Vázquez de Coronado continúa con la búsqueda y los expedicionarios en su ambición desmesurada se pierden en el laberinto de los desiertos y las montañas entre los valles y las costas y las sinuosas escabrosidades del terreno más intrincado con el sol más poderoso persiguiéndolos por las márgenes del río Sonora; y que al final, queda ahí como testigo de esta aventura San Jerónimo de los Corazones, el primer establecimiento español fundado por don Francisco Vázquez de Coronado; luego seguiría adelante la búsqueda de los "expedicionarios ilusos" con el Capitán Francisco de Ibarra al frente de un contingente de esforzados exploradores, que recorren las llanuras del noroeste atravesando la Sierra Madre en su afán de localizar las ciudades de oro de "casas de siete altos o sobrados", la Cibola y la Quivira, "donde el suelo era oro en polvo y los peces del tamaño como caballos". Que finalmente si encontraron los conquistadores, pero explotando las riquísimas vetas de los portentosos yacimientos de oro y plata de todo el noroeste, potencialmente aurífero con las riquísimas minas de Sonora y Sinaloa y que rebosaron las arcas españolas de Felipe II.





## “Y los Carcajes, Aljabas y Flechas quedaron en el fuego consumidas”

A finales del siglo XVI llegaron los primeros misioneros de la Compañía de Jesús a la provincia de Sinaloa, verdaderos soldados de Cristo, los auténticos conquistadores sin más armas que el Evangelio y sin otra ambición que la de conquistar y salvar almas, y así llegan en 1590 los padres Gonzalo de Tapia y Martín Pérez, los primeros, luego la evangelización del noroeste avanzaría entrando a las regiones sonorenses que anduvieron Andrés Pérez de Rivas, Tomás Basilio, Pedro Méndez que dice: “No había sabido qué cosa son los mayos, hasta que despacio voy bautizando adultos; y bendito sea Nuestro Señor, tengo diez y siete indios principales bautizados y de todos puedo decir que son de los mejores cristianos que me parece he tenido en todas las misiones en que he estado.”; y al lado de estos misioneros de Cristo que dejaron una huella profunda de su paso por estas tierras del noroeste, aquellos capitanes y gobernadores, Diego Martínez de Hurdalde, Francisco de Ibarra, Hernando Bazán; y de todos aquellos militares cristianos que intervenían ayudando a los padres jesuitas en el trabajo misional de esta vasta provincia y gobernación de la Nueva Vizcaya en el reino de Nueva España, destaca el ilustre mestizo Diego Martínez de Hurdalde que nació en la ciudad de Zacatecas en la Nueva España, de padre vizcaíno de nacimiento y su madre nacida bajo este cielo de la Nueva España.

El río Mayo a una distancia de 40 leguas de la villa de Sinaloa y a 24 leguas al poniente del río Grande de Zuaque, se encuentran las naciones de los “mayos” en unos llanos muy

grandes, que se hacen en medio del grueso de la sierra que corresponden a los ríos de Mayo e Yaqui hacia el norte. Es gente de natural muy blando y domésticos, más dados a la labor de la cultura de la tierra que no a las guerras; son grandes labradores..." Y tan nobles, de temperamento apacible y tan amigos de la paz y la concordia, que al quedar libre el paso, con la intervención del capitán Hurdaide, evitando las acometidas las tribus vecinas con las que traían continuas reyertas sobre todo con los yaquis, y al saber de la conversión de los zuaques sus belicosos vecinos, con los que nunca habían tenido trato ni amistad, un buen día salieron un grupo de caciques, que buscando a los misioneros, trabaron palabra con el valiente capitán de Sinaloa Diego Martínez de Hurdaide, pidiendo los llevaran a ver los pueblos, a las casas y las iglesias de los zuaques, y a conocer a los buenos padres jesuitas, que les enseñasen la doctrina cristiana, que como les enseñaban a los zuaques les enseñanes a ellos. Y así fue que después de estas diligencias de los hombres de la tribu, arribaron a estas tierras y rancherías a las riberas del río Mayo los primeros evangelizadores; y un día llegaría el amantísimo Pedro Méndez a convivir con los mayambó tan airosos, de ojos claros tan sugestivos; llegó acompañado del valeroso capitán Diego Martínez de Hurdaide, que durante más de treinta años habría de caminar por todos los caminos del noroeste desde que sentara plaza de soldado al servicio de las milicias del gobernador y capitán general de la Nueva Vizcaya don Francisco de Urdíñola, y con ser Hurdaide un hombre casi contrahecho, de cuerpo enjuto, muy menudito "la estatura del cuerpo del capitán Hurdaide era muy pequeña; tenía los pies zopos o torcidos, y encontrados y con todo tan grande de fuerza de cuerpo y brazos, y tan grande ligereza en tales pies, que era un gamo en correr tras un indio por una ladera", contrastando su físico con su enorme entereza, que debió ser un hombre admirable de gran inteligencia y destreza y con un verdadero fervor cristiano, puesto que acometió las empresas más valerosas durante su largo peregrinar por estas tierras junto a los misioneros de la Compañía de Jesús... Cuentan las crónicas que al llegar al río Mayo el capitán y el padre Méndez, que les había de enseñar la palabra de Dios, y a los que acompañaban "treinta soldados y caballos de armas por estar aquella nación en frontera de gentiles", sería aquella la entrada más gloriosa

que pueda imaginarse, que por todos rumbos llegaban a ellos demostrando la alegría de verlos, que eran por cientos de indios mayos con sus mujeres y sus hijos con las cabezas adornadas de hermosísimos plumajes multicolores, que tenían cruces levantadas por trechos a lo largo del camino y entre la algarabía de los pájaros parloteando y cantando entre las ramas de las guásimas, cruzaban entre arcos floridos que habían levantado para recibirlos, mientras los hombres y los niños y las doncellas con grandes muestras de amor y entre gritos de júbilo, los esperaban a la orilla del camino. Y tal vez, aquella multitud de seres al mirar al padre Méndez, aquel sacerdote de 70 años que habría de sembrar en ellos la divina palabra, y que de sólo mirarlo tan viejo, cargado de años, curtido de intemperie con todos los soles en la frente, ya sentían por él respeto y devoción. Cuarenta y cinco años se llevó caminando por valles y comarcas este soldado de Cristo llevando el Evangelio por todos los caminos del noroeste, y a él le tocaría "fundar y dar asiento a la cristiandad de los mayos", más tarde con la llegada del padre Diego de la Cruz "se acabó de bautizar toda la nación y quedó asentada su cristiandad en cinco pueblos de a quinientos y seiscientos, y alguno de más de mil vecinos, en distancia de diez leguas río abajo hasta la mar, y en ellos como treinta mil almas cristianas, por los años de 1620."

Debe haber sido alucinante el tránsito por la ruta del noroeste, por el inmenso territorio del N.O. conquistado por el severo Nuño de Guzmán y el genio aventurero de los capitanes Cristóbal de Oñate, Pedro Almendez Chirinos, don José de Angulo, entre tantos de aquella falange de esforzados expedicionarios que atravesaron caminos tan dilatados como jamás soñaran y en jornadas interminables y en medio de increíbles penalidades tras la apetecida riqueza, ávidos de tesoros, pues seguros estaban los conquistadores de haber dado con los reinos de Zuñi o de Cibola, y de Quivira, las siete ciudades maravillosas de la leyenda, "donde el suelo era oro en polvo y los peces del tamaño como caballos" que en el siglo XVI suponían los españoles que existían en el Nuevo Méjico, que comprendía en aquel entonces en el siglo XVI de la dominación española, la Arizona, gran parte de Nevada, Colorado y Tejas; y de tantos expedicionarios y de tanto incursionar por tan

diferentes rutas, todos llevados por el mismo propósito, la desbordante ambición; a excepción de los misioneros franciscanos y jesuitas que los acompañaban, los santos varones y colonizadores que un día llegaron a tierras de América para sembrar la semilla del amor que traían abundancia de ella en el alma, y mientras que el único afán de aquellos capitanes en dichas expediciones era la ambición de enriquecerse pronto y abundantemente, los misioneros de Cristo traían las alforjas henchidas de blanda simiente y el espíritu inundado de buena voluntad, y al mismo tiempo que predicaban con ardiente celo las verdades del Evangelio, abrían sementeras y enseñaban al indio diversos cultivos en su tarea civilizadora. Muy al contrario pues, del noble propósito de los misioneros, los demás, ensoberbecidos de poder, poseídos de una infame avaricia, llegaban a las más crueles infamias acometiendo empresas espantosas, devastando pueblos en medio del voraz latrocinio y provocando el encono de los naturales; y a medida que los conquistadores se iban internando por estas tierras desconocidas del ancho territorio del noroeste, se iban descubriendo vestigios de anteriores invasores, hasta se decía que Francisco Vázquez Coronado había encontrado las dichas fabulosas ciudades de Quivira, cuando encontraban a su paso los nuevos expedicionarios, las cruces levantadas por este incansable explorador. Y en este territorio del noroeste, como en todos los demás que invadieron los conquistadores, salvo dignas excepciones, fueron los venerables misioneros cristianos los auténticos caudillos de la conquista.

Y esta es la historia antigua de los habitantes de la tierra del Mayo, donde cientos de años después en 1880, nacería un famoso soldado revolucionario en la hacienda de Siquisiva, municipio de Navojoa, el General de División Alvaro Obregón, Jefe del Cuerpo de Ejército del Noroeste y que llenara de episodios emocionantes la historia militar de la revolución constitucionalista. Hombre de gran inteligencia, fueron altamente reconocidas sus facultades naturales de estrategia en los innumerables combates que librara en los campos de batalla "el más brillante soldado mexicano"; cuando se derrocó la dictadura de Porfirio Díaz con aquel formidable movimiento armado que estremeciera las conciencias, cuando se luchaba por la justicia social, por la redención del proletariado y la

dignidad del campesino, siempre estuvo ahí presente y firme el caudillo de Sonora, audaz y temerario, siempre adelante, siempre impetuoso en aquellas memorables campañas en que tomaran parte las fuerzas de su mando como un solo hombre y sin haber sufrido nunca una derrota. Los primeros contingentes del ejército a su mando fueron trescientos hombres de la región del Mayo que formaban el 4° Batallón Irregular de Sonora "para combatir a los infidentes oroquistas en el Estado de Chihuahua". Y con el grado de teniente coronel se iniciaría la carrera de las armas de uno de los más extraordinarios soldados que ha dado México. Fue el primero que utilizó la aviación de combate. La primera vez que se usa un avión con fines exclusivamente militares, fue en el Cuerpo de Ejército del Noroeste bajo el mando del General Alvaro Obregón. En abril de 1914 en las cercanías de Topolobampo y en mayo del mismo año, el biplano "Sonora", tripulado por el capitán Gustavo Salinas, llevando como ayudante al maquinista naval Teodoro Madartaga, lanzó bombas de guerra sobre las naves de Victoriano Huerta, hazaña increíble, que se practica por primera vez en la historia militar del mundo.

Y desde Alvaro Obregón y todos los próceres de la Revolución ¡Cuánto camino andado!, nosotros somos los herederos de la Revolución, y tenemos compromiso de lealtad, la Revolución Mexicana por la igualdad y la justicia la hizo el pueblo, y es la realidad del tiempo nuevo que vivimos en plena libertad. Ibamos comentando de todo esto, y que la biografía de Sonora es un enorme laberinto de cifras y figuras tan admirables, tan apasionantes, que necesitaríamos cien años debajo de un mezquite para contar la historia completa sin olvidar un solo episodio del pasado con las raíces vivas, la historia fascinante de esta tierra grande, pródiga, tan nuestra, tan amada, ¡Consévala, engrandécela!

De pronto en aquella claridad de la llanura infinita, no supimos cuándo la curva de los cerros parece una radiante guirnalda de ópalos rosados y el sol allá muy lejos era un disco rojo soberbio sobre un horizonte centelleante difundiéndose por todo el espacio el esplendor de aquella luz fantástica, mirábamos sorprendidos la fulguración de aquel sol portentoso que parecía venirnos encima, y llenos de asombro

detuvimos la "Austronave" a la orilla del camino y descendimos conmovidos contemplando el espectáculo grandioso de la naturaleza; y ahí de pie, relucientes, translúcidos, parecíamos figuras de ámbar rosado y nos mirábamos los unos a los otros con regocijo aquel traslucimiento con los cabellos iridiscientes y los ojos rutilantes con brillo de topacios, y así, arrebolados, relumbrantes, éramos tan diáfanos, tan maravillosamente transparentes como si toda la sangre de las venas se nos hubiera convertido en luz... el aire estaba lleno de sonidos y el llano olía a perfume de sahuaros, respiramos largamente la deliciosa frescura y extasiados, en medio de aquel arrobamiento, seguimos mirando emocionados la fastuosidad del crepúsculo anaranjado y cárdeno en un tumulto deslumbrante de nubes purpúreas y amarillas como si el cielo entero fuera un inmenso río turbulento de bronce y de oro y que se lleva al sol en la corriente; y mirábamos asombrados con los ojos enormemente abiertos aquel rojo disco gigantesco, aquel inmenso círculo escarlata que llenaba la mitad de la comba celeste descendiendo en la espesura entre la marejada de fulgores de las nubes ocre y doradas, y era tan grande y tan rojo, tan increíblemente grande y rojo el diámetro del sol ¡y era tan grande el palpitar del corazón atrapado en aquella luz espléndida! ¡tan fascinante aquella sublime sensación de volar hacia la refulgencia y correr por el sol empapados de luz con los brazos abiertos como las alas al viento! ¡refulgir en aquel esplendor y reír como nunca! ¡volotear y zumbiar y rodar como trombas de luz! ¡verberados, radiantes, completamente locos de dicha y alegría dando vueltas y vueltas sobre la refulgencia de aquel océano rojo, vibrante, gigantesco! y tal vez "Compañero", que parecía un perro de alabastro salpicado de lentejuelas, sentía lo mismo que nosotros, porque ahí bajo aquel esplendor con las patas delanteras bien afianzadas en la tierra miraba asombrado aquel sol fantástico, tremendo, soberbio y que parecía que iba a comerse a la tierra y adelantando la cabeza le ladraba furibundo como desafiándolo, luego se quedaba quieto con las narices húmedas y las orejas tensas mirándolo azorado, temeroso, y tan profundamente impresionado como nosotros, que inmóviles, extasiados, mirábamos al sol allá a lo lejos espléndido, magnífico como un imponente disco en llamas que flameaba en el camino y que de haber seguido la "Austronave" caminando lo hubiéramos

traspasado como los bólidos que atraviesan los aros de fuego en el circo... pero allí estábamos anhelantes, sentados en un arrobo infinito el gigantesco reverbero sin poder apartar los ojos de aquella ardiente luz deslumbradora, sonora, palpitante, y que ocupaba todo el cielo, y tan fantástico y tan sorprendente era el efecto que nos sentíamos invadidos de una emoción inexplicable, de un profundo indefinible sentimiento de dicha, de ansiedad, de placidez, era una sensación maravillosa, sobrenatural, de alegría infinita y de tristeza siguiéndole el fulgor en aquel sumergimiento lento, en aquel desaparecimiento melancólico, como si le doliera al sol ausentarse de nosotros y dejarnos ahí esperando el retorno hasta mañana... De pronto, y en medio de la fascinación contemplando el milagro, el último grito de un pájaro de alguna enramada lejana nos despertó de aquel encantamiento prodigioso y empezamos a escuchar sonoridades misteriosas, rumores oscilantes de armonías maravillosas y alguien exclamó: ¿oyen, como un resonar de tambores entre los chamizales? y todos a un tiempo lo dijimos ¡es el eco del sol! ¡la tierra que palpita!...

— ¿Por qué será —dijo Guille— que los científicos auscultan tanto el cosmos?, en este siglo les ha dado por andar observando a los planetas, desde Saturno a Urano que son los más lejanos dicen, hasta en Rusia por allá en una región del Cáucaso tienen un radiotelescopio el Ratan-600 y con este radiotelescopio escudriñan a cuanta galaxia se les pone enfrente, ¡qué ociosidad!, por supuesto que también investigan al sol y dicen y esto es obvio, que donde hay agua hay vida, y en este "planeta azul" como le dicen a la tierra los románticos astronautas, desde la primaria sabemos que hay más agua que tierra, pero de todos modos los científicos andan tras de unas moléculas de agua que vislumbraron en el espacio interestelar los radiotelescopios de la NASA y el Ratan-600 del Cáucaso, porque donde hay agua dicen, es posible la vida...

— Yo mejor diría —dijo Luciano— ¿para qué buscan agua si aquí tenemos tanta?... o será que como ya la contaminamos... ¡Yo no he contaminado absolutamente nada! —dijo Alfredo— ¿Quién de ustedes la a contaminado? ¡Al contrario! —dijeron todos a una voz— ¡a nosotros los del sexto nos va a tocar lo bueno! ¡Nada menos que descontaminarles el ambiente a la generaciones venideras!

— ¡Ustedes no comprenden nada! ¿verdad? —dijo Enri-

que— ¡creen que los astrofísicos jalan así nomás al espacio sideral un telescopio por pura ociosidad! ¿verdad?, ¡pues no se desperdicia la ciencia tan regaladamente como para andar en el macrocosmos con un telescopio ocioso! ¿qué tal si desde este planeta fluido y superluminoso no se alcanzaba a ver con claridad en las constelaciones a causa de las nubes de polvo cósmico?, ¡ustedes no comprenden nada! ¿verdad?, ¡pues en eso andan ahora los especuladores de estrellas, en observación directa, mirando cerca en la espiral de las estrellas las manifestaciones de la vida orgánica de nuestros convecinos! ¿y que tal si en alguna estrella hay agua, si hay aire, si hay oxígeno? ¡ya estuvo que hay ejidos! y se levantan cantidades astronómicas de trigo galáctico o cualquier otro cultivo alimenticio sideral ¿y qué tal si como buenos prójimos comparten con nosotros sus cosechas astrales? ¿Por qué no? ¡Todos somos inquilinos del Universo y debemos ayudarnos como buenos vecinos los unos a los otros!

— ¡Hombre, Enrique, qué discurso! —dijo Guille— ojalá que tu pronóstico se haga realidad y encuentren ese trigo ¡Pero ya! ¡Urgentemente!, ¡en este siglo de mendrugos sería una bendición ese trigo!

— ¿Cuál trigo? dijo Emiliano.

— ¡Ese trigo de origen sideral del que habla Enrique de origen similar! —decía Guille que hablaba a gritos y prisas como un río desbordado— ¡su excelencia Enrique, nombrado embajador representante de alguna galaxia agrícola productora de trigo de la vía láctea! Mira, Enrique, yo admiro mucho a los astronautas, ¡mis respetos para la ciencia, para la tecnología, para la astrología y la física nuclear y todo lo que tú quieras!, pero de esto a creer que van a encontrar trigo ¡no estoy loco!, ya fueron a la luna, muy bien, y qué trajeron, ¡piedras!, y qué pensaban encontrar, ¿oro?, ¿agua?, el agua vale más que el oro y aquí tenemos oro y tenemos agua, ¡claro que siempre es un orgullo conocer las piedras de la luna! Los hombres ya "fuimos" a la luna ¡maravilloso! ¡maravilloso! ¡ya logramos la hazaña del siglo! ¡ya conocemos la geometría del cosmos al dedillo y elaboramos las cartas topográficas especiales con más exactitud que los mapas geográficos de la Tierra! Pero eso de que hay trigo en las estrellas, seguramente, no. Sin embargo de haberlo ojalá que nos conviden, porque aquí ya no hay trigo en las parcelas y unos comen pan y los demás





# Navo-Joa

*"Con perfume que huele a provinciana  
te miro mi ciudad esta mañana"*

*Pror. Fco. Alfredo Larrañaga*

Y ahí mismo, a la vera del camino, contemplando alrededor la semidesértica planicie de los valles inmensos, vibrantes, infinitos, donde la llanura se desvanece en el cielo y no se tiene concepto de la distancia ni se advierte el límite del horizonte porque todo es llanura interminable, ahí, en el esplendor de la pradera llena de frescor, respirando el perfume de la noche, aspirando muy hondo el sople delicioso de ese aroma silvestre, habíamos acampado y dormido a cielo abierto como los pájaros.

Emprendimos la marcha al amanecer. En cuanto el sol apareció en la cresta de los cerros allá en la lejanía, ya íbamos caminando en medio de las grandiosidades soberanas entre una incesante algarabía de trinos y la radiante claridad de un cielo inmenso de nubes malva y rosa que parecían regueros de pétalos de rosas y violetas, la carretera seguía en línea recta hasta perderse en el horizonte, y hasta donde nos alcanzaba la vista solo veíamos las ondulaciones de la serranía y aquellas nubes mañaneras flotando tan leves, con ese deslumbrante fulgor en los contornos como halos de luz resplandeciente; íbamos dichosos y llenos de alborozo aspirando el frescor de la mañana, y nos entreteníamos mirando aquí y allá a las liebres tempraneras que aparecen azoradas entre los matojos, y

extasiados con el fulgor del día, escuchando esas fugaces vibraciones del campo, esos mágicos sonidos en el aire, no supimos cuanto tiempo habíamos caminado entre las ráfagas del sol sobre un campo de bellísimos matices bajo la inmensidad de un cielo clarísimo, ya habíamos dejado atrás la zona de los sahuaros, y el rey de la luz nos va siguiendo como a esa turba de gorriones traslumbrados las guirnaldas de los pájaros en vuelo, nos dimos cuenta que ya habíamos atravesado el puente del Río Mayo y el monumento de "Los Tres Picos", que así le llama el pueblo de Navojoa a este monumento en memoria de los primeros mártires sonorenses de la Revolución Maderista, Don Severiano Talamante, el ilustre y valeroso soldado héroe de la epopeya de Sahuaripa, "Mientras de la altura de la iglesia los Talamante mantenían a raya a la caballería tendida en la llanura, y diezmaban a la infantería federal que aún no peleaba al abrigo de las bardas y casas del lado oriente, la música infernal de la fusilería y las notas vibrantes del clarín se mezclaban con los gritos de los combatientes: "Viva el supremo Gobierno...", "Mueran los pelones", "Mueran los latrofaciosos", "Viva Madero...", veterano de las Guerras de Reforma y con un largo historial revolucionario en las luchas internas del Estado, constitucionalista afiliado al partido de Francisco I. Madero, y junto con sus hijos Severiano y Rodrigo Talamante, muertos trágicamente los tres héroes sonorenses "Sometidos a Consejo de Guerra sumarísimo y pasados por las armas el 30 de enero de 1911", y recordando este sobresaliente suceso de la historia de la Revolución en Sonora, porque para sentir plenamente la verdadera esencia de la nacionalidad, el ser mexicano con toda la rectitud de la sangre y toda la fuerza de la conciencia, es preciso reconstruir el pasado y conocer este tránsito de los hombres de los pueblos de provincia que han dado el corazón para forjar la patria y la libertad de la patria, y aprender del ejemplo de su espíritu... Y ensimismados en todo esto, habíamos dejado atrás los labrantíos y las copas plateadas de los álamos a lo largo de esa hermosa calzada, que lo mismo que nos lleva a Pueblo Viejo en la ribera del río Mayo, nos conduce a la otra entrada de la ciudad, y así fue que en forma repentina aparece allí enfrente la ciudad y de pronto nos internamos en el tráfago de las calles, ¡ya estábamos en Navojoa!, ¡en la Perla del Mayo! enclavada en las medianías de las anchurosas llanuras del

Yaquí, del Mayo y del Fuerte, y a 38 metros sobre el nivel del mar; hubo un tiempo en que aquí los grabanzaes como un espeso oleaje entre los surcos cubrían este valle, y de este suelo sustancioso salía el garbanzo más dulce, más tierno y perfumado, más grueso y nutritivo y que abastecía los mercados del mundo; sobre todo en España, donde el garbanzo ocupa el puesto más distinguido en la gastronomía española.

— Y en España seguramente los recibían con panderetas y castañuelas —dijo Guille— porque sin nuestro garbanzo el "puchero" y el "gazpacho" eran calduchos...

— Como quien dice en Navoja se sirve el "puchero" más sabroso del mundo...

— ¡Claro! nomás que aquí le llamamos "cocido"...

— ¡Y en resumidas cuentas, los platillos de todo el mundo con el garbanzo de Navoja, son los más sabrosos y punto!

— ¡Está como el pan! —dijo alguno— ¡no se puede comer buen pan de trigo en este mundo si no se hace con el trigo de Sonora!

Y en estas muy serias reflexiones y muy lógicas consideraciones, ya iba el sol atravesando las alturas y resolvimos dejar a la "Austronave" por ahí bajo la sombra de un Nacapul, para seguir el pasco a pie; íbamos calle abajo y calle arriba caminando por las aceras anchas y algunas elevadas sobre el pavimento de las calles espaciosas llenas de vitalidad y movimiento y adornadas de los frondosos y corpulentos "yucatecos", laureles de la India que aquí abundan; "Compañero" como siempre, adelantándose caminaba con la cabeza levantada con un trotecillo muy afroso, moviendo la cola con un contoneo que se le notaba a leguas que no podía reprimir su júbilo gozando como nunca de aquella convivencia, a veces se detiene ladeando la cabeza y nos lanza un corto ladrido de admonición por no alcanzarlo, luego sigue caminando con una gallardía majestuosa de nobleza perruna, como príncipe que pasea por un feudo; nosotros sonreíamos indiferentes y seguimos mirando en torno las fachadas de las casas con puertas-ventanas de altas rejas y admirando sus portales luminosos atestados de macetones de fulgurantes frondas, y donde allá en un claro rincón de aquel fragante oleaje, brilla una enorme jaula con más de veinte pájaros que se desplazan en su escaso cielo, que nunca abren las alas y remedan el vuelo

mecléndose en minúsculos columpios, ¡y sin embargo cantan los hermosos!... Ibamos a paso lento disfrutando de todo lo que nos rodea, de las multicolores fachadas de las casas con la luz del sol verberando las paredes y el esplendente verdor de los jardines donde resalta ese color grana de los obeliscos entre el follaje verde intenso, y allá arriba, muy alto, sobre las cúpulas de las enredaderas restallando en las tapias, el fantástico esplendor de las palmeras, el revoleo de ese penacho de espirales fulgurantes que parecen cimitarras con esa disminución gradual de la encorvadura de la hoja laciniada, partida, desgarrada, dividida en cortinillas de hojitas estrechas y puntiagudas de cantos deslumbrantes que cuelgan de esas hojas de más de doce metros de longitud, y que allá arriba a ochenta metros de altura enrosca el viento los destellos, la fantástica fosforescencia de ese mazo radiante que parece una lumbrada, y aquí en este clima subtropical de las diáfanas llanuras, sobre el fondo rojo del sol de las estepas sonorenses, se yerguen las magníficas palmeras deslumbrantes, soberbiamente airosas con los penachos encendidos más bellos de la Tierra. La ciudad huele a sol y huele a verde y en el aire hay un sutil perfume de marisma de las playas cercanas del Golfo de California, Yavaros, El Bachoco, Huivulai, Agiabampo, Camahuíroa, Las Bocas, las más cercanas de ese reguero de islas prodigiosas de las costas del Golfo; aspirando este aire clarísimo en una combinación de aromas que en medio de tanta luz produce una alegría inefable, seguimos el pasco por las calles, y a cada paso nos deteníamos para responder esos cálidos saludos entre las sonrisas y las miradas más gentiles con que aquí se recibe a los viajeros, la hospitalidad de los sonorenses es proverbial, la llaneza y cordialidad de sus gentes nos conmueve a cada paso, ibamos felices en el alborozo del día bajo este sol meridional, y muy pronto llegamos a la Plaza Cinco de Mayo en el centro de la ciudad. Nos asombra la hermosura del conjunto de esta plaza adoquinada de simetría perfecta, rodeada de esbeltas columnas y de hermosos arborescentes del alumbrado con su flotante racimo de enormes globos blancos, en la que se armonizan los monumentos con los jardines y espacios libres que producen una sensación de amplitud deslumbradora; y aquí en el corazón de la ciudad, la hermosa plaza donde se hacen las tertulias domingueras en las bancas de los jardines, es como un oasis con la brisa

refrescante de sus fuentes en una algarabía de agua traspasada de sol como escarolas de arco iris para que jueguen los pájaros y los niños; y en el centro de la plaza y rodeado también de columnas y arbotantes, está el Auditorio al aire libre, dentro de este recinto y desde las gradas, se domina el escenario al aire libre como en los antiguos foros griegos, subimos el pequeño tramo de escalones que nos conduce al interior, para luego descender y entrar de lleno a este centro de cultura popular y paseo tradicional de los domingos, que reúne al pueblo para admirar exposiciones y todo tipo de eventos artísticos que se divisan desde el exterior; hay atardeceres en que el lugar se convierte en una fiesta con la concurrencia de todos los aficionados a la buena música, que gozan de románticos conciertos de orquesta escuchando las antañonas melodías ahí entre los prados, cuando vuelven en bulliciosa romería a descansar de la ronda por la espesura de las huertas o de esa apacible y legendaria caminata por la ribera del río, y terminar así en santa paz el paseo habitual de los domingos, contemplando la caída de la tarde y cantando romanzas en plácido reposo.

Ahí enfrente a escasos metros de la plaza, se levanta el edificio del Palacio Municipal con su larga y hermosa fachada con esa línea de arcos de tipo colonial, y más allá, en el fondo del cielo de un azul cristalino, se contemplan las torres de la Parroquia del Sagrado Corazón. Teníamos la intención de conocer la Presa del Mocúzari en el cauce del río Mayo y a más de 40 Kilómetros de Navojoa, la importantísima presa del Sistema de Riego del yaquí que beneficia los cultivos de más de 400 mil hectáreas a la redonda, y que junto con la Presa de la Angostura sobre el río Bavispe —el afluente más caudaloso del Yaquí— cuyas aguas almacenadas se desbordan sobre 125 mil hectáreas de terrenos magníficos, y la Presa del Oviáchic sobre el río Yaquí, y con la rejunta de las aguas de un conjunto de Presas para pequeña irrigación, son la base de la economía de este Estado eminentemente agrícola, con las pródigas tierras fecundadas con esa rectedumbre del hombre de Sonora que camina en el incendio de los vientos por la sementera y que mira al sol de frente y no lo ciega y que nace con los pies en los surcos con las teguas puestas, teguas camineras de un sólo camino, del alba al barbecho y del barbecho al alba, pacientes,

humildes, cansados, hoyando el camino, ablandando el suelo, ayudando al parto de la madre tierra... nobles viejas teguas de los campesinos, que de tanto andar, pringosas de tiempo, bronceadas de tierra, semiencarrujadas por la solanera, ¡un día hicieron del campo sonorensé el granero de toda la Nación!

Y teníamos pues, la intención de visitar la Presa del Mocúzari de paso rumbo a Alamos, pero antes queríamos verlo todo en Navojoa, conocer los monumentos, las plazuelas, los jardines, los quioscos, los edificios, y con este propósito salimos de la Plaza para internarnos nuevamente en las calles. "Compañero" corría a sus anchas retozando como nunca, yendo y viniendo y lanzando ladridos en torno suyo, como para anunciar su júbilo a los cuatro vientos. ¡Tiene hambre!, dijo Luciano, y sed seguramente, agregó Guille, como todos los astronautas de esta excursión. Y no se dijo más, enfilamos derecho al Mercado Municipal, aquello parecía una fiesta con la animada agitación de la gente, por todas partes en la plazuela reinaba un movimiento y una alegría que contagiaba con el bullicio de los tianguis y ese olor incitante y delicioso de la comida de las fondas ahí cerca, con las mesas atestadas de parroquianos; y con ellos, en su amable compañía, compartimos ese día el pan y la sal bajo la sombra de un corpulento laurel de la India con la fronda más grande que jamás habíamos visto, luego, más tarde, seguimos el paseo, visitamos la Escuela Talamante, la Plaza de Armas, el monumento de honor del General republicano don Ignacio Pesqueira, y desde luego, no podíamos salir de Navojoa sin visitar el monumento del Gral. Obregón, el gran soldado nativo de este municipio, y hacia allá encaminamos los pasos; al poco rato ya estábamos allí frente a una imponente estatua ecuestre del General Obregón montado en su caballo de batalla, y estuvimos un buen tiempo recordando la estrategia militar del trívicto caudillo en la defensa de Celaya, cuando hace trizas al ejército de Villa, —la terrible "División del Norte"— y cuando el de Siquisiva, el General en Jefe hará culminar la batalla defensiva (que ha roto la cohesión táctica del adversario, que ha reflejado sus ligas de mando, que a consumido sus municiones y que, además, le ha diezmando fuertemente sus efectivos), desencadenando con rapidez y energía su maniobra predilecta de noble envolvimiento, realizada por dos potentes

masas de caballería, y que absolutamente envolvieron al enemigo, "por el norte y por el sur hasta tomarlo por la retaguardia en ambas direcciones", haciéndolo retroceder en completa desventaja y prácticamente triturado por la embestida fulminante de los jinetes de las tropas constitucionalistas, y que desde ese momento en que para ganar tiempo, la intuición, el genio militar de Obregón, se manifiesta con aquella orden magistral que desorienta al enemigo, cuando se escucha entre el fuego de la defensa el formidable toque de diana del Corneta de diez años de edad, Jesús Martínez, y que, tal vez es en este preciso momento, con el toque de corneta sostenido, viril, continuado y que lanza el valiente soldado de diez años del 9º Batallón, que se decide el triunfo de esta batalla de Celaya, "mientras el niño continuaba tocando diana, recorri yo la línea distribuyendo los pocos soldados que quedaban, quienes repelían con sus fuegos los del enemigo", dice el General Obregón desde Celaya, en su Parte Oficial del 10 de abril de 1915, en una de las acciones militares del Gral. Obregón que registra la historia de la Revolución como "una de las más completas y artísticas de su victoriosa carrera militar", y donde la intuición, el genio de estrategia del soldado de Siquisiva se revela en toda su magnitud. Cuando platicábamos de todo esto frente al monumento de Obregón, todos comentábamos cuánto nos hubiera gustado estar junto a él aquel día, en ese lance de la batalla de Celaya, en la línea de fuego y entre el eco vibrante de la diana de aquel Corneta niño...



# Alamos, Ciudad de Poema

Desde aquella alborada en Hermosillo, que emprendimos la marcha rumbo al sur, ya llevábamos muchos días de andar en el reverbero de los caminos cruzando las llanuras interminables y donde en ocasiones durante el trayecto, detuvimos la "Austronave" en algún recodo del camino, quizá alguna vez por los litorales del Golfo a la orilla de un médano, o en alguna ocasión al pasar muy de cerca por las simas de la sierra, el caso es que con esta excelente infraestructura caminera, con estas vías de comunicación abiertas a la fraternidad y que cruzan la ondulosa, escarpada, fascinante geografía de esta tierra de montañas y desiertos, de valles y bosques y planicies infinitas, donde ya no hay distancias con los caminos vecinales de esta red de carreteras asfaltadas que nos llevan subiendo y bajando a todas partes del Estado; el caso es que, durante el trayecto de este alegre viaje en cuyo punto final ya estamos, a veces nos deteníamos en cualquier lugar a la orilla del camino sólo por el placer de contemplar el espectáculo imponente de la luz, esa comba luminosa y traslúcida intensamente azul de claridad immaculada, y este prodigio de la grandiosidad de las llanuras doradas por el sol y la etérea cordillera de alabastro en torno, casi irreal bajo la inmensidad de un cielo de transparencia deslumbrante; y por cierto, ya extrañábamos el resol de los caminos, ya queríamos retornar a la sabana, a los campos abiertos poblados de gorriones y sahuaros, ya sentíamos el ansia por el sol de la campiña y anhelábamos oler la claridad, ese aroma de sahuaros y mezquites repletos de savia, perfumeros del desierto que embalsaman el aire de fragancia, no

sólo los sahuaros necesitan mucha luz para vivir y ya anstábamos andar bajo el sol de la llanura; cuántas veces por momentos sentíamos que a la "Austronave" la empujaba una lengua de fuego cuando ese venero de luz allá arriba estaba en su apogeo y parecía venirsenos encima, y cuántas otras lo traíamos trotando a la zaga o lo veíamos flotar allá enfrente, opulento, espléndido, magnífico, centelleando en la punta de un cerro, y la lumbrera parecía una enorme moneda de oro recién acuñada bamboleándose de canto, ¡el sol! ¡siempre el sol esplendente en el fulgor azul! acompañándonos, rodeándonos, a veces atrás y a veces adelante arrojándonos oleadas de luz mientras nosotros seguíamos el camino amurallado de sahuaros gigantescos, gallardos, de perenne frescura, porque sin duda alguna ésta es la verdadera patria del sahuaro, ¡y del sol y los mezquites ni se diga! cuando Dios dijo, sea la luz, aquí fue el primer albor de la mañana, la primera alborada de la tierra, sobre los mezquites de Sonora.

El caso es que anhelábamos volver a las llanuras, andar otra vez entre el júbilo de la transparencia, porque aquí se camina por la luz en el escenario más grandioso que pueda imaginarse, como la diáfana llanura no tiene ni el más vago contorno, parece que se camina por el cielo y por momentos no se sabe si tanta transparencia es un ensueño o es una realidad de inmensidad, como cuando se camina en alta mar y se pierde la noción del horizonte... No teníamos prisa pero teníamos ansias por llegar a Alamos, sobre todo Emiltano, el de Alamos, que anhelaba llegar a la casa de su abuela.

Y en una mañana azul, muy azul, con los primeros resplandores de la aurora emprendimos la marcha con destino a la ciudad luminosa, a la antigua Real de la Limpia Concepción de los Alamos, o Real de los Frailes, en las estribaciones de la Sierra Madre Occidental por el oriente y a 385 metros de altura sobre el nivel del mar.

Avanzamos lentamente cruzando la llanura con un aire dorado y un dulcísimo olor a binoramas, y viendo alrededor cómo van cambiando los colores del campo y se mezclan en infinidad de matices de tonalidades brillantes, y conforme la ardiente luz del sol con sus reflejos va transformando el

paisaje, la llanura es cada vez más resplandeciente y más ardiente y entre más alto el sol más deslumbradora y más ardiente, ya habíamos andado un buen rato por la zona de los sahuaros y los mezquites, este árbol sagrado en el encendimiento de la llanura sonoreña con sus negriscos troncos retorcidos y un bellissimo follaje transparente que parecen pintados en el aire; de pronto en forma repentina se había quedado atrás el mezquital y el resplandor azafranado del valle, y aquel vislumbre rojo del aire se torna en azulada transparencia, y ahí ante nuestros ojos, como en un cuento de hadas se convirtió de pronto todo aquello en un vergel de flores, en un inmenso campo cuajado de flores matizadas que perfuman la brisa mañanera, miramos alrededor con ojos de embeleso la hermosa deslumbradora del conjunto y se nos llena el corazón de una alegría inmensa que se desborda en gritos de júbilo, por dondequiera que miramos hay flores y más flores y vamos caminando en la floresta inundada de perfume entre un revoloteo de mariposas que pasan como ráfagas doradas, el aire es una poma desde el amanecer y parece que flotamos sobre un fascinador esplendor de fantasía entre un festín de efluvios con la frescura del aire traspasado de esencias, y éramos etéreos en virtud del aire puro que nos hacía flotar en un deslumbramiento, siguiendo a las parvadas de gorriones que se dejan venir en espirales y haciendo arabescos en el aire nos pasaban zumbando entre una algarabía de trinos, aquel campo florido de transparente claridad con la luz del sol prodigada con maravillosa exuberancia, no tenía fin, íbamos por una región encantada y hasta donde alcanzábamos a ver solo teníamos la visión luminosa de pájaros y flores que cintilaban bajo un cielo immaculado con un trasluciente sol que se extiende invadiendo todo el espacio, ¡sobre esta llanura infinita se levanta el sol en estallidos!

— ¿Se dan cuenta?, ¡más flores y más flores y más flores!  
¡parece que aquí llueven flores!

— ¡Vamos caminando entre oleadas de mariposas, de pájaros, de flores!

— ¡Todo es un hervidero de girasoles y campanitas moradas!

— ¡Vean aquélla lumbrarada! ¡aquéllos girasoles a punto de estallar con todo el sol metido en las corolas! ¡qué alto, qué fúlgidos los pétalos! ¡parecen candeleros encendidos!

— ¡Y allá esas vinoramas cayéndose de flores! ¡pero qué deslumbradero por todas partes! ¡parecen fuegos artificiales!

— ¡Y aquél otro resplandor! ¡aquél garambullo que parece una antorcha con la luz del sol a través de las flores!

— ¡Y miren las amapas fulgorosas burbujeando de flores amarillas! ¡vean aquélla escurriéndole chorros de sol!... ¡parecen cañadas de oro líquido!

— ¡Y aquélla enredadera color de rosa como los encajes de las hadas! ¡son los sanmiguelitos volandeando en las ramas de la guásima como si le brotara espuma rosa!

— ¡Esto es el paraíso! ¡los grasoles como chispas de sol que brotan de la tierra! ¡y las vinoramas y las guásimas en flor como cascadas de luces de bengala!

— ¡Y aquél relumbre azul y lila allá en el fondo como arroyos de zafiros y amatistas! ¡son puras escarolas de campanitas tendidas en las breñas!

— ¡Y vean ese río de oro y plata!... ¡esa lumbrada parpadeante, parecen candilejas flotando!

— ¡Son flores rutilantes que se mueven con el aire!

— ¡Son puras mariposas! ¡es un tropel de luces cristalinas! ¡esto es una invasión de mariposas!

— ¡Y allá arriba esa lucera! ¡ese concierto loco de trinos en el viento! ¡vean allá arriba el desparramadero de gorriones con las alas doradas!

— ¡Y traen vuelo en picada! ¡los podemos atrapar de volada!

— ¡Que escándalo de alas! ¿Qué onda? ¡nos está cayendo encima polvo de oro!...

— ¡Esto es un deslumbradero! ¡un huracán de luz! ¡arriba es todo verde y abajo es todo azul!...

— ¡Estamos volando! ¡nos llevan!... ¡andamos en el viento!

— ¡Nos estamos convirtiendo en pájaros!

¿Y sabes qué? mientras contemplamos en un arrobamiento la legión de gorriones que cruzan la llanada, allá arriba, en su onda, en la cumbre azul del cielo, el sol se reía a carcajadas y quería seguir el juego seguramente, porque parecía que aventaba centellas desde el cielo y todas nos venían a dar encima, y "Compañero", ese amigo fiel y agradecido, de pronto, las orejas en punta y con la cola goteando de sol, de un salto se elevó en el aire y agitando sus patas como alas se lanzó a flotar en la fosforescencia, y gozando de la

alegría como nunca corría en el fresco viento centelleando entre las flores, luego se detenía, olfateaba el suave olor del aire y aspirando grandes bocanadas y haciendo cabriolas, se reía también a carcajadas y nos veía con sus ojos de ámbar de mirada cariñosa, casi humana... Luego, todo no fue más que una fiesta con las flores, los muchachos se las echaban en las bolsas de la camisa y se adornaban el cuello con guirnaldas como los muchachos hawaianos, o se las ponían en las orejas como los gitanos, a "Compañero" que nos miraba con sus ojos de miel más límpidos que nunca, lo adornaron de girasoles que le prendieron en las orejas y en el rabo, y a mí me repujaron las faldas de campánulas azules y de sanmiguelitos y me pusieron en la cabeza una esplendente corona de girasoles, como la de ellos, luego llenamos de flores la "Austronave" para llevárselas a la abuela, al fin que llegaríamos a Alamos en unos minutos y la mañana estaba fresca, y como el camino era corto, nosotros llegaríamos rozagantes, recamados de flores y Emilia no al entrar a la casa de su abuela le decía, ¡abuela, abre los brazos! ¡Llegó la primavera!

Y efectivamente, no tardaríamos en llegar porque ya vislumbrábamos el cerro de la Cacharamba, y así llenos de flores llegaríamos a la ciudad que lleva el nombre de la Virgen de la Concepción, la patrona de España, la ciudad de los Portales, la ciudad de las suntuosas fachadas coloniales y de los patios de cuento de hadas. Parece que no se ha podido precisar la fecha exacta de la fundación de la Ciudad de Alamos, el origen se remonta al virreinato y Alamos es ya desde aquellos tiempos la historia del virreinato; solamente hay indicios de que pudo haber sido fundada en el último tercio del siglo XVII al mismo tiempo que se descubrían los riquísimos yacimientos de oro y plata de las minas de Promontorios y La Aduana, posiblemente antes del año de 1682, siendo que en 1685 fue comisionado el presbítero Pedro de Barzelón, que inicia los registros parroquiales en este Real de Minas de la Purísima Concepción de los Alamos, y cuando los pobladores del lugar, solicitan los servicios de un sacerdote que les impartiera los auxilios espirituales.

La ciudad es nivea y grácil como ala de paloma... Alamos es una ciudad de poema, y nadie pudiera pensar que este

paraje delicioso fueron bosques espesos de álamos entre la refulgencia de los arroyos. Y tal vez, solamente tal vez, el fundador fuera un andaluz, uno de aquellos misioneros que al llegar a la Nueva España y andar él por estos vastos caminos del noroeste, se detuvo en su camino y añorando el terruño, hizo nacer como por encanto en un rumoroso bosque de álamos una población envuelta en luz deslumbradora y arrullada de trinos, y levantó casas a la vera de los arroyos como las casas de Granada, de Córdoba o Sevilla y con la misma belleza de las moradas musulmanas de la vieja Andalucía; así llegaron a este cielo puro estos patios andaluces, franqueados por sombreadas galerías donde resplandecen los arcos dibujando su bellissimo contorno sobre los muros del fondo, esos muros y recodos con sus nichos abiertos adornados con esculturas de santos primorosamente labrados en madera, o donde resalta la elegante hermosura de un jarrón esmaltado con sus dibujos delicados en ese azul cobalto de intenso brillo, y dechado de belleza de la cerámica mexicana; patios y jardines de verdes espesuras de un encanto infinito, con su fuente de cantera y azulejos que se alza en el centro lanzando escarolas de agua cristalina, esa agua mágica que fluye de las fuentes, eternamente en torno y en retorno y que se va deslizándose rumorosa por el borde orlado de las tazas y al fin cae saltando en el estanque como puñado de diamantes; esas galerías, esos arcos, esos muros y esas fuentes rodeadas de macetas de matizadas flores y que recuerdan tanto el esplendor de los patios de la Alhambra del siglo XIV; en cualquier rincón de Alamos se encuentra una casa de estilo hispanomaometano, o árabe granadino que recuerda las regias moradas de los sultanes, y como las moradas musulmanas, algunas tampoco revelan al exterior su interior magnificencia. Desde el momento que se entra en la ciudad tendida en la ladera de los cerros, donde se divisan los horizontes granas y azules de la Sierra Madre y parecen vislumbrarse en lontananza las altísimas cumbres de más de dos mil metros de altura, ya andamos por el cielo, ahí muy cerca, la cima del cerro de los Frailes, la cumbre más elevada a 1783 sobre el nivel del mar al noroeste de Alamos, y allí mismo en Alamos, el Cerro de la Cacharamba, o Cachahamba (oreja agujerada), como dicen los mayos, por donde se va el sol todos los días en un alarde de grandeza imponente de oros y escarlatas derramados por todo el firma-

mento, esas irradiaciones encendidas del manantial del sol en aluviones de nubes encarnadas como lava fundida al rojo vivo y que arrastra en la corriente al horizonte, y no queda más luz en este mundo, ni siquiera un vislumbre, después de la explosión del Cacharamba... Y ya estamos, pues, en el deslumbrador escenario de la época del virreinato y en la historia fascinante del antiguo centro minero, que dependía de la provincia de Sinaloa desde que se establecieron los españoles en este espacio del dilatado Imperio de la América Septentrional; y que por la importancia de sus "grandes depósitos argentíferos descubiertos en Alamos en 1686", junto con las portentosas minas Planchas de Plata, localizadas muy cerca del Real de Arizona, y muy cerca también de lo que ahora es el pueblo de Sáric, y descubiertas en 1736, verdaderos torrentes de plata con yacimientos de tan fabulosa riqueza que se llegaron a extraer bloques hasta de cien y doscientas arrobas de plata pura; (y por decreto real, Felipe V las había declarado propiedad de la Corona como criadero de plata, en 1741). El Visitador General de la Nueva España don José Bernardo de Gálvez Gallardo, decía que Sonora era "el verdadero tesoro de la América Septentrional", y no se equivocaba el ministro universal de Indias y amigo personal de Carlos III. El caso es que, en la época de la colonia, la actividad más productiva en Sonora, era la minería, y por la gran abundancia de minerales de oro y plata tan provechosas a la Real Hacienda, "por real orden de 10 de agosto de 1769 su majestad Carlos III aprobó la erección de una Casa de Moneda en Sonora" y otro decreto real de aprobación de fecha 12 de febrero de 1782, donde a la vez que Arizpe adquiere el título de ciudad, es el que propicia la construcción de la Casa de Moneda en Arizpe, sobre el río Sonora, y capital de las provincias internas de Occidente al mando del comandante general don Teodoro de Croix, y encomendando la dirección de esta Casa de Moneda al Ing. don Manuel Agustín Mascaró. Sin embargo, esta Casa de Moneda en Arizpe nunca funcionó por la falta de equipo necesario para acuñar las monedas. Hubo un tiempo en la época virreinal, en que el oro y la plata entre los naturales de estas tierras no tenía valor alguno, pero luego vendría la avaricia de la gente blanca y barbada, y si antes el comercio entre los naturales se hacía en el trueque de semillas, sal, pescado, pieles, tejidos de algodón, etc., muy pronto descubrieron que la permuta de oro

en greña y plata en pasta, por cuentas de colores, era el contracambio apetecido por aquella gente blanca y extraña, "devoradora de oro"... Dice la historia, que en 1687, Fray Eusebio Kino que se detiene en el Mineral de los Frailes a su paso hacia la Pimería Alta, ya tenía referencia de la portentosa riqueza de esta tierra de minas, y ya antes, en 1599 don Juan de Oñate, que en aquellas caravanas que atravesaban el desierto emprendió el descubrimiento de Quivira, con las expediciones al noroeste de Nueva España, "al interrogar al embajador del reino de Nuevo México sobre los metales que su rey y señor poseía... Oñate, por experimentar e indagar la verdad mostróle un doblón de oro, un peso de plata y un candelabro de azófar o cobre, y preguntándole cual de aquellos metales poseía su señor... el aborígen seleccionó el doblón", y, "esta es la primera cita relacionada con moneda acuñada en la historia de las expediciones al noroeste de la Nueva España".

Pero sigamos con el hilo de la historia, consumada la Independencia en 1821 con el plan de Iguala, promulgada por don Agustín de Iturbide y el caudillo insurgente don Vicente Guerrero, y donde Iturbide manifiesta: "Yo al frente de un ejército decidido y valiente he reclamado la Independencia absoluta de la América Septentrional. Ya es libre; es ya señora de si misma; ya no reconoce ni depende de la España, ni de otra nación alguna". Y poco después viene la separación de los estados de Sonora y Sinaloa y ya como entidades independientes por decreto del 19 de julio de 1823, Sonora con su capital en Ures, y Sinaloa con su capital en Culiacán, y, "como las nuevas entidades no hallaron en su separación el beneficio esperado, decidieron el 4 de febrero de 1824, reunirse para formar el Estado de Occidente, seleccionando la Villa del Fuerte como su Capital". Luego más tarde, habrían de suceder una serie de acontecimientos sobre contratos de arrendamientos de las Casas de Moneda para acuñar el oro y la plata y el cobre de los abundantísimos minerales del país —"Carlos II había permitido la acuñación de oro en la Nueva España y la Casa de Moneda de México troquelaba un promedio anual de cuatro millones de pesos"—, y para afianzar la industria minera en Sonora, que por su portentosa riqueza metálica, su posición geográfica y su comercio ultramarino, es que se convierte en urgente necesidad el establecimiento de las Casas de Moneda

después de que han sido expulsados los españoles en 1821; y el acomodo de las capitales del Estado de Occidente que va de un sitio a otro, de la Villa del Fuerte como capital del Estado, se traslada provisionalmente a Cosalá, y luego de ahí por decreto firmado en Cosalá "el 26 de octubre de 1827 eligió al mineral de Alamos como capital del Estado y residencia de sus supremos poderes, en donde se instalaron el día 10 de enero de 1828, y el 19 de del mismo mes, por decreto número 42, dicho mineral fue declarado ciudad de la Concepción de los Alamos". Y fue así, que, "la instalación y dotación de enseres de esta primera Casa de Moneda en lo que hoy es Estado de Sonora, estuvo a cargo de don Leonardo Santoyo, persona competente en materia de acuñación..." y entre 1820 y 1829, el ensayador don Leonardo Santoyo acuñó monedas de cobre con valor de 1/8 de real para usarse en el Estado de Occidente, que comprendía los actuales Sonora y Sinaloa.\*

Es verdaderamente alucinante la historia de la minería en Sonora desde el virreinato, y que se inicia con el descubrimiento de los riquísimos yacimientos y se fundan sus Casas de Moneda y de Ensaye, donde se habla de los "troqueles de octavos de cobre, de 1828", que la Ceca (Casa de Moneda) de Alamos usó como divisa la inicial A durante los primeros años de acuñación, que la primera acuñación se efectuó en Alamos en 1864, y otros investigadores informan que la apertura de la Casa de Moneda en Alamos ocurrió en 1868, y según el informe del último ensayador que tuvo esta Casa de Moneda, y Director de esta Ceca, don Manuel Larraguibel, (1867-1879), la fecha de apertura fue en el año de 1828, ya que existen monedas acuñadas en 1828 ó 1829 con la inicial A indicativa de haber sido troquelada en Alamos por el ensayador Leonardo Santoyo. El caso es que, el más rico y abundante mineral de la Purísima Concepción de los Alamos, sería explorado por más de doscientos años en beneficio de la Real Hacienda. En 1830, el Estado de Occidente —la antigua Púsolana— dejó de existir; Sonora como Estado autónomo, seleccionó a Hermosillo como Capital, y aún cuando no permanecieron los poderes en dicha ciudad, la fábrica de moneda de Alamos fue trasladada a Hermosillo y en 1832 se hizo la primera emisión de moneda

\* *"Sonora y sus Casas de Moneda, Alamos y Hermosillo": Alberto Francisco Pradeau.*

usando nuevos troqueles

Pero volviendo a esta Casa de Moneda en Alamos "la más prolífica en el Estado, tenía su edificio que era un gran caserón en la esquina de las calles de las Flores y el Callejón de la Casa de Moneda, muchos años después a la calle de las flores se le cambia el nombre por el romántico de calle del Angel, y es que cuentan que por esta calle vivía una doncella de rostro angelical y tan dulce y tan bella era la niña, que con sólo asomarse a la ventana la calle se llenaba de gloria... "La antigua Casa de Moneda no existe ya, no queda ningún vestigio de aquel viejo edificio que en algún tiempo albergara una escuela Secundaria. Aquella Casa de Moneda sólo queda en la magia de los recuerdos junto al esplendor de los riquísimos veneros, y ese encanto, el aura de la calle donde estuvo ubicada y que envuelve en la nostalgia, esa calle de los sugestivos nombres como aquél de la Flor del Angel, ahora solamente es la calle General Antonio Molina.

Ya desde antes de acercarnos al apacible y melancólico paraje, a la ciudad blanca y serena de luminosa transparencia, sentíamos una sensación deliciosa de húmeda frescura mientras atravesamos el camino entre la profusión de los mezquites y el rumor de las frondas de los tabachines y los álamos, ¡soberbiamente bellos en la atmósfera azul de la llanura!, ¡abortos y entretenidos veníamos contemplándolos desde Navjoa, donde llegamos a ver árboles gigantes, álamos centenarios de una altura desmesurada y con los troncos tan gruesos que cinco personas alrededor no alcanzarían a abarcarlos, y era natural que en suelo tan sustancioso tenían que ser tan pródigos, tan colosalmente frondosos y esplendorosos, con los brazos interminables que le salían de la espesura del follaje en torceduras caprichosas y de ramaje tan luminoso y esplendoroso, tan sorprendentemente claro bajo el cielo de un bello azul purísimo, que parecía que los álamos tuvieran las hojas pintadas en el aire; y con este frescor de las frondosidades que se juntaban formando bóvedas espesas, y el revoloteo de los pájaros que van de un árbol a otro, la travesía entre las lomas amarillas del camino nos pareció tan corta por placentera, que ya andábamos seguramente en los contornos de la ciudad porque aspirábamos el purísimo aire que llegaba desde las

cumbres de la Sierra Madre, y luego a muy poco caminar, descubrimos que ya estamos en la ciudad y hemos arribado por una gran calle despejada como un magnífico vestíbulo empedrado, y que ahí, al entrar a la ciudad, nos recibe un monumento con el busto de don Benito Juárez, como eterno tributo de lealtad consagrado a la memoria del grande, egregio, inmenso Juárez! Juárez el incorruptible, implacable en la lucha ante la democracia, y un solo sentimiento que lo guía: la Ley. "La ley que ha sido siempre mi espada y mi escudo" "nada con la fuerza: todo con el derecho y la razón; se conseguirá la práctica de éste principio con sólo respetar el derecho ajeno."... "Espero que de hoy en más no pretenderán los gobiernos extranjeros mezclarse en los asuntos domésticos de nuestro país, que no necesita, a Dios gracias, de tutela para marchar" ...

Luego que nos internamos en las calles ya estamos en el pasado, y no podemos contener la emoción ante tanta hermosura cuando vamos caminando por esas calles empedradas entre la albura de una larga serie de casas y una multitud de ventanas y de balcones volados, primorosamente enrejados en una encajería de hierro forjado que resalta de espesos muros, y algunos, que se asoman bellísimos bajo las cornisas entre los contrafuertes de aquellos murallones blancos, bruñidos, rutilantes... y por todas partes, por dondequiera que se mire, aparece el lujo de las artes granadinas en esa gallardía de los arcos estilo mudéjar de los suntuosos portales con altísimos techos envigados y sostenidos por una hilera interminable de pilares blancos adornados de sencillos capiteles, que al resol, parecen balaustradas de marfil... Por estas mismas calles por donde ahora andamos, un día caminó también el Ministro universal de Indias, el visitador General de la Nueva España, don José de Gálvez, Marqués de Sonora, título otorgado por su majestad Carlos III 1786, en recompensa a los servicios prestados al Reino de España y de las Indias en esta vasta y remota región de la América Septentrional. Y desde aquí, desde el Real de los Alamos, el visitador dictó órdenes muy importantes sobre los grandísimos asuntos de la administración pública en Nueva España, todos relacionados con el ramo de Hacienda en una serie de reformas encaminadas a aumentar la productividad de los metales preciosos en beneficio de la Real Hacienda; las auríferas tierras sonorenses eran la promesa,

don José de Gálvez decía que Sonora era el verdadero tesoro de la América Septentrional por su "gran copia de minerales de oro y plata". La presencia de este personaje es importantísima en la historia del virreinato en las provincias septentrionales de la Nueva España, y desde aquí, el Real de los Alamos, donde radicara algún tiempo, autorizó la apertura del puerto de Guaymas, la fundación de San Fernando de Guaymas, entre las tantas e importantes facultades de su cargo; y son tantos los edictos y los manifiestos durante la intensa actividad de su administración, que sólo con enumerarlos llenaríamos páginas enteras.

El tiempo se detiene al caminar por esta bellísima ciudad de fachadas de nácar y calles y callejuelas adoquinadas, semiempedradas, y de sinuosidades caprichosas, sin embargo la simetría, la armonía del conjunto es admirable, todo aquí es fascinador, la imponente altura de los muros blancos, los suntuosos dinteles de las puertas enormes con relieves labrados en madera, los portales a la orilla de las calles con los arcos de herradura con estalactitas, como los arcos de la Alhambra, los admirables herrajes, la filigrana de las monumentales rejas de hierro con delicados remates formados de verdadero encaje, todo ahí es sorprendentemente hermoso bajo el cielo transparente y el aire inundado de luz, y es una delicia caminar por estas calles inolvidables con cuestras y callejones y con banquetas altas de escalones, por donde uno camina replegado a la blancura de los muros, y hasta parece que se escucha por estas viejas calles el retumbo de los cascos de los caballos y el rodar de los carruajes, y una sensación de que súbitamente aparece un caballero con peluca y chambergo de ala levantada por un lado y larga pluma, que envuelto en una espléndida capa por donde asoma la empuñadura de plata maciza de una espada, pasa de largo sin mirarnos... Alamos es un documento histórico con todos los monumentos del pasado, sólo hay que recorrer sus calles tornasoladas para encontrar el drama romántico de nuestra historia. Desde que se llega al lugar, el gran proceso histórico, el gran movimiento social que proclama una República, nos recibe al llegar, caminar por sus calles es recorrer el tiempo...

Alamos fue Departamento Imperial en 1865, cuando Maxi-

militario de Austria se sentía dueño absoluto de esta nación y dividía al país en Departamentos, cuando las fuerzas invasoras francesas ocupaban el territorio mexicano, mientras los liberales del Partido Republicano, verdaderos patriotas enemigos de la tiranía enarbolaban la bandera de la libertad, de la justicia, de la democracia, por aquellos acontecimientos de la época de la Reforma y que tuvieron lugar en Alamos durante la intervención francesa, cuando los republicanos combatían en los campos de batalla contra los soldados del Imperio. En 1865 Alamos era el centro de los acontecimientos, y aquí tuvo lugar uno de los combates más reñidos de la etapa de la intervención francesa y el Imperio en el Estado, cuando las fuerzas imperialistas defendían la plaza de Alamos contra las tropas republicanas, y fue aquí, al pie de la Loma de Guadalupe, que encontró la muerte el Gral. Antonio Rosales, uno de los más implacables enemigos del Imperio y vencedor de los franceses en la célebre batalla de San Pedro; por más de medio siglo descansaron en Alamos los restos del Gral. Rosales, hasta 1923 en que fueron trasladados a la Ciudad de México a la Rotonda de los Hombres Ilustres. Y caminando por las calles olorosas a huertas, a papayos y mangos maduros, a rosas y geranios y jazmines, percibimos en la frescura de la brisa entre esos mil perfumes y entre esos mil sonidos a nuestro alrededor, algo así como un eco vagaroso, como una vibración de murmullos muy leves, muy lejanos, o tal vez sólo fuera el sentimiento profundo, la evocación que llena el alma y nos mueve a escuchar voces lejanas en el aire, porque "el agradecimiento es la memoria del corazón", el caso es que los hombres de aquellos paladines del liberalismo, patriotas defensores del Occidente, Ignacio Pesquetra... García Morales... José María Leyva... Ramón Corona... Antonio Rosales... Alcántar, Corella, Bartolomé Almada, vibran en el aire mientras vamos caminando por las calles...

El sol estaba ya a media mañana y lo único que Emiliano deseaba era llegar a la casa de su abuela donde había nacido ella y él también, con la solemne promesa que después, por la tarde, nos llevaría a recorrer "sus dominios" calle por calle y callejón por callejón...

Por fin llegamos, nos detuvimos frente a un portón enorme,

imponente, de madera pulida primorosamente labrada, y a cada lado de la suntuosa puerta hermosísimos faroles de hierro forjados y cincelados sostenidos por ménsulas de hierro muy elegantes, muy hermosas, una verdadera obra de cerrajería. Por dentro la casa de la abuela rodeada de tapias festonadas de madre selvas, era un inmenso alero atestado de palomas que se arrullan sobre cascadas reverberantes de bugambilias y laureles en un jardín de rosas y violetas, de fuentes adosadas a la pared, de arbustos floridos y gorgeos de pájaros que vuelan en bandadas entre los corredores perfumados, inundados de un aire transparente de una claridad verde azulada; desde que traspasamos los umbrales y contemplamos a través de los arcos en el patio central aquella fuente arrojando penachos de espuma sobre aquel verdegal esplendoroso, todo se convirtió en un alborozo incontenible, sentíamos que acabábamos de llegar al palacio de los sultanes y era hora de entregar nuestras ofrendas al Cadhi, corríamos hacia la fuente en medio de un júbilo grandioso y con la volandería de los gorriones sobre nuestras cabezas, más que correr por aquel deslumbrador espacio parecía que volábamos con los cabellos flotantes en el frescor del aire, ya todos a la orilla de la fuente entre gritos de alegría arrojábamos nuestras flores silvestres en el estanque, de pronto cesó la algarabía y nos quedamos ahí abstraídos, mirando con verdadero arrobamiento el esplendor de las flores ondeando en el agua y formando espirales de fantásticos colores con el sol que serpenteaba allí flotando, haciendo mil visiones en centelleos extravagantes cuando cortaba el agua atravesándola en relámpagos, cabriolas y arabescos fulgurantes, y como en un alarde de sus inagotables y prodigiosas radiaciones al mismo tiempo se convertía en burbujas azules, verdes, moradas, rojas, amarillas, que rondaban, perseguían a las flores hasta que por fin las envolvía una tras otra y la flor se quedaba atrapada por una multitud de burbujillas, y más que girasoles o capullos de amapa o de sanmiguelitos, parecían esferas de luz resplandeciente girando en el fulgor del agua; y porque estábamos ahí traslumbrados, empapados de fragancias contemplando la magia indefinible y fantástica del sol derretido en el agua, apenas escuchamos la tiernísima voz de la abuela que nos llamaba como en un sueño: ¡Al comedor! ¡Niños! ¡Todos al comedor! ¡Y qué viaje fantástico para llegar al comedor!, cuando fuimos

atravesando galerías tornasoladas soportadas por largas arquerías de elegante dibujo, y deteniéndonos a cada paso a contemplar los altísimos techos de rústicas y gruesas vigas interminables y otros artesonados, labrados en madera igual que los batientes de las gruesas puertas, algunas adornadas con pilastras y cornisas rematadas con rosetas y hojas contorneadas con festoncillos de estuco y que todas van a dar a las habitaciones por los cuatro lados del patio central; Emilliano, nuestro anfitrión, a veces abría algunas de estas puertas que daba acceso a un fastuoso aposento con roperos enormes, tan altos que parecía que llegaban a los techos, y en primorosos marcos, espejos monumentales que ocupaban anchísimos espacios, en otras habitaciones había muebles de maderas preciosas chapeadas de marfil, arcones labrados de exquisita belleza, o relucientes armarios de caoba de primorosa talla, por todas partes se veían repisas con esculturas y cuadros de paisajes en imponentes marcos dorados, y entre hermosos gobelinos, retratos antiguos de señores arrogantes y damas de un señorío y delicadeza encantadores, todo allí era de una sobria elegancia solariega, por aquellos aposentos habían pasado generaciones de familiares de Emilliano, y cada uno había dejado la huella de su paso, en un gran salón había unas pinturas enormes con placenteros paisajes de mar de un azul impenetrable, rígido, estático, y sobre los muebles de artísticos herrajes colecciones de caracoles, de compases, de goletas y veleros, de brújulas, de catalejos, de globos terráqueos y de relojes de agua y de arena, que hizo exclamar a todos enfrentándose a Emilliano ¡y tú, con todo este arsenal náutico y no conocías el verdadero mar! y a Guille, que mirando los cuadros con expresión burlona, decía que aquello no era ni barrunto de mar, que pintar el mar es como querer pintar el viento, ¿quién puede pintar el movimiento? decía impetuoso, ¡al mar hay que olerlo y oírlo como el viento de la montaña!...

— Pues sí, mi amigo, tienes razón, —decía Emilliano con su admirable imperturbabilidad— este mar mudo de los paisajes no convence ¿verdad? ¡ni la más fantástica imaginación podría pintarlo sin verlo!

— ¡Y aunque lo vieras! ¿Qué pintor ha pintado la luz?

— Yo creo que de ver estos mares opacos, inodoros e inocuos, creías que el mar era pura agua salada con tiburones de plástico...

— Algo hay de eso... decía Emiliano en un tono tranquilo, ¿pero ahora qué tal? desde que me metí al mar...

— ¡Desde que te metimos! Interrumpieron todos lanzando risotadas.

— Bueno, desde que me enamoré del mar —dijo Emiliano inalterable— me gustó tanto, que he decidido estudiar oceanografía ¿qué les parece?

— ¡Un milagro!... ¡porque tienes que aprender a nadar primero! Respondieron a gritos

— ¿Estudiar oceanografía, dijiste? ¡Ah, sí, como no! ¿Tal vez para demostrarle a la ciencia que para sanear el medio ambiente hay que explotar el mar, que allí está la buena onda y que la NASA anda errada buscando en otros planetas sin agua la salvación de este planeta lleno de agua? Emiliano, en serio, ¿cómo que estudiar oceanografía?... ¡pero si tú te ahogas en un vaso de agua!

— ¡De plano! ¡vámonos mejor al comedor!, —dijo el impasible Emiliano y agregó sonriendo— ¡les agradezco mucho sus alabanciosas expresiones de estímulo!... Y se quedó pensando qué hubiera pasado si les cuenta que no come el pescado ni en cuaresma.

Y charlando y discutiendo de mil cosas llegamos por fin al comedor, y llenos de asombro nos detuvimos en el umbral, porque era necesario un respiro para admirar con calma la señorial armonía del conjunto y guardar la agradable impresión de aquel instante, contemplando la pulcritud y la exquisita sencillez del lugar con sus muebles de cedro y sus armarios labrados de talla primorosa pulidos por el tiempo, y aquel viejo reloj de pared con caja de nogal y con un intermitente ronroneo marcando los minutos, y sobre todo, aquella claridad, una rebosadura de luz que entraba por un ventanal y parecía que todos los rayos del sol destellaban llenando de fulgores hasta el último rincón, y nos quedamos ahí arrobados contemplando los reflejos de la luz sobre los muebles relucientes de limpieza y sobre el artesanado del comedor que era una obra maestra, nos llamó la atención en la reverberación de las paredes otro bellísimo reloj, un reloj de campana con caja de ébano, y que al entrar nosotros como parvadas de pájaros deslumbrados, empezó a repicar alegremente como dándonos la bienvenida y anunciándonos que casi sera el mediodía; por

atravesando galerías tornasoladas soportadas por largas arquerías de elegante dibujo, y deteniéndonos a cada paso a contemplar los altísimos techos de rústicas y gruesas vigas interminables y otros artesonados, labrados en madera igual que los batientes de las gruesas puertas, algunas adornadas con pilastras y cornisas rematadas con rosetas y hojas contorneadas con festoncillos de estuco y que todas van a dar a las habitaciones por los cuatro lados del patio central; Emillano, nuestro anfitrión, a veces abría algunas de estas puertas que daba acceso a un fastuoso aposento con roperos enormes, tan altos que parecía que llegaban a los techos, y en primorosos marcos, espejos monumentales que ocupaban anchísimos espacios, en otras habitaciones había muebles de maderas preciosas chapeadas de marfil, arcones labrados de exquisita belleza, o relucientes armarios de caoba de primorosa talla, por todas partes se veían repisas con esculturas y cuadros de paisajes en imponentes marcos dorados, y entre hermosos gobelinos, retratos antiguos de señores arrogantes y damas de un señorío y delicadeza encantadores, todo allí era de una sobria elegancia solariega, por aquellos aposentos habían pasado generaciones de familiares de Emillano, y cada uno había dejado la huella de su paso, en un gran salón había unas pinturas enormes con placenteros paisajes de mar de un azul impasible, rígido, estático, y sobre los muebles de artísticos herrajes colecciones de caracoles, de compases, de goletas y veleros, de brújulas, de catalejos, de globos terráqueos y de relojes de agua y de arena, que hizo exclamar a todos enfrentándose a Emillano ¡y tú, con todo este arsenal náutico y no conocías el verdadero mar! y a Guille, que mirando los cuadros con expresión burlona, decía que aquello no era ni barrunto de mar, que pintar el mar es como querer pintar el viento, ¿quién puede pintar el movimiento? decía impetuoso, ¡al mar hay que olerlo y oírlo como el viento de la montaña!...

— Pues sí, mi amigo, tienes razón, —decía Emillano con su admirable imperturbabilidad— este mar mudo de los paisajes no convence ¿verdad? ¡ni la más fantástica imaginación podría pintarlo sin verlo!

— ¡Y aunque lo viera! ¿Qué pintor ha pintado la luz?

— Yo creo que de ver estos mares opacos, inodoros e inocuos, creías que el mar era pura agua salada con tiburones de plástico...

— Algo hay de eso... decía Emiliano en un tono tranquilo, ¿pero ahora qué tal? desde que me metí al mar...

— ¡Desde que te metimos! Interrumpieron todos lanzando risotadas.

— Bueno, desde que me enamoré del mar —dijo Emiliano inalterable— me gustó tanto, que he decidido estudiar oceanografía ¿qué les parece?

— ¡Un milagro!... ¡porque tienes que aprender a nadar primero! Respondieron a gritos

— ¿Estudiar oceanografía, dijiste? ¡Ah, sí, como no! ¿Tal vez para demostrarle a la ciencia que para sanear el medio ambiente hay que explotar el mar, que allí está la buena onda y que la NASA anda errada buscando en otros planetas sin agua la salvación de este planeta lleno de agua? Emiliano, en serio, ¿cómo que estudiar oceanografía?... ¡pero si tú te ahogas en un vaso de agua!

— ¡De plano! ¡vámonos mejor al comedor!, —dijo el impasible Emiliano y agregó sonriendo— ¡les agradezco mucho sus alabanciosas expresiones de estímulo!... Y se quedó pensando qué hubiera pasado si les cuenta que no come el pescado ni en cuaresma.

Y charlando y discutiendo de mil cosas llegamos por fin al comedor, y llenos de asombro nos detuvimos en el umbral, porque era necesario un respiro para admirar con calma la señorial armonía del conjunto y guardar la agradable impresión de aquel instante, contemplando la pulcritud y la exquisita sencillez del lugar con sus muebles de cedro y sus armarios labrados de talla primorosa pulidos por el tiempo, y aquel viejo reloj de pared con caja de nogal y con un intermitente ronroneo marcando los minutos, y sobre todo, aquella claridad, una rebosadura de luz que entraba por un ventanal y parecía que todos los rayos del sol destellaban llenando de fulgores hasta el último rincón, y nos quedamos ahí arrobados contemplando los reflejos de la luz sobre los muebles reluctantes de limpieza y sobre el artesonado del comedor que era una obra maestra, nos llamó la atención en la reverberación de las paredes otro bellissimo reloj, un reloj de campana con caja de ébano, y que al entrar nosotros como parvadas de pájaros deslumbrados, empezó a repicar alegremente como dándonos la bienvenida y anunciándonos que casi sera el mediodía; por

todos los rincones brillaban candelabros de bronce y de plata repujada entre ramos de rosas que parecían estallar, y sobre la amplia mesa resaltaba la aromosa opulencia del verano, el fastuoso esplendor de las frutas en sazón, el jugo y el perfume de las naranjas de sol, de los mangos y los plátanos dorados, las papayas refulgiendo cortadas a la mitad enseñando la pulpa olorosa, tierna, escurriéndole una miel rosada deliciosa, y a lo largo de la mesa un viñedal con los racimos de las uvas transparentes henchidas de dulzura entre las jarras llenas de limonada; en un minuto todos estábamos conversando alrededor de la mesa, la abuela, que tenía en su rostro una apacible sonrisa, dirigía la plática desde la cabecera; las sabrosas viandas iban y venían de mano en mano y "Compañero" rondando iba de silla en silla, al final lo venció la modorra y silenciosamente se echó en un rincón con las orejas gachas y sus grandes ojos húmedos llenos de mansedumbre y de sueño, y parecía allí dormido al pie del ventanal un perro cerámico con el cuerpo nimbado con un halo de luz, y soñando los sueños de los perros... Mientras tanto la plática en torno a la mesa seguía cada vez más animada, la dueña de la casa prodigaba las sonrisas y las atenciones mientras escuchaba divertida la impetuosa verbosidad de los muchachos agradeciéndole todos al mismo tiempo sus amabilidades, preguntándole cosas, y ella respondía a todos tiernamente, sonriendo encantada... Pues sí, la fruta era de la vasta y frondosa huerta de la vieja casona, luego nos llevaría Emiliano a ver los árboles, que eran más viejos que ella y crecieron, decía, junto a generaciones de mi familia, tal vez, aquí estamos en la comarca desde que el presbítero don Pedro de Barzelón, por allá en 1685 hizo los primeros registros de los bautizos, y por la rama paterna y materna somos descendientes de los primeros habitantes fundadores del Real de los Alamos... por la tarde, los llevaremos a conocer las joyas arquitectónicas dispersas en la ciudad y verán esas casas antañonas donde nacieron muchos hombres y mujeres ilustres de Alamos... Aquí nadie es grande ni pequeño, no existe el orgullo de castas, se trata de una sola familia unida por los lazos de la cordialidad, todos saben el origen de todos, y es en la hermandad de los pueblos así como Alamos, donde se ama a Dios con humildad, ¿no creen ustedes?... Hizo una breve pausa y siguió conversando tranquilamente, en Alamos, proverbialmente acogedor, desde hace

mucho tiempo radican honorables familias de extranjeros, pero esta palabra extranjero, quiere decir extraño, forastero, y ellos no lo son, aquí fincaron su vida para siempre en el cobijamiento de nuestros corazones...

Hubo una emoción unánime al escuchar estas palabras fraternales de la abuela, mientras hablaba los muchachos eran todo oídos y seguían con atención la plática que ella hacía encantada con su elocuencia y la alegría en su rostro contando episodios de su vida en Alamos, en esta ciudad iluminada y trasparente, como si el sol solamente existiera para llenarla de luz, aquí donde todos la conocían y ella conocía la historia de todos, y podía hablar con emoción y con orgullo horas y horas de los días de antaño... Y Luciano, que la escuchaba en un arrobamiento y no ha dejado de mirarla un solo momento, le dice emocionado: Oyéndola a usted con esa voz que suena a ternuras, viéndola a usted ¡tan linda! con esa luz de plata en sus cabellos, yo creo que todas las mujeres de Alamos son álamos de luz, álamos frondosos que todo lo iluminan como el sol irradiando sus luces... —hace una breve pausa y luego agrega sonriendo con timidez, como cuando se confía algo muy íntimo— de Alamos era una tía mía, muy hermosa, muy alta, muy garbosa, recuerdo que me encantaba verla caminar, porque caminaba con pasos muy cortos, muy graciosos, como de niña, como de paloma duende, qué se yo...

— ¡Debe ser un encanto!... ¿Como se llama tu tía?

— Laura Gilda... mi tío le decía "mi álamo frondoso" y que tenía un esplendor caso mágico... él era un hermano de mi madre, era escritor, periodista... un hombre de letras...

— ¿Por qué dices era? ¿ya no vive?

— Bueno, pues... ¿qué será vivir?... porque a él yo lo leo y aquí está... y ella siempre será un álamo frondoso, donde quiera que está un álamo está ella... así lo siento yo, y yo creo que sí... que esto es vivir...

¿Sabías, Luciano, —dijo la abuela con una suave sonrisa— ¿que lo que acabas de decir es una hermosa verdad? , y me hace recordar, dice vehementemente, que aquí en la tierra de ese "álamo frondoso" hubo también muchos hombres de letras, mujeres y hombres poetas, escritores, historiadores, periodistas de renombre y que siempre vivirán en la memoria de todas

las generaciones de sonorenses; este pasaje de la historia de Alamos es importantísimo, muy interesante, y deben conocerlo... —Los muchachos la escuchaban religiosamente y ella sigue contando: Todo empieza allá por 1828 con la llegada de la imprenta por primera vez a Sonora, al mismo tiempo que fueron trasladados los poderes locales del Estado de Occidente a la ciudad de Alamos en 1827; y ya con la primera prensa en Alamos, se inicia en Sonora una época de florecimiento y desarrollo para la prensa periódica que todavía dura; sería pues, aquí precisamente, en 1828, que se edita por primera vez un periódico en el Estado de Sonora y cuando se desarrolló el periodismo en Alamos en todo su esplendor, en aquel tiempo vieron la luz pública periódicos muy notables y la mayor parte de carácter político, como fueron, luego "Aurora de Occidente", un Semanario Organó Oficial del Gobierno, luego vendrían "Celajes de la Aurora en Occidente", "Opinión Pública en Occidente", y sería más tarde, en 1850, que el eminente profesor Gregorio Almada, traduce al español la Aritmética de Gohrr y en la Imprenta de Alamos se hace la reimpresión de este texto, por lo tanto, aquí se edita el primer libro; luego en 1876 seguirían una serie de publicaciones, "La Voz de Alamos", "El Fantasma", "El Distrito de Alamos", "El Meteoro", "El Voto Público", y tantos más; todos periódicos de línea política que circulaban en Sonora, y entre todas estas publicaciones que estaban muy lejos de ser publicaciones científicas o literarias, destaca una por su género propagando la ilustración y la enseñanza, "EL Estudiante", que se edita en 1821, publicación mensual y luego semanario cultural de la Escuela Secundaria que dirigía el gran educador don Felipe Salido... como ven, pues, es aquí en Alamos, donde nacen los pioneros, los promovedores del periodismo en Sonora... y la prensa de Alamos, la primera tribuna de la libertad de expresión del sonorenses —hace una breve pausa y dice— aquella era una época de voces apasionadas, periodistas de trincheras con su elocuente y apasionada voz en la tribuna de la prensa divulgando las necesidades y las aspiraciones del pueblo, una juventud nacionalista, vigorosa, emprendedora, en su mejor etapa de vitalidad y de energía creadora —y con una expresiva sonrisa que ilumina su afable semblante, dice suspirando— ¡Alamos... terruño amado! cuántas gentes ilustres han nacido en esta Real de la Limpia Concepción de los Alamos... ¡Y

cuántos educadores! —dice con plena voz vibrante— ¡maestros dignísimos, preceptores insignes, orfebres del intelecto y del espíritu modelando la conciencia de los niños!, verdaderos educadores que consagraron sus desvelos a dirigir a tantas generaciones señalándoles el camino que conduce más fácilmente a la perfección posible en lo moral y lo intelectual, y porque sabían que la escuela es un preludio de la vida y ellos tenían a su tutela el futuro de la infancia, no sólo se dedicaban al desarrollo de la inteligencia y a impartir conocimientos, sino que le daban una gran importancia al perfeccionamiento de las facultades morales, a la educación del espíritu, a la necesidad de también cultivar las facultades humanas, eran aquellos maestros verdaderos forjadores, edificadores de voluntades, que ejercieron la enseñanza en el justo equilibrio de enseñar con amor y enseñar con esmero, día tras día, tenazmente, como el campesino que de tanto barbechar y barbechar convierte el campo yermo y estéril en un erial fecundo... y no confiaban, no dejaban a la memoria del niño lo que sabían que era del terreno del entendimiento, de la reflexión, de la fuerza del pensamiento, de concentrar la atención, de observar con penetración y cuidado, en un esfuerzo de la inteligencia proplamente, no de la memoria... —hace una pausa, mira a todos largamente con sus ojos melancólicos y dice con vehemencia— ¡Maestros de Alamos, eminentes profesores dignos de renombre y fama eternos y orgullo del magisterio de Sonora!... Luego sigue diciendo: Alamos, ustedes deben haberlo oído por ahí, tenía fama de ciudad aristocrática de rancios abolengos, y así era, porque desde el más pobre hasta el más rico todos de estirpe noble con blasones de cultura, en Alamos, ya desde el siglo XVIII se impartía la enseñanza en las aulas de primaria, que se abrieron a los niños sonorenses en la escuela que fundara el primero Obispo de Sonora, Fray Antonio de los Reyes, por allá a mediados de 1784, que sería la primera escuela de Primaria que se establece en el Estado de Sonora; y el gran educador don Gregorio Almada, fue el fundador en Alamos, del Seminario Anglo Español de Enseñanza Primaria y Secundaria, que luego sería un centro de estudios de gran prestigio, el Liceo Sonora, y la primera escuela Secundaria que se funda en el Estado de Sonora; siendo esta escuela, junto con el Colegio de Alamos, del eminentísimo educador don Felipe Salido, los primeros plan-

teles de enseñanza Secundaria que funcionan en el Estado ... Luego la cultura toma cauce ascendente como el sol, iluminándolo todo, ¡cuántas generaciones de jóvenes sonorenses recibieron la instrucción de los maestros de Alamos!... ¡Y es tan dulce recordar con gratitud a los maestros! aquellos ilustrísimos maestros... don Othón Almada, el eminente don José Rafael Campoy y Gastélum, inteligencia extraordinaria, culminante figura de la cultura sonorenses, autor de obras insignes, Carta Geográfica de la América Septentrional, Oración Fúnebre a Felipe V, Oraciones Latinas y Castellanas, ameritado hombre de letras y que naciera en Alamos en 1723... y don Angel Arriola, don Ventura G. Tena, y don Saturnino Almada, ¡el dignísimo, venerable maestro rural!, y Catalina Acosta de Bernal, y Margarita Almada, la maestra incansable, escritora y poetisa, mujer inolvidable de sencillez conmovedora que sabía el secreto de dar felicidad y la prodigaba generosa... y tantos, tantos maestros de Alamos que dejaron una huella indeleble de su espíritu en cada corazón y en cada mente de niño... de sus niños!... Terminó dictando con su voz armoniosa, mirándonos con esos ojos suyos de serena mirada. Luego siguió una larga pausa durante la cual los muchachos, verdaderamente emocionados comentaban entre ellos de la convicción y la elocuencia con que hablaba la abuela, y le pidieron que continuara contándoles, que la estaban escuchando con el corazón... y ella dice, Bueno, a mí me gusta hablar de estas cosas del terruño, y yo creo, ¡que con este auditorio es el momento de hablar! —y lo dice mirándolos con júbilo, mostrando en su rostro la alegría de contarles "de estas cosas del terruño" —y agrega muy sonriente: Yo no tengo una forma de expresarme concisa y breve, y me gusta hablar!, repetir, salirme del camino a divagar por la orilla y volver al camino nuevamente, y cambiando súbitamente de tono agrega: ¡Pero solamente he hablado yo!, no les he preguntado y que me cuenten las experiencias de su viaje por el Sur de nuestro Estado...

— ¡El viaje ha sido maravilloso! —se apresura a contestarle Guille— ¡Hemos visto la imponente grandeza de las tierras del Sur! ¡Hemos visto los paisajes y el sol más bellos de la tierra! ¡La luz y las espigas más espléndidas del mundo! y hemos escuchado la más grandiosa historia, ¡contada ahí en el mismo escenario de la historia! por las gentes que la vivieron, o de

aquellos que la veneran y la guardan con cariño profundo como herencia sagrada...

— ¡Guille, déjame nomás decirle! — lo interrumpe Alfredo— ¡Que a eso hemos venido! ¡A conocer la tierra nuestra de cerca, a olerla y a sentirla, a que se nos meta por los poros toda entera la historia de nuestra tierra! ¡Y siga usted contando de los sucesos y de las gentes de Alamos... para amarlos aun más!...

— ¡Y que no la interrumpa nadie! dijo Enrique

— ¡Sí, cuente usted! — dijo Alfredo—, y luego nosotros hablaremos todo lo que usted quiera...

Y la abuela que escuchaba sonriendo, llena de alegría lanzando raudales de luz por los ojos, exclama: ¡Sí es el tema de mi vida... como un sueño feliz hacia el pasado!... ¡Alamos...! — dice con emoción— ¡Cuánta sensibilidad de espíritu en tus gentes!... aquí donde han nacido destacadas personalidades, verdaderos artesanos de la cultura, historiadores como don Manuel Santiago Corbalá Acuña, hombre de vastísima ilustración, escritor e historiador eminente, autor de valiosísimas obras históricas y biográficas de gran mérito, y don Ramón Corral, político de acendradas ideas liberales, siempre sería la democracia su línea de conducta, ¡a los diez años de edad, firmó en unión de su padre, una protesta en contra de la Monarquía de México en 1831! y con el tiempo iba a ser un talentoso escritor y periodista de combate, director de "La voz de Alamos" y "El Fantasma", Ramón Corral tuvo el honor de conocer y escribir la primera biografía de Cajeme, el héroe yaquí José María Leyva... —hace una brevisima pausa y continúa hablando con esa fluidez de palabra que nos llena de embeleso y nos mantiene en suspenso— Esta tierra mía amada, desde antes de nacer, —dice con el rostro iluminado— que ha dado tantos talentos, lugar principalísimo en la cultura sonorenses, y donde han nacido portentosas inteligencias con todo y haber sido "la patria natural del oro y la plata" según la expresión del Obispo José Joaquín Granados, ¡pues ni todo el oro de sus entrañas podría compararse a un sólo pensamiento de cualesquiera de los seres que aquí nacen!, científicos, sabios, maestros, artistas, ¡un verdadero venero de inteligencia superior de sensibilidad prodigiosa!... Había una vez un hombre... ¡Así como en los cuentos de hadas!, un día existió un hombre de extraordinaria sensibilidad que nació aquí en

Alamos, ameritado doctor y célebre tenor de relieve internacional, Alfonso Ortiz Tirado, una de las voces melodias más puras que se hayan escuchado y con su voz de modulaciones dulcísimas, curaba cantando... La vida de Alfonso Ortiz Tirado fue una armonía perfecta, una vida plena y fecunda de bondad, admirado y profundamente amado en toda la América, que la llenó de cantos el "Embajador Lírico de la Canción Mexicana", y que decía, con su alma llena de compasión por la desgracia ajena, que él, había nacido para curar y cantar; y tanta generosidad y tanto amor porque un sólo propósito llenaba su vida, aliviar el dolor de los niños pobres y listados... y cuando cantando con esa voz suya sensitiva tan límpida y vibrante el Doctor Ortiz Tirado, uno de los más grandes cirujanos ortopédicos de la América Latina, reconocido en el mundo entero como hombre de ciencia por los conocimientos en su especialidad y su labor humanista —y cautivó los corazones con su voz maravillosa cuando llevó sus cantos a todos los públicos de América—, con todo el dinero que ganaba, como tenía un compromiso del corazón con los niños pobres y listados y por ellos cantaba; para ellos, pues, levantó en México la Clínica Infantil de Ortopedia y Traumatología, la primera Institución en el país en esta especialidad; y a la entrada de este Hospital de niños, como una ofrenda del alma, se leían estas palabras suyas: "Elevé con mi canto este Templo para alivio del Dolor", y nunca se escuchó el sentimiento de su voz, más puro, armonioso, perfecto!... y así fue que el Doctor Ortiz Tirado, que amaba su profesión de manera ejemplar, había cumplido plenamente cuando decía "nací para curar y cantar"... Y como aliviar el dolor humano era el propósito de este ser excepcional, no vendía salud, simplemente la daba a los pobres... y como Dios conmovido por esa alma tan llena de amor lo donara del privilegio de una voz maravillosamente melodiosa, sus manos curadoras, pródigas como las del Santo de Asis, hicieron bien su obra de bondad y curaban cantando... Alfonso Ortiz Tirado... ¡Toda una vida consagrada al servicio del prójimo!

Después de éstas palabras hubo un largo silencio entre una vagarosa vibración de sonidos donde sólo se escuchaba en la estancia la voz límpida del agua que caía en el estanque allá en el patio, y el trémulo latido del péndulo del viejo reloj del

comedor yendo y viniendo, como si en cada oscilación marcando el tiempo siguiera el mismo ritmo acompasado del suave palpitante del corazón; y estábamos abismados en un arrobamiento infinito en medio de los ecos de aquella sonería, y de pronto, "Compañero" que ronroneaba agazapado en su rincón, extrañado de tanto silencio lanzó un breve ladrido que hizo añicos la calma y nos sacó de aquel embelesamiento, luego oímos claramente la voz de la abuela —¡Hijos míos! ¡Adiós la ensoñación! ¡Hasta aquí las añoranzas!... recuerden que tenemos pendiente un paseo... —y trataba de explicar que ya era tarde, que la conversación de sobremesa se había prolongado demasiado y que era hora de partir, pero imposible proseguir, porque mientras los muchachos se levantaban, era una vocería entre un montón de palabras jubilosas donde todos al mismo tiempo querían expresar sus sentimientos, la impresión de aquella historia que habían escuchado, y el más ansioso era Luciano, que apagaba las voces de todos y lleno de exaltación exclamaba: ¡Me palpita el corazón como un sonajero! ¡La historia del doctor Ortiz Tirado es fabulosa! —y dando a sus palabras un tono solemne añadía— ¡Ay, si yo cantara como él... si yo tuviera un alma como la suya! Y lo decía cuando ya todos estaban en movimiento y a punto de partir, y la abuela que los miraba con ternura, dirigiéndose a Luciano le dice: ¿Eres tú, que quisieras tener un alma como la suya?... ¡Si más bien era él, que tenía un alma como la tuya... así, de niño!

Y cuantos salimos de la estancia y "Compañero" a la zaga, nos pusimos a andar a derecha e izquierda atravesando los corredores claros, espaciosos, inundados de luz y donde revoloteaba en el aire el perfume penetrante de las naranjas y las rosas, y aspirando aquel hálito de huertas salimos a la calle, que a esa hora entre el suave claror de la tarde ofrecía un golpe de vista mágico con el aire color de rosa del atardecer mezclado con el olor de las vinoramas, los tabachines y las amapas del contorno; los rayos del sol todavía se reflejaban sobre los muros, y el rey del universo está muy lejos de convertirse en una gigantesca esfera de fuego oscilando en la punta del Cacharamba, si acaso una parvada tempranera de los pequeños gorriones de la llanura que aparecen en el aire como chispas de sol, ya comienzan a arribar a los verdes esplendores de las huertas. Y a paso lento, impregnados de

efluvios y el espíritu extasiado contemplando la hermosura de la tarde, recorriamos esas calles con desniveles y parecía que andábamos por un pueblo andaluz mirando la simétrica arquería que rodea la Plaza de Armas. Parece que todas las calles de Alamos desembocan en la bellísima plaza central circundada de bancas y preciosos faroles entre un vergel de rosas y soberbias palmeras de fúlgidos penachos, y allí enfrente, la iglesia de cantera rosa, una verdadera joya arquitectónica del siglo XVIII, de la época gloriosa de las construcciones religiosas que se levantan en la Nueva España con la fundación de las misiones, que tuvo su auge en el siglo XVIII y que se inicia en las postrimerias del siglo XVI durante el reinado de Felipe II. "Que por orden suya se levantaron o embellecieron multitud de edificios públicos, civiles, militares y religiosos en España y América"... cuando el oro del nuevo mundo atravesaba la península. Alamos, tradicionalmente culta y de reminiscencias coloniales, tiene construcciones en donde el virreinato plasmó su sello inconfundible, y por donde quiera que se mire se advierte a cada paso en las blancas fachadas esos marcos de cantería en puertas y ventanas y el espléndido enrejado de los balcones que son una verdadera obra de filigrana de hierro forjado tan propio de la época; una de las mejores construcciones de la ciudad que legara la Colonia a Alamos, es sin duda ninguna la iglesia parroquial de la Purísima Concepción. La Construcción de la iglesia se inicia durante la gestión del primer Obispo de Sonora don Antonio de los Reyes en el año de 1783, cuando gobernaba la provincia don Pedro de Corbalán y la construcción estuvo a cargo del arquitecto quereetano don Juan Ross. Y sería a la muerte del Obispo don Antonio de los Reyes en 1787 que la obra se interrumpe y continúa la construcción en 1793 bajo el auspicio de don Bartolomé M. Salido, don Juan Manuel Ortiz, y el patrocinio de algunos vecinos, los trabajos de la obra quedaron entonces a cargo del maestro arquitecto San Martín originario del Estado de Durango, terminándose en 1804.

Caminar por las calles y callejuelas rumorosas de esta ciudad privilegiada, rica en historia y toda ella un monumento colonial adornada de arcos, de cornisas, de columnas y de blanquísimos y elevados muros, con sus puertas de recia madera y las ventanas y dinteles realzados con hermosas

molduras de cantería labrada, nos da la impresión de que nos hallamos efectivamente, en una regia ciudad, pasear en la tarde clara y serena por sus calles doradas, recorriendo sus plazas, sus jardines, ir paso a paso en una sucesión de emociones contemplando alrededor tanta hermosura, nos produce en el alma una suave quietud, una grata sensación de plenitud, un dulce bienestar profundo; los niños me miraban buscando en mi rostro el sentimiento, y yo veía en los suyos una emoción conmovedora mirándolo todo alrededor con ojos de embeleso, y así llenos de encanto, radiantes de alegría, nos encaminábamos al templo que se yergue frente a la plaza principal, y que a esa hora color de rosa de la tarde se perfila en un cielo esplendoroso y surge ante nosotros como una imagen de ámbar, como una visión luminosa que parece sostenerse en el aire, desde ahí junto a la gruesa balaustrada de piedra que rodea a la iglesia y contemplando el frontispicio, —un ejemplo de la arquitectura religiosa de la colonia con el inconfundible estilo neoclásico del barroco español del siglo XVIII— alcanzábamos a ver en la parte posterior un gran edificio un domo, seguramente la cúpula de la sacristía, y nos detuvimos junto al muro del templo admirando el conjunto de una suave y serena hermosura y viendo cómo el sol tiñe de rosa las columnas que flanquean la entrada, columnas sencillas que desde unos basamentos ascienden y rematan en un hermoso capitel y donde no se advierte en la fachada el exceso de aquel churrigueresco que impera en el siglo XVIII y la hace aparecer tan leve como si flotara en el aire; antes de ascender la escalinata bastante pronunciada por cierto, ya que la iglesia se asienta en un terreno a mayor altura que el de la calle, veíamos allá arriba que la circunda un espacioso atrio cuyo piso de baldosas de piedra a mayor nivel que el de la calle, hace aparecer aún más elevada una única y hermosísima torre cuadrangular de tres pisos y dos claros por lado, una verdadera torre alveolada, y tan luminosa esa mansión de las palomas, esa atalaya de los ecos sobre el fondo de las grandes nubes de púrpura y de oro, que más que un campanario con sus 24 ventanas al cielo, así a contraluz, parecía un panal de miel que se hubiese caído del paraíso o que sólo estuviese suspendido en una levedad casi etérea por aquella esbelta aguja que remata en la cúspide... Ya en el interior de la iglesia nos sorprende la austeridad del conjunto, los altares y retablos son

los de rutina, el altar mayor es muy sencillo igual que los colaterales, y los tres altares con pedestal y nichos sostenidos por columnas empotradas en los muros, la nave de la iglesia es muy clara y espaciosa y vamos caminando lentamente entre la uniformidad de las columnas centrales, observando aquella hilera azul de los pilares acanalados con estrias muy plateadas, a media nave encontramos un púlpito de madera tallada y maqueada igual que el capitel, y no vemos por ninguna parte los impresionantes retablos de oro y plata, aquella profesión de ornacinas, relieves y esculturas y los fastuosos nichos con repisas y cornisas rematadas con riquísimos adornos de oro y plata y que pensábamos encontrar, siendo que este era un mineral, un venero de plata purísima, y hasta existe la leyenda, de que un potentado del lugar que vivía en los portales, aquí frente a la iglesia, en las bodas de su hija mandó que se tendieran barras de plata de su casa a la iglesia para que pasara el cortejo; y por eso pensábamos, teníamos la idea de que la ornamentación de la iglesia sería de una fastuosidad impresionante; sin embargo la morada es solemne, sobrecogedoramente imponente acorde a la espléndida vastedad del contorno, toda llena de luz y de armonía como esos horizontes infinitos...

Al salir de la iglesia nos esperaba el sol entre guirnaldas de pájaros viajeros volando a ras de un río de oro líquido entre una torrente de nubes escarlata y resplandores mágicos de tonalidades verdes y violadas que iluminan el cielo de la tarde, y era la tarde de una claridad tan luminosa con el sol desbordándose allá arriba, que todo en torno nuestro parecía de cristal y el bellissimo quiosco de concierto allí enfrente parecía una filigrana de alabastro, en este quiosco debe haber tocado la banda municipal muchas veces, y deben haberse escuchado desde aquí muchos discursos patrióticos y declamaciones de poesía cívica; y los muchachos, que miraban el quiosco y parecían pájaros en medio de esta fiesta de luz, sin pensarlo un segundo subían a zancadas por la ancha escalinata y "Compañero" como siempre adelantándose, empujándolos, abriéndose paso entre las piernas fue el primero en llegar hasta arriba y yendo de un lado a otro entre una algaharaca de ladrillos y cabriolas no se cansaba de retozar, demostrando gozoso que era el príncipe de los perros más dichoso del

mundo.

También nosotros andábamos acá y allá asomándonos por la elegante balaustrada como si anduviéramos paseando en la cubierta de un barco, mirando la rosaleda allá abajo entre la sombra azul verdosa de las palmeras con sus lozanos penachos deslumbrantes que cuando se agitaban, nos llegaba en el frescor de una brisa ligera el olor de los tabachines del contorno, y en este incesante ir y venir con los cabellos alborotados y los rostros flamantes, de súbito alguien lanza un grito y con la cabeza echada hacia atrás y agitando los brazos decía una y otra vez ¡miren allá arriba alrededor! ¡se les olvidaron a los ángeles las liras y las flautas!... ¡pero si es toda la sinfónica celestial —decíamos mirando sorprendidos— ¡flautas, liras, violines, mandolinas, pentagramas, guitarras! y parecíamos pájaros revolando en el alero dando vueltas y más vueltas descubriendo en cada vuelta una lira primorosa, una flauta, una guitarra, y hasta escuchábamos los arpeggios! cómo suena en el corazón una música dulcísima que luego se va vibrando en el aire, después de muchas vueltas se calmaron los ánimos y los muchachos con semblante placentero y alegre se preguntaban ¿quién dejó estos instrumentos musicales allá arriba?... Muy buena la pregunta, porque más tarde investigamos que están aquí primorosas etéreas, desde que se instaló el quiosco en la plaza en 1904, y que, probablemente, estas delicadísimas pinturas al óleo de exquisito colorido, es obra de Santoyo, un pintor académico de principios de siglo. En Alamos se han descubierto algunos lienzos de este artista. Y mientras los muchachos que muy entretenidos se habían enfrascado en una plática donde todos hablaban al mismo tiempo sobre la música y las artes plásticas, en un debate de opiniones amistoso, pero muy caldeado, por ejemplo, si algunos aseguraban que tenían que haber sido más melodiosos los sonidos de las cuerdas de aquellas guitarras a los sonidos molto fortísimos o sea mucho más fuertes de las guitarras electrónicas de ahora, pura electroacústica, decían, que no tiene nada de música rítmica, ni de melodía ni de armonía ni de nada de tan acelerada, ¡pura electrotecnia! al grado de que al preguntarle ¿es usted músico joven?, no señor, soy electrotécnico, debería contestar; los otros, inmediatamente refutaban que tal vez los sonidos de aquellas guitarras fueran

melodiosos, románticos y hasta armoniosos, pero nunca más sonoros más vibrantes y más apasionantes, ¡pues yo puedo jurar que aquellas guitarras tenían más sentimientos que las guitarras enchufadas de ahora!... ¡Ah, bueno... ese enchufe! y sin aclarar nada, luego pasaban al asunto de la expresión plástica, de la composición armoniosa de allá arriba, y su fantasía los llevaba a discutir muy acertadamente sobre las pinturas, sin saber nada de técnica, de teorías del color etc., y por pura intuición hablaban con entusiasmo del realismo de la forma y la delicadeza de los trazos, de la perfección del dibujo de aquella lira o de aquella mandolina, apreciando las altas cualidades pictóricas del artista; y mientras hablaban, yo me deleitaba escuchándolos, mirándolos a ellos sin que se dieran cuenta de que los observaba; a Luciano, el bienhechor de los perros, el mayor de mi querido grupo de sexto año, aquel niño de indole bondadosa, profundamente compasivo, alto y esbelto, de sonrisa adorable y los ojos color de avellana llenos de sentimiento, muy cándidos, muy dulces, de mirada cordal, indulgente, inmensamente humana, y a veces sus ojos en un arrobamiento infinito y tan llenos de candor que de pronto parece que nos mira un cervatillo, el muchacho siempre soñador, de grandes silencios melancólicos, de profundas sensibilidades y que ama a los niños con fervor infinito y con la misma devoción ama a los animales, como si fueran niños, y tanto los ama y los protege a los perros y a los pájaros y a todos los animales habidos en la tierra, que sus compañeros que lo saben bien, no hay un solo día que no le embromen diciéndole, fray Luciano, ¿que onda con el Arca? se la prestó Noé o no se la prestó, ¿ya le echó a vuestro hermano gatito enfermo? ¿y a vuestro hermano perro con moquillo, ya lo curó? ¿y a vuestra hermana paloma con la patita rota ya se la entablilló? ¡Ay, fray Luciano... fray Luciano, aguzado con la ecología o se queda sin sus hermanitos!... Luego miraba a Guille, alto, recto, varonil, de gran inteligencia y fortaleza, de carácter alegre y expresivo, de generoso corazón noble y fraternal, Guille incesante y jubiloso, siempre activo, animoso, porfiado, de elocuencia resonante, siempre exuberante de entusiasmo desbordando simpatía entre sus compañeros, el Guille vehemente, de los sentimientos insondables, de los prodigios ensueños y las prodigias bondades, el dador de alegría, de optimismo y de fe, el de las gratitudes infinitas que nunca olvida una sonrisa, una palabra

de confianza, un gesto amable, y guarda su codiciado y queridísimo regalo con lealtad, con enternecedor agradecimiento, humildemente, regocijadamente, como el regalo más delicado de la tierra, el más dulce y perdurable, y ahí anda Guille con su corazón fraterno aguardando una sonrisa, un gesto amable, una palabra de confianza... él, el regalador de esperanzas... Luego miraba a Enrique con su hermosa frente despejada, tan gallardo, tan sólido, aquel muchacho de actividad extraordinaria con una gran seguridad en sí mismo y para el que no hay obstáculos insalvables, dotado de un sentido práctico admirable, y por índole reflexivo, siempre anda en la búsqueda de la equidad perfecta, sus compañeros lo apodaron meteoro por su agilidad mental, por la velocidad de sus pensamientos más que por su afición a las alturas, a todo ese trajín en el espacio que es su tema favorito, y con todo, este observador tan penetrante no entendía con claridad, — decía— las intenciones y propósitos de los hombres que se llaman científicos, y decía que todo le parecía muy impreciso y siente como una desconfianza ante los acontecimientos, hablaba con gran desenvoltura de la energética eléctrica y nuclear, de la cosmonáutica y la electrónica hasta donde puede hablar el desconocimiento del más neófito de la aficionados, sin embargo, como todos los niños poseía ese mágico instinto que lo hacía pensar que la ciencia moderna es formidable si se utiliza en beneficio de la humanidad, porque si no, ¡cuidado!, hay manos más expertas detrás de este progreso científicotécnico, detrás de estos inciertos microscópicos logros de las exploraciones especiales y pueden dar al traste con todos los proyectos de la ciencia, y era un encanto oírlo disertar, Enrique habla siempre sonriendo y con cierta ligereza picaresca, como un poco en broma y un poco en serio y mirando de frente, y cuando habla de las alturas grandes, infinitas, serenas, en la penetración de su mirada hay algo cálido, vehemente, y parece que hablara de su universo propio y sintiera que sólo desde esta transparencia interior, se alcanza a oír el eco de las cosas con menos estridencias, allí en ese íntimo universo del alma, en la apacible humildad de sí mismo... Y miraba a Emiliano ahí cerca, el accesible, sensitivo, complaciente, excepcionalmente bondadoso e inteligente Emiliano, que nada niega a nadie, que todo lo comparte, un niño adorable de afectuosa voz y ojos hermosos muy vivos y

reconcentrados, de mirada conmovedoramente noble y cándida; Emiliano y Alfredo son los menores del grupo, y pasará el tiempo, y Emiliano el apacible y Alfredo el impaciente, serán como ahora inseparables, los buenos camaradas con el mismo entrañable cariño de la infancia, porque hay algo que los une y que los identifica como si hubieran bebido en el mismo manantial la dulcedumbre, la nobleza del espíritu y la inmensa bondad del corazón, ¡una gran ingenuidad y que habrá de perdurar toda la vida! y como son iguales en condición dulce y bondadosa, con ser tan activos e inteligentes ninguno es jactancioso, ninguno tiene afán de ser el número uno, el primero entre todos, y menos cabe en ellos ni la violencia ni la envidia, ni celos ni enconos, y si hay alguna diferencia en estos dos caracteres tan parecidos entre sí, es que Emiliano por naturaleza imaginativo, siempre anda concibiendo anhelos acomodando a futuro los más nobles, los más visionarios y maravillosos proyectos con el propósito de ponerlos en práctica algún día, cuando sea mayor, y Alfredo, en cambio, encantadoramente indiferente, siempre inquieto, incesante, en un bullicioso ir y venir incontrolable como el desasosiego de los pájaros en su vuelo de luz. ¡es el niño que no quiere crecer! y que vive los días azules de la infancia en un torrente de alegría luminosa...

El tiempo había volado allá arriba en el quiosco, ya el sol había dejado de hacer sus filigranas en los rostros de los muchachos y solamente los ojos estaban llenos de chispas doradas y los cabellos alborotados, relucientes, iluminados de reflejos; parecía que el sol tuviera prisa por marcar el trayecto del día, el espacio del tiempo que dura su luz moviéndose de aquí para allá, de oriente a poniente, amanecer, mediodía, atardecer y anochecer, trescientos sesenta y cinco días haciendo lo mismo con la luz, llevándola y trayéndola señalando los tiempos: ¡fíjense bien! ésta es la alborada, éste el mediodía, y éste encendimiento es el atardecer, ¡y qué fastuosidad, qué espléndido escenario lleno de resplandores! ¡cuánto escándalo del Rey para despedirse de sus súbditos y aparecer mañana tan campante con su tierna alborada! ¡trescientos sesenta y cinco días del año repitiendo sus movimientos, y cuando ya se va, en la escena última, la más viva, la más grandiosa, la más impresionante de todas, como ahorita, que está la tarde en

plenitud, y seguramente, como lo hace siempre en su último acto del día, en todo el apogeo de su radiante ocaso allá en la punta del Cacharamba.

Y en medio de tanto esplendor nos llega de allá abajo el murmullo amortiguado de voces y de pasos tranquilos, sonidos vagos de la calle que se entrelazan en el aire sosegado y purísimo tan lleno de fulgores, y nos sentimos envueltos en la luz, con el espíritu lleno de alegría escuchando la calma del ángelus, mirando alrededor los oscilantes resplandores en reflejos de mil tonalidades deslizándose sobre los muros blancos que deslumbran la vista, mirando los destellos de aquella luz fantástica atravezando frondas en vertiginosas ráfagas que transformaba el ramaje en fugitivas visiones deslumbrantes y en un arrobamiento, estuvimos un buen rato escuchando y mirándolo todo, y de pronto, "Compañero" da un salto y empieza a sacudirse y a ladrar con un estrépito que nos estremece a todos, y que era justamente lo que él quería, luego, en un ímpetu de perro feliz se avalanza a su amo y manoteando, gruñendo y moviendo la cola lo olfatea, le hecha las patas delanteras encima y casi lo arrastra a que lo siga por la escalera que desciende a saltos, y al ver que nadie lo sigue, se nos queda mirando impaciente y ladrando escandalosamente haciendo como que estaba furibundo, ¡como si no lo conociéramos!, en un segundo estábamos junto a "Compañero" que resollaba agitado haciéndole fiestas a su amo, luego pasa deslizándose entre las piernas de todos y emprende un trotecillo como invitándonos a seguirlo, solamente Luciano lo sigue hablándole con palabras cariñosas y súbitamente "Compañero" sin hacerle el menor caso empezó a correr delante de él, pero un silbido agudo lo detuvo y lo para en seco, se vuelve mirando a su amo fijamente y por fin retrocede trotando y zarandeando la cola; y fue cuando Emiliano propuso, que como ya se nos habían terminado las frutas, que como apenas nos queda una hora de luz, que como ya no tardarían en encenderse los faroles en las calles y callejones, nos proponía que nos regresáramos a la casa de la abuela, cenáramos como príncipes, cambiáramos impresiones sobre el viaje y nos contáramos cuentos espaciales antes de dormirnos, y mañana, con el sol del nuevo día, continuáramos el paseo por las calles. Y exactamente así lo hicimos.

Otro día muy temprano ya andábamos nuevamente recorriendo las calles de Alamos, caminando por sus altas banquetas, otra vez entre los arcos de los portales y caminando en fila india por los angostos callejones empedrados donde resuenan las pisadas como si lleváramos en los talones espuelas con rodajas de plata, y cuando hablamos, las voces se oyen vibrantes y lejanas, como cuando hablamos con la cabeza medio hundida en una de esas tinajas de barro para el agua tan olorosas, y el rostro resplandece allá adentro reflejado en las ondas del agua; caminábamos sin rumbo, paseamos durante mucho rato por las calles estrechas envueltos en la rutilante blancura de los muros, y no supimos cuándo caminando, caminando, ya estábamos fuera del recinto de la ciudad y contemplamos el panorama más hermoso que pueda imaginarse, una ciudad blanca y luminosa de imaculada claridad flotando en la atmósfera azul del mediodía y entre más la veíamos más resplandecía, más se emblanquecía completamente llena de fulgores reverberando entre la cúpula ondulante de las palmeras, y ahí estábamos, atrapados en el púrpura encendido bajo aquel horizonte magnífico y brillante y no podíamos salirnos del deslumbramiento. ¿Y cómo fue? tal vez en un cerrar de ojos, el caso es que de pronto aparecimos vagando por las calles de la ciudad más transparente del planeta, y que a esta hora radiante del júbilo del sol con la luz a la mitad de la mañana, Alamos estaba en todo el esplendor de su blancura y parecía que caminábamos sobre aquella visión fluorescente de la Loma de Guadalupe. Después de muchas horas de caminar recorriendo la ciudad, el primer alto que hicimos fue en la Plaza de Armas rodeada de arcos teñidos de reflejos matinales y de frondas resoladas de un verde dorado, y allí en uno de sus cuatro flancos, en un hermoso edificio de la colonia, está ubicado el Museo Costumbrista de Sonora, hacia allá nos encaminamos y a la entrada del recinto leímos: "El pueblo y el Gobierno del Estado, coinciden en este centro, para rescatar, investigar, preservar, y difundir testimonio de nuestra cultura hasta el siglo XIX." Y anduvimos ahí en el pasado, profundamente emocionados admirando el tesoro cultural de esta ciudad tan ilustre, observándolo todo con entusiasmo y haciendo mil preguntas, y a medida que caminábamos íbamos redescubriendo la biografía de Sonora, este pueblo asombroso, esta tierra gloriosa de la historia, y a

cada momento el sentimiento de lealtad se hacia más profundo con el alto sentido de responsabilidad cívica, con más conciencia del amor, la devoción y el respeto que le debemos a la patria, ¡al terruño!, ¡a esta tierra de hombres! ¡y de mujeres admirables, de nobles sentimientos humanos y las más altas virtudes cívicas por que ella es la vigilante sin reposo de la infancia, y ella es la encargada de infundir el sentimiento más alto y más noble, el respeto y veneración a las tradiciones del terruño! ¡Y solamente ella, la guardiana del solar que lleva la raigambre de mil generaciones en el alma, sabe hacer héroes modelando el espíritu!

Cuando salimos del lugar donde repasamos la grandeza histórica de Sonora, experimentábamos una sensación maravillosa de gratitud, un profundo sentimiento de orgullo de ser sonorenses y que nos llenaba de gozo, y con este ánimo, nos encaminamos hacia el Palacio Municipal de Alamos, aquí muy cerca del museo, ¡y la verdad que es impresionante, un edificio hermosísimo! y al verlo así de pronto, nos sorprendió esa notable construcción de ladrillo de fachada morisca de una penetrante belleza, un edificio sólido, vigoroso, como una fortaleza de muros almenada, y nos llamaba la atención el edificio tal vez porque al primer golpe de vista parece un monumento árabe, con las almenas que coronan los muros como en las antiguas Atalayas de los moros de Granada, y como éste es el Palacio Municipal, se venía a la memoria la Torre de la entrada de la Alhambra o Almedina, daban audiencia pública resolviendo toda suerte de litigios; definitivamente, este edificio de ladrillos construido durante la administración de don Ignacio Lorenzo Almada en 1899, es una obra arquitectónica impresionantemente hermosa, con sus monumentales cancelos de hierro, los enormes arcos de la entrada sostenidos por gruesos pilares cuadrados, y luego su interior, pleno de belleza plástica con sus corredores claros y las magníficas columnas que sostienen la arquería, pero hay algo admirable en el exterior que lo hace aparecer como algo irreal, y es esa filigrana fulgurante de los herrajes sobre el muro rojizo, esa profusión de balcones y las altas ventanas de arco que dibujan su contorno entre los contrafuertes y le dan a la fachada una suntuosidad impresionante, y que a esta hora del sol con los reflejos bermellones estallando en los muros, los

ladrillos relumbran en relieves fantásticamente rojos y aquello parece un reverbero.

Luego de aquí la caravana siguió la caminata por las calles y callejones empedrados, atravesamos el Callejón del Beso y fuimos a dar al Parlián, el mercado del pueblo, el Mercado Municipal donde encontramos las naranjas, las papayas y los mangos tornasol de las mismísimas semillas que se cultivan en las huertas del paraíso, ¡amarillos, dorados, perfumados, rebosantes de almíbar! Y de allí a la resolana a atravesar callejones, a cruzar calles rutilantes subiendo y bajando escalones, embargados de asombro y turbados de admiración recorriendo interminables galerías de techumbres deslumbradoras entre un laberinto de arcos y altísimos muros blancos de blancura fulgurosa de un encanto indecible; y aspirando a bocanadas la fragancia de las frondas y mirando la luz del sol a través de las ramas haciendo arabescos, íbamos caminando hacia la Plaza de Armas deteniéndonos brevemente para comentar cuántos cientos de arcos llevábamos ya contados, o si habíamos calculado bien si este muro que tenía más de metro y medio de espesor era menos grueso que aquel otro de enfrente, y repasábamos una y otra vez el conteo de los arcos para no confundirlo con el de las vigas de las techumbres de los portales y donde habíamos contado vigas de más de siete metros de largo; así pues, en estos menesteres, llegamos a la plaza y nos dejamos caer en las bancas para reposar y comentar del paseo, "Compañero", después de otear alrededor lanzó unos cuantos ladridos y por fin se quedó agazapado por ahí junto a la rosaleda mientras nosotros contemplábamos aquel fascinador esplendor de fantasía allá arriba en las palmeras, las visiones caleidoscópicas de efectos sorprendentes en combinaciones fantásticas de colores según el movimiento ondulatorio de los penachos, y de pronto, dijo Luciano mirando alrededor, ¡qué hora más bonita, esta es la hora de la luz que más me gusta, antes del mediodía con el sol como dragón allá arriba!... ¡A mí me gusta la luz en el primer albor de la mañana, cuando parece el sol paloma rosa allá en el horizonte! dijo Guille, y Alfredo dijo que a él le gustaba toda la luz del día, desde el amanecer hasta el anochecer, y me pregunta a mí que hora del sol prefería, y le respondo que como a él, toda la luz, pero la luz que estuviera contemplando

siempre es la luz de los crepúsculos vespertinos, la luz que quisiera llevarme conmigo para siempre y que envuelve en ese resplandor de los atardeceres allá en el horizonte, y a propósito de crepúsculos del anochecer! —dijo Enrique— ¿Vamos a dormir otra vez en la huerta de la abuela, en las hamacas, bajo las estrellas? Y a propósito de estrellas, —dijo Emiliano, tan blanco, tan transparente, que si no hubiera sido niño fuera paloma— ¿tú crees, Enrique, que los demás planetas están habitados? ¡Claro que sí! respondió Enrique con una seguridad asombrosa, ¡sí creo! ¡Aquí no se ha dicho la última palabra!, pero también creo que más allá de las galaxias hay regiones inalcanzables, no digo que inexploradas, sino infinitas, impenetrables para la ciencia, ¡pero por algo se empieza! ¿no?, ¿te has fijado que ya no le tenemos miedo al espacio? hasta parecen más próximas las estrellas, más humanas, cualquier rato cuando Dios lo decida, le proporciona a la ciencia los medios para hacer el contacto. Y Emiliano se le queda mirando como si Enrique fuera un desertor, ¡tú si quisieras que hubiera habitantes en otros planetas! ¿verdad?, ¡y hasta vivir allá con ellos!... La verdad me da lo mismo si hay o no hay, —dijo Enrique con tono displicente muy al contrario del énfasis con que antes sostenía su criterio y apartándose una mosca que lo traía azogado, siguió diciendo— lo único que nos debe importar más es que a este planeta no se le acaben los habitantes, y que el sol ¡el sol! ¡el rey de los astros! ¡el sol nuestro de cada día! nos siga madurando las espigas en las sementeras... ¡Afirmativo! exclamamos todos. Y ya hacíamos el intento de levantarnos porque era mediodía y de todas las ventanas nos llegaban olores de tortillas de harina, cuando se oyó la voz de Guille: ¡Enrique, por favor un momento!, escucha, Enrique, tú como eres materia meteórica, a lo mejor hasta fuiste asteroide, en fin, que algo has de saber de Física Solar, ¡tú tan buen físico! ¡bueno, me refiero a la ciencia por su puesto! Enrique, mira, sácame de dudas, ¿es cierto que el astro central del universo, la estrella más esplendorosa entre las infinitas estrellas del espacio, en una palabra ¡el sol! ¡palabra mágica!, ¿es cierto que el sol se alimenta de chatarra cósmica, restos de cometas, astros erráticos, y toda clase de materia meteórica que le cae encima y es la que produce el calor que luego irradia el sol? ¡Y que debe calentar a los demás planetas frontertzos que ruedan alrededor de él! ¡No nomás

nuestro planeta va a tener la exclusiva!, es más, se supone que si no le cayera encima estos desperdicios, el sol se enfriaría y hasta podría achicarse, y por eso quieren saber los humanoides la distancia para estar prevenidos, ¿tú crees que tiene algo que ver la ecología en este asunto?... Y Enrique explotó ¡los únicos que tenemos que ver con la ecología somos tú y yo, no le echés la culpa al sol! ¡A lo mejor es todo lo contrario!... ¡Y ya vámonos a comer dijo impaciente, dando por terminado el asunto, pero ya caminando, volvió al tema y le dijo a Guille: se me olvidó decirte que te acuerdes del aire impuro, de las capas gaseosas que constituyen la atmósfera y que atraviesa el sol y que está tan corrompida que no deja llegar bien los rayos del sol, y eso de que va achicarse, ¡que se achique!, el sol es 1,300,000 veces más voluminosa que este planeta y una achicadilla ni nos afecta ni nos favorece, sino todo lo contrario, —¿Qué, cómo, qué dijiste? —dijo Guille. ¡Lo dije! —exclamó Enrique y siguió hablando— Y sobre eso de la distancia del sol a la tierra, ¿qué nos importa saber la distancia? ¡A mi me parece que está a la distancia perfecta! ¿A ti no?... ¡A mi también! dijo Guille. Y todos dijimos que era perfecta, que el sol era perfecto, que todo era perfecto allá en el universo y que mejor lo dejaran como estaba... Porque exactamente es la distancia del sol con el renuevo de la fronda, con el capullo abierto y el fruto maduro, ¡exactamente la distancia del sol con la espiga!

Ya en el comedor, el ambiente inundado de alegría con todos los muchachos alrededor de la mesa y "Compañero" en torno jugueteando, comentábamos con la abuela las impresiones del paseo, que Alamos era una ciudad plena de cosas maravillosas donde el alma se llena de contento en estas calles blancas de vivido fulgor, que era una ciudad fascinante, tan hermosa, que rebasaba la hermosura de todas las imágenes de ensueño porque aquí la realidad era mil veces más bella que la fantasía, y lo decíamos con una alegría en el corazón que ella sentía seguramente en el suyo, porque su alma alegre por naturaleza sabía de esas cosas sencillas de enternecerse ante un rayo de sol o un colibrí detenido en el aire besando una rosa y que miraba asombrada, y como sabía volar sin alas oía con el alma y llena del gozo de nuestros corazones escuchaba las alabanzas sonriendo con su sonrisa buena, mirándonos con

esa mirada tan clara y tan alegre que parece que le sonaban campanitas en el alma, ¡y hasta parece que escuchábamos las notas! Y mientras la plática seguía animadísima, yo esperaba que se calmara un poco el arranque emotivo de los conversadores y recordarles a los muchachos que ya habíamos llegado al final de la jornada, que la travesía por el sur había terminado aquí en Alamos, en el límite del territorio con Sinaloa, y como ellos ni en sueños pensaban en el retorno quería recordarles, ¡pero que dejen de hablar los muchachos cuando la alegría les brota del corazón, es como querer detener el estampido de las olas en el mar o el gorgojo de los pájaros en el aire! ¿Se imaginan el en silencio? ¿El aire sin trinos? ¡Qué planeta tan triste! Y era imposible detener aquellos muchachos con los cabellos alborotados llenos de chispas de sol y que seguían contando del paseo a grandes voces y con expresivos gestos extendiendo los brazos como para echar a volar, ¡y había que oírlos arrebatándose las palabras encendidas en entusiasmo y soltando carcajadas que retumban como olas en el viento! y era tal el rebullicio, que hacía levantar la cabeza con las orejas tensas y se ponía a lanzar briosos ladridos, Luctano lo calmaba diciéndole que la plática no era con él y que lo dejara continuar, porque en esos momentos los muchachos hablaban de la Capilla de Zapopan que acabábamos de visitar, allí en el barrio de la Capilla, y Luciano, regocijado, comentaba que él conocía la Basílica de Zapopan en Jalisco, y yo creo, decía, que esta capilla de Alamos se llama así, de Zapopan, por aquella de la virgen Peregrina, la virgen de la Consolación, la Generala, como también le dicen allá en Jalisco a la Patrona de la Basílica de Zapopan, y pregunta a la abuela, ¿usted cree que esta capilla se llama así por aquella de Jalisco? y ella dice, que seguramente doña Juana Mallén, la virtuosa mujer que mandó levantar esta capilla aquí en Alamos, por allá en 1841, quiso que así se llamara en recuerdo de aquella virgen de Zapopan...

# El Retorno

¡Y qué hermoso es Alamos, —exclamaban alborozados— que ciudad de belleza perfecta! ¡Qué hermoso es Sonora! decíamos todos, en un arrebatamiento de júbilo, de emoción, de enaltecimiento supremo, y no podíamos reprimir un sentimiento de ardiente orgullo al decirlo, nosotros, que habíamos caminado días y días bajo el cielo sublime de Sonora, ¡un cielo de milagro con la luz más brillante de la Tierra! atravesando las llanuras del sur donde nunca se ocultan los cerros del horizonte contorneando interminables espacios, extensiones soberbias, portentosas, destellantes de luz, donde el mar y el desierto se encuentran y se funden los olores y los sonidos cuando la tierra se empalma con el agua y todo brilla en torno como bruñido espejo, y nos quedamos ahí deslumbrados, pasmados, completamente llenos de estupor, contemplando la belleza y la opulencia de los colores en aquel esplendor de fantasía con el sol inundándolo todo de luz, ¡la luz exuberante, asombrosa, de esta tierra sonorensel donde habíamos contemplado verdaderos paisajes de encantamiento, donde habíamos visto desde los arenales de oro de las costas las magnificas montañas que surgen del agua y hundirse el sol en el mar, un sol majestuoso, perfecto, colosal, sumiéndose entre un oleaje espeso de oro derretido en un crepúsculo de nubes carmesíes, y a la mañana siguiente levantándose soberbio sobre el horizonte difundiendo por todo el espacio la generosa luz que nos alumbra con su magnificencia, y siempre bajo el sol esplendoroso que nos guía y aparece como por magia por

todos los recodos del camino, habíamos recorrido distancias enormes en un deslumbramiento, caminando entre las ondulaciones de los cerros con las crestas centelleantes por valles admirables, grandiosos, entre océanos de espigas de trigo balanceándose en una brisa lánguida, fragante, deliciosa, y llenos de admiración, transidos de emoción, nos quedamos ahí sin aliento contemplando el prodigio de la inmensidad, aquel vasto movimiento luminoso y magnífico que nos cautiva el ánimo y quisiéramos estar ahí toda la vida mirando el balanceo maravilloso de los trigos, ese imponente vaivén de las espigas, tan blando y armonioso y tan lleno de luz, que parece sentirse la presencia de Dios en esa luz y ese rumor inefable. Y fue allí ante la vitalidad de aquella gigantesca sembradura, con el corazón regocijado mirando las espigas de trigo, que nos alentara por vez primera un sentimiento profundo de gratitud y de confianza, teníamos la sensación de que nos sostenía una fuerza maravillosa y sentíamos vibrando en el espíritu el llamado de la tierra, y el corazón que se conmueve hasta por un pájaro herido que no puede cantar, estaba embargado de una intensa emoción todo lleno de fraternidad y de esperanza, y todo lo sentíamos mirando allí ante nuestros propios ojos la expresión formidable de la naturaleza, la fecundidad y la germinación en todo el esplendor estimulante de las espigas en las sementeras y que perfuman el aire casi como una ofrenda, con ese olor tan bueno que sabe a pan y miel; y seguimos caminando por las inmensidades, y mientras más adelantamos más se ensancha el horizonte, en estas tierras de Sonora jamás se distingue la extensión de las llanuras que traspasan los horizontes, y aquí los horizontes no tienen límites en el traslumbamiento, la grandeza majestuosa de la llanura bajo los cielos encendidos es un inmenso escenario de colores de olores y sonidos que se entrelazan y flotan en el aire y todo es una fiesta de luz, íbamos envueltos en el olor de las espigas y de allá de la espesura del monte nos llegaba en oleadas un olor familiar muy vigoroso, muy límpido, fundiéndose aquel hálito fragante de las mieses con este viejo olor de los sahuaros y los mezquites rozagantes, imponentes, los fieles compañeros del tiempo que labra el viento, que el viento fecunda, incensadores de los llanos que saturan la querencia con ese olor de vida inagotable que flota en mis llanuras, ¡y hay que ver el soberano espectáculo del sol en las llanuras! ¡Hay que ver esa turba de

gorriones gorjeadores relampagueando por la espléndida pradera y hacen de la morada cotidiana del sol el escenario de la luz más grandioso que pueda imaginarse! ¡Es como un grito del sol ese concierto de gorriones en la grandiosidad de las llanuras! ¡y hay que sentir esa alegría del sol entre los trinos!, ¡hay que respirar a bocanadas el aliento de esta vegetación lozana y que nos llegue hasta el último pliegue del alma el palpitante vivificante de la savia de estas fértiles llanuras infinitas, ilimitadas, rutilantes! ¡Hay que caminar por la estupenda sabana sonorense para sentir este latido vigoroso del sol!

¡Y en todos resplandecía el júbilo de la tierra! ¡de pronto parecía que habíamos crecido, que el corazón nos latía con un ritmo nuevo! ya habíamos sentido la armonía del sol recorriendo los caminos del Sur, ya habíamos caminado entre los trigos para sentir el pulso de la tierra, y el alma rebozaba de gozo con ese olor de espigas que flota en la atmósfera cálida y llevábamos viva en el alma y para siempre la visión de los trigales en el fulgido Valle del Yaquí, y de pronto sentíamos una emoción especial, una fuerte sensación de vitalidad, que nos habían nacido raíces nuevas, que de tanto andar entre los esplendores se nos había convertido en sol el corazón y sentíamos el alma rebosada de fragancia como espiga de trigo olorosa y madura, porque habíamos aprendido a amar la espiga ¡y hasta teníamos la sensación de llevar una espiga de trigo en la mano!, y cada vez que tendiéramos la mano brillaría la espiga con sus reflejos de oro, y cada vez más pura, más diáfana y más dulce... y todo esto y más cosas habíamos aprendido en la escuela de la naturaleza, porque "más sabe una espiga que todos los sabios", y que nuestro viaje había sido maravilloso sólo por ver el esplendor de las espigas en las sementeras y aspirar ese aliento del alma de los trigos. Ya era hora de volver a nuestro valle. Sentíamos nostalgia por el cerro de La Campana, por ver nuevamente en la ondulante cordillera esa gran puerta de la luz con su fachada imponente de campana, ¡y está aquí mismo entre nosotros, justamente en medio de la hondonada entre los naranjos! y no se advierte si la ciudad es la que se desvanece en el cerro o el cerro es el que se introduce en la ciudad, de lo que no hay duda alguna, es que el cerro está aquí desde que Dios creó los cielos y la tierra, y luego cuando dijo, sea la luz, el rey del sistema astronómico como un disco cárdeno, enorme,

fulminoso, aparece fulgurando en la cumbre y todo vibra alrededor del cerro, la Tierra se agita levemente bajo el poderoso influjo de esa magnífica esfera de luz resplandeciente, y llamó Dios a la luz Día, y fue la tarde y la mañana un día, ¡y hay que ver estas mañanas!, cuando el sol impetuoso del verano aparece con su fastuosa aljaba y desde la cumbre del cerro de La Campana empieza a lanzar flechas encendidas acribillando al cielo... Seguramente, ¡sí, seguramente! a nuestra vuelta, ya los naranjales en las calles estarían cuajados de azahares y deliciosa fragancia flotando en el perfume de las flores... ¡Se hacía dulce el retorno, volver a nuestros lares!

Y era triste dejar esta región maravillosa entre las azules transparencias de las montañas y los riscos de la sierra, se hacía difícil el regreso y despedirnos de la abuela y de Alamos, sabíamos que no olvidáramos ya nunca esa figura noble, y el encanto de esta ciudad única que atrae al corazón para siempre, este nido transparente reclinado entre las cumbres donde la luz resplandece y corre a raudales lleno de aroma el aire a tabachines de los llanos, y sentíamos muy hondo el pesar de la ausencia, dejar lo que amamos, esa presencia dulce de la abuela en su rincón de hadas donde decía que había pasado su vida entera en una hermosura apacible rodeada de recuerdos y de serenidad, podando sus rosales entre el murmullo de la fuente, murmurando oraciones escuchando el arrullo de sus palomas blancas nacaradas en la resolana del alero, y todo es luz en su patio rumoroso de frondas centelleantes, una marea de sol que se desborda en tormentadas del cielo y de la tierra, y la amiga buena, se quedaría aquí con un recuerdo nuevo, toda llena de luz en su deslumbrante universo incomparablemente bello con el sol flotando entre la volandería de los pájaros con alas tornasol. Y un día, le diríamos adiós, al primer albor de la mañana emprenderíamos la marcha y nos llevaríamos la imagen del sol en su mirada.

Ya escuchábamos la algarabía de las niñas que esperaban con ansiedad nuestro regreso, y como si las viéramos, tan lindas, tan graciosas, ahuecando las faldas multicolores para recibir los regalos prometidos, ¿recuerdas?, aquella mañana, cuando nos despedían como si fuéramos al fin del mundo, y nosotros prometíamos y prometíamos ¡sí, sí, voy a traerte

girasoles tan brillantes que harán palidecer al sol del mediodía, y prometíamos las cosas más maravillosas, garambullos de oro y flores de luz, acacias y vinoramas y guásimas y cactus y todos los destellos del aire y de la tierra, todo lo que halláramos por los caminos incomparables del sur, toda la refulgencia y todo el perfume de las llanuras, porque íbamos a caminar frente al sol por senderos de luz pisando púrpuras...

Y todo esto veníamos repasando en el camino de regreso, contorneando el océano de oro con aquel esplendor de las espigas, mirando aquellas fúlgidas llanuras cultivadas con la espiga en revuelo y el sol hecho líquido en la espiga y el aire corriendo por la rebosadura de los trigos ¡y todo huele a pan!

Y estas cosas veníamos pensando, y que al llegar las niñas nos preguntarían ¿qué me trajiste?, ¿qué me trajiste? Y nosotros abriríamos las manos ¡y ellas se quedarían deslumbradas mirando el esplendor de las espigas de oro y luz!... ¿Y que mejor regalo para una niña buena, que el sol y la espiga?



# Indice

	Pág.
CAPITULO I ¡Al Sur!	7
CAPITULO II Rumbo al Mar	23
CAPITULO III El Olor de la Tierra	59
CAPITULO IV El Indio y el Mestizo	63
CAPITULO V Las Conchas Azules y el Astrolabio	75
CAPITULO VI El Niño de Mazocoba	85
CAPITULO VII "Y el tren que corría sobre la ancha vía"	103
CAPITULO VIII La Patria del Trigo	117
CAPITULO IX CIANO La Revolución Verde	123

CAPITULO X	
A Navojoa con los Mayos "Detrás de los mezquites somos invencibles"	135
CAPITULO XI	
"Y los Carcajes, Aljabas y Flechas quedaron en el fuego consumidos"	145
CAPITULO XII	
Navo-joa	155
CAPITULO XIII	
Alamos, Ciudad de Poema	163
CAPITULO XIV	
El Retorno	201

---

**El Sol y la Espiga,**

Esta edición consta de 2,000 ejemplares,  
se terminó de imprimir  
el 30 de Diciembre de 1990

en Artes Gráficas y Editoriales Yescas, S.A.

*-Diseño editorial, composición  
tipográfica, formación, encuadernación-*

con Estudio y Talleres en Puebla 30 y Revolución  
Tel. (62) 13-41-12, Hermosillo, Sonora.83000 Mex.

Impreso en Sonora.

---









# El sol y la espiga



Nuevamente, la autora de **Camaradas y Caminos bajo el sol**, ofrece un volumen que, tal como su título sugiere, está lleno de luminosidad y el entrañable vigor del terruño sonorensé.

**El sol y la espiga** de *Ofelia Parodi* envuelve esta vez al lector, con su lenguaje lleno de vida, en un viaje de Hermosillo al sur de nuestro estado para que acompañe a un grupo de niños y su maestra quien, con el amor puesto en los pensamientos y la intención didáctica, lleva a los vástagos de su inteligencia por los "caminos bajo el sol" que en su volumen anterior los personajes recorrieron hacia el norte; ahora encontramos valles agrícolas, ciudades modernas, puertos y playas hasta nuestra colonial frontera con Sinaloa.

Si bien para la autora el destinatario de su literatura es el niño, la labor de investigación y el rigor que se trasluce en el acervo y exactitud de la información no dejan lugar a dudas: este texto es aprovechable por cualquier sonorensé y mexicano que desee estar enterado de costumbres, personalidades brillantes de nuestra historia, acontecimientos notables y quiera deleitarse con el paisaje, enriquecido por hermosas figuras literarias, de este pedazo de patria que es Sonora.

Justo es enfatizar aquí que, como nadie ignora, la brillante pluma de *Ofelia Parodi* no sólo está avalada por la raigambre de su abolengo en la historia del arte sonorensé, sino por la vida entera dedicada a la literatura y el periodismo, esto a nivel regional y nacional.



Secretaría de  
Fomento Educativo  
y Cultura

Gobierno del Estado  
de Sonora

Instituto  
Sonorense  
de Cultura

